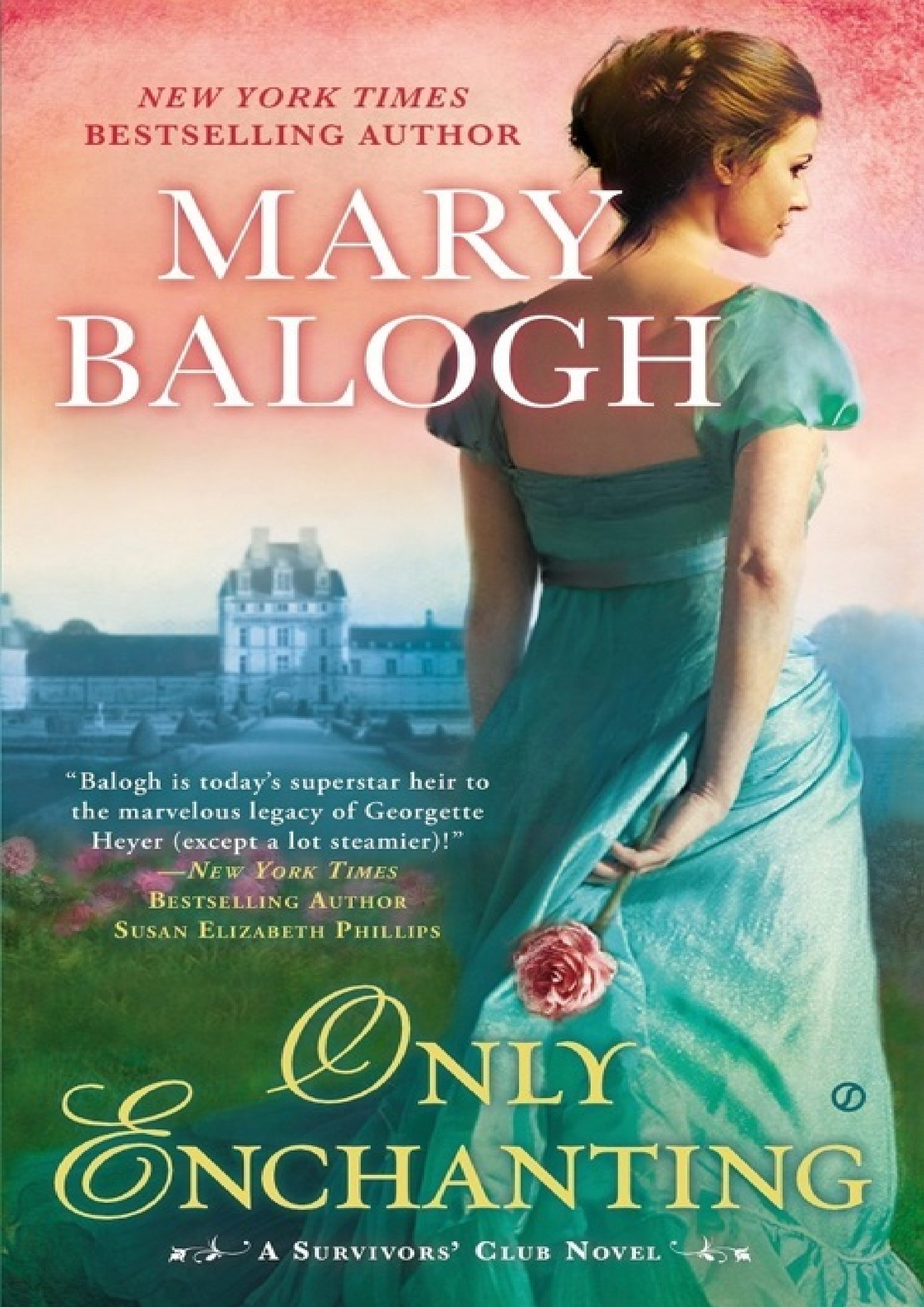
NEW YORK TIMES
BESTSELLING AUTHOR
MARY
BALOGH
"Balogh is today's superstar heir to the marvelous legacy of Georgette Heyer (except a lot steamier)!"
—NEW YORK TIMES
BESTSELLING AUTHOR
SUSAN ELIZABETH PHILLIPS
ONLY
ENCHANTING
A SURVIVORS' CLUB NOVEL

SOLO ENCANTADOR

El Club de los Supervivientes 04

Mary Balogh

Esto es una traducción para fans de Mary Balogh sin ánimo de lucro solo por el placer de leer. Si algún día las editoriales deciden publicar algún libro nuevo de esta autora cómpralo. He disfrutado mucho traduciendo este libro porque me gusta la autora y espero que lo disfruten también con todos los errores que puede que haya cometido.

Contenido

RESUMEN
CAPITULO 01
CAPITULO 02
CAPITULO 03
CAPITULO 04
CAPITULO 05
CAPITULO 06
CAPITULO 07
CAPITULO 08
CAPITULO 09
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
CAPITULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPITULO 17
CAPITULO 18
CAPITULO 19
CAPITULO 20
CAPITULO 21
CAPITULO 22
CAPITULO 23

RESUMEN

El Club de los Supervivientes: seis hombres y una mujer, todos heridos en las guerras napoleónicas, su amistad forjada durante su recuperación en el Penderris Hall en Cornwall. Ahora, en la cuarta novela de la serie el Club de los Supervivientes, Flavian, el vizconde Ponsonby, ha abandonado este refugio para encontrar su propia salvación, en el amor de una mujer muy desprevenida.

Flavian, el vizconde Ponsonby, fue devastado por la deserción de su prometida después de su regreso a casa. Ahora la mujer que rompió su corazón está de vuelta, y todos están ansiosos por revivir su compromiso. Excepto Flavian, quien, en pánico, corre directamente a los brazos de una joven muy sensata pero encantadora.

Agnes Keeping nunca ha estado enamorada, y nunca desea estarlo. Pero luego conoce al carismático Flavio, y de repente Agnes cae tan tontamente y tan profundamente que acepta su impetuosa propuesta de matrimonio.

Cuando Agnes descubre que la propuesta es solo para vengar a su antiguo amor, está decidida a huir. Pero Flavian no tiene intención de dejar ir a su nueva novia, especialmente ahora que él también se ha enamorado tan apasionada e inesperadamente.

CAPITULO 01

A la edad de veintiséis años, Agnes Keeping nunca había estado enamorada ni esperaba estarlo, ni siquiera deseaba estarlo. Más bien eligió tener el control de sus propias emociones y de su propia vida, tal como era.

A la edad de dieciocho años había decidido casarse con William Keeping, un caballero vecino de sobriedad y hábitos constantes y modestos medios, después de haber llamado muy apropiadamente a su padre para que *le* hiciera su oferta y haberle hecho una propuesta de matrimonio muy civil en presencia de la segunda esposa de su padre. Agnes había estado encariñada con su esposo y cómoda con él durante casi cinco años antes de que muriera de uno de sus frecuentes escalofríos invernales. Lo había lamentado con una especie de desolación vacía durante más tiempo que el año necesario de vestir las negras ropas de viuda, y aun así lo extrañaba tristemente.

Pero no había estado enamorada de él, ni él de ella. La idea parecía absurda, sugestiva, ya que se trataba de una pasión salvaje y desenfrenada.

Sonrió ante su imagen en el cristal mientras trataba de imaginar al pobre William en una pasión desenfrenada, romántica o de otro tipo. Pero entonces sus ojos se concentraron en sí misma, y se le ocurrió que era mejor que admirara su esplendor ahora mientras tenía la oportunidad, pues una vez que llegara al baile, sería evidente al instante que en realidad no se veía para nada magnífica.

Llevaba puesto su vestido de noche de seda verde, que le encantaba a pesar de que estaba lejos de ser nuevo, de hecho, lo tenía cuando William aún vivía, y no había estado a la última moda ni siquiera cuando lo era. Era de cintura alta con un escote moderadamente bajo y mangas cortas y abultadas, y estaba bordado con hilo plateado en el dobladillo y en los bordes de las mangas. No estaba destartalado a pesar de su antigüedad. Después de todo, uno no usaba su mejor vestido de noche muy a menudo, a menos que se moviera en círculos sociales mucho más elevados que los de Agnes. Llevaba varios meses viviendo en una modesta casa de campo en el pueblo de Inglebrook en Gloucestershire con su hermana mayor, Dora.

Agnes nunca había asistido a un baile. Había estado en las asambleas, por supuesto, y se podría argumentar que un baile era lo mismo con otro nombre. Pero realmente había un mundo de diferencia. Las asambleas se celebraban en salones públicos, generalmente encima de una posada. Los bailes eran entretenimientos privados ofrecidos por personas lo suficientemente ricas y socialmente prominentes como para habitar una casa con un salón de baile. Tal gente y tales casas no abundaban en el campo inglés.

Sin embargo, había uno cerca.

Middlebury Park, a una milla de Inglebrook, era una mansión señorial perteneciente al

vizconde Darleigh, esposo de la nueva y querida amiga de Agnes, Sophia. La larga ala al este de la inmensa mansión albergaba los aposentos privados, que eran deslumbrantemente magníficas, o así se le habían aparecido a Agnes cuando Sophia le había dado un tour una tarde, no mucho después de conocerse por primera vez. Incluían un amplio salón de baile.

El vizconde había sucedido a su título cuando su tío y su primo murieron juntos de forma repentina y violenta, y sólo ahora, cuatro años después, Middlebury Park se había convertido de nuevo en el centro social del barrio. Lord Darleigh había quedado ciego a la edad de diecisiete años cuando era oficial de artillería en las Guerras Peninsulares, dos años antes de que el título y la propiedad y la fortuna se convirtieran en suyos. Había vivido una vida de recluso en Middlebury hasta que conoció y se casó con Sophia en Londres a finales de la primavera de este año, justo antes de que la propia Agnes se mudara al vecindario. Su matrimonio y quizás una creciente madurez habían infundido en el vizconde una confianza que aparentemente le había faltado antes, y la propia Sophia se había propuesto la tarea de asistirlo y al mismo tiempo hacerse una nueva vida como dueña de una gran casa y una hacienda.

De ahí el baile.

Los dos estaban reviviendo la antigua tradición de un baile de la cosecha, que siempre se había celebrado a principios de octubre. Sin embargo, en la aldea se hablaba de ello más como un baile de bodas y una recepción que como una celebración de la cosecha, ya que el vizconde y su esposa se habían casado tranquilamente en Londres una semana después de conocerse, y no había habido una celebración pública de sus nupcias. Ni siquiera sus familias habían estado presentes. Sophia había prometido poco después de su llegada a Middlebury que se celebraría una recepción en algún momento en un futuro previsible, y este baile era éste, a pesar de que Sophia ya estaba aumentando, una condición que ya no podía ocultarse del todo a pesar de la moda actual de los vestidos con faldas sueltas. Todos en el barrio lo sabían, aunque no se había hecho ningún anuncio oficial.

No fue un honor exclusivo haber sido invitado al baile, ya que casi todos los demás habitantes de la aldea y de los alrededores también habían sido invitados. Y Dora tenía una relación muy estrecha con el vizconde y su esposa, ya que les daba a ambos clases de pianoforte, así como de violín y arpa, a Lord Darleigh. Agnes había sido amiga de Sophia desde que descubrieron su mutua pasión por el arte, Agnes como acuarelista, Sophia como caricaturista muy inteligente e ilustradora de cuentos infantiles.

Sin embargo, había otros invitados más ilustres en el baile, además de la gente del vecindario. Venían las hermanas de Lord Darleigh y sus maridos, así como el vizconde Ponsonby, uno de los amigos del vizconde. Sophia había explicado que los dos hombres formaban parte de un grupo de siete personas que habían pasado varios años juntos en Cornualles recuperándose de varias heridas de guerra. La mayoría de ellos habían sido oficiales militares. Se llamaban a sí mismos el Club de los Supervivientes y pasaban unas cuantas semanas al año en compañía los unos de los otros.

Sophia también tenía familiares que venían: su tío Sir Terrence Fry, un diplomático de alto rango del gobierno, y otro tío y tía — Sir Clarence y Lady March — con su hija.

Todo sonaba muy imponente y Agnes lo estaba esperando con algo que rozaba en la emoción. Nunca se había imaginado a sí misma como una persona que codiciaba el esplendor social, de la misma manera que nunca se había imaginado a sí misma como alguien que se enamoraría. Pero estaba esperando ansiosamente este baile, tal vez porque la misma Sophia lo estaba, y Agnes se había encariñado mucho con su joven amiga. Ella quería sinceramente que el baile fuera un gran éxito por el bien de Sophia.

Miró críticamente su cabello, que ella misma se había arreglado. Se las había arreglado para sacar algo de altura de sus rizos y había dejado unos cuantos zarcillos que ondulaban a lo largo de su cuello y sobre sus orejas. Sin embargo, el estilo no puede ser llamado elaborado. Y no había nada extraordinario en el cabello en sí, un color marrón medio indescriptible, aunque sí tenía un brillo saludable. Tampoco había nada particularmente notable en la cara bajo el pelo, pensó, sonriendo con tristeza a su imagen. No era fea, era verdad. Quizás ni siquiera era muy clara. Pero no era una belleza deslumbrante. Y, por Dios, ¿alguna vez quiso serlo? Este asunto de ir al baile le daba vueltas en la cabeza y la mareaba.

Ella y Dora llegaron temprano, como la mayoría de los invitados externos. Llegar tarde estaba de moda con la *Sociedad* durante la temporada en Londres, Dora había comentado cuando salieron diez minutos antes de la salida anticipada que habían planeado. O eso es lo que había oído. Pero en el campo la gente tendía a tener mejores modales. Así que llegaron temprano.

Agnes se sentía sin aliento cuando llegaron a las puertas del salón de baile. Los aposentos se veían de alguna manera diferente y mucho más magnífica, con bancos de flores y cestas colgantes por todas partes y velas encendidas en cada candelabro de pared.

Sophia estaba de pie justo dentro de las puertas dobles, recibiendo a sus invitados con Lord Darleigh a su lado, y Agnes instantáneamente se relajó y sonrió con genuina calidez. Aunque ella misma no esperaba enamorarse, no podía negar que tal estado existía y que podía ser hermoso contemplarlo cuando lo hacía. Lord y Lady Darleigh brillaron positivamente con un afecto romántico el uno por el otro, aunque nunca demostraron abiertamente sus sentimientos en público.

Sophia se veía preciosa con un vestido de color turquesa que complementaba perfectamente su cabello castaño. Ese pelo era muy corto cuando se casó por primera vez. Lo había estado cuidando desde entonces. Todavía no era largo, pero su criada había hecho algo inteligente con él para que se viera elegante y liso, y por primera vez le pareció a Agnes que su amiga era más que bonita en el sentido de un elfo. Ella sonrió a Dora y Agnes y las abrazó a ambas, y Lord Darleigh, por muy ciego que estuviera, parecía mirarlas directamente con sus ojos muy azules mientras sonreía y les estrechaba la mano.

—Sra. Keeping, Srta. Debbins, — dijo,—qué amable de su parte venir a hacer que nuestra velada sea perfecta.

Como si fueran sus invitados los que *le* hacían un favor. Se veía elegante y guapo en blanco y negro.

No fue difícil identificar a los extraños en el salón de baile. Uno de los resultados de

vivir en el campo, incluso cuando uno había estado aquí sólo unos meses, era que uno tendía a ver a la misma gente dondequiera que iba. Y los extraños habían traído la alta costura con ellos y habían puesto a la sombra el mejor vestido verde de Agnes, como esperaba. También eclipsaron a todos los demás, excepto unos a otros.

La Sra. Hunt, la madre del vizconde, tuvo la amabilidad de llevar a Dora y a Agnes a punto de presentarlas, primero a Sir Clarence y Lady March y Miss March, que se veían muy distinguidas, aunque la altura del adorno de plumas de Lady March era bastante sorprendente. Asintieron con una fuerte condescendencia (las plumas también) y Agnes siguió el ejemplo de Dora e hizo una reverencia. Luego estaban Sir Terrence Fry y el Sr. Sebastian Maycock, su hijastro, ambos vestidos con elegancia pero sin ostentación. El primero se inclinó educadamente ante ellas y se refirió a la belleza de la aldea. Este último, un joven alto, guapo y de aspecto agradable, les enseñó los dientes y se declaró encantado. Esperaba hacerles bailar más tarde por la noche, aunque no hizo ninguna cita definitiva con ninguna de las dos.

Encantador, decidió Agnes, pero más enamorado de sus propios encantos que de los de otras personas. Y realmente no debería permitirse esos juicios tan maliciosos cuando no tenía casi nada en qué basarse.

Y luego la Sra. Hunt les presentó al Vizconde Ponsonby, cuyo inmaculadamente formal traje de noche, todo negro excepto por el blanco prístino de su lino y la intrincada tela de su cuello y la plata de su chaleco, puso a cada uno de los demás hombres presentes en la sombra, excepto quizás al propio Vizconde Darleigh. Era alto y bien formado, un dios rubio de hombre, aunque su cabello no era el rubio blanco o el rubio amarillo que nunca se veía bien en un hombre, en la opinión de Agnes. Sus rasgos eran clásicamente perfectos, sus ojos decididamente verdes. Había un cierto cansancio del mundo en esos ojos, y la sugerencia de burla en el conjunto de sus labios. Una mano con los dedos largos sostenía un monóculo con mango plateado.

Agnes se sentía molesta y consciente de su propia ordinariez. Y aunque no levantó el monóculo cuando la Sra. Hunt se los presentó (él era, según ella, demasiado bien educado para hacer algo así), sin embargo, sentía que la habían inspeccionado y despedido a pesar de que se inclinó ante Dora y ante ella y les preguntó cómo lo hacían e incluso les prestó atención a sus respuestas nada menos que brillantes.

Era el tipo de hombre que siempre hacía sentir incómoda a Agnes, aunque no había conocido a muchos de ellos, era verdad. Porque hombres tan asombrosamente guapos y atractivos la hacían sentir aburrida y trabajadora, además de muy ordinaria, y siempre terminaba despreciándose a sí misma. ¿Cómo *quería* aparecer ante tales hombres? ¿Cómo una cabeza vacía que agita los párpados? ¿O tan sofisticada e ingeniosa, tal vez? Qué tontería más absoluta.

No pudo alejarse de él lo suficientemente rápido como para sentirse como ella misma de nuevo mientras hablaba con el Sr. y la Sra. Latchley y se compadeció de la primera, que se había caído del techo de su establo la semana anterior y se había roto la pierna. No podía alabar suficientemente a Lord y a Lady Darleigh, que le habían hecho una visita personal e insistido en enviar su propio carruaje para llevarlo a él y a su esposa al baile, e

incluso los había persuadido para que se quedaran la noche antes de regresar a casa al día siguiente.

Agnes miró a su alrededor con gran alegría mientras hablaban. El suelo de madera había sido pulido a un alto brillo. Había grandes macetas de flores otoñales por todas partes. Tres grandes candelabros, todas las velas encendidas, colgaban de un techo pintado con escenas de la mitología. El friso dorado sobre los paneles de madera de las paredes se reflejaba en los largos espejos, que hacían que la ya espaciosa habitación pareciera mucho más grande y llena de flores y huéspedes. Los miembros de la orquesta (sí, había una orquesta de ocho personas que venía de Gloucester) habían subido al estrado en un extremo de la sala y estaban afinando sus instrumentos.

Todo el mundo, al parecer, había llegado. Lord Darleigh y Sophia se habían trasladado a la habitación, y Sir Terrence Fry se dirigía hacia ellos con la obvia intención de llevar a su sobrina a la primera serie de bailes. Agnes sonrió. También fue divertido ver a las Marches maniobrar más cerca del vizconde Ponsonby. Quedó muy claro que pretendían que se uniera a la señorita March en el primer baile. Era doblemente divertido verle alejarse sin prisa de ellos sin siquiera mirar en su dirección. Claramente era un caballero acostumbrado a evitar avances no deseados. Oh, debe compartir esto con Sophia la próxima vez que la vea después de esta noche. Sophia era muy buena dibujando caricaturas.

Agnes estaba tan ocupada observando la mirada de disgusto en los rostros de las tres Marchas que al principio no se dio cuenta de que el vizconde Ponsonby se movía en dirección al sofá a lo largo del cual la pierna entablillada del Sr. Latchley estaba estirada. Excepto que no venía a compadecerse ni siquiera a saludar con la cabeza al hombre herido. En vez de eso, se detuvo y se inclinó ante *ella*.

—Señora Keeping —dijo, su voz lánguida, incluso un poco aburrida—, se espera que uno baile, creo yo, en tales reuniones. Al menos, eso es lo que mi amigo Darleigh me informó esta tarde. Y aunque es bastante ciego y uno podría asumir que no vería si yo *no* bailara, lo conozco lo suficiente como para sentirme bastante seguro de que vería aunque nadie se lo dijera. ¿De qué sirve tener un amigo ciego, me pregunto a veces, si no se le puede engañar en tales asuntos?

Oh, tartamudeaba un poco, seguramente su única imperfección exterior. Sus párpados se inclinaron parcialmente sobre sus ojos mientras hablaba para darle su mirada ligeramente somnolienta, aunque los ojos en sí mismos no parecían somnolientos en absoluto.

Agnes se rió. No sabía qué más hacer. ¿La estaba invitando a bailar? Pero no lo había dicho, ¿verdad?

—Ah—, dijo, levantando su monóculo casi, pero no del todo. Vio que tenía unas uñas bellamente cuidadas en una mano que, sin embargo, era inconfundiblemente masculina. —Así es. Veo que se compadece de mí. Pero hay que bailar. ¿Me haría el honor, señora, de bailar conmigo?

La *estaba* invitando a bailar, y el baile de apertura. Había estado esperando

fervientemente que *alguien se* lo pidiera. Después de todo, sólo tenía veintiséis años, y no estaba del todo dormida. Pero… ¿El Vizconde Ponsonby? Estaba tentada a correr hacia la puerta y no dejar de correr hasta que llegara a casa.

¿Qué diablos le *pasaba*?

—Gracias, mi lord—, dijo, sonando su habitual moderación, se sintió aliviada al oírlo. —Aunque trataré de bailar con un poco de gracia.

—No esperaría menos de ti—, dijo. — Lo hará bien — Y él le ofreció su muñeca por la mano de ella, que de alguna manera se mantuvo firme mientras la colocaba allí, y la llevó a unirse a los bailarines. Se inclinó ante ella mientras ocupaba su lugar en la fila de damas antes de unirse a los hombres de enfrente.

Oh, Dios mío, pensó, y por un momento eso fue todo lo que pudo pensar. Pero su sentido del humor, al que siempre estuvo dispuesta a dar la espalda, vino a rescatarla y sonrió. Qué enorme diversión tendría mañana con el recuerdo de esta media hora. El mayor triunfo de su vida. Viviría en ella durante una semana. Durante *quince días*. Casi se ríe en voz alta.

Frente a ella, el vizconde Ponsonby, ignorando todo el bullicio de actividad que los rodeaba, levantó una ceja satírica mientras la miraba directamente. Oh, querido. Se preguntaría por qué sonreía tan alegremente. Se imaginaba que estaba encantada de bailar con él, lo que era, por supuesto, aunque sería una locura sonreír con triunfo por *esa* razón.

La orquesta tocó un acorde, y la música comenzó.

No es de extrañar que se transformó por completo como bailarín. Realizó los pasos y las figuras con elegante gracia, pero sin sacrificar la masculinidad. Sacó más de lo que le correspondía de las miradas: envidiosas de los hombres, admiradoras de las mujeres. A pesar de que las complejidades del baile no permitían una gran cantidad de conversación, su atención se centró en Agnes, por lo que sintió que él bailaba con *ella* y no sólo por el hecho de ser socialmente agradable.

De eso se trataba ser un verdadero caballero, se dijo a sí misma cuando terminó el baile y la llevó al lado de Dora y se inclinó educadamente ante ambas antes de marcharse. No había nada en particular en la atención que le había prestado. Sin embargo, se quedó con la inesperada convicción de que nunca había disfrutado de una velada, ni siquiera la mitad de lo que había disfrutado de esta.

¿*Había* disfrutado? Como si ya hubiera terminado.

—Estoy tan contenta—, dijo Dora, —de que alguien haya tenido el buen gusto de bailar contigo, Agnes. Es un caballero muy guapo, ¿verdad? Aunque debo confesar que desconfío de su ceja izquierda. Tiene una cualidad claramente burlona.

—Sí,— estuvo de acuerdo Agnes, enfriando sus mejillas con su abanico mientras ambas se reían.

Pero no se sintió burlada ni por su ceja ni por su persona. En vez de eso, se sintió engreída y deliciosa. Y sabía sin lugar a dudas que soñaría con esta fiesta, el baile de

apertura y su pareja de baile durante días, quizás semanas, por venir. Incluso años. Ahora estaría encantada de volver a casa, aunque era imposible hacerlo tan temprano por la noche. Desgraciadamente, todo iba a parecer desilusionante para el resto.

Sin embargo, no fue así.

Todos habían dejado de lado las preocupaciones diarias para disfrutar del opulento esplendor de un baile de la cosecha en Middlebury Park. Y todos habían venido a celebrar el feliz y pronto fructífero matrimonio del joven vizconde que tanto habían compadecido cuando llegó aquí hace tres años y medio, ciego y solitario, asfixiado por los cuidados protectores de su madre, su abuela y sus hermanas. Todos habían venido a celebrar su matrimonio con el pequeño desliz de una criatura elfa cuyo encanto cálido y su energía ilimitada habían conquistado sus corazones más y más completamente durante los siete meses que había estado aquí.

¿Cómo puede ser que Agnes no se divierta y celebre con ellos? Hizo esas cosas, de hecho. Bailaba en todos los bailes y estaba encantada de que Dora también bailara varias veces. El Sr. Pendleton, uno de los cuñados del vizconde, un afable caballero, la condujo a la cena y conversó con ella por un lado durante gran parte de la comida, mientras que la Sra. Pearl, la abuela materna del vizconde, le habló por el otro lado.

Hubo brindis, discursos y un pastel de bodas. Fue como una verdadera y lujosa recepción de bodas, de hecho.

Oh, no, no había nada de desilusionante en la fiesta después del primer baile. Y el baile se reanudó después de la cena, con un vals. Era el primero de la noche y probablemente el último, y causó cierto interés entre los invitados, ya que aunque se había bailado en Londres y en otros centros más de moda desde hacía varios años, todavía se consideraba algo arriesgado en el campo y rara vez se incluía en el programa de las asambleas locales. Agnes conocía los pasos. Los había practicado con Dora, que enseñaba a bailar a algunos de sus alumnos de música, entre ellos Sophia. Se había planeado, Dora le había confiado a Agnes, que la vizcondesa bailaría el vals con su tío.

Sin embargo, Sophia no fue con su tío con la intención de bailar el vals, como vio Agnes cuando giró la cabeza para descubrir la fuente de un elevado zumbido de voces elevadas mezcladas con risas. Alguien empezó a aplaudir lentamente, y otros se unieron.

—Vals con ella—, dijo alguien, era el Sr. Harrison, el amigo particular de Lord Darleigh.

Sophia estaba en la pista de baile, Agnes podía ver, su brazo estirado, la mano del vizconde Darleigh unida a la suya. Había risas en su cara sonrojada. Oh, Dios mío, estaba tratando de persuadir a su marido para que bailara con ella. Y ahora la mitad de los invitados en el salón de baile aplaudían rítmicamente. Agnes se unió a ellos.

Y todo el mundo repetía lo que el Sr. Harrison había dicho y lo convertía en un canto.

—Vals con ella. Vals con ella.

El vizconde dio unos pasos hacia el piso vacío con Sophia.

—Si hago un espectáculo completo de mí mismo —dijo mientras el canto y las palmas desaparecían—, ¿serían todos tan amables de fingir que no se han dado cuenta?

Hubo una risa general.

La orquesta no esperó a que nadie más se juntara al piso con ellos.

Agnes juntó las manos al pecho y miró con los demás, ansiosa de que el vizconde *no se* hiciera un espectáculo de sí mismo. Al principio bailó torpemente, aunque lo hizo con risas en la cara y con un placer tan obvio que Agnes se encontró parpadeando para contener las lágrimas. Y entonces, de alguna manera, encontró el ritmo de la danza, y Sophia lo miró con tal radiante adoración que incluso un parpadeo furioso no evitaría que una lágrima cayera por la mejilla de Agnes. Se la limpió con la punta de un dedo y miró furtivamente a su alrededor para asegurarse de que nadie se había dado cuenta. Nadie lo había hecho, pero se dio cuenta de que había otras personas con ojos anormalmente brillantes.

Después de unos minutos hubo una pausa en la música, y otras parejas se unieron al vizconde y a la vizcondesa en la pista. Agnes suspiró de alegría y quizás un poco de anhelo. Oh, qué encantador sería…

Se volvió hacia Dora a su lado. —Le enseñaste bien a Sophia—, dijo ella.

Pero los ojos de Dora estaban enfocados más allá del hombro de su hermana.

—Creo,— murmuró,—que estás a punto de ser seleccionado para recibir atención especial por segunda vez esta noche. No podremos vivir contigo la próxima semana.

Agnes no tuvo oportunidad de responder ni de girar su cabeza para ver qué (o a quién) estaba mirando Dora.

—Sra. Keeping—, dijo la voz más bien lánguida del vizconde Ponsonby, — dídígame que no tengo rival para su mano en este baile en particular. Estaría devastado. Si voy a bailar el vals, debe ser con una compañera sensata.

Agnes abanicó su abanico y se volvió hacia él.

—¿De verdad, mi señor?—, dijo. —¿Y qué te hace creer que soy sensata?— ¿Y era un *cumplido que* le había hecho? ¿Que era *sensata*?

Retrocedió la cabeza una pulgada y dejó que sus ojos se movieran sobre su cara.

—Hay una cierta luz en tu ojo y una rareza en tu labio—, dijo, —que te proclama ser una observadora de la vida así como una em-emprendedora. Una observadora a veces *divertida*, si no me equivoco.

Por todos los cielos. Le miró con sorpresa. Esperaba que nadie más se hubiera dado cuenta de eso. Ni siquiera estaba segura de que fuera cierto.

—Pero, ¿por qué desearías una pareja sensata para el vals más que para cualquier otro baile?—, le preguntó.

Lo sensato sería aceptar su oferta sin más preámbulos, ya que no podía pensar en nada

más celestial que bailar el vals en un baile de verdad. Y seguramente la música volverá a empezar en cualquier momento, a pesar de que la orquesta parecía estar esperando un poco a que otras parejas se reunieran en la pista. Y tenía la oportunidad de bailar el vals con el *vizconde Ponsonby*.

—Uno baila vals cara a cara con su pareja hasta el amargo final—, dijo. —Uno debe esperar al menos al-alguna conversación interesante.

—Ah—, dijo ella. —¿El tiempo es un tema inelegible, entonces?

—Así como su estado de salud y el de todos sus conocidos de la tercera y cuarta generación—, añadió. —¿Quieres bailar conmigo?

—Lo temo inmensamente—, dijo ella, —porque ahora me has atado la lengua en nudos— agregó. —¿Me has dejado algún tema sobre el que *pueda* conversar sensatamente o, de hecho, en absoluto?

Ofreció su muñeca sin responder, y puso su mano sobre ella y sintió como sus rodillas amenazaban con convertirse en gelatina mientras le sonreía, una sonrisa perezosa, de párpados pesados que parecía sugerir una intimidad bastante en desacuerdo con la naturaleza pública de su entorno.

Estaba, sospechaba, en manos de un seductor consumado.

—Observando el vals de Vicente —dijo mientras ocupaban sus lugares uno frente al otro—, fue suficiente para hacer *llorara* a uno. ¿No está de acuerdo, Sra. Keeping?

Oh, querido, ¿había visto esa lágrima?

—¿Porque bailaba torpemente?— Levantó las cejas.

—Porque está en-enamorado—, dijo, tropezando mal con la última palabra.

—¿No aprueba el amor romántico, mi señor?

—En otros, en realidad, es lo que más afecta—, dijo. —Pero quizás deberíamos hablar sobre el tiempo después de todo.

Sin embargo, no lo hicieron porque la orquesta tocó un acorde decisivo en ese momento. Él deslizó una mano detrás de la cintura de ella, mientras ponía la suya en el hombro de él. Agarró la otra mano con la suya y la movió inmediatamente a un remolino de barrido que le robó el aliento y al mismo tiempo le aseguró que estaba en las manos no sólo de un seductor, sino también de una bailarín consumado. Aunque no hubiese conocido los pasos, no habría importado, estaba convencida. Hubiera sido imposible no seguir su ejemplo.

Colores y luz se arremolinaban a su alrededor. La música la envolvía, al igual que los sonidos de las voces y las risas. Había los innumerables olores de flores, velas y colonias. Se produjo la euforia de los movimientos de giro, ella misma formaba parte de él y en el corazón mismo de él.

Y allí estaba el hombre que la giraba por el suelo y no intentaba mantener ninguna conversación, sensata o de otro tipo, sino que la mantenía a la distancia correcta de su

cuerpo y la miraba con esos ojos soñolientos pero agudos, mientras que ella miraba hacia atrás sin pensar nunca que tal vez debería apartar la vista o bajar modestamente su mirada, o encontrar algo que decir.

Era gloriosamente guapo y tan abrumadoramente atractivo que era incapaz de levantar ningún muro defensivo contra su atractivo. Había carácter en su rostro, cinismo e intensidad y tanto misterio que seguramente una vida entera de conocerlo no lo desenmascararía completamente. Había poder en él, crueldad, ingenio, encanto y dolor.

Pero toda la conciencia que sentía no era ni consciente ni verbal. Estaba atrapada en un momento tan intenso que se sentía como una eternidad o como un parpadeo de un ojo.

No hubo más interrupciones en la música. Cuando terminó, el baile también había terminado. Y el resplandor burlón estaba de vuelta en sus ojos, y había otra vez la insinuación de burla sobre el ondulado de su labio.

—No eres sensata después de todo, entonces—, dijo. —Sólo encantadora.

¿Encantadora?

La devolvió al lado de Dora, se inclinó con gracia y se marchó sin decir nada más.

Y Agnes estaba enamorada.

Tonta, profundamente, con la cabeza sobre los talones, gloriosamente enamorada.

Con un coqueteo cínico, practicado, posiblemente peligroso.

Con un hombre al que no volvería a ver después de esa noche.

Lo cual estuvo muy bien.

Oh, sí, sin duda.

CAPITULO 02

Cinco meses más tarde era un día bastante agradable para principios de marzo, un poco fresco, quizás, pero no llovía ni soplaba el viento, lo que había estado haciendo con gran frecuencia y entusiasmo casi desde Navidad, y el sol brillaba. Flavian Arnott, el vizconde Ponsonby, estaba contento de no verse obligado a atravesar el paisaje inglés en los estrechos confines de su carruaje de viaje, que iba en algún lugar detrás de él con su ayuda de cámara y su equipaje mientras montaba su caballo.

Iba a parecer extraño tener la reunión anual del Club de lo Supervivientes en Middlebury Park, la casa de Vincent en Gloucestershire, este año en lugar de en Penderris Hall, George, la casa del Duque de Stanbrook en Cornualles, como de costumbre. Los siete habían pasado tres años juntos en Penderris recuperándose de sus diversas heridas de guerra. Cuando se fueron, habían acordado reunirse allí durante unas semanas cada año para renovar su amistad y compartir su progreso. Lo habían hecho y sólo una vez, hace dos años, uno de ellos había estado ausente, ya que el padre de Hugo había muerto repentinamente justo cuando estaba a punto de partir hacia Cornualles. Hugo había sido muy extrañado.

Y este año habían estado en peligro de perder a Vincent, el vizconde Darleigh, quien había declarado hace cinco meses que no saldría de Middlebury Park en marzo cuando Lady Darleigh esperaba su primer confinamiento a finales de febrero. Para ser justos, la propia señora había intentado convencerle de que no se perdiera algo que sabía que significaba mucho para él. Flavian podía dar fe de ello, ya que había estado en Middlebury para el baile de la cosecha en ese momento. Cuando comprendió, sin embargo, que Vicente era muy firme en su negativa a dejarla, ella había resuelto el punto muerto sugiriendo que los Supervivientes vinieran a ellos para su reunión para que Vicente no tuviera que perdérsela *o* dejarla a ella.

Los cinco restantes habían sido consultados, y todos habían aceptado el cambio de lugar, aunque se sintió extraño. Y también habría esposas este año, tres de ellas, todas adquiridas desde su última reunión, para hacer las cosas aún más extrañas. Pero nada en la vida se detenia, ¿verdad? A veces eso era lamentable.

Casi al final de su viaje, Flavian se dio cuenta cuando llegó a la aldea de Inglebrook y asintió al carnicero, que estaba barriendo el umbral de su tienda, vestido con un largo delantal que obviamente había estado usando la última vez que cortó carne. El giro hacia el camino de entrada a Middlebury Park estaba justo más allá del final de la calle del pueblo. Se preguntaba si sería el primero en llegar a esa reunión del Club de los Supervivientes. Por alguna extraña razón, normalmente lo era. Esto sugería un sorprendente exceso de entusiasmo en él que estaba fuera de lugar. Por lo general, llegaba tarde, o incluso más tarde, a los eventos sociales.

En una ocasión memorable, la primavera pasada había sido rechazado de las puertas sagradas de Almack's en Londres porque había llegado allí para el baile semanal, vestido correctamente con pantalones de rodilla a la antigua usanza, como exigían las reglas del club, a las once y dos minutos de la noche. Otra de las reglas del club era que no habría admisión después de las once. Le había destrozado el corazón al darse cuenta de que su reloj de bolsillo era lento, o así se lo había asegurado a su tía al día siguiente. Le había prometido un baile a su prima, su hija. Su tía lo había mirado con reproche y había hecho un comentario descortés sobre su pobre intento de disculparse. Ginny, sin embargo, estaba hecha de material más duro, y simplemente empino la nariz y le había informado que su tarjeta de baile había estado tan llena en Almack's que habría tenido que decepcionarlo si se hubiera dignado a aparecer.

La buena de Ginny. Desearía que hubiera más mujeres como ella.

Tocó con su látigo hasta el borde de su sombrero cuando pasó a caballo junto a la esposa del vicario, tenía una memoria lamentablemente pobre para los nombres, aunque le habían presentado, que estaba charlando con una mujer grande al otro lado de la puerta del jardín de la vicaría. Pidió a ambas damas que pasaran una buena tarde, y le devolvieron el saludo alegremente y le aseguraron que era realmente bueno y que duraría mucho tiempo.

Otra señora se dirigía sola por la calle hacia él, un gran caballete de bosquejo metido bajo un brazo, una bolsa, presumiblemente de provisiones, en su mano libre. Tenía una figura delgada y joven, notó él apreciativamente. Estaba bien vestida, aunque sin ninguna señal de la alta moda. Levantó la cabeza, sin duda cuando oyó el acercamiento de su caballo, y la reconoció.

La Sra…. ¿Working? ¿Looking? ¿Darling? ¿Weeding? Maldición, no podía recordar su nombre. Había bailado con ella en el baile de Vince, a petición de la vizcondesa, de quien era su amiga especial. También bailo el vals con ella. Sí, por Dios, lo había hecho.

Se quitó el sombrero ante ella mientras se igualaban.

—Buenas tardes, señora—, dijo.

—Mi señor.— Ella se sumergió en una leve reverencia y lo miró con los ojos muy abiertos y levantó las cejas. Luego se sonrojó. No fue sólo el frío de marzo lo que le rozó las mejillas. En un momento no eran de color de rosa, y al siguiente lo eran. Y sus párpados bajaron para ocultar sus ojos.

Bien. Interesante.

Era una mujer guapa, sin deslumbrar de ninguna manera, aunque tenía ojos finos, ahora decentemente escondidos bajo sus párpados, y una boca que parecía diseñada para el humor o para besar. Había algo en ese humor pero no, aunque una imagen se pinchó en los bordes de su memoria por un momento, revoloteó sin revelarse. Molesto, pero los recuerdos tendían a ser así para él, pequeños, o quizás enormes, espacios en blanco en el pasado de los que no se daba cuenta hasta que parpadeaban hasta la existencia, a veces lo suficiente como para ser agarrados y enfocado, a veces parpadeando nuevamente antes de que pudieran ser clavados. Este fue uno de los momentos *difíciles.* No importa.

Ya había pasado el primer rubor de la juventud, aunque probablemente era más joven que él. Sin duda más joven, de hecho. Dios mío, tenía treinta años, prácticamente una reliquia.

No detuvo su caballo del todo. ¿Cómo diablos se llamaba? Él siguió adelante, y ella también.

Sensible, pensó al llegar al final de la calle, vio que las puertas de Middlebury estaban abiertas, y giró su caballo hacia la sinuosa y boscosa entrada. Esa había sido su impresión de la mujer después de haber solicitado obedientemente su mano para el primer baile en la fiesta de la cosecha. Y le había pedido el vals después de la cena con la explicación de que esperaba una conversación sensata de ella.

No muy halagador, eso, pensó ahora, cinco meses demasiado tarde. No era la clase de palabra que induce al corazón de una mujer a revolotear con sueños románticos sobre él. Pero ese no había sido el punto, ¿verdad? No hubo ninguna conversación, sensata o no, durante ese vals. Sólo…. encantadora.

Es curioso que recuerde esa impresión ahora, cuando el pensamiento había desaparecido por completo de su memoria tan pronto como el baile terminó. Raro y un poco embarazoso también. ¿Qué diablo quiso decir al conjurar esa palabra en particular? Y… ¿estaba recordando correctamente? ¿Lo había dicho en voz alta en su oído?

No es sensata después de todo, entonces. Sólo encantadora.

¿Qué diablos había querido decir?

No era encantadora. Bien vestida, vagamente bonita, sí. Nada más sorprendente que eso, sin embargo. Ojos finos y una boca humorística, incluso quizás besable, no eran suficientes en sí mismos para deslumbrar ni a los ojos ni a la mente, ni para despertar la fantasía primaveral. De todos modos, en ese momento era octubre.

Encanto, en efecto. No era una palabra particularmente activa en su vocabulario.

Esperaba que no lo hubiera oído. O, si lo había hecho, esperaba que no lo hubiera recordado.

Pero acababa de sonrojarse.

El camino de entrada se liberó del bosque, y se le ofreció una magnífica vista a lo largo de un jardín de setos cuidadosamente recortado y luego parterres de flores formales, coloridos incluso a principios de año, a la amplia e impresionante fachada de la casa. Y le pareció, como cada vez que venía aquí, que su amigo nunca había podido ver nada de eso. La ceguera, como siempre había pensado Flavia, debe ser una de las peores aflicciones de todas. Incluso ahora, conociendo a Vincent como lo hacía y lo alegre que siempre estaba y cómo había seguido adelante con su vida y cómo había hecho algo realmente muy feliz y significativo de ello, incluso ahora se sentía lleno de dolor por la ceguera de Vince.

Menos mal que aún quedaba un poco de distancia por recorrer antes de que tuviera que enfrentarse a alguien en la casa. ¿Qué pensaría la gente del vizconde Ponsonby de todos los hombres con lágrimas en los ojos? La mera idea fue suficiente para provocarle

escalofríos.

Su acercamiento había sido notado, lo vio cuando se volvió hacia la terraza ante las grandes puertas dobles unos minutos más tarde. Estaban abiertas, y Vincent estaba en el escalón superior, su perro guía con una correa corta a su lado, con la mano libre entrelazada con la de su vizcondesa. Ambos le estaban sonriendo.

—Estaba empezando a pensar que nadie iba a venir—, dijo Vincent. —Pero aquí estás, Flave.

Él *fue el* primero en llegar, entonces.

—¿Cómo supiste que era yo?— Preguntó Flavian, mirándole con cariño. —Confiesa ahora. Has estado espiando.

Los dos bajaron las escaleras mientras Flavian se levantó de la silla de montar y abandonaba su caballo al cuidado de un caballerizo que se apresuraba a cruzar la terraza desde la dirección de las caballerizas. Atrapó a Vicente con un fuerte abrazo y luego se volvió para tomar la mano de la vizcondesa en la suya. Pero no quería ninguna de esas formalidades. Ella también lo abrazó.

—Hemos estado *tan* impacientes—, dijo. —Como un par de niños que esperan un regalo especial. Esta es la primera vez que hemos entretenido a huéspedes completamente solos. Mi suegra se quedó con nosotros hasta después de mi confinamiento, pero se fue a casa en Barton Coombs la semana pasada. Ha estado simplemente suspirando por volver allí, y finalmente pude asegurarle que podríamos prescindir de ella, aunque la extrañaríamos terriblemente, cosa que hacemos.

—Confío en que haya recuperado su salud, señora—, dijo Flavian.

Ciertamente *parecía* como si estuviera floreciendo. La llegada de un niño hace un mes, un par de semanas antes de lo esperado.

—No tengo ni idea de por qué la gente habla de un confinamiento como si fuera una enfermedad mortal—, dijo, uniendo su brazo y subiendo los escalones con él mientras Vicente, guiado por su perro, subía por el otro lado. —Nunca me he sentido mejor. Oh, espero que todos los demás lleguen pronto para que no estallemos de emoción o hagamos algo igual de mal educado.

—Es mejor que subas al salón a tomar una copa, Flave—, dijo Vincent, —antes de que a uno de nosotros se nos meta en la cabeza sugerir que vengas a la guardería a adorar a nuestro hijo y a nuestro heredero. Estamos tratando de entender que otras personas pueden no estar tan enamoradas de él como nosotros.

—¿Tiene los diez dedos de los pies y de las manos?— preguntó Flavian.

—Los tiene—, dijo Vincent. —Los conté.

—Y todo lo demás en su lugar, ¿confío?— Flavian dijo. —Estoy muy aliviado y satisfecho. Y estoy a-agotado.

Ver y arrullar a los bebés nunca había sido una de sus actividades preferidas. Pero aquí

estaba tragándose de nuevo un dolor sospechoso en la garganta al darse cuenta de que Vicente nunca había visto a su hijo y nunca lo haría. Esperaba que los otros llegaran pronto. Vince siempre había sido su favorito colectivo, aunque ninguno de ellos había dicho tanto. A Flavian le resultaba más fácil poner barricadas a sus sentimientos contra una lástima bastante inapropiada cuando los demás también estaban cerca.

¡Rayos!, Vince nunca jugaría al cricket con el niño.

Y aquí estaba él, pensó Flavian, sintiéndose frágil y al borde de las lágrimas o peor, sólo porque estaba aquí, porque estaba *en casa*, aunque esa palabra no tenía nada que ver con el lugar, sino sólo con las personas que pronto estarían aquí con él junto con Vicente. Entonces estaría a salvo de nuevo. Entonces estaría bien de nuevo, y nada podría hacerle daño. ¡Pensamientos absurdos!

Apenas habían entrado en la sala de estar cuando se dieron cuenta del golpeteo de las pezuñas de los caballos en el camino de entrada y del tintineo de las huellas de los carruajes. Y no era su propio coche, vio Flavian cuando miró por las largas ventanas. Tampoco era de George, ni de Ralph. ¿De Hugo, tal vez? ¿O de Ben? Ben -Sir Benedict Harper- había establecido recientemente su residencia en Gales, de todos los lugares olvidados por Dios que pudo haber elegido, y estaba dirigiendo algunas minas de carbón y herrerías allí para el abuelo de su nueva esposa. Todo fue bastante extraño e improbable y no un poco alarmante. Aún más sorprendente fue el hecho de que todos ellos, excepto Vicente, se habían ido en enero para la boda. Podrían haber quedado aislados allí durante un mes o más. ¿Qué haría uno en Gales durante un mes? ¿En medio del invierno? Todos ellos necesitaban que les examinaran la cabeza. Por supuesto, su propia cabeza nunca había estado del todo bien, ya que le habían disparado por un costado y luego cayó sobre ella desde el lomo de su caballo durante una memorable batalla en la Península. Fue memorable para los demás. Permaneció en un enorme y colosal vacío para él, como si fuera algo por lo que se había quedado dormido y del que se había enterado después.

—Oh,— dijo Lady Darleigh, acercando sus manos a su pecho, —aquí viene alguien más. Debo volver a bajar. ¿Te quedarás aquí, Vincent, para que Lord Ponsonby tome su trago?

—Iré contigo, Sophie—, dijo Vince. —Flavian es un chico grande. Puede servirse su propia bebida.

—Y sin derramar nada,— estuvo de acuerdo Flavian. —Pero yo también bajaré si puedo.

Había otra vez esa tonta excitación, la que siempre se aseguraba de que fuera el primero en llegar a las reuniones anuales. Pronto estarían juntos de nuevo, los siete. Su gente favorita en el mundo. Sus amigos. Su línea de vida. No habría sobrevivido esos tres años sin ellos. Oh, quizás su cuerpo lo habría hecho, pero su cordura no lo habría hecho. No sobreviviría *ahora* sin ellos.

Eran su familia.

Tenía otra familia de personas que compartían su linaje y su historia ancestral. Incluso

les tenía mucho cariño, casi sin excepción, y ellos a él. Pero estos, sus seis amigos - George, Hugo, Ben, Ralph, Imogen y Vincent- eran la familia de su corazón.

El diablo lo tome, qué frase *"la familia de su corazón"*. Era suficiente para que cualquier hombre que se preciara quisiera vomitar. Menos mal que no lo había dicho en voz alta.

Guardando, pensó en nada mientras volvía abajo para saludar a la nueva llegada. Su mente había guiñado un ojo, y ahí estaba: el nombre de la mujer. Sra. Keeping, viuda. Un nombre extraño, pero entonces, quizás su propio nombre, Arnott, también era extraño. Cualquier nombre lo era, cuando uno lo piensa lo suficiente.

Cuando Agnes llegó a casa y se quitó el sombrero y el abrigo, se arregló el pelo y se lavó las manos, su corazón había dejado de latir lo suficiente como para no pensar que Dora la oiría cuando bajó a reunirse con ella en la sala de estar.

Realmente no era justo que se viera más guapo y viril a caballo que en un salón de baile. Llevaba un largo y monótono abrigo de montar con, Dios sabe, cuántas capas en los hombros -no se le había ocurrido contarlas-y un sombrero alto colocado en un ángulo ligeramente alegre sobre su cabeza casi rubia. Había sido asfixiantemente consciente de sus flexibles botas de cuero y sus poderosos muslos en apretados pantalones de montar, y de su postura militar y su amplio pecho y rostro burlón y guapo.

El simple hecho de verlo *justo* cuando pensaba que iba a llegar a casa a salvo la había arrojado a un aleteo tan estúpido que ahora no podía recordar cómo se había comportado. ¿Le había reconocido de alguna manera civilizada? ¿Se había quedado boquiabierta? ¿Se había estremecido visiblemente como una hoja en un huracán? ¿Se había *ruborizado*? Oh, Dios mío, por favor, que no se haya ruborizado. Qué terriblemente bajo sería eso. Cielos, tenía veintiséis *años*. Y ella era viuda.

—Oh, ahí estás, querida—, dijo Dora, levantando sus manos del teclado de su antiguo pero amorosamente cuidado y meticulosamente bien afinado pianoforte. —Llegas más tarde de lo que dijiste que llegarías, pero ¿cuándo no llegas cuando has estado pintando? Te has estado perdiendo toda la diversión.

—Nunca quiero llegar tarde—, dijo Agnes, inclinándose para besar la mejilla de su hermana.

—Lo sé.— Dora se puso de pie y tocó la campana de plata en la parte superior del instrumento como señal a su ama de llaves para que trajera la bandeja de té. —Me pasa cuando toco. Es bueno que ambas seamos artistas despistadas, o podríamos estar discutiendo y acusándonos mutuamente de negligencia. Entonces, ¿encontraste algo absorbente para pintar?

—Narcisos en la hierba—, dijo Agnes. —Son siempre mucho más hermosas allí que en los parterres de flores. ¿Cuál es la diversión que me he perdido?

—Los invitados de Middlebury Park han comenzado a llegar—, dijo Dora. —Un

jinete soltero pasó por aquí hace un rato. Pasó por la casa antes de que pudiera correr hacia la ventana, a pesar de que fui a una velocidad vertiginosa, y sólo vi su espalda, pero creo que podría haber sido el guapo vizconde de la ceja burlona que estaba en el baile de octubre.

—¿Vizconde Ponsonby?— Agnes dijo, y su corazón comenzó a latir con fuerza de nuevo, amenazando con ensordecerla y hacer que su voz se quedara sin aliento. —Sí, tienes toda la razón. Lo pasé más adelante por la calle, y me reconoció y me dio las buenas tardes. Pero no podía recordar mi nombre. Casi podía oírle buscarlo en su mente. Me llamó *señora* en su lugar.

Dios mío, ¿realmente se había dado cuenta de eso?

—Y hace unos minutos,— dijo Dora,—paso un par de carruajes. Había dos personas en el primero, una dama y un caballero. En el segundo estaba cargado con un prodigioso montón de equipaje y contenía a un hombre que parecía tan superior que era un duque o un criado. Sospecho que esto último. Casi te llamo, pero si lo hubiera hecho, entonces la Sra. Henry también lo habría oído y habría venido corriendo a una de las ventanas del frente, y los tres habrían visto que nos quedamos boquiabiertos y *no nos* ocupábamos de nuestros propios asuntos como deberían hacer las damas gentiles.

—Absolutamente nadie nos habría prestado atención—, dijo Agnes. —Todos los demás habrían estado demasiado ocupados mirando por su cuenta.

Ambas se rieron y se sentaron a ambos lados de la chimenea, mientras la Sra. Henry les llevaba la bandeja y les informaba que los invitados habían comenzado a llegar a Middlebury Park, pero que esperaba que la Srta. Debbins estuviera demasiado absorta en su música como para darse cuenta.

Agnes y Dora se sonrieron cuando se fue, y luego se pusieron de pie para ver quién se acercaba por la calle del pueblo esta vez. Era un joven caballero conduciendo el mismo su propia calesa, con un sirviente con librea detrás de él. El conductor se parecía a otro hombre ágil y guapo, excepto que una cicatriz malvada que atravesaba la mejilla más cercana a su ventana era horriblemente visible a pesar de su sombrero. Le dio una apariencia feroz y pirata.

—Me desprecio a mí misma—, dijo Dora. —Pero esto es realmente divertido.

—Lo es—, estuvo de acuerdo Agnes. Aunque deseaba que no fuera así. Realmente no quería volver a verlo. Oh, sí, por supuesto que sí. No, no lo había hecho. Oh, *odiaba* esta…. esta confusión juvenil por un hombre que apenas se había dado cuenta de ella hace cinco meses y que había olvidado incluso su nombre desde entonces.

Sophia le había hablado del Club de los Supervivientes y le había explicado acerca de sus reuniones anuales en Cornualles, y cómo había persuadido a todos ellos para que vinieran a Middlebury Park en su lugar este año porque su esposo, el tonto querido -las palabras de Sophia- se había negado a dejarla tan pronto después de su confinamiento. Eran siete, incluido el vizconde Darleigh: seis hombres y una mujer. Tres de ellos se casaron, todos en el último año. Iban a estar aquí tres semanas. Todo el vecindario estaba

agitado por la emoción, a pesar de que iba a ser una reunión principalmente privada. Cada uno de los supervivientes era titulado: el menos ilustre de ellos un barón, el más ilustre un duque.

Agnes había decidido mantenerse fuera de su camino. No debería ser difícil, pensó, aunque a menudo subía a la casa para ver a Sofía, especialmente durante el último par de meses antes de que Tomás naciera, cuando había sido cada vez más difícil para Sofía venir a verla, y durante el mes desde su nacimiento. Dejaría de ir mientras había invitados en la casa. Habría dejado de *hacerlo aunque* no fuera uno de los Supervivientes, pues Sofía estaría ocupada entreteniéndolos a todos. Y aunque Agnes entraba a menudo al parque para dibujar, por invitación expresa de Sophia y Lord Darleigh, evitaba las partes del parque por donde los invitados tenían más probabilidades de pasear, y tenía mucho cuidado de no ser vista yendo y viniendo.

Hoy había tenido cuidado, hasta que perdió la noción del tiempo. Ninguno de los invitados probablemente llegaría antes de media tarde, le había dicho Sofía. Agnes había ido, entonces, a pintar los narcisos, cuando aún era de día. No podía demorarse del todo durante tres semanas, porque los narcisos no se demoraban. Llegaría a casa poco después del mediodía, mucho antes de que se pudiera esperar que alguien llegara, le había dicho a Dora antes de irse. Pero entonces había empezado a pintar y se había olvidado de la hora.

Incluso entonces había tenido mucho cuidado mientras caminaba a casa. Había estado pintando mucho más allá del lago y los árboles, cerca de la casa de verano, ni siquiera a la vista de la casa principal. El parque de Middlebury era enorme, después de todo. No regresó alrededor del lago y cruzó el césped hacia el camino. Eso la habría traído a la vista lejana de la casa durante unos minutos, y también habría estado expuesta a lo largo de gran parte del camino de entrada. No, había bajado hacia los bosques que crecían en una gruesa franja dentro de la pared sur del parque, y se había enhebrado en los antiguos troncos, disfrutando de la soledad de color verde y de los hermosos olores de los árboles. Había salido muy lejos de la entrada, a pocos metros de las puertas, que estaban abiertas de par en par, como solían hacer durante el día. Luego se dirigió por la calle del pueblo hacia su casa. No había nadie a la vista, excepto la Sra. Jones, que estaba en la puerta de la vicaría, en medio de un chisme con la Sra. Lewis, la esposa del boticario. Y el Sr. Henchley estaba cepillando serrín a través de la puerta de su carnicería en el extremo opuesto de la calle para que alguien más tuviera que lidiar con ello. Agnes había bajado la cabeza y corrió hacia su casa.

Se había creído segura hasta que oyó los cascos de un caballo que se acercaba. No había levantado la vista. Después de todo, los caballos no eran algo poco común en la aldea. Pero no había tenido otra opción a medida que se acercaba. Sería muy maleducado de su parte no reconocer a un vecino. Así que levantó la cabeza y miró directamente a los ojos verdes y soñolientos del huésped que más había querido evitar. De hecho, no tenía ninguna razón para evitar a ninguno de los otros, todos los cuales eran extraños para ella.

Fue una desgracia de mala suerte.

Y se había despreciado de nuevo al mirarlo. Se había sacudido toda la tontería de enamorarse sólo unas semanas después de aquel baile infernal. Nunca le había pasado

nada parecido, y se aseguraría de que no volviera a pasar nada parecido. Entonces Sophia le había dicho que el Club de Supervivientes vendría aquí. Y Agnes se había convencido a sí misma de que si ponía sus ojos en él -lo cual le costaría mucho *no* hacer- podría mirarlo con total desapasionamiento y verle simplemente como uno de los amigos aristocráticos de Lord Darleigh con los que por casualidad tenía un ligero conocimiento.

Era increíblemente guapo. Y un montón de otras cosas que preferiría no poner en palabras, ni siquiera en pensamientos, si las cosas miserables solo pudieran ser suprimidas.

Pero no pudo.

Todas las tonterías del otoño pasado habían regresado apresuradamente, como si no tuviera una gota de sentido común en todo su cuerpo o cerebro.

—Me pregunto —dijo Dora mientras volvían a sus sillas—si nos invitarán a la casa, Agnes. Supongo que no, pero tu es una amiga particular de la vizcondesa, y yo soy su profesora de música, así como de Lord Darleigh. De hecho, me comentó la semana pasada que como sus amigos simplemente ridiculizarán sus esfuerzos con el arpa, es mejor que la toque para ellos como debería ser tocada, y *entonces* no se reirían. Pero *se* estaba riendo mientras lo decía. Creo que sus amigos se burlan mucho de él, y eso significa que lo aman, ¿no es así? Creo que deben ser muy buenos amigos. Supongo que Lord Darleigh no me invitará a tocar, ¿verdad?

Agnes se sacudió sus estúpidas palpitaciones y centró su atención en su hermana, que miraba y sonaba melancólica. Dora era doce años mayor que ella y nunca se había casado. Había vivido en su casa en Lancashire hasta que su padre se volvió a casar, un año antes del matrimonio de Agnes. Luego había expresado su intención de responder al anuncio que había visto para un profesor de música residente en el pueblo de Inglebrook en Gloucestershire. Su solicitud había sido aceptada, y se había mudado aquí y se había quedado y prosperado de una manera modesta. Era muy querida y respetada aquí, y su talento fue reconocido. Siempre tuvo más trabajo del que podía aceptar.

¿Pero era feliz? Tenía todo un vecindario de amistosos conocidos, pero ningún amigo en particular. Y sin pretendiente. Ella y Agnes se habían acercado mucho desde que vivían juntas aquí, como siempre habían estado en casa. Pero lo eran para todos los efectos y propósitos de las diferentes generaciones. Dora estaba contenta, creía Agnes. ¿Pero feliz?

—Tal vez te inviten a tocar—, dijo. —A todos los anfitriones les gusta entretener a sus invitados, ¿y qué mejor manera que con una velada musical? Y Lord Darleigh es ciego y, por lo tanto, más apegado a la música que a cualquier otra forma de entretenimiento. A menos que haya un gran talento musical entre los invitados, tendría mucho sentido que te invitara a tocar para ellos. Tienes más talento que nadie que yo haya conocido, Dora.

Quizás no fue sabio despertar las esperanzas de su hermana. Pero qué insensible no haberse dado cuenta hasta ese momento de que Dora también tenía sentimientos y ansiedades relacionadas con la llegada de estos invitados y que soñaba con tocar para un público agradecido.

—Pero confiesa, querida—, dijo Dora, un brillo en sus ojos. —No has conocido a

mucha gente, con talento o sin él.

—Tienes razón—, admitió Agnes. —Pero si hubiera conocido a todos en el mundo educado y los hubiera escuchado mostrar sus talentos en las noches musicales, habría descubierto que no hay nadie a tu altura.

—Lo que amo de ti, Agnes, querida,— dijo su hermana,—es tu notable falta de parcialidad.

Ambos se rieron y luego se pusieron de pie de nuevo para ver pasar otro carruaje, éste con un señor mayor de aspecto distinguido y una joven en su interior, y una cresta ducal blasonada en la puerta.

—Todo lo que necesito para ser completamente feliz—, dijo Dora, —es un telescopio discreto y elegante.

Se volvieron a reír.

CAPITULO 03

Lo que quedaba de ese primer día, después de que todos habían llegado, y para todo el día siguiente, así como para gran parte de la noche y la noche siguiente, permanecieron juntos como un grupo y hablaron casi sin cesar. Siempre fue así cuando había un año de noticias para compartir, y lo fue este año, a pesar de que la mayoría de ellos se habían reunido varias veces desde la reunión de la primavera pasada en el Penderris Hall y cuando tres de ellos se habían casado.

Flavian tenía un poco de miedo de que esos matrimonios afectaran de alguna manera su cercanía. Había tenido mucho miedo, si se decía la verdad. No era que resentía la felicidad de sus amigos o de las tres esposas que habían adquirido, todas las cuales estaban en Middlebury Park con ellos. Pero los siete habían pasado juntos por el infierno y habían salido juntos de él como un grupo muy unido. Se conocían como nadie más lo hacía o podía hacerlo. Había un vínculo que sería imposible describir con palabras. Era un vínculo sin el cual seguramente se desmoronarían o explotarían en un millón de pedazos. Al menos, él lo haría.

Las tres esposas parecían saberlo y respetarlo. Sin ser de ninguna manera abiertas al respecto, dieron espacio a sus maridos y a los demás, aunque tampoco se mantuvieron totalmente al margen. Todo estaba muy bien hecho. Flavian pronto tuvo un afecto definitivo por todas ellas, así como el gusto que sintió cuando conoció a cada una de ellas por primera vez.

Una cosa que siempre había valorado más que cualquier otra cosa de las reuniones anuales del Club de Supervivientes, era que los siete no se habían unido como una unidad inseparable para el conjunto de sus reuniones de tres semanas. Siempre había compañía de amigos cuando uno lo quería o necesitaba, pero siempre podía haber soledad también cuando uno elegía estar solo.

Penderris era perfectamente adecuado tanto para la compañía como para la soledad, ya que la casa y el parque eran espaciosos y estaban situados sobre una playa privada y el mar. Sin embargo, Middlebury Park no era inferior, a pesar de estar en el interior. El parque era grande y había sido diseñado de tal manera que había áreas públicas, los jardines formales, los amplios prados, el lago, y otras más aisladas como el paseo por las colinas detrás de la casa, y la avenida de los cedros y la casa de verano y los prados detrás de los árboles en el otro lado del lago. Incluso pronto habría una pista de equitación de cinco millas de largo alrededor del borde interior de las paredes norte y este y parte del sur; la construcción de la misma estaba casi terminada. La pista era para permitir a Vicente la libertad de montar y correr a pesar de su ceguera, y había sido idea de su vizcondesa, al igual que el perro guía y otras adiciones a la casa y al parque.

La segunda mañana, todos desayunaron juntos después de que Ben, Sir Benedict

Harper, y Vincent habían salido de lo que Ralph Stockwood, conde de Berwick, describió como la mazmorra, pero que en realidad era una extensión de la bodega, que se había convertido en una sala de ejercicios. Era un día soleado de nuevo.

—Gwen y Samantha van a dar un paseo hasta el lago—, dijo Lady Darleigh, indicando a Lady Trentham, la esposa de Hugo, y Lady Harper, la de Sir Benedict, —mientras yo paso una hora en la guardería, y luego me voy a unir a ellas. Cualquier otra persona es bienvenida a venir también, por supuesto.

—Debo pasar algún tiempo en la sala de música—, dijo Vincent. —Tengo que mantener mis dedos ágiles. Es increíble lo rápido que se convierten en diez pulgares cuando no se ejercitan.

—Que el Señor nos ame—, dijo Flavian. —¿El V-violin, Vince? ¿El p-pianoforte?

—Ambos—, dijo Vincent con una sonrisa, —así como el arpa.

—¿Has perseverado con el arpa, a pesar de todas tus frustraciones, Vincent?— Imogen Hayes, dijo Lady Barclay. —Eres una maravilla de determinación.

—¿No estarás pensando en darnos un recital por casualidad, Vince?— preguntó Ralph. —Sería muy amable de tu parte avisarnos a todos si es así.

—Considéralo debidamente dado.— Vincent seguía sonriendo.

George Crabbe, Duque de Stanbrook, y Hugo Emes, Lord Trentham, iban a caminar para ver cómo iba la pista de equitación. Ralph e Imogen iban a explorar el paseo por la naturaleza. Ben, que todavía estaba en la etapa de la luna de miel de su matrimonio, habiendo estado casado con Lady Harper durante menos de dos meses, eligió acompañarla a ella y a Lady Trentham al lago.

Eso dejó a Flavian.

—¿Vienes con nosotros a la pista, Flave?— Hugo sugirió.

—Voy a dar un paseo para echar un vistazo a la avenida de cedros, —dijo. —Nunca llegué allí cuando estuve aquí el otoño pasado.

Nadie protestó por su decisión aparentemente extraña y antisocial. Nadie sugirió que ir con él. Comprendieron su deseo tácito de estar solo. Por supuesto que lo hicieron. Deben haberlo esperado a medias después de lo de anoche.

En las últimas horas de la tarde, durante sus reuniones, casi siempre se hablaba de lo más serio de sus conversaciones. Hablaron de los reveses que habían sufrido con sus recuperaciones, los problemas a los que se enfrentaban y las pesadillas que habían tenido que soportar. No había sido planeado de esa manera, e incluso ahora nunca se sentaron con la intención expresa de derramar sus penas. Pero casi siempre terminaba así. No es que fueran sesiones de refunfuñar sin más. Lejos de eso. Hablaban desde el corazón porque sabían que serían entendidos, porque sabían que habría apoyo, simpatía y consejo, a veces incluso una solución real a un problema.

Anoche había sido el turno de Flavian, aunque no tenía la intención de hablar en

absoluto. Todavía no. Quizás más tarde en la visita, cuando se había instalado más plenamente en la comodidad de la compañía de sus amigos. Pero hubo una pausa en la conversación después de que Ben les contó que su reciente decisión de usar una silla de ruedas, después de haber insistido durante tanto tiempo en cojear sobre sus dos piernas retorcidas entre sólidos bastones, había transformado su vida y, de hecho, había sido un triunfo en lugar de la derrota que siempre había pensado que sería.

Y sin embargo, todos sintieron su tristeza también, pues al sentarse en una silla había admitido que nunca más volvería a ser como antes. Ninguno de ellos lo haría. Hubo un breve silencio.

—Ha pasado casi un año desde que murió Leonard B-Burton—, había dicho Flavian, con una voz entrecortada y poco natural.

Todas las miradas se habían vuelto sobre él.

—Hazeltine—, había añadido. —Después de una enfermedad terriblemente breve, parece. Tenía mi edad. Nunca escribí cartas de c-condolencia ni a su familia ni a V-Velma.

—¿El *Conde* de Hazeltine?— Ralph dijo. —Pero ahora recuerdo, Flave. Me hablaste de su muerte cuando estábamos en Londres poco después de dejar Penderris el año pasado. Él era…

—Sí.— Flavian le interrumpió con una sonrisa resplandeciente. —Era mi antiguo mejor amigo. Lo conocía y fui casi inseparable de él desde mi primer día en Eton hasta..

Bueno, hasta que.

—Recuerdo que hablaste de él—, dijo George, —aunque no sabía de su muerte. Nunca se acercó a Londres, ¿verdad? Entonces, ¿nunca te has reconciliado, Flavian?

—Puede que se pudra en el infierno—, dijo Flavian.

—Yo tampoco lo había oído—, le dijo Imogen. —¿Qué le ha pasado a Lady Hazeltine?

—Ella también. Q-q-que se p-p-pudra — Golpeó varias veces el lado de un puño cerrado contra su muslo con impotente furia y jadeó en busca de aire.

—Tómate tu tiempo, Flave—, dijo Hugo, poniéndose de pie y tomando el vaso vacío de la mesa junto a Flavian para volver a llenarlo. Le apretó el hombro a su amigo mientras lo pasaba de camino a la jarra de brandy. —Tenemos toda la noche. Ninguno de nosotros va a ir a ninguna parte.

—Respira hondo—, sugirió Vincent, —y sigue inhalando hasta que el aire te saque una burbuja de la parte superior de la cabeza, como un globo. Nunca ha funcionado para mí, pero sí para ti. Aunque no sea así, esperar a sentir la forma de una burbuja te quita de la cabeza lo que sea que estaba sobrepasando tu resistencia.

—No estoy realmente molesto—, dijo Flavian después de beber la mitad de su brandy de un trago. Su voz se volvió repentinamente apagada. —Pasó hace casi un año, después de todo. No fue mi amigo durante más de seis años antes de eso, así que no lo he

extrañado. Y Velma lo prefirió a él antes que a mí, como estaba en su derecho, incluso si *estuviera* prometida a mí. Nunca les deseé daño. No le deseo a ella daño ahora. No significa nada para mí.

No había tartamudeado ni una sola vez, se dio cuenta. Tal vez realmente lo superó. Por encima de *ellos*.

—¿Sigues sintiéndote culpable por no haberle escrito, Flavian?— Preguntó Imogen.

Agitó la cabeza y extendió las manos por encima de las rodillas. Estaban muy firmes, se alegró de verlas, a pesar de que estaban hormigueando con alfileres y agujas.

—Ella no hubiera querido saber de mí—, dijo. —Habría pensado que me estaba r-regodeando.

Pero se *había* sentido culpable en todos los meses transcurridos desde que se enteró, y le molestaba el sentimiento.

—Nunca has sido capaz de cerrar la puerta de esa parte de tu vida, ¿verdad?— preguntó George. —Y la muerte de Hazeltine parece hacer que sea más difícil para ti hacerlo. Es una lástima, Flavian. Lo siento.

Flavian levantó la cabeza y le miró con melancolía. —Estaba cerrada y cerrada con cerrojo y candado y la llave tirada hace siete años.

Lo sabía… *¡maldita sea!* Que no era verdad. Todos lo sabían. Pero nadie lo dijo, y nadie siguió el tema hasta que él lo hizo. Nunca se inmiscuyeron más allá de cierto punto en la privacidad del otro. Pero había un silencio que le permitía decir más si así lo deseaba.

—Está volviendo a casa—, dijo. —Su año de luto ha terminado, está volviendo.

¡Su madre y sus cartas infernales! Como si estuviera interesado en los últimos chismes de la Abadía de Candlebury, su hogar ancestral en Sussex, en el que no había puesto los pies desde hacía más de ocho años. Lady Frome había llamado a su madre con la noticia, en su carta le había explicado. Sir Winston y Lady Frome vivían a ocho millas de Candlebury, en Farthings Hall. Las dos familias siempre se han llevado muy bien, ya que sir Winston y el padre de Flavian habían crecido juntos y habían asistido a la escuela y a la universidad juntos. Velma era su única hija, muy adorada por sus padres.

La carta había llegado a Flavian en Londres, justo antes de que llegara a Gloucestershire. Seguramente desearía volver a casa a Candlebury para la Pascua de Resurrección de este año, ahora que *tendría un incentivo*, había escrito su madre. Había subrayado las cuatro palabras clave.

Velma venía a casa y traía a su hija pequeña con ella. La hija *de Len*. No había tenido ningún hijo. Ningún heredero.

—No importa que ella regrese a Farthings—, añadió, bebiendo lo que quedaba en su vaso. —Nunca me acerco a C—Candlebury.

Imogen le había acariciado la rodilla, y después de un breve silencio Vicent había

empezado a hablarles de la alegría que el nacimiento de su hijo le había traído a su vida y de los ataques de pánico con los que tenía que luchar cada vez que se sentía abrumado al darse cuenta de que nunca vería al niño o a los hermanos y hermanas que pudiera tener.

—¡Pero, oh, la alegría!— Había habido lágrimas nadando en sus ojos cuando Flavian lo miró.

Nadie se preguntó esa mañana por qué Flavian eligió estar solo. Algunas cosas tenían que ser tratadas por uno mismo, como todos sabían por experiencia. Lo que le llevó a preguntarse sobre el matrimonio -en particular, los matrimonios de tres de los supervivientes- al salir de la casa media hora después del desayuno y volver sus pasos en dirección al lago. ¿Había espacio en el matrimonio? Tendría que haberlo, ¿no? O uno se sentiría sofocado. Incluso si uno estaba locamente enamorado. Felizmente para siempre no significaba estar unidos por toda la eternidad, pensamiento espantoso.

¿Qué significaba, entonces?

No significaba nada, por supuesto, porque no existía tal cosa. Incluso los matrimonios de sus tres amigos se desmoronarían si ellos y sus esposas no trabajaran como el diablo para mantenerlos enteros por el resto de sus vidas naturales. ¿Valía la pena?

Había creído en el amor romántico y en la felicidad para siempre, una vez que había sido un tonto idiota. Al menos -dejó de caminar para fruncir el ceño pensando por un momento- estaba casi seguro de que debía haber creído en ello. A veces le parecía que su mente era un poco como un tablero de ajedrez, los cuadrados oscuros que representan la memoria consciente, los blancos sólo espacios en blanco para mantener los recuerdos separados. Si los espacios en blanco significaban algo más que eso, no podía recordar. Y cuando se esforzó demasiado por resolverlo, le dio uno de sus dolores de cabeza o buscó algo en lo que pudiera golpear con su puño sin romperse todos los huesos de la mano.

Definitivamente había *algo* en esos cuadrados blancos. Hubo violencia, si nada más.

Las damas y Ben, con sus bastones en lugar de su silla de ruedas, estaban ante él en el lago. Ben tenía la puerta del cobertizo abierta, y las damas miraban adentro. ¿Estaba planeando jugar al galante y llevarlas a la isla para que pudieran ver más de cerca la locura del templo? Flavian los saludó, y hubo un alegre intercambio de cumplidos durante el cual *no* sugirió ayudar a remar. Siguió caminando alrededor del lago y pasando la banda de árboles del otro lado. Fue un largo paseo.

Los no iniciados supondrían que el parque terminaba con el lago y los árboles en su orilla lejana. Pero no fue así. Se extendía más allá en un área espaciosa que era un poco menos cultivada, más aislada, más diseñada para la soledad o el disfrute de una tête-à-tête con un compañero elegido.

Era la soledad lo que quería y necesitaba esa mañana. ¿De dónde diablos salió ese arrebato anoche? Había leído la noticia de la muerte de Len con cierta sorpresa por estas fechas el año pasado. Siempre fue un desagradable recordatorio de la propia mortalidad cuando un contemporáneo moría, especialmente cuando uno tenía sólo treinta años. Y más especialmente cuando, una vez, uno había conocido a ese contemporáneo en particular

casi tan bien como conoce a sus compañeros Supervivientes ahora. Aunque apostaría su vida a que nadie de los Supervivientes se escabulliría y se casaría con la prometida de otro que estuviera incapacitado.

Había leído el aviso con cierta sorpresa pero sin mayor emoción. Todo ese desagrado había ocurrido hacía mucho tiempo, después de todo, no mucho después de haber sido traído a casa desde la Península y justo antes de haber sido llevado a Penderris Hall para recibir tratamiento y convalecencia. Hace toda una vida, al parecer. Todo esto no significó nada para él la primavera pasada. Len no había significado nada. Velma no había significado nada.

Un montón alarmante de nada.

Todavía no significaba nada ahora.

Excepto que volvía del norte de Inglaterra, que siempre se había sentido cómodamente como el otro lado del mundo. Y no hacía falta ningún genio para imaginar la emoción que su regreso despertaba en los pechos románticos y emparejadores de su madre y de ella. El hecho de que su madre esperara que fuera corriendo a Candlebury para la Pascua sólo porque Velma estaría en Farthings contó su propia historia elocuente. También le dijo que esperaban que sintiera lo mismo por Velma y ella por él, como lo habían sentido antes de sus heridas y la traición de Len.

Pensó, horrorizado, en ese inesperado estallido de anoche y en esa recaída igualmente inesperada en una incapacidad casi incontrolable para sacar sus palabras. Por dos peniques, si alguien hubiera dicho algo incorrecto, le habría golpeado con sus puños y hecho que el Señor hubiera sabido qué daño había hecho en la casa de Vincent. Había estado alarmantemente cerca de tener una recaída completa en el estado de locura animal en el que se había quedado después de la guerra. Y había luchado contra un dolor de cabeza palpitante durante la mayor parte de una noche sin dormir.

Pensó en la burbuja de Vince y se rió con tristeza.

Y entonces se dio cuenta de que no estaba solo aquí después de todo.

Había sido imprudente venir aquí hoy, especialmente cuando había un campo ilimitado, todo ello rebosante de nuevo crecimiento y de las flores silvestres de principios de la primavera, en todas las direcciones alrededor de la aldea. Eran flores silvestres que a Agnes le encantaba pintar. Pero los únicos narcisos que había visto estaban en los parterres de los jardines de la gente y en la hierba del prado al otro lado del parque en Middlebury. Y los narcisos no florecían para siempre. No podía esperar a que pasaran tres semanas hasta que los huéspedes de Lord Darleigh se marcharan.

Las margaritas, las mariposas y el trébol florecían en las praderas cercanas durante todo el verano. Hacía unas semanas que allí habían caído gotas de nieve, y todavía había algunas prímulas. Pero ahora era el tiempo de los narcisos y, oh, no podía faltar.

Era una zona poco utilizada del parque. No había una ruta directa desde la casa, y

estaba muy lejos. Había que bordear el lago y la franja de árboles que se había plantado a lo largo de su margen occidental. Era poco probable que los invitados pudieran pasear por allí a menudo, si es que lo hacían. Era *muy* improbable que caminaran allí durante la mañana.

Así que había corrido el riesgo de volver, su caballete metido debajo de un brazo, papel y pinturas y pinceles y todo lo demás que pudiera necesitar en su gran bolsa de lona. Había caminado a través de los árboles que bordeaban la pared sur, y sólo había salido a la luz del sol y a los espacios abiertos cuando estaba bien fuera de la vista de la casa y de los jardines y céspedes que la rodeaban.

Había pintado un solo narciso hacía dos días, pero no estaba satisfecha con él. Lo había hecho demasiado grande, demasiado audaz, demasiado amarillo. Había sido un objeto en gran parte divorciado de su entorno. Podría haberlo recogido y llevado a casa y haberlo colocado en un frasco y luego pintarlo.

Había vuelto para pintar los narcisos en su prado. Y fue recompensada con la vista de muchos más de los que había hace apenas dos días. Eran como una alfombra extendida ante ella, sus cabezas asintiendo con una brisa que no había notado especialmente. Y tuvieron el efecto de hacer que la hierba en la que crecían pareciera un verde más rico. Ah, ellos merecían ser pintados así, decidió.

Pero, ¿cómo iba a captar lo que veía con sus ojos y lo que sentía con las emociones que brotaban de su corazón? ¿Cómo se puede pintar no sólo narcisos asintiendo en la hierba, sino la luz eterna y la esperanza de la primavera misma? Era su primera primavera completa aquí con Dora, y la había saludado con cierto anhelo por algo que ni siquiera podía expresar con palabras. Para que la vida se reanude, tal vez, como algo más que una existencia gentil. O quizás para que *comenzara* la vida, aunque esa era una noción algo absurda cuando tenía veintiséis años y ya había estado casada y viuda ahora.

Normalmente no pensaba con sus emociones.

Trataba de pintar. Siempre lo intentaba, pues el camino hacia la perfección tenía un atractivo irresistible, aunque el destino siempre permanecía tentador justo más allá del horizonte más lejano.

Dejó su caballete y su bolsa y se quedó de pie y buscó durante mucho tiempo: respirando los olores de la naturaleza, oyendo a los pájaros cantar entre las ramas de los cedros cercanos, sintiendo el aire fresco de marzo cubierto por el fresco calor del sol.

Después de unos minutos, sin embargo, supo que sólo veía la mitad de la imagen y quizás ni siquiera eso. Porque las trompetas de los narcisos se elevaron al cielo. Los pétalos que los rodeaban miraban hacia arriba. Si las flores podían ver, como en cierto sentido suponía que podían, entonces era el cielo, en vez de la hierba bajo ellas, la que miraban. Ella, en cambio, miraba hacia abajo las flores y la hierba. Se volvió hacia arriba para ver que el cielo era azul puro, sin una nube a la vista. Pero ahora, por supuesto, ya no podía ver los narcisos.

Bueno, había una solución para eso.

Se arrodilló sobre la hierba y luego se estiró a lo largo de ella sobre su espalda, con cuidado de no aplastar ninguna de las flores. La hierba brotaba entre sus brazos abiertos y su cuerpo y entre sus dedos sin guantes cuando los abría de par en par. Los narcisos florecieron a su alrededor. Podía olerlos y ver la parte inferior de los pétalos y las trompetas de los que estaban más cerca de ella, y el cielo más allá de ellos. Y ahora había un vasto azul que añadir al amarillo y al verde.

Y era parte de todo, no un ser separado que miraba a la creación, sino la creación que se miraba a sí misma. Oh, cómo le gustaban estos momentos, por raros que fueran, y cómo le dolía el anhelo de capturar en la pintura algo de la experiencia interior así como de la belleza exterior. Tal vez fue así como los grandes pintores se sintieron todo el tiempo.

Tal vez los grandes artistas *sintieron* todo el tiempo.

Pero de repente percibió que no estaba sola. Y aquí estaba ella, tendida en el prado entre los narcisos, indefensa y tonta e invadida, aunque Lord Darleigh y Sophia le hubieran dicho que podía venir cuando quisiera.

Tal vez se equivocó. Quizás no había nadie más aquí después de todo. Levantó la cabeza cautelosamente del suelo y miró a su alrededor.

No estaba equivocada.

Estaba parado a poca distancia, su cara en la sombra bajo el borde de su sombrero alto para que no pudiese ver ni la dirección de su mirada ni la expresión de su cara. Pero no podía dejar de verla. Un *ciego* no podría haberla echado de menos. Incluso el vizconde Darleigh habría sentido su presencia. Pero no era el vizconde Darleigh.

De todas las personas que podría haber sido, y había diez en la casa, él era el que más quería *no* ver. Otra vez. ¿Cuáles eran las posibilidades?

Fue la primera en hablar.

—Tengo permiso para estar aquí—, dijo y luego deseó no haberlo hecho. Inmediatamente se puso a la defensiva.

—La belleza entre los n-narcisos —, dijo. —Qué encantador.

Sonaba completamente aburrido. Si uno podía hablar y suspirar al mismo tiempo, lo hacía. Llevaba su aburrido abrigo de montar. Tenía seis capas, que contó esta vez. Era lo suficientemente largo como para cubrir a medias sus botas altamente pulidas. Era una tontería sentir que era más hombre que cualquier otro hombre con el que se había encontrado, pero lo sintió.

En vez de ponerse de pie, como probablemente debería haber hecho, echó de cabeza sobre la hierba y cerró los ojos. Quizás se iría. ¿Era posible sentirse más avergonzada, más humillada que ella?

No se fue. De repente, una nube se interpuso entre sus ojos cerrados y el sol, excepto que no había nubes. Abrió los ojos y lo encontró de pie a su lado y mirando hacia abajo. Y ahora podía ver su cara, aunque todavía era una sombra. Sus ojos estaban verdes y con los párpados pesados, como recordaba de la noche del baile. Su ceja izquierda estaba

parcialmente elevada. Su boca estaba curvada en la comisura, aunque no lo sabía, ya fuera por diversión, por desprecio o por ambas cosas. Un mechón de pelo rubio yacía en su frente.

—Podría ofrecer una m-mano amiga—, le dijo. —Podría incluso jugar el papel de galán y llevarte a c-casa, aunque me atrevo a decir que debo morir a tus pies de alguna condición del c-corazón después de llegar allí. *¿Estás* herida o indispuesta?

—No lo estoy—, le aseguró ella. —Sólo estoy viendo el mundo como lo ven los narcisos.

Ella hizo una mueca de dolor, bastante visible, temía. ¿Era posible sentirse más avergonzada que mortificado? ¡Qué cosa tan ridículamente estúpida que decir! Oh, por favor, deja que se vaya, y aceptará con mucho gusto olvidarlo por toda la eternidad.

Su mano derecha, vestida con la piel más fina y costosa, desapareció bajo su abrigo y salió con un monoculo. Se lo puso en el ojo y sin prisa observó el prado y luego, brevemente, a ella. Fue una afectación horrible. Si había algo malo en su vista, debería usar anteojos.

Y a través de todo esto yacía donde estaba, como si fuera incapaz de levantarse, o como si creyera que podía esconderse más eficazmente aquí abajo.

—Ah,— dijo al fin. —Supongo que debe haber una explicación perfectamente sensata, y ahora veo que la hay. La recuerdo como una persona sensata, Sra. Keeping.

Había recordado su nombre, entonces, o le había preguntado a Sophia. Deseaba que no lo hubiera hecho.

—No—, dijo, quitándose el sombrero y lanzándolo descuidadamente en dirección a su caballete y a su bolso, —eso no es estrictamente c-correcto, ¿verdad? Esperaba que fueras s-sensata, pero en cambio eras encantadora.

El sol convirtió su cabello rubio en un rico oro mientras se sentaba a su lado y cubría con sus brazos sus rodillas levantadas. Llevaba pantalones ajustados de piel de becerro debajo del abrigo. Abrazaron muslos de aspecto poderoso. Agnes miró hacia otro lado.

Encantadora.

Cielos, se había acordado de ese vals.

—Y tu presencia aquí entre los n-narcisos ahora tiene todo el sentido—, dijo.

¿Por qué? Porque no era sensata pero… ¿encantadora? Oh, deseaba que hablara como lo hacían otras personas, para que uno pudiera entender su significado sin tener que preguntarse y adivinar.

Todavía estaba tendida en el césped. Al menos debería sentarse, pero eso la acercaría a él.

—Vine aquí a pintar—, le dijo. —Pero me iré. No deseo entrometerme en su privacidad. No esperaba que ninguno de los invitados llegara tan lejos. No tan temprano en el día, al menos.

Finalmente se habría sentado *y se habría puesto en pie*. Pero tan pronto como se movió, él puso una mano sobre su hombro, y se quedó dónde estaba. Su mano se quedó dónde estaba también, y le quemó a través del cuerpo hasta los dedos de los pies, a pesar de que estaba usando guantes.

¿Por qué, oh, por qué se arriesgó a venir aquí? ¿Y qué infeliz oportunidad lo trajo aquí también?

—Te *has* entrometido en mi intimidad,— dijo, —como yo en la tuya. ¿Nos volveremos a c-casa descontentos como resultado, o nos quedamos y estamos en privado juntos por un tiempo?

De repente, el prado de narcisos parecía mucho más solitario y remoto que cuando lo tenía para sí misma.

—¿Cómo ven los narcisos el mundo? —preguntó, quitando su mano y agarrando de nuevo el mango de su monóculo.

—Hacia arriba—, dijo ella. —Siempre hacia arriba.

Una de sus cejas se levantó, y la miró burlonamente hacia abajo.

—Hay una lección de vida para todos nosotros, ¿verdad, Sra. Keeping?—, le preguntó. —Debemos mirar siempre hacia arriba, ¿y todos nuestros p-problemas se acabarán?

Ella sonrió. —Si la vida fuera tan simple.

—Pero para los narcisos lo es—, dijo.

—No somos narcisos.

—Por lo cual estaré eternamente agradecido—, dijo. —Nunca ven agosto o d-diciembre o incluso junio. Deberías s-sonreír más a menudo.

Dejó de sonreír.

—¿Por qué viniste aquí solo, cuando estás con un grupo de amigos?

Tenía unos ojos rarísimos. A primera vista, siempre se veían un poco somnolientos. Pero no lo eran. Y ahora la miraban a ella y con aparente burla, y sin embargo había algo intenso detrás de la burla. Como si hubiera una persona totalmente desconocida escondida en su interior.

El pensamiento la dejó sin aliento.

—¿Y por qué viniste aquí solo, cuando tienes una hermana y vecinos y amigos en el pueblo?

—Yo pregunté primero.

—Así que lo hiciste.— Presionó su cabeza y sus manos más firmemente contra la hierba cuando él sonrió. Era una expresión devastadora. —Vine aquí para estar en comunión con mi alma, Sra. Keeping, y encontré encanto entre los narcisos. Regresaré a la casa y escribiré un poema sobre la experiencia. Un s-soneto, tal vez. Sin duda un soneto, de hecho. Ninguna otra forma de verso plasmaría el incidente j-justicia.

Ella sonrió lentamente y luego se rió. —Me lo merecía. No tenía nada que preguntar.

—Pero, ¿cómo vamos a descubrir algo el uno del otro si no preguntamos? ¿Quién era el Sr. K-Keeping?

—Mi marido—, dijo y volvió a sonreír cuando su ceja izquierda se burló de ella. —Era nuestro vecino donde crecí. Me lo ofreció cuando yo tenía dieciocho años y él treinta, y estuve casada con él durante cinco años antes de que muriera hace casi tres años.

—Era un caballero g-granjero, ¿no?—, preguntó. —Y supongo que estabas locamente enamorada de él. ¿Un hombre mayor y experimentado?

—Le *tenía cariño*, Lord Ponsonby—, dijo ella, —y él a mí.

—Suena como un poco aburrido—, dijo.

Estaba dividida entre la indignación y la diversión.

—*No* sabes *nada* de él—, dijo. —Era un hombre digno.

—Si yo estuviera casado contigo,— dijo,—y me describieras como digno, me dispararía a mí mismo y me sacaría de mi miseria.

—¡Qué tontería!— Pero ella se rió de nuevo.

—No había p-pasión, ¿verdad?—, preguntó, sonando aburrido de nuevo.

—Estás siendo ofensivo.

—Eso significa que no hubo p-pasión—, dijo. —Una l-lástima. Parece como si estuvieras hecha para eso.

—Oh.

—Y d-definitivamente encantadora—, dijo, y cambió de posición, se inclinó sobre ella y la besó.

Quedó en estado de inmovilidad, incluso después de que él había levantado la cabeza unos centímetros para mirarla a la cara. De cerca, sus ojos verdes brillaron, y su boca parecía un poco cruel y burlona. Y sintió tal puñalada de lujuria en sus pechos y entre sus muslos y hasta en su vientre que era incapaz de protestar con él o de apartarlo.

Quería que lo hiciera de nuevo.

—Debiste haberte quedado encerrada en tu a-aldea esta mañana, Sra. K-Keeping—, dijo. —Vine aquí solo p-porque me sentía un poco salvaje.

— ¿Salvaje?— Ella tragó y levantó su mano para poner las puntas de sus dedos ligeramente contra su mejilla. Era cálido y suave. Debió haberse afeitado poco antes de salir. Y sin embargo, sabía que esta vez él estaba diciendo la verdad. Casi podía sentir el peligro atado pulsando hacia afuera de la persona escondida dentro de él.

Lo había *tocado.* Miró su mano más bien como si perteneciese a otra persona, y la retiró.

—Pasé tres años aprendiendo a c-controlarlo—, le dijo. —Mi salvajismo, eso es. Pero

s-sigue acechando y e-esperando para atacar a una víctima incauta. Hubiera sido mejor si no hubieras estado aquí.

Tenía curiosidad, y quizás tontamente, no tenía miedo. Podía sentir su aliento caliente contra su cara.

—¿ Qué lo causo estar al acecho esta mañana?—, le preguntó.

Pero él simplemente le sonrió y bajó la cabeza para rozar sus labios sobre los de ella otra vez, y luego probarlos con su lengua antes de llegar al interior de la suave carne que había detrás de ellos y así sucesivamente en su boca.

Se quedó muy quieta, como si moverse pudiera romper el hechizo.

Si esto era un beso, no se parecía a nada de lo que había experimentado con William. *Totalmente* diferente. Era carnal y pecaminoso y lujurioso y, por lo menos por el momento, bastante más allá de su poder de resistencia. Podía oler los narcisos. Y a él. Y la tentación.

Y el peligro.

La mano que había estado contra su mejilla se dirigía a la parte posterior de su cabeza, sus dedos se enhebraban en su grueso y cálido cabello, mientras que la otra mano se dirigía a su cintura, debajo de su abrigo de montar. Incluso a través de las capas restantes de su ropa podía sentir la dureza de sus músculos y el calor de la sangre latiendo a través de él.

Era todo masculinidad cruda, algo que estaba fuera de su experiencia.

Era peligroso. Terriblemente peligroso.

Pero su mente simplemente se negó a responder a la llamada para defenderla, y se convirtió en una sensación física- choque y asombro y placer y pura lujuria. Y una sensación de miedo que la atrajo más de lo que repelía.

Su lengua exploró su boca. La punta tocó el techo y dibujó una línea a lo largo de la cresta de hueso allí y envió tal afluencia de puro deseo temblando a través de ella que finalmente reaccionó. Puso ambas manos contra sus hombros y lo alejó.

Mucho más a regañadientes de lo que debería.

No luchó contra ella ni mostró ningún otro signo de salvajismo. Levantó la cabeza, sonrió lentamente, y luego se sentó antes de ponerse de pie. Cuando ella se sentó también, extendió una mano para ayudarla a levantarse. Todavía estaba enguantada.

—Uno debe ser un perfecto c-caballero incluso cuando se encuentra con el encanto en la hierba—, dijo. —Pero al mismo t-tiempo, uno siente la n-necesidad de rendirle homenaje con un beso. La vida está llena de esas espinosas c-contradicciones y conflictos, por desgracia. B-buen día, Sra. Keeping. Probablemente he asustado a tu m-musa artística por hoy, ¿verdad? Tal vez la encuentres aquí de nuevo mañana. O tal vez te e-encuentre aquí antes de que lo haga. ¿Lo haré?

Miró fijamente a sus agudos y burlones ojos verdes, sobre los que sus párpados permanecían medio hundidos. ¿Qué estaba diciendo? ¿O preguntando? ¿Estaba haciendo

una cita con ella?

¿Qué tipo de mujer creía que era? ¿Y estaba justificado, considerando el hecho de que no había gritado de indignación ni le había golpeado la cara tan pronto como se acercó a un pie de ella?

Todavía podía saborearlo. Todavía podía sentirlo en sus labios. Su mente aún estaba casi adormecida. Ese lugar secreto y femenino dentro de ella todavía palpitaba. Y sabía que su beso había sido una de las experiencias más memorables y gloriosas de su vida.

¿Cuánto más patética podría *ser*?

—Los narcisos no vivirán para siempre—, dijo.

—No—, estuvo de acuerdo.

Pero nunca los pintaría si no pudiera estar a solas con ellos, su mente plácida y serena. ¿Volvería ella? ¿Y cuál sería su motivo si lo hiciera? ¿Para pintar? ¿Para verlo de nuevo?

No esperó ninguna otra respuesta. Se inclinó para recoger su sombrero, inclinó la cabeza hacia ella antes de ponérselo y se alejó en dirección a la ruta alrededor del lago.

Era, con mucho, el hombre más masculino con el que se había encontrado o besado. Pero entonces, sólo había sido besada por Guillermo antes de hoy, y los besos de Guillermo habían sido más de la naturaleza de picotazos afectuosos en la mejilla o en la frente.

Oh, querida, se sintió como una nadadora novata que de repente se sumergió en la parte más profunda de un río turbulento.

Se tocó los labios con la punta de los dedos de una mano. Estaban temblando, tanto los dedos como los labios.

CAPITULO 04

Vincent todavía estaba en la sala de música cuando Flavian abrió la puerta en silencio y entro en el interior. Estaba en el pianoforte, tocando algo con mucho cuidado. El perro ladeó las orejas y miró bien sin levantar la cabeza y decidió que el intruso no era una amenaza. El gato de la vizcondesa -¿Squiggles? ¿Squabble? ¿ Squat?- se había apoderado de un lado del sofá. Flavian se agachó hacia el otro lado, pero el gato no se contentaba con una simple simetría. Se acolchó sobre los cojines, se detuvo para darle una mirada de evaluación, tomó su decisión, y se instaló en su regazo, una gran mancha de calor felino enroscada. No había nada que hacer con las manos más que acariciarlo entre las orejas.

Flavian había tenido muchas mascotas de niño, ninguna de hombre.

La música se detuvo, y Vicente ladeó la cabeza.

—¿Quién entró?—, preguntó.

—Yo—, le dijo Flavian vagamente y sin gramática.

—¿Flave? ¿Entrando voluntariamente en la sala de música? ¿Mientras estoy en ella, practicando una fuga de Bach a bastante menos de media velocidad para que pueda obtener las notas y el ritmo exacto?

—¿Squeak?¿ Squawk? ¿S—Squid? ¿Cómo se llama este gato?— preguntó Flavian.

—Tab.

—Ah, sí, sabía que era algo así. Tab. Va a estar d-dejando pelos de gato en mis pantalones y mi abrigo. Y no se disculpa por ello.

Vicente se volvió sobre el taburete y lo miró casi directamente de esa manera desconcertante que tenía de parecer muy ciego.

—¿Melancolía Flave?—, preguntó.

—Oh, en absoluto —le aseguró Flavia, agitando una mano con aire hacia el pianoforte, aunque Vicente no lo viera—. —Sigue tocando. Pensé que podría d-deslizarme hasta aquí sin molestarte.

Ni de coña. Vicente, que durante unos meses después de su casi encuentro con una bala de cañón en el campo de batalla había estado tan sordo como ciego, ahora podía oír caer un alfiler a unos cien metros, sobre una alfombra gruesa.

—¿Esto tiene algo que ver con lo de anoche?— preguntó Vincent.

Flavian echó la cabeza hacia atrás y miró al techo antes de cerrar los ojos.

—Tócame una canción de cuna—, dijo.

Y Vicente lo hizo y lo hizo llorar. A Flavian le gustaba burlarse de Vince por su forma de tocar, especialmente con el violín, pero en realidad era bastante bueno y cada vez mejor. Hubo algunos problemas menores de precisión y tempo, pero la sensación estaba ahí. Vince estaba aprendiendo a entrar en la música, a tocarla de adentro hacia afuera.

Lo que sea que significara eso.

¿Y *qué*, en nombre de Jupiter, era encantador en una mujer vestida pasada de moda, no particularmente joven, no obviamente hermosa, que era lo suficientemente idiota como para estirarse sobre la hierba de un prado para poder ver el mundo como lo veían los narcisos, y que luego no tenía el sentido común, cuando se le interrumpió, de ponerse en pie y correr como el viento para volver a casa?

Realmente era muy *ordinaria*. Era alta y delgada, con el pelo de un estilo marrón anodino y poco imaginativo. Su cara era agradable, pero no era del tipo de las que giran la cabeza en una calle llena de gente, o en un salón de baile lleno de gente. Seguramente no la habría notado en ese baile de otoño si Lady Darleigh no le hubiera pedido que bailara con ella para que no se convirtiera en una florero. ¿Y qué había dicho esa petición sobre la Sra. Keeping? No la habría visto en la calle del pueblo anteayer si no hubiese estado casi desierta. No la habría notado esa mañana si no hubiera estado…. tumbada entre los narcisos.

Se veía como un sauce, relajado y… atractivo.

El diablo se lo lleve, ella no era ordinaria.

No debería haberla besado. No tenía la costumbre de besar a mujeres respetables. Había demasiados peligros involucrados. Y esta respetable hembra en particular era amiga de su anfitriona aquí en Middlebury Park.

No debería haberla besado, especialmente en su estado de ánimo actual, pero lo hizo.

Y en realidad, en retrospectiva, sabía que ella tenía una característica que era definitivamente fuera de lo común, y esa era su boca. Podría haberse perdido a sí mismo y sobre ella y en ella durante el resto de la mañana y más allá si un pájaro no hubiera graznado de forma poco melódica de una rama de cedro y roto su concentración y si ella no hubiera presionado sus manos contra sus hombros en el mismo momento.

Cielos, no debería haberla besado. No habría notado su boca si no la hubiera tocado con la suya. Y ahora ansiaba…

Ignóralo.

No debería haber estado allí, invadiendo una propiedad privada. Aunque le había dicho, no lo había hecho, que tenía permiso, y que *era* amiga de la vizcondesa. Se había quedado mudo de rabia cuando la vio por primera vez. Había caminado todo ese camino porque necesitaba estar solo, y había una maldita mujer allí antes que él, tomando una siesta en medio de la mañana y viéndose muy pintoresca mientras lo hacía. Casi se había dado la vuelta y se había alejado antes de que lo viera.

Era, por supuesto, lo que debería haber hecho.

Pero se había detenido primero para asegurarse de que no estaba muerta, aunque era perfectamente obvio que no lo estaba. Y luego se quedó ahí parado, pensando, como un tonto, en cuentos de hadas. De la Bella Durmiente, para ser precisos.

Cualquiera que creyera que su cabeza se había curado mientras estaba en Penderris necesitaba que *le* examinaran la cabeza.

Le había dicho, en tantas palabras, que volvería allí mañana. Si era sabia, se encerraría en su casa mañana, todos los días a partir de entonces hasta que ya no estuviera en Gloucestershire.

¿Sería tan tonta como para volver atrás?

¿Lo haría?

Había sol, primavera y narcisos a su alrededor…

—Flave—. La voz habló en voz baja.

— ¿Eh?

—Siento despertarte—, dijo Vincent. —Por tu respiración me di cuenta de que estabas durmiendo. Pero me pareció de mala educación dejarte solo aquí sin decir una palabra.

¿Había estado *durmiendo*?

—Debo haberme dormido—, dijo. —G-grosero de mi parte.

—Pediste una canción de cuna—, le recordó Vincent. —Debo haber tocado mejor de lo que pensaba. Supongo que Sophie ya se habrá ido al lago. Debería unirme a ella y a los demás allí, pero voy a robar media hora más o menos en la guardería. Supongo que no querrá venir conmigo.

Flavian estaba cómodo donde estaba. El gato estaba caliente y relajado en su regazo. Podría volver a dormirse fácilmente. Anoche no había dormido mucho, si es que había dormido algo. Pero Vince quería mostrar a su bebé. No lo diría con tantas palabras, por supuesto. Sabía muy bien que los niños aburren a la mayoría de los hombres.

—¿Por qué no?— Flavian dijo, sentándose mientras el gato se ponía de pie, saltaba del sofá y se ponía de pie junto a la puerta, con la espalda arqueada y la cola apuntando directamente al cielo. —¿Se parece a ti?

—Me han dicho que sí.— Vincent sonrió. —Pero, si la memoria no me falla, los bebés parecen bebés.

—A-adelante, Macduff—, dijo Flavian, alegremente citando mal.

¿Y quién se iba a imaginar, pensó más tarde, que pasaría una buena hora de esa mañana en particular, que había comenzado de un modo tan…. salvaje, en la guardería con un bebé que parecía un bebé y con el padre del niño, que se comportaba con su hijo como si estuviera enamorado? ¿Y que Flavian se sentiría aliviado por la experiencia? ¿Y qué leería dos libros infantiles escritos por el Sr. y la Sra. Hunt -el propio Vincent y su esposa- e ilustrados por esta última? ¿Y que se reiría de las historias y los dibujos con

verdadero deleite?

—Estos libros no tienen precio, Vince—, dijo. —Y hay más por venir, ¿verdad? ¿Qué te dio la idea de publicarlas? ¿Y cómo lo hiciste?

—Fue idea de Sophie—, le dijo Vincent. —O, mejor dicho, fue de la Sra. Keeping. ¿La has conocido? Es la hermana de la Srta. Debbins, nuestra profesora de música. Ella y Sophie son uña y carne. La Sra. Keeping echó un vistazo a la primera historia, que Sophie había escrito e ilustrado, y recordó que tenía un primo, el primo de su difunto marido, en realidad, en Londres que creía que le gustaría. Se lo envió, y resultó que es un editor y de hecho le gustó lo que vio y quiso más. Así que somos autores famosos, y debería inclinarse en homenaje ante nosotros, Flave. Quería publicar las historias solo con mi nombre, el Sr. Hunt, para proteger la sensibilidad de Sophie. ¿Te imaginas algo más estúpido?

Sí, pensó Flavia. Sí, se había reunido con la Sra. Keeping tres veces. Una vez en el baile el pasado mes de octubre, otra vez en la calle del pueblo hace dos días, otra vez en el prado de narcisos más allá de los cedros esta mañana. Y la había besado, y lo arruinó todo.

—S-sólo me he alarmado tres veces—, mintió. —Es una pena que no pudieras verme, Vince. Me veía adecuadamente adorable.

—Espero que estuvieras de rodillas cuando lo hiciste —dijo Vicente, acariciando con su mano la casi calva cabeza rubia de su hijo.

No regresaría mañana, decidió Flavian mientras miraba por la ventana para ver a Ben hacer su lento y desgarbado camino desde el lago con la ayuda de sus bastones, la vizcondesa a su lado, mientras Lady Harper caminaba delante de ellos con la esposa de Hugo. Ben se reía de algo que Lady Darleigh decía, y las mujeres miraban hacia atrás, con una sonrisa en la cara, para descubrir de qué se trataba la broma.

Todos en esta reunión en particular estaban tan malditamente *felices*…

Len había muerto hacia un año, y no habían hablado en más de seis años antes de eso. Nunca lo harían ahora. Velma se había quedado con una hija y regresaba a casa a Farthings.

La Sra. Keeping se había reído cuando le dijo que iba a escribir un soneto sobre su encuentro entre los narcisos.

Siempre debería reírse.

Sophia vino de visita por la tarde, el Vizconde Darleigh con ella, así como Lord y Lady Trentham y Lady Barclay.

Lord Trentham era un hombre gigante de aspecto feroz, su esposa una dama pequeña y exquisitamente bonita que sonreía mucho y era cálidamente encantadora. Parecía extraño, considerando el hecho de que él era uno de los Supervivientes, que era *ella* quien caminaba con una fuerte cojera. Lady Barclay era la única mujer miembro del club que,

habiendo estado presente, Sophia le había explicado a Agnes, cuando su marido fue torturado y asesinado en la Península. Era una dama alta de belleza marmórea, aunque tenía ojos bondadosos.

El vizconde Ponsonby no había venido con ellos.

—Srta. Debbins—, le dijo el vizconde Darleigh a Dora después de haber tomado té y conversado sobre varios temas, —He venido a rogarle que salve a mis invitados de la exquisita agonía de tener que escucharme tocar el arpa o el violín por más de unos minutos a la vez. Debo ofrecerles música, pero la mía deja algo que desear, a pesar de que te tengo como maestra.

—Y la mía no complacería a nadie más que a una mamá cariñosa si tuviera ocho años —, dijo Sophia.

—¿Vendrá a la casa mañana por la noche como nuestra invitada de honor?—, preguntó el vizconde. —¿Para tocar para nosotros?

—Y cenar primero—, añadió Sophia.

—Nos estaría haciendo un favor singular, señora—, dijo Lord Trentham frunciendo el ceño. —Vincent nos ha castigado con su violín en años anteriores y ha hecho que los gatos aullaran en kilómetros a la redonda.

—El problema con tus bromas, Hugo—, dijo Lady Barclay, —es que aquellos que no te conocen pueden no entender que *estás* bromeando. Tocas muy bien, Vincent, y le das crédito a tu profesor. Todos estamos muy orgullosos de ti, incluido Hugo.

—Sin embargo —dijo Lady Trentham—, estaremos encantados de oírla, Srta. Debbins. Tanto Sophia como Vincent hablan muy bien de su habilidad y talento en el pianoforte y en el arpa.

—Exageran—, dijo Dora, pero había un color en sus mejillas que le decía a Agnes que estaba contenta.

—¿Exagerar? ¿Yo?— Lord Darleigh dijo. —Ni siquiera sé el significado de la palabra.

—Oh, ¿vendrás?— Sophia rogó. —Y tú también debes venir, Agnes, por supuesto. Nuestro número de damas y caballeros será igual en la mesa, por una vez. Qué sueño hecho realidad será cuando organice los asientos. ¿Vendrá, Srta. Debbins? ¿Por favor?

—Bueno, lo haré—, dijo Dora. —Gracias. Pero sus invitados no deben esperar demasiado de mí. Soy simplemente competente como músico. Al menos, *espero* ser competente.

Dora, Agnes sabía que mientras le sonreía, estaría encantada por la emoción el próximo día y medio siguiente. Al mismo tiempo, probablemente sufriría agonías de pavor y dudas sobre sí misma y pasaría una noche perturbada. Le preocuparía que tuviera que tocar para un grupo de personas tan ilustres.

—¡Espléndido!— El vizconde Darleigh dijo. —¿Y la Sra. Keeping? ¿Tú también vendrás?

—Oh, debe hacerlo—, dijo Dora apresuradamente justo cuando Agnes estaba abriendo la boca para poner una excusa. —Necesitaré tener a *alguien* que me sostenga la mano.

—Pero no mientras tocas, es de esperar—, dijo Lord Trentham.

—Por supuesto que Agnes también vendrá—, dijo Sophia, aplaudiendo. —Oh, estaré deseando que llegue mañana por la noche.

Se puso en pie mientras hablaba, y sus compañeros invitados también se levantaron para despedirse.

Nadie parecía darse cuenta de que Agnes no había dado una respuesta. Pero no era necesario hacerlo, ¿verdad? ¿Cómo podría negarse? Era una noche para Dora, y sabía que, aunque su hermana sufriría en la anticipación de ella, también podría ser una de las noches más felices de su vida.

¿Cómo podría, Agnes, estropearlo?

—Oh, Agnes, querida,— dijo Dora tan pronto como vieron a sus visitantes alejarse por la calle de la aldea, —¿debería haber dicho que no? Realmente no puedo…

—Por supuesto que puedes—, dijo Agnes, deslizando su brazo a través del de su hermana. —Imagina, si quieres, que todos son gente común, Dora, granjeros, carniceros, panaderos y herreros.

—No hay ni uno solo de ellos sin título—, dijo Dora con una mueca de dolor.

Agnes se rió.

Sí, y uno de ellos era el vizconde Ponsonby. A quien realmente no debería querer volver a ver. Su única experiencia previa en la lucha contra las emociones agitadas había llegado el pasado mes de octubre, y no le había resultado fácil ni agradable. Y en esa ocasión ni siquiera la había besado.

Uno esperaría haber aprendido de la experiencia.

George había estado teniendo la vieja pesadilla de nuevo, y con creciente frecuencia. Fue en la que se acercó para agarrar la mano de su esposa, pero no pudo hacer más que rozar las yemas de sus dedos contra los de ella antes de que saltara a su muerte por el alto acantilado cerca de su casa en Penderris. Al mismo tiempo, pensó en las palabras que podrían haberla persuadido para que regresara del borde del abismo y siguiera viviendo.

La duquesa de Stanbrook realmente se había suicidado de esa manera, y George realmente la había visto hacerlo, aunque en realidad no había estado tan cerca. Lo había visto correr hacia ella, lo había oído llamándola, y había desaparecido por el borde sin hacer ruido. Esto había ocurrido pocos meses después de que su único hijo fuera asesinado en España durante las guerras.

—¿Ha sido el sueño más frecuente desde la boda de su sobrino?— preguntó Ben.

George frunció el ceño y pensó en ello.

—Sí, supongo que sí—, dijo. —Hay una conexión, ¿tú crees? Pero estoy realmente feliz por Julian, y Philippa es una chica encantadora. Serán un digno duque y duquesa después de mí, y parece que habrá frutos del matrimonio en los próximos meses. Estoy contento.

—Y ese mismo hecho te hace sentir culpable, ¿verdad, George?— preguntó Ben.

—¿Culpable? ¿Lo hace?

—Deberíamos llamarlo la culpa de los Supervivientes—, dijo Ralph con un suspiro. —Lo sufres, George. También Hugo e Imogen. Te sientes culpable porque el futuro de tu título y de tu propiedad y de tu fortuna ha sido arreglado a tu satisfacción, pero sientes que tu satisfacción con eso traiciona de alguna manera a tu esposa y a tu hijo.

—¿Lo hago?— El duque colocó un codo en el brazo de su silla y puso su mano sobre su cara. —¿Y *lo he hecho*?

—A veces—, dijo Hugo, —te sientes desdichado cuando te das cuenta de que ha pasado todo un día, o incluso más, sin que pienses ni una sola vez en los que no vivieron mientras tú vivías. Y casi siempre sucede justo cuando estás en tu mejor momento.

—No creo que haya pasado todo un día—, dijo George.

—Un día es mucho tiempo—, estuvo de acuerdo Imogen. —Veinticuatro horas. ¿Cómo se puede apagar la memoria por tanto tiempo? ¿Y uno desearía hacerlo? Uno piensa que lo hace hasta que sucede por unas horas.

—Esto es precisamente lo que quiero decir—, dijo Ralph. —Es culpa pura y simple. Culpa por estar vivo y *poder* olvidar, y sonreír, reír y sentir momentos de felicidad.

—Pero si yo hubiera muerto —dijo Vicente—, habría querido que mi madre y mis hermanas siguieran viviendo y tuvieran una vida feliz, y que me recordaran con sonrisas y risas. Sin embargo, no todos los días. No hubiera querido que se obsesionaran con recordarme.

—Una buena manera de olvidar—, dijo Flavian, —es caerse de su c-caballo y aterrizar en su c-cabeza después de que alguien te haya disparado y luego hacer que alguien te pase por encima. Contempla la bendición de mi pobre memoria: ninguna c-culpa en absoluto.

Lo que todos sabían que era una mentira.

Pero si hubiera muerto, habría estado muy contento con la idea de que Velma se casara con Len, su prometida y su mejor amigo, respectivamente. Al menos *pensó que* habría sido feliz. Excepto que nadie podía ser feliz cuando estaba muerto. Ni tampoco infeliz, para el caso.

De todos modos, no había muerto, pero había ocurrido de todos modos. Velma había venido a decírselo. Len no lo había hecho. Tal vez había decidido no hacerlo cuando se enteró de lo que pasó después de la llegada de Velma. Quizás había juzgado mejor mantener la distancia.

Ahora Len estaba muerto, y no habían hablado en más de seis años mientras aún vivía.

Y Flavia se sintió culpable por ello, oh, sí, lo hizo, por injusto que pareciera. ¿Por qué *debería* sentirse culpable? No era el que había hecho la traición.

Por lo general, estas sesiones nocturnas los hacían sentir un poco mejor, incluso si no resolvían nada. Sin embargo, Flavian no se sintió mejor a la mañana siguiente. Se había ido a la cama sintiendo como si tuviera pesas de plomo en sus zapatos, en su estómago y en su alma, y se despertó con uno de sus dolores de cabeza y con una de sus depresiones.

Las odiaba más que los dolores de cabeza, la sensación de arrastrar la autocompasión y el temor de que nada valía nada. Era el único estado de ánimo compartido con el que el Club de Supervivientes había luchado más ferozmente durante esos años que habían pasado juntos en Penderris. Los cuerpos podrían ser reparados y hacer que funcionen nuevamente, al menos lo suficientemente bien como para permitir que la persona dentro de ellos pueda vivir. Las mentes se podían reparar en la medida en que vuelvan a trabajar eficientemente para el que las habita. Y las almas podían ser aliviadas y alimentadas de un pozo interior de inspiración y de un intercambio exterior de experiencia, amistad y amor.

Pero uno nunca llega al punto en que podía relajarse y saber que había llegado al otro lado del sufrimiento y ahora podía simplemente estar contento, incluso feliz, dentro de una mezcla equilibrada de cuerpo, mente y espíritu.

Bueno, por supuesto que uno no lo hizo. Nunca había sido tan ingenuo como para esperarlo, ¿verdad? Seguramente, incluso cuando había estado enamorado de Velma, y ella de él, y se habían prometido al final de esas breves semanas de su licencia y esperaban una vida feliz para siempre, seguramente ni siquiera entonces había creído que fuera literalmente posible. Después de todo, había sido un oficial militar, y había una guerra que librar. Y su hermano, David, se estaba muriendo.

¿Por qué diablos se habían comprometido y hasta celebraron el evento en un gran baile en Londres la noche anterior a su regreso a la Península, mientras David estaba en Candlebury muriendo, y Flavian había regresado a casa con el propósito expreso de estar con él? ¿Y por qué Flavia había vuelto a la guerra cuando el fin para su hermano estaba obviamente cerca y estaba a punto de ser dejado con las responsabilidades del título y de la propiedad? Frunció el ceño, tratando de recordar, tratando de resolverlo, pero el intento simplemente hizo que su golpe en la cabeza le doliera más.

El sol brillaba desde un cielo azul claro otra vez, podía ver, y los narcisos hacían señas. O, mejor dicho, la hechicera entre los narcisos hizo un gesto. ¿Estaría ella allí? ¿Se desilusionaría si él fuera y ella no? ¿Se desilusionaría si ella fuera allí y él no? ¿Y qué pretendía hacer si iba? ¿Conversación? ¿Frivolidad? ¿Seducción? ¿En la propiedad de Vince? ¿Con la amiga de la vizcondesa? Será mejor que se mantenga alejado.

Ben, Ralph, George e Imogen iban a cabalgar. Esperaban estar fuera toda la mañana, ya que iban más allá de los límites del parque.

—¿Vendrás con nosotros, Flavian?— preguntó Imogen en la mesa del desayuno.

Dudó por un instante.

—Lo haré—, dijo. —Vince llevara a Hugo y a las d-damas a la caminata por el

desierto, y suena alarmantemente e-estresante. Iré contigo y d-dejaré que mi caballo haga todo el ejercicio.

—Lo que *voy a* hacer —dijo Vicente—es mostrarles a todos lo que no pueden ver porque tienen ojos.

—El chico ha empezado a hablar con acertijos—, dijo George, mirándolo con cariño. —Sin embargo, extrañamente, sabemos a qué te refieres, Vincent. Al menos yo sí.

—Incluso voy a sacrificar mi práctica matutina en la sala de música—, dijo Vincent.

—Me h-hizo dormir allí ayer por la mañana—, dijo Flavian.

—Con una *canción de cuna*, Flave—, protestó Vicente, —por la que tú pediste. Diría que tuve un éxito singular.

Flavian se rió.

—Oh,— dijo Lady Darleigh, con las manos juntas en su pecho,—Estoy *tan* ansiosa por esta noche, y estoy segura de que todos ustedes quedarán muy impresionados, a pesar de que algunos de ustedes pasan tiempo en Londres y deben asistir a todo tipo de conciertos con los mejores intérpretes.

¿Esta noche?

—Creo,— dijo Lady Trentham,—que a la Srta. Debbins le complació que se lo pidieras, Sophia. Es una dama encantadora. Y su hermana también.

¿Srta. Debbins? Ella era la profesora de música, ¿no? Y su hermana era…

—Probablemente estoy tan lejos de ser un conocedor de la música como es posible serlo—, dijo Lady Darleigh. —Pero creo que el talento en cualquier campo artístico es inconfundible cuando uno lo encuentra. Y creo que la Srta. Debbins tiene talento. Todos ustedes podrán juzgar por sí mismos esta noche.

—¿La Srta. Debbins tocara aquí? — preguntó Flavian.

—¿No te *lo dije*?— le preguntó la vizcondesa. —Lo siento mucho.

—No estaba escuchando—, dijo Hugo.

—Tal vez no estaba presente cuando lo anuncié.— Lady Darleigh le sonrió a Flavian. —La Srta. Debbins tocará para nosotros esta noche, así como con cualquier otra persona de nuestro grupo que pueda ser persuadida de entretener al resto de nosotros. También vendrá a cenar. Por una vez tendremos un número par de damas y caballeros en la mesa.—

Números pares. Flavian hizo los cálculos en su cabeza, pero no tenían sentido. A menos que…

—Su hermana también vendrá—, dijo Vincent. —Sra. Keeping. La queremos, ¿no es así, Sophie?, entre otras cosas porque hizo posible que nos convirtiéramos en autores famosos en todo el mundo.

Se rió entre dientes, como todos los demás incluyendo a Flavian.

El diablo, estaba pensando. Acababa de resistir la tentación de caminar hacia el prado y los narcisos. Sin embargo, después de todo el día, iba a volver a encontrarse. Aquí. Ella venía a cenar.

Bueno, al menos esta noche no estaría rodeada de pequeñas trompetas de sol caídas del cielo.

Y si no era muy cuidadoso, se iba a encontrar escribiendo sonetos después de todo. Temblorosamente horribles.

Pequeñas trompetas de sol, por el amor de Dios.

Pero su dolor de cabeza pareció haberse aliviado de repente.

CAPITULO 05

Agnes no volvió al parque, a pesar de que era un día precioso y de que los narcisos no florecerían para siempre, ni siquiera por mucho más tiempo. Se quedó en casa a lavarse el pelo y a inventar excusas para no salir a cenar. Sin embargo, no podía hacer más que soñar, pues Dora parecía como si fuera a arrebatarle la excusa más endeble para quedarse en casa con ella.

Agnes se preguntó si había regresado esta mañana y, de ser así, cómo se había sentido al descubrir que no estaba allí. Probablemente se habría encogido de hombros y la habría olvidado en unos momentos. No debe ser difícil para un hombre como él encontrar mujeres para besar cuando quiera.

Un hombre como él.

No sabía nada de él, aparte del hecho de que una vez había sido un oficial militar y debió de estar gravemente herido como para tener que pasar unos años en Cornualles, en la casa del duque de Stanbrook, recuperándose. La única señal de cualquier herida era su leve tartamudeo, y eso no tenía nada que ver con las guerras. Tal vez siempre había tenido un impedimento para hablar.

Pero… *un hombre como él.* Era extraordinariamente guapo. Más que eso, sin embargo, irradiaba una masculinidad magnética, casi abrumadora. Sus ojos sospechosos y su ceja móvil sugerían que era un libertino. Y su aspecto, su físico, su aire de mando asegurado lo convertiría en un hombre muy exitoso y probablemente despiadado.

No es que pudiera estar segura de nada. Ella no lo *conocía.*

Se puso su vestido de seda verde pálido cuando llegó el momento de prepararse, y recordó que era lo que se había puesto para el baile de la cosecha. No se pudo evitar. Era su mejor vestido de noche, y nada menos que eso bastaría para esta noche. Nadie lo recordaría de todos modos. No lo haría. Y aparte de Sophia y Dora, nadie más entre los invitados de esta noche la había visto esa noche. Se arregló el pelo un poco más de severidad de lo que le hubiera gustado. No debería haberlo lavado hoy. Siempre estuba en su punto más sedoso y menos manejable el primer día.

¿A quién le importaría cómo se veía?

Dora se veía positivamente pálida, y su cabello oscuro era aún más severo que el de su hermana.

—Siéntate y déjame arreglarte el pelo otra vez—, dijo Agnes. Lidiando con la apariencia de su hermana y calmando su nerviosismo ayudó a calmar su propia incomodidad y vergüenza hasta que el carruaje llegó de Middlebury, y ya era hora de irse.

Sólo había diez personas reunidas en el salón cuando ella y Dora fueron anunciadas, y

dos de ellas eran Sophia y el Vizconde Darleigh, con quienes estaban muy familiarizadas. Tres de los otros habían venido a la cabaña ayer. Realmente no debería ser una prueba, entonces, encontrarse con los demás. Sin embargo, parecía que había mucho más que diez personas en la sala, y era difícil convencerse de que eran personas como cualquiera, a pesar de la grandeza de sus títulos.

En realidad, por supuesto, Agnes se vio obligada a admitirlo, sólo había una compañía a la que temía conocer, y no era un extraño.

El duque de Stanbrook era un caballero alto, elegante, austero y de aspecto más viejo, con el pelo gris oscuro atractivamente en las sienes. Sir Benedict Harper era delgado y guapo, y estaba sentado en una silla de ruedas. Su esposa, Lady Harper, era alta y bien formada, muy morena, y asombrosamente bella de una manera ligeramente extraña. El conde de Berwick era un joven de pelo oscuro que de alguna manera se mantenía guapo a pesar de la desagradable cicatriz que tenía en la cara y que le distorsionaba ligeramente un ojo y un lado de la boca.

Agnes se concentró en cada introducción, además de sonreír y asentir con la cabeza a Lady Barclay y a Lord y Lady Trentham. Era casi como si creyera que, al hacerlo, podría evitar mirar a la décima persona.

—Y creo que ha conocido al vizconde Ponsonby—, dijo Sophia al terminar las presentaciones. —De hecho, sé que lo has hecho, Agnes. Bailaste con él en el baile de la cosecha. Srta. Debbins, ¿fue presentada también en ese momento?

—Lo fui.— Dora hizo una reverencia. —Buenas noches, mi señor.

Agnes, junto a ella, inclinó la cabeza.

Sonrió y extendió su mano derecha hacia la de Dora. —Entiendo que v-va a ser nuestra salvadora esta noche, Srta. Debbins—, dijo. —Si no hubieras v-venido a tocar para nosotros, hubiéramos estado c-condenados a escuchar a Vincent raspando con su v-violín toda la noche.

Dora puso su mano en la de él y le devolvió la sonrisa.

—Ah, pero no debéis olvidar, mi señor —dijo—, que su señoría ha aprendido esos rasguños de mí. Y me gustaría discutir con su descripción de su interpretación.

Su sonrisa se profundizó y Agnes sintió una indignación inexplicable. Se había propuesto encantar a Dora y lo estaba logrando. Parecía mucho más relajada de lo que estaba cuando llegaron.

—Oh,— dijo Lord Trentham, —más vale que tengas cuidado, Flave. No hay nadie tan feroz como una madre en defensa de su polluelo o un profesor de música en defensa de su alumno.

—Acuñaste esa en el acto, Hugo, admítelo—, dijo el conde de Berwick. —Fue una buena, sin embargo. Sra. Keeping, usted es una pintora de talento, o eso nos informa Lady Darleigh. En acuarelas, ¿es eso, o en óleos?

Alguien les trajo bebidas, y la conversación fluyó con una facilidad sorprendente

durante unos quince minutos antes de que el mayordomo llegara a la puerta para informar a Sofía de que la cena estaba servida. Pero*, por supuesto, la* conversación fluía con facilidad. Estas personas eran miembros de la Alta Sociedad. Estaban a gusto en compañía y eran expertos en dispensar buenos modales y conversación. Les habría llevado poco tiempo analizar a los visitantes cuando llegaron, asustadas y con la lengua trabada, a pesar del hecho de que eran respetables, en el umbral del salón.

Sophia había preparado los asientos para la cena. Agnes se encontró siendo llevada al comedor en el brazo muy sólido de Lord Trentham. Estaba sentada en la mitad de la mesa, y él se sentó a su lado. Notó que a Dora le habían dado el lugar de honor a la derecha del vizconde Darleigh a la cabeza de la mesa. Tenía al duque de Stanbrook al otro lado. ¡Pobre Dora! Apreciaría el honor que se le daba, pero seguramente la aterrorizaría también. Excepto que el duque había inclinado su cabeza para decirle algo, y ella estaba sonriendo con genuina calidez.

El vizconde Ponsonby tomó el lugar en el otro lado de Agnes.

Qué mala suerte, pensó. Habría sido suficientemente malo tenerlo sentado frente a ella, pero al menos entonces no se habría esperado que conversara con él. Tenía a Lady Harper al otro lado.

—Normalmente no somos tan formales—, dijo Lord Trentham, hablando en voz baja. —Todo esto es en su honor y en el de la Srta. Debbins.

—Bueno,— dijo,—es bueno sentirse importante.

Parecía un caballero formidable. Sus hombros eran enormes, su pelo corto, su cara severa. Como oficial habría blandido una espada, pero seguramente se vería más como en casa balanceando un hacha. Pero… una sonrisa acechaba en sus ojos.

—Solía temblar de miedo—, le dijo, y aun así hablaba sólo por sus oídos. —Nací de un comerciante londinense que tenía suficiente dinero para comprarme una licencia cuando insistí en que quería ser soldado.

—Oh.— Ella lo miró con interés. —¿Pero tu título?

Juraría que casi se sonroja.

—Eso fue una tontería—, le dijo. —Trescientos hombres muertos se lo merecían más que yo, pero el Príncipe de Gales se puso sentimental conmigo. Suena impresionante, ¿no crees? ¿*Lord* Trentham?

—Yo creo—, dijo, —que hay una historia detrás de esa… tontería, mi señor, pero parece que se avergüenza de contarla. ¿Lady Trentham también es de la clase mercantil?

—¿Gwendoline?—, dijo. —Dios mío, no, perdona mi lenguaje. Era Lady Muir, viuda de un vizconde, cuando la conocí en Penderris el año pasado. Y es hija y hermana de los Condes de Kilbourne. Si le pinchas el dedo, sangra azul. Sin embargo, me eligió a mí. Qué tonta de su parte, ¿no lo dirías?

Oh, Dios mío, a Agnes le gustaba. Y después de unos minutos más se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Tal vez no tuvo el tipo de conversación pulida que los otros

caballeros tenían para tranquilizar a las damas, pero había encontrado otra manera. Si *se sentía* un poco incómoda, a pesar de que era una dama, él le decía, en pocas palabras, ¿cómo creía ella que se sentía *él* en situaciones similares, cuando era un hombre de clase media?

Sabia Lady Gwendoline, por haberle elegido, pensó Agnes. La propia dama, sentada enfrente y a su izquierda, estaba absorta en algo que Sir Benedicto le estaba diciendo.

Y entonces Lady Barclay, al otro lado, le tocó la manga y él se volvió hacia ella.

—Agnes—, dijo Lord Ponsonby desde su otro lado.

Se volvió hacia él, sorprendida, pero no se dirigía a ella. Estaba haciendo una observación.

—Un nombre f-formidable—, dijo. —Casi me a-alegro de no haber podido asistir a nuestra cita.

Apenas sabía por dónde empezar.

—¿Formidable? ¿Agnes?—, dijo ella. —¿Y *teníamos* una cita, mi señor? Si lo hicimos, no lo sabía. Yo no estaba allí de todos modos. Tenía cosas más importantes que hacer esta mañana.

—¿Esta mañana? ¿Y *adónde* no fuiste esta m-mañana?—, preguntó.

Qué error tan elemental había cometido. Atacó a su pez con una venganza.

—¿Por qué formidable? —preguntó cuándo se dio cuenta de que él todavía la miraba, con el cuchillo y el tenedor suspendidos sobre su plato. —Agnes es un nombre perfectamente decente.

—Si fueras Laura —dijo—, o Sarah, o incluso M-Mary, intentaría besarte de nuevo. Son nombres suaves y dóciles. Pero Agnes sugiere firmeza de carácter y una palma punzante en la m-mejilla de cualquier hombre lo suficientemente audaz como para robar un b-beso por segunda vez, cuando se puede presumir que está en guardia. Sí, estoy *casi* contento de no haber podido v-verte. ¿R-realmente no estabas allí? ¿Porque yo podría estar? Pero los narcisos no florecerán para siempre.

—No tiene nada que ver contigo—, dijo. —Tenía otras cosas que hacer.

—¿Más importante que tu cuadro?—, preguntó. —¿Más importante para t-ti?

Cielos, estaban en la mesa. Cualquiera podría escuchar fragmentos de su conversación en cualquier momento, aunque era dudoso. ¿Y cómo se vio envuelta en esto? No era su coqueta y no tenía intención de aliviar su aburrimiento durante las próximas dos semanas y media convirtiéndose en una.

—Más importante para ti, entonces—, dijo con un suspiro exagerado cuando no respondió. —¿O debería decir *yo*? Más importante que *yo*… Uno se siente muy p-pedante a veces cuando insiste en usar la g-gramática correcta, ¿no está de acuerdo, Sra. Keeping? *¿Quién está ahí? Soy yo.* Suena ligeramente absurdo.

No lo miró. Pero sonrió a su plato y luego se rió.

—Ah,— dijo, —así está mejor. Ahora sé cómo convencerte de que te r-rías. Sólo tengo que hablar la gramática correcta.

Cogió su vaso de vino y se volvió hacia él.

—¿Te sientes menos salvaje esta noche?—, le preguntó.

Sus ojos se quedaron quietos, y deseó no haberle recordado que había dicho eso ayer por la mañana.

—Espero ser calmado por la música—, dijo. —¿Tu h-hermana es tan talentosa como dice Vincent?

—Lo es—, le dijo Agnes. —Pero puedes juzgarlo por ti mismo más tarde. ¿Te gusta la música?

—Cuando se realiza bien—, dijo. —V-Vincent funciona bien, aunque me gusta burlarme de él por el contrario. Nos t-tomamos el pelo el uno al otro, ya sabes. Es uno de los aspectos entrañables de la verdadera amistad.

A veces sentía que no era tan superficial como parecía indicar su expresión casi habitual. Recordó haber tenido el mismo pensamiento durante el baile. No lo era, pensó ella, con un escalofrío interior, un hombre al que uno se sentiría cómodo de conocer.

—A veces t-toca una nota equivocada—, dijo, —y a menudo t-toca más lentamente de lo que debería. Pero toca con los ojos bien abiertos, Sra. Keeping, y eso es lo que i-importa. Eso es *todo lo* que realmente importa, ¿no estás de acuerdo?

Y a menudo hablaba con acertijos. La juzgaba, sintió, según lo bien que ella era capaz de interpretarlos.

—¿Con los ojos de su alma?—, dijo ella. —Y no estás hablando sólo de Lord Darleigh o sólo de tocar música, ¿verdad?

Pero sus ojos se estaban burlando de nuevo.

—Se ha vuelto demasiado p-profunda para mí, Sra. Keeping—, dijo. —Te estás volviendo filosófica. Es un rasgo alarmante en una d-dama.

Y tuvo el descaro de estremecerse un poco.

Vio que Lord Trentham había terminado de hablar con Lady Barclay, al menos por el momento. Agnes le dio la espalda y le preguntó si vivía en Londres todo el año.

Agnes, pensó Flavia mientras se dirigían a la sala de música desde el comedor y la vio hablando con Hugo, su brazo a través del suyo. No se podía imaginar recitar un soneto a la ceja delicadamente arqueada de la dulce Inés, ¿verdad? O llorando por la tragedia inmortal de *Romeo y Agnes*. Los padres deberían ser más cuidadosos al poner nombres a sus hijos.

Permaneció de pie después de sentar a Lady Harper cerca del pianoforte. Se agarró las

manos a la espalda mientras Vincent tocaba su violín, una melodía folclórica. Vince realmente había mejorado, había más vibrato en su forma de tocar que el año pasado, aunque cómo pudo haber aprendido a tocar cuando era ciego, ¿quién iba a saberlo? Fue un triunfo del espíritu humano que lo había hecho. Flavia no se unió a los aplausos que siguieron a la pieza. En vez de eso, le sonrió con cariño a su amigo, olvidando por un momento que Vince no podía verle. A veces uno tiende a olvidar.

El gato ronroneó bastante fuerte cuando los aplausos se calmaron, y hubo una risa general.

—Me abstengo absolutamente de hacer comentarios—, dijo Flavian.

Lady Harper tocó el pianoforte durante unos minutos, aunque protestó que sólo recientemente había vuelto a tocar después de un lapso de muchos años. Luego tocó y cantó una canción galesa, en galés. Tenía una buena voz de mezzosoprano, y de alguna manera hizo que casi se añoraran las colinas y las nieblas de Gales. Casi.

Ahora bien, esa era una mujer, pensó Flavian, de la que se podrían tejer fantasías románticas y eróticas si no fuera la esposa de un amigo muy querido, y si uno sintiera algo más por ella que una apreciación puramente estética.

Imogen y Ralph sorprendieron a todos cantando a dúo con el acompañamiento de Lady Trentham. Flavian no tuvo que burlarse de ellos después, todos los demás lo hicieron por él. Lady Trentham toco entonces sola y con habilidad, mientras que Hugo se mostró radiante como un idiota y parecía estar a punto de estallar de orgullo.

Vicente tocaba el arpa, y Flavian se acercó para fruncir el ceño con asombro por el hecho de que podía distinguir tantas cuerdas unas de otras cuando ni siquiera podía verlas.

Y luego le tocó el turno a la Srta. Debbins, y Flavian ya no tenía excusa para merodear, pues seguramente tocaría durante más de unos pocos minutos. Debería haber tomado asiento antes. La elección que le quedaba era apretarse entre George y Ralph en el sofá, lo que habría parecido un poco peculiar y podría haber molestado al gato, actualmente acurrucado en el cojín del medio o sentarse junto a la Sra. Keeping en un sofá de dos plazas un poco más alejado del pianoforte.

Eligió no molestar al gato.

Se preguntó si había dicho la verdad sobre no ir al prado esa mañana, y luego se dio cuenta de lo engreído que era para imaginar que quizás ella había ido allí y estaba tan decepcionada de no encontrarle que había fingido que no había ido en absoluto.

Posiblemente le había dado un eterno disgusto cuando la besó. Probablemente no había sido besada por ningún otro hombre que no fuera su marido hasta entonces. Sin duda no lo había hecho, de hecho. Tenía una *mujer virtuosa* escrita sobre ella con tinta invisible.

—¿El entretenimiento serio va a comenzar, entonces? —Dijo mientras la Srta. Debbins se sentaba en el arpa.

—¿La implicación es que las otras actuaciones fueron triviales?—, dijo.

Agarró el mango de su monóculo y medio lo levantó.

—Está de humor combativo, Sra. Keeping—, dijo. —Pero s-supongo que a ninguno de los que ya han tocado o cantado les gustaría s-seguir a la Srta. Debbins.

—Tienes razón en eso—, admitió.

Llevaba el mismo vestido que había usado en el baile de la cosecha. ¿Cómo diablos se había acordado de eso? Apenas era una prenda de moda destacada, aunque era bastante bonita. La luz de una de las velas resplandecía en el bordado de plata del dobladillo, como recordaba que había hecho en esa ocasión.

Y luego bajó el monóculo y se quedó boquiabierto. Al menos, así era como se sentía en su interior, aunque no se le viera en la cara. De repente, la música se derramó y se onduló y surgió a su alrededor e hizo una serie de otras cosas sorprendentes que las palabras no podían empezar a describir. Y todo vino de un arpa y de los dedos de una mujer. Después de un minuto o dos, Flavian volvió a levantar su monóculo hasta el ojo y miró a través de él al instrumento, a las cuerdas y a las manos de la mujer que las tocaba. ¿Cómo era posible….

El aplauso al final de la pieza fue más que cortés, y a la Srta. Debbins se le pidió que tocara de nuevo antes de pasar al pianoforte. Cuando fue allí, George se puso de pie como un subordinado para colocar el banco por ella.

—¿Y usted t-toca, Sra. Keeping?— preguntó Flavian mientras su hermana se preparaba en el teclado.

—Casi nada.

—Pero tú pintas—, dijo. —¿Tienes talento? Lady Darleigh d-dice que sí.

—Ella es amable—, le dijo la Sra. Keeping. —Tiene talento. ¿Has visto sus caricaturas? ¿Y las ilustraciones de sus historias? Pinto lo suficientemente bien para mi propio placer y tan mal que siempre sueño con esa pintura perfecta.

—S-supongo que hasta Miguel Ángel y Rembrandt lo hicieron—, dijo. —Tal vez Miguel Ángel esculpió la *Piedad* y luego se paró y se preguntó si alguna vez esculpiría algo que realmente valiera la pena hacer. Tendré que v-ver tu trabajo para juzgar cómo e-estás a la altura de los maestros.

—¿De verdad?— Había un mundo de desdén en su voz.

—¿Los guardas bajo llave?—, preguntó.

—No,— dijo,—pero yo elijo quién los ve.

—¿Y yo no voy a ser incluido en ese n-número?

—Lo dudo mucho—, dijo ella.

Un excelente decorado. La miró con aprecio.

—¿Por qué?

Sus ojos se volvieron hacia él, y él sonrió lentamente.

Se ahorró la necesidad de responderle. La Srta. Debbins había empezado a tocar algo de Handel.

Tocó durante más de media hora, aunque intentó levantarse de su lugar al final de cada pieza. Nadie estaba dispuesto a dejarla ir. Y sí que mostró un talento extraordinario. Uno no lo hubiera esperado. Debe ser diez años mayor que su hermana, quizás más. Era más pequeña y sencilla. Se veía muy normal, hasta que puso sus dedos en un instrumento musical.

—Qué fácil es desechar el embalaje exterior sin tener la menor idea de que uno está perdiendo la preciosa belleza interior.— Sus pensamientos habían adquirido sonido, y Flavian se dio cuenta con gran vergüenza de que había hablado en voz alta.

—Sí.— Y la Sra. Keeping lo había oído.

El recital había llegado a su fin, y varios de sus amigos estaban reunidos en torno a la Srta. Debbins en el pianoforte. Lady Darleigh se excusó después de un minuto o dos para ir a la guardería, Flavian sospechó que era lo suficientemente anticuada como para no haber contratado a una nodriza. Lady Trentham preguntó si podía acompañarla, y las dos señoras se fueron juntas. Vicente anunció que el té se serviría en la sala de estar si todos querían retirarse de allí. Ralph pasaba sus dedos silenciosamente sobre las cuerdas del arpa. George le ofrecía su brazo a la Srta. Debbins y le informaba que debía estar lista para el té. Ben, que no había llevado su silla de ruedas a la sala de música, se estaba levantando lentamente entre sus bastones, y Lady Harper sonreía y hacía algún comentario que se perdía en el bullicio de las voces.

—Sra. Keeping—. Flavian se puso de pie y ofreció su brazo. — Me permitirá.

Tenía la sensación de que había estado sentada muy tranquilamente donde estaba, con la esperanza de que se alejara y se olvidara de ella. Tal vez *eso* era parte de la atracción, ¿no? ¿Que nunca se había propuesto atraer su atención? Otras mujeres lo hacían, excepto las que lo conocían o sabían *de* él, aunque incluso algunas de estas últimas todavía lo perseguían. Para algunas mujeres había una fascinación irresistible por un hombre peligroso, aunque su reputación excedía la realidad en estos días. Al menos esperaba que así fuera.

—Gracias.

Se puso en pie y cogió su brazo, las puntas de sus dedos tocando la parte interior de su manga. Realmente era bastante alta. Quizás por eso había disfrutado bailando con ella. Olía a jabón. No a perfume. Nada fuerte o caro. Sólo jabón. Se le ocurrió casi como una sorpresa que le gustaría mucho acostarse con ella.

Nunca pensó en camas y *damas* en el mismo contexto. Y será mejor que destierre ese pensamiento ahora. Lo cual era una lástima, pues ni siquiera podría permitirse un leve flirteo con ella si había algún peligro de que pudiera llevarla a la cama.

Eran pensamientos muy sensatos que tenía y de ninguna manera explicaba por qué, cuando entraron en la gran sala desde el ala oeste, no se giró con ella hacia la escalera hasta la sala de estar. En vez de eso, tomó una vela y su soporte de una mesa, encendió la

vela de una que ya estaba encendida en un candelabro de pared, asintió a un lacayo que estaba de servicio allí, y fue admitido en el ala este de la casa.

Lo más sorprendente, tal vez, fue el hecho de que la Sra. Keeping fuera con él sin un murmullo de protesta.

El ala este, de igual tamaño y longitud que el ala oeste, estaba formada casi en su totalidad por las estancias para bailes. Habían estado ardiendo de luz y esplendor para el baile de la cosecha en octubre. Ahora estaban oscuros y resonaban huecos con sus pisadas. También eran bastante frías.

¿Y qué diablos lo trajo aquí?

—Uno tiende a s-sentarse demasiado tiempo por las noches—, dijo.

—Y es demasiado temprano en el año para salir mucho después de la cena—, dijo.

Ah, estaban de acuerdo, entonces, en que simplemente buscaban un poco de ejercicio después de estar sentados tanto tiempo escuchando música. ¿Cuánto tiempo *habían* estado sentados? ¿Una hora? Menos para él.

—Sin embargo, no debo pasear por aquí demasiado tiempo—, añadió cuando no saltó a la brecha conversacional. —Dora creerá que la he abandonado.

—Creo que la Srta. Debbins está recibiendo una lluvia de atención —, le dijo. —Y m-merecidamente. No echará de menos a una mera h-hermana.

—Pero una simple hermana puede *extrañarla*—, dijo.

—¿Crees que te he t-traído aquí para un f-flirteo?—, le preguntó.

—¿Lo has hecho?— Su voz era suave.

Nadie admitía jugar a un juego de flirteo. Bueno, casi nadie.

—Lo he hecho, Sra. Keeping—, admitió. —En el salón de baile donde te vi por primera vez. He venido a b-bailar el vals contigo otra vez. Para besarte, otra vez.

No se apoyó en su brazo y exigió que la devolvieran al lado de su hermana inmediatamente, si no antes.

—Supongo que podemos ver tanto del salón de baile como sea visible a la luz de una sola vela—, dijo. —Apenas podemos bailar vals, no hay música.

—Ah,— dijo,—tendremos que conformarnos con el beso, entonces.

—*Sin embargo,*— dijo, hablando deliberadamente sobre sus últimas palabras,—puedo mantener una melodía tolerablemente bien, incluso si nadie en su sano juicio pensaría en invitarme a cantar un solo ante un público.

Él dirigió una sonrisa en su dirección, pero estaba mirando hacia adelante.

El salón de baile era vasto y vacío, y de hecho la luz de la única vela no penetraba muy lejos en su oscuridad. Hacía frío. Era un escenario tan poco romántico como podría haber elegido para la seducción, si esa era realmente su intención al venir aquí.

Dejó el candelabro sobre una mesa adornada justo dentro de las altas puertas dobles.

—Señora—, dijo, haciendo un elegante y un floreciente arco,—¿puedo tener el placer?

Ella hizo una reverencia con profunda gracia y puso la punta de sus dedos en su muñeca.

—El placer es todo mío, mi señor—, le dijo.

Y la agarró en posición de vals, manteniéndola a la distancia correcta de su cuerpo, y la miró con curiosidad. Pensó un momento, con el ceño fruncido de concentración arrugándose la frente, y finalmente tarareó la misma melodía de vals con la que habían bailado todos esos meses atrás. La hizo girar hacia el suelo vacío, entrando y saliendo de las sombras que proyectaba la vela. Era consciente de su débil luz que parpadeaba por el bordado plateado en los bordes de sus mangas.

Estaba sin aliento después de un par de minutos. La música titubeó y luego se detuvo. Pero bailó con ella un minuto más, la música y el ritmo dentro de su cuerpo y el de ella. Podía oír su aliento, el sonido de sus zapatos en el suelo, al ritmo de los demás, y el crujir de seda sobre sus piernas.

En los cuatro años transcurridos desde que dejó Penderris, había tenido varias parejas sexuales, todas las cuales le habían dado una gran satisfacción. No había contratado a ninguna amante a largo plazo. Había coqueteado ocasionalmente con damas de la *Sociedad*, siempre con las que tenían la edad suficiente para conocer el juego. No se había acostado con ninguno de ellas, ni siquiera con aquellas que habían indicado una voluntad, ni siquiera un ansia, a acostarse. Rara vez se besaba.

La Sra. Agnes Keeping no encajaba en ninguna categoría conocida, un pensamiento que lo sacudió y lo excitó a la vez.

Cuando dejaron de bailar, no se le ocurrió una cosa bendita que decir, y no se le ocurrió dejarla ir. Estaba de pie con una mano detrás de su cintura, y la otra agarrando una de las suyas. Y la miró hasta que bajó la cabeza y rozó una partícula invisible del pecho de su vestido con la mano que había estado descansando sobre su hombro. Ella reemplazó su mano y lo miró.

La besó, sosteniéndola por el momento en posición de vals, aunque su mano a la cintura se apretó gradualmente y la atrajo hacia él.

Su mano apretó la suya casi dolorosamente. Sus labios temblaban.

Tranquilo, se dijo a sí mismo. Fácil. Era una viuda de indudable gentileza y virtud. Era la mejor amiga de la vizcondesa Darleigh. Estaban en la casa de Vincent.

Pero le soltó la mano para envolverla con los dos brazos y profundizar el beso. Ella entrelazó un brazo sobre los hombros y le pasó la otra mano por detrás de la cabeza.

Y la mujer idiota le devolvió el beso.

Pero la cosa era que lo besaba con obvio placer, incluso deseo, pero sin verdadera *pasión*. Excepto que seguramente, oh, seguramente, lo sintió palpitar bajo la superficie del

disfrute que ella se permitió. Había control en su abandono, si no era una contradicción en los términos.

¿Y si perdía el control?

Podría hacer que ocurriera.

El deseo de hacer eso ardía dentro de él mientras exploraba la boca de ella con su lengua, movía sus manos a lo largo de la curva de su columna vertebral, incluso por un momento ahuecaba sus nalgas en sus manos y la ajustaba a su ingle.

Podía desatar la pasión que nadie había descubierto antes en su vida, ni siquiera su aburrido esposo. La pasión que probablemente ni siquiera conocía estaba al acecho en su interior.

Podría…

Levantó la cabeza y le devolvió las manos a la cintura.

—¿A-alguien dijo algo sobre el té en el salón?—, le preguntó.

—El vizconde Darleigh lo hizo—, dijo. —Pero creo que se equivocó de camino en el pasillo, mi señor.

—Ah, qué descuidado soy.— La soltó y cogio la vela de la mesa. Ofreció su brazo. —¿Volvemos sobre nuestros pasos y vemos si queda algo en la tetera?

—Esa sería una buena idea. —

Y él la deseaba.

¡El diablo!

Olvídate del coqueteo y el flirteo. Olvídate de las viudas virtuosas y de la respetabilidad gentil.

La deseaba.

Casi, pensó, alarmándose en gran medida, la *necesitaba*.

Y si *ese* no era un pensamiento para hacer que un hombre quisiera correr cien millas sin detenerse para respirar, no sabía lo que era.

Especialmente un hombre que era salvaje. Y peligroso.

CAPITULO 06

Agnes evitó Middlebury, tanto la casa como el parque, durante tres días después de la velada musical. Fue una decisión fácil para dos de esos días por el hecho de que llovió.

Sin embargo, Middlebury Park llegó a la cabaña en forma de dos visitas: una de Sophia, Lady Trentham y Lady Harper el primer día, y otra del Duque de Stanbrook y el Conde de Berwick el tercero. Sofía trajo al bebé con ella, y fue el centro de atención durante la visita, como casi siempre lo eran los bebés. Ambos grupos vinieron a agradecerles por venir a cenar y a felicitar a Dora por la superioridad de su interpretación. El duque expresó la cortés esperanza de que la escucharan de nuevo antes de que terminara su visita.

En la mañana del cuarto día, el sol volvió a brillar, aunque tuvo que lidiar con unas nubes altas, y Dora se puso en camino para dar al vizconde su lección de música regular. Agnes se paró en su pequeño jardín delantero para saludarla en su camino. A menudo iba con su hermana y pasaba una hora con Sofía mientras la lección estaba en curso, pero no iría esta semana a pesar de que Sofía le aseguró hace sólo tres días que sería muy bienvenida en cualquier momento y que no debía alejarse por culpa de los visitantes.

Había caballos acercándose por la calle, cuatro de ellos. Sus jinetes se detuvieron para saludar a Dora. Agnes habría regresado a la casa, pero temía que ya la hubieran visto y parecería descortés no esperar para darles un buen día cuando pasasen. Y entonces uno de ellos se separó del grupo y cabalgó hacia ella.

Lord Ponsonby.

Agnes se llevó las manos a la cintura y trató de parecer fresca y despreocupada, o al menos como si no hubiera pasado demasiado tiempo durante las últimas cuatro noches (y también los días) reviviendo ese vals y ese beso. Era como una colegiala mareada con un enamoramiento romántico, y no parecía tener la resolución de deshacerse de la estupidez.

—Señora—. Tocó el borde de su sombrero alto con su látigo y la miró con ojos que parecían arder en su propia fantasía. O tal vez no. Una vez más observó que él era muy obviamente un coqueto practicado.

—Mi señor.— Inclinó su cabeza hacia él y agarró sus manos con más fuerza hasta que sus ojos se inclinaron para observarlas.

—¿No vas a pintar los narcisos hoy?—, preguntó.

—Pensé que podría hacerlo más tarde—, le dijo. Realmente le molestaba relegarlos en su mejor momento y que tuviera que esperar un año entero antes de que volvieran a florecer.

Ese fue el alcance de su conversación. Le acompañaban en el camino sus tres

compañeros de ruta, todos los cuales le dieron un alegre saludo de buenos días antes de que siguieran cabalgando. Iban a Gloucester, informó el duque a Agnes, para echar un vistazo a la catedral.

Estaba a una distancia razonable. Incluso si no pasaron más de una hora allí, no es posible que regresen antes del final de la tarde. Aquí estaba su oportunidad, entonces. Ella iría y pintaría.

Por lo general, había alegría y serenidad en su pensamiento, ya que la mayor parte de su pintura la hacía al aire libre, y sus temas eran casi siempre las flores silvestres que crecían en los setos y prados más allá de la aldea. Mientras pintaba, podía olvidar su persistente tristeza por el final de su breve matrimonio, el tedio esencial de sus días, la soledad que trataba de ocultar incluso de sí misma, la sensación de que la vida pasaba de largo, como lo era, por supuesto, para miles de mujeres como ella. No era única en ese sentido. Nunca debe ceder a la terrible aflicción de la autocompasión.

Sin embargo, hoy no había una serenidad especial, cuando se puso en marcha con su caballete y sus provisiones. Sólo había una determinación de sofocar sus emociones arremolinadas y vivir su vida como lo hacía normalmente, de modo que en dos semanas, cuando los huéspedes abandonaran Middlebury Park, no le gustaría que la dejaran con el corazón roto.

Estar enamorada no era nada agradable, excepto quizás cuando una revivía un cierto vals sin música y un cierto beso que había parecido escandalosamente lascivo en ese momento, pero que probablemente no lo había sido para nada en el mundo. Sin embargo, una no podría vivir para siempre de recuerdos y sueños. Una no podía ignorar para siempre el hecho de que una estaba sola y que tal vez una estaría sola por el resto de su vida.

Se fue caminando en dirección al otro lado del parque.

Flavian no llegó hasta Gloucester. Después de media hora más o menos, le pareció que su caballo estaba cojeando de su pata delantera derecha. Ralph saltó de su silla de montar, sin ser invitado, para echar un vistazo, haciendo necesario que Flavian se bajara y echara un vistazo también. No había nada de malo, e Imogen, que había estado cabalgando un poco detrás de ellos, comentó que no se había dado cuenta de que el caballo cojeaba. Pero Flavian se declaró temeroso de arriesgarse a cabalgar más lejos de casa y tal vez dejar cojo al caballo por completo. Regresaría y le pedía al mozo de cuadra de Vincent que examinara esa pierna para asegurarse.

No quería oír que todos los demás volvieran con él. No, no, debían continuar su camino y disfrutar de Gloucester.

Ralph le echó una mirada dura antes de ir con los demás, pero no dijo nada. Ralph era el único que había comentado su ausencia con la Sra. Keeping hace unas noches.

—Te perdiste entre la sala de música y el salón, ¿verdad, Flave?—, preguntó.

Flavian había levantado monóculo.

—Así es, viejo amigo—, había dicho. —T-tendré que pedirle a la vizcondesa una bola de hilo para guiarme y p-poder encontrar mi camino de habitación en habitación.

—O podrías pedirle a Vince en préstamo a su perro—, había dicho Ralph. —Aunque se dice que tres es una multitud.

Flavian había puesto su monóculo hasta el fondo de su ojo para observar a su amigo a través de él, pero Ralph se limitó a sonreír.

Volvió lentamente a Middlebury. Anoche la conversación se había profundizado cuando Ralph les había hablado de la carta que había recibido al principio del día. ¡Malditas cartas! Era de la Srta. Courtney, la hermana de uno de los tres amigos de Ralph que había muerto momentos antes de que él mismo fuera gravemente herido en el campo de batalla en España. No era apropiado que una joven soltera escribiera a un solo caballero, pero lo había hecho periódicamente desde la muerte de su hermano, reclamando el privilegio de una especie de hermana honoraria. Ahora, a la edad bastante avanzada de veintidós años, se casaría con un clérigo próspero y bien conectado de algún lugar cerca de la frontera escocesa.

—¿Pero ella todavía tiene una *tendencia* por ti, Ralph?— Ben había preguntado.

—Probablemente no—, había dicho Ralph, —si no, no se casaría con el reverendo comosellame, ¿verdad?

Pero todos sabían que ella había tenido una *tendencia* por Ralph cuando todavía no era más que un muchacho y ella todavía estaba en el salón de clases. Y que había adorado a su único hermano y se había vuelto hacia Ralph en la desesperación de su dolor, escribiéndole a Penderris Hall, buscándolo en Londres después de que había regresado allí. No había respondido a la mayoría de sus cartas, alegando mala salud en las pocas notas breves que había escrito, y la había evitado siempre que podía. Incluso había llegado al punto de excusarse en un baile para traerle un vaso de limonada y luego dejarla sedienta saliendo de la casa y abandonando Londres al día siguiente.

—Te sientes culpable—, dijo George anoche,—por no haberte casado con ella hace mucho tiempo.

¡Culpa otra vez! Nada más que la maldita culpa. ¿Existía la vida sin ella para algunas personas? Se preguntaba Flavian.

—Se tenían un cariño desmesurado—, había explicado Ralph. —Max y la Srta. Courtney, eso es. Sólo estaban ellos dos. Si *realmente hubiera* sido amigo de Max, como siempre he profesado, habría cuidado de su hermana, ¿no es así? Es lo que él hubiera esperado de mí.

—¿Incluso hasta el punto de casarse con ella?— Imogen había dicho. —Seguramente no hubiera deseado que la hermana que tanto amaba se casara sólo por el deber, Ralph. Y eso es lo que habría sido por tu parte. Ella lo habría sabido, si no lo hubiera sabido al principio, al final. Y ella habría sido infeliz. No le habrías hecho ningún favor duradero.

—Al menos podría haberle mostrado un poco de compasión, un poco de afecto, un poco de…. *Maldita sea,* yo solía ser capaz de sentir tan buenas emociones. Perdón por el lenguaje, Imogen.

Ralph había estado afirmando durante años que la peor de sus muchas lesiones había sido la muerte de sus emociones. Estaba equivocado, por supuesto. Sentía culpa y tristeza. Claramente, sin embargo, había una gran parte de su vida emocional que sólo él podía conocer.

—Un día volverás a sentir amor, Ralph—, le había dicho Hugo. —Ten paciencia contigo mismo.

—Como dijo el mejor amante del mundo—, había dicho Flavian, levantando una ceja y su monóculo en la dirección de Hugo y ganando a cambio uno de los fruncimientos más feroces de Hugo.

—Ralph ya siente amor—, había dicho Vincent. —Él *nos* ama…

Y eso había traído lágrimas a los ojos de Ralph.

A la edad de diecisiete años, él y tres amigos de toda la vida se habían ido a la guerra con gloriosos ideales y visiones aún más gloriosas de valientes hazañas de honor que debían cumplirse en el combate militar. Poco después, tres de ellos habían sido volados en una lluvia roja de sangre, tripas y cerebros en una carga de caballería mal concebida que había sido recibida con las grandes armas del ejército francés. Ralph lo había observado con horror impotente antes de que él también fuera derribado.

— Parece un matrimonio decente el que la Srta. Courtney va a hacer—, dijo George. —Me atrevo a decir que será feliz.

Flavian no había mencionado su propia carta de Marianne, su hermana. Ella y su esposo y sus hijos estaban en Candlebury, había explicado, y permanecerían allí durante la Pascua antes de dirigirse a Londres para la temporada. Velma había llegado a Farthings Hall. ¿Se había enterado? Marianne iba hacer una visita con su madre. ¿Flavian tenía intención de ir allí después de dejar Middlebury Park? Ella sinceramente lo esperaba. Los niños se alegrarían de verlo, ya que su tío había sido su persona favorita en el mundo desde que los llevó a la Torre de Londres el año pasado y luego a la de Gunter para los helados.

Flavian no se dejó engañar por la breve y casi brusca mención de Velma. Era tan obvio a la vista por sus palabras que su familia y la de ella esperaban reavivar la gran historia de amor que había terminado en tragedia después de que hubiera sido golpeado por su caballo en la batalla y dejado su mente en el campo cuando se lo llevaron, y Velma y Len se habían consolado casándose. Qué suerte para la esperanza de que Len hubiera muerto tan escasamente siete años después. Había sido muy amable de su parte.

Velma se había casado con Len porque él, Flavian, estaba incapacitado, muerto a todos los efectos, aunque aún vivía en cuerpo. Nadie esperaba que se recuperara, ni siquiera el médico que venía a intervalos regulares para sacudir la cabeza, a chasquear la lengua, a mirar con seriedad y saber. Todos ellos lo habían dicho en su presencia, y aunque no

entendía ni siquiera la mitad de lo que la gente decía, lo que entendía era casi invariablemente las cosas que prefería no haber oído. Estaba loco, su mente se había ido para siempre. Alguien iba a tener que *hacer* algo al respecto uno de estos días en lugar de aferrarse a una esperanza que no era realista. Velma y Len habían sido los primeros en enfrentarse a la realidad. Se habían vuelto el uno hacia el otro en su dolor mutuamente inconsolable y habían encontrado algún consuelo en el hecho de que juntos podrían recordarlo como solía ser.

Esa era la historia que siempre se contaba en la familia, de todos modos. Su madre, su hermana, sus tías y tíos y los primos del tercero y cuarto lo sacaban en cada reunión familiar. Hizo una historia conmovedora y siempre hacía llorar a más de un par de ojos. El epílogo conmovedor de todo esto, por supuesto, había sido el hecho de que había recuperado más o menos su ingenio después de todo durante su larga estancia en Penderris. Siempre le recordaba a una de sus tías, a Julieta despertando de su sueño drogado justo después de que Romeo se suicidó, creyendo que había muerto.

Pero ahora Len estaba muerto. No es de extrañar que entre cierto contingente se despertara la esperanza de un final feliz para siempre.

Flavian, sin embargo, nunca había perdonado a ninguno de ellos.

Todavía no había podido hablar con claridad ni coherencia cuando Velma vino a decirle menos de dos meses después de que lo trajeran a casa que el aviso del fin de su compromiso aparecería en los periódicos matutinos al día siguiente, y que tres días después aparecería el anuncio de su nuevo compromiso. No había podido hablar, pero había entendido lo suficiente. Le había dado una palmadita en la mano y lloró copiosamente.

—Nunca te recuperarás, Flavian—, le había dicho. —Ambos sabemos eso, al menos, supongo que no lo haces ni lo harás nunca. Tal vez sea misericordioso que no sepas nada, más misericordioso que lo que me ha pasado a mí. Yo te quiero. Te amaré hasta el día de mi muerte. Pero no puedo permanecer atada a ti. Necesito más vida, e intentaré encontrarla con Leonard. Estoy segura de que si me entenderías y pudieras hablar conmigo, estarías de acuerdo de todo corazón. Estoy segura de que te alegrarías por mí, por nosotros. Estarías feliz de que pasara mi vida con Leonard y él conmigo, dos de las personas que más te quieren.

Había intentado desesperadamente hablar, pero no había superado unos pocos sonidos tartamudos y sin sentido. De todos modos, en aquellos días su mente aún no había recuperado el concepto de sentencias. Incluso una o dos palabras reconocibles no habrían sido suficientes si por algún milagro las hubiera derramado. Y lo más probable es que hubieran sido las palabras equivocadas, algo muy diferente de lo que su mente pretendía, lo más probable es que fueran blasfemias horribles. Su madre a veces le rogaba que dejara de maldecir. Pero la naturaleza de su lesión fue tal que perdió el control de su habla y de las palabras que usaba cuando podía emitir un sonido.

—Estoy segura de que nos daría su bendición—, le había dicho Velma, acariciando su mano. —Estoy segura de que lo harías, y así le he asegurado a Leonard. Siempre te

amaremos. Siempre te amaré.

Después de que se había ido, dejando atrás el olor familiar de los lirios del valle, él había destruido virtualmente la sala de estar, donde había estado acostado en un sofá cama. Habían necesitado dos robustos lacayos y su ayudante de cámara para someterle, y solo lo habían conseguido porque al final no quedaba nada que destruir.

Len no había venido, incluso si tenía la intención de hacerlo, y ¿quién podía culparlo? Esa no había sido la primera furia violenta de Flavia. Cada vez más se dio cuenta de que la frustración causada por las consecuencias de su lesión, sus recuerdos perdidos, su mente confusa, su lengua congelada, se manifestaba en un impulso de violencia física que no podía controlar.

Tres días después, el mismo día en que la noticia del compromiso de la Srta. Velma Frome con Leonard Burton, conde de Hazeltine, apareció en todos los periódicos de Londres, George, duque de Stanbrook, había venido a visitar a Flavian en Arnott House.

Flavian había jurado mal a este nuevo desconocido y le arrojó un vaso de agua a la cabeza, que desapareció por un patio, pero que disfrutaba del satisfactorio sonido de un vidrio rompiéndose. No había estado de buen humor, habiendo estado encerrado en su cuarto desnudo desde la violencia que siguió a la visita de Velma. Era increíble, mirando hacia atrás, que hubiera habido incluso un vaso para tirar. Alguien debía haber sido descuidado.

Pero pronto se encontró viajando a Penderris Hall en Cornualles con el duque, sin ningún tipo de restricciones ni grandes guardias disfrazados de sirvientes. George había conversado tranquila y sensatamente con él o más bien, había entregado monólogos, tal vez una cuarta parte de cuyo contenido había comprendido Flavian, durante la mayor parte del largo y tedioso viaje, antes de que Flavian descubriera que Penderris no era el manicomio que estaba esperando, sino un hospital con otros pacientes, otros veteranos de la guerra, tan maltrechos como él.

Y había amado a George con un apego apasionado desde entonces. Una cosa graciosa, amor. No fue siempre, ni siquiera en su mayor parte, una cosa sexual.

No salió a la pradera inmediatamente después de su regreso a Middlebury. De hecho, intentó convencerse a sí mismo para que no fuera. Ben y Vincent, al final de la lección de música, iban a ir al hipódromo con Martin Fisk, el fiel valet de Vince. Flavian podría haber ido con ellos. Pero su caballo estaba cojo, ¿verdad?, aunque sospechaba que al mozo le costaría descubrir cómo. Hugo y su esposa iban a sentarse por un rato en el punto más alto de la caminata por el bosque, desde donde podían esperar la mejor vista. Flavian fue invitado a ir con ellos, pero estuvo de acuerdo con Ralph en que tres podían ser a veces una multitud, y que esos dos habían estado casados durante menos de un año y obviamente seguían estando encantados el uno con el otro. Lady Harper y Lady Darleigh iban a hacer algunas visitas sociales y estarían felices de tener la escolta de Flavian. Les dijo que tenía unas cuantas cartas que escribir y que realmente debía continuar con ellas antes de perder el impulso por completo. Luego, por supuesto, se sintió obligado a escribir a su hermana. Dejó muy claro que, cuando se fue de aquí, iba directo a Londres. Incluso le

dijo la fecha en que esperaba llegar allí para que quedara claro que tenía la intención de pasar la Pascua, como todos los años, en Londres. No importaba que el Parlamento no se sentara o que la temporada cobrara vida hasta después de las vacaciones. Le gustaba Londres cuando estaba relativamente tranquilo. Estar allí era mejor que estar en Candlebury, de todos modos, especialmente este año.

No había estado en la Abadía de Candlebury desde cuatro días antes de que David muriera, dos días antes de su gran baile de compromiso con Velma en Londres.

¿Qué demonios le había poseído para pasar con eso? ¿En un momento así? Frunció el ceño, frotando la punta de la pluma de un lado a otro de su barbilla, intentando recordar la secuencia exacta de los acontecimientos durante la más agitada y espantosa de las semanas. *¿Espantoso?* Pero cuanto más pensaba, más se acercaba un dolor de cabeza y más se acercaba al tipo de frustración que una vez había sido el preludio de un ataque de violencia incontrolada.

Se puso en pie abruptamente, derribando la silla de escritorio con la parte trasera de sus rodillas, y se dirigió al otro lado del parque. Ella se habría ido mucho antes, incluso si hubiera ido allí en vez de a algún otro lugar para pintar, se dijo a sí mismo. Intentó convencerse a sí mismo de que esperaba que ella se *hubiera* ido, aunque por qué demonios iba a caminar tan lejos solo por el ejercicio que no intentó explicarse a sí mismo. *Fue* una larga caminata.

No sería una buena compañía.

Esta mañana había estado usando un vestido de algodón simple y sin sombrero. Su cabello había sido atrapado en un nudo liso en su cuello. Su postura había sido primitiva y autónoma, su expresión plácida. Había tratado de decirse a sí mismo que no tenía ningún atractivo sexual, que debía estar muy aburrido aquí en el campo si estaba tejiendo fantasías sobre una viuda sencilla, primitiva y virtuosa.

Excepto que *no estaba* aburrido. Tenía a todos sus amigos más cercanos aquí, y tres semanas nunca fue el tiempo suficiente para disfrutar de su compañía al máximo. Una de esas semanas ya había pasado mientras parpadeaba. Esta era siempre su semana favorita del año, y el cambio de lugar no lo había afectado.

Quizás se habría convencido a sí mismo esta mañana si no hubiese notado la única cosa que la había traicionado. Sus manos agarradas a la cintura tenían los nudillos blancos, lo que sugería que no estaba tan tranquila, tan despreocupada al verle, como parecía a primera vista.

A veces la sexualidad era más convincente cuando no era abierta.

La había querido de nuevo en ese momento con una puñalada bastante alarmante de anhelo.

Y ella no era sencilla. O remilgada. Y si ella era virtuosa, y él no lo dudó, también estaba llena hasta el borde de la sexualidad reprimida.

Cuando llegó al otro lado del parque, se encontró con que no había ido a pintar a otro lugar y no se había ido.

Estaba donde había estado hace cinco días, aunque esta vez no estaba boca arriba. Estaba de rodillas ante su caballete, sentada sobre sus talones, pintando. Él sabía por qué estaba tan deprimida. Le había explicado que quería ver los narcisos como se veían a sí mismos. Y aunque se detuvo a cierta distancia detrás de ella, un hombro apoyado contra el tronco de un árbol, con los brazos cruzados sobre su pecho, pudo ver que su pintura mostraba principalmente cielo, con hierba debajo y narcisos que se extendían entre los dos, conectándolos. No estaba lo suficientemente cerca para juzgar la calidad de la pintura, no es que fuera un conocedor de todos modos.

Parecía absorta. Ciertamente no había oído ni sentido su acercamiento, como la última vez.

Sus ojos se movieron sobre la agradable curva de su columna vertebral, sobre su parte inferior redondeada, sobre las suelas de sus zapatos, los dedos de los pies apuntando hacia adentro, los talones hacia afuera. Llevaba un sombrero. No podía ver nada de su cara.

Debería darse la vuelta y marcharse, aunque sabía que no lo haría. No después de venir hasta aquí y perder la compañía de amigos y una visita a Gloucester.

Estaba malherido, pensó con sorpresa y no un poco de desasosiego.

Y luego sumergió su pincel en agua y pintura y lo cortó violentamente a través de la pintura de esquina en esquina y de nuevo de esquina en esquina, dejando una X grande y oscura en el papel. Lo arrancó del caballete, lo arrugó y lo tiró a la hierba. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había otras bolas de papel similares esparcidas a su alrededor.

Estaba teniendo un mal día.

Seguramente no tuvo nada que ver con él. Aparte del breve encuentro de esta mañana, no lo había visto en cuatro días.

Puso su pincel en el agua y apretó las palmas de sus manos contra sus ojos. La oyó suspirar.

— He aquí el artista frustrado —, dijo.

No movió la cabeza como él esperaba. Por un momento se quedó como estaba. Luego bajó las manos y giró la cabeza lentamente.

— Gloucester debe haberse movido más cerca —, dijo.

—Gloucester y yo no estábamos predestinados a c-conocernos hoy, por d-desgracia—, dijo. —Mi caballo cojeó.

—¿Lo hizo?— Parecía escéptica.

—Quizás no—, dijo, cruzando los brazos, empujando su hombro lejos del árbol, y caminando más cerca de ella. —Pero podría haberlo hecho si me hubiera ido más l-lejos.

—Siempre es mejor ser cauteloso—, dijo.

—Ah.— Dejó de caminar. —¿Doble sentido, Sra. Keeping?

—Si es así,— dijo, —No seguí mi propio consejo, ¿verdad? Quería estar aquí una hora

y probablemente me he quedado tres o cuatro. Podría haber adivinado que encontrarías una razón para volver temprano.

Parecía amargada.

—Cuando me dijiste que pintarías más tarde —dijo en voz baja—, ¿me estabas invitando a d-descubrir algo malo con mi c-caballo?

—No lo sé—, dijo con el fantasma de una sonrisa. —¿Lo estaba? No tengo experiencia con el coqueteo, Lord Ponsonby. Y no tengo ningún deseo de adquirir ninguna.

— ¿Está s-segura —le preguntó—de que no se engaña a sí misma, señora Keeping?

Volteó la cabeza para mirar hacia atrás a través del prado.

—No puedo pintar—, le dijo. —Los narcisos permanecen ahí fuera y yo aquí, y no puedo encontrar ninguna conexión.

—¿Y yo soy el c-culpable?

—No.— Ella lo miró. —No, no lo eres. Podría haber evitado ese beso aquí hace casi una semana. Podría haber evitado ir al ala este contigo la noche que estuve allí con Dora, y, habiendo ido allí, podría haber evitado bailar contigo y besarte de nuevo. Eres un ligón, mi lord, y probablemente un libertino, pero no puedo pretender que me hayas forzado a nada. No, tú *no tienes la* culpa.

Estaba más bien sorprendido por la evaluación que hacía de él.

¿Un ligon? ¿Lo era?

¿Un libertino? *¿Lo era*?

Y él *era el* culpable. Había destruido su tranquilidad. Era bueno en la destrucción.

Se acercó a ella, miró la página en blanco de su caballete, miró a su alrededor las pinturas descartadas, miró los narcisos.

—¿Tu p-pintura suele darte tantos problemas?—, preguntó.

—No.— Volvió a suspirar y se puso en pie. —Tal vez porque normalmente me contento con captar la simple belleza de las flores silvestres. Pero hay algo en los narcisos que exige más. Tal vez porque sugieren audacia, sol y música, algo más que sólo ellos mismos. ¿Esperanza, quizás? No pretendo ser un gran artista con una gran visión.

Estaba mirando sus manos, que estaban extendidas, con las palmas hacia abajo. Sonaba al borde de las lágrimas.

Tomó sus manos en las suyas. Como sospechaba, eran como dos bloques de hielo. Las colocó planas contra su pecho y extendió sus palmas sobre la parte posterior de ellas. Ella no formulo ninguna protesta.

—¿Por qué me d-dijiste que vendrías aquí?—, le preguntó.

Sus cejas se elevaron. —No lo hice—, protestó. —Me preguntaste si no estaba

pintando hoy, y te respondí que podría hacerlo más tarde.

—Me lo estabas diciendo.— Sumergió su cabeza más cerca de la de ella.

—¿Crees que te estaba pidiendo que te unieras a mí aquí?— Su voz estaba llena de indignación. Sus mejillas se habían vuelto rosadas.

—¿Lo estabas?— Murmuró las palabras, casi contra su boca.

Ella frunció el ceño. —No *entiendo* el flirteo, Lord Ponsonby.

—Pero tú te sientes a-atraída por eso, Sra. Keeping.

Ella respiró hondo, aguantó la respiración, y le miró directamente a los ojos. Esperó la negación, la burla en sus ojos.

—Sí.

Todo el problema parecía ser que no seguía las reglas, por la sencilla razón de que quizás no las *conocía.* ¿Qué se hacía con una mujer que admitía sentirse atraída por el coqueteo?

¿Pierdes el tiempo con ella?

No ayudaba que él la deseara, que había un elemento de necesidad en ese deseo.

—Si me voy—, le preguntó, —¿vas a pintar más hoy?

Ella agitó la cabeza. —Estoy distraída. Estaba distraída incluso antes de que llegaras. Incluso antes de que *yo* llegara.

—Entonces g-guarda tus cosas,— dijo, —y déjalas aquí. Y c-camina conmigo.

CAPITULO 07

Hizo todo con cuidado deliberado, lavando sus pinceles, secándolos con una toalla raída, cubriendo sus pinturas, vaciando el agua sobre la hierba, metiendo las hojas de papel en su bolso, doblando su caballete, poniéndolo plano, colocando la bolsa encima de él. Entonces se puso de pie y lo miró de nuevo.

Él le ofreció su brazo, y ella lo aceptó. La condujo hacia la avenida del cedro, pasando entre los troncos de dos árboles y saliendo a mitad de la caminata. Los cedros del Lebanon no tenían el orden erguido de las limas o de los olmos. Las ramas crecían en todas direcciones, algunas cerca del suelo, otras casi sobre la cabeza. La avenida hacía pensar en novelas góticas, aunque no es que hubiera leído muchas de ellas. Había una casa de verano situada en el centro, al final de la misma.

Podía oler el jabón otra vez. Alguien debería embotellar el olor del jabón en su piel y hacer una fortuna con ello.

— ¿En qué consiste el flirteo?—, le preguntó.

Miró a su sombrero y casi se rió. *De esto,* casi dijo. *Precisamente de esto.*

—Réplica arriesgada, miradas ardientes, besos, toques—, dijo.

—¿No más que eso?

—Sólo si las dos p-personas en cuestión desean más —, dijo.

—¿Y nosotros?

—No p-puedo responder por ti, Sra. Keeping.

— ¿Vos?

Se rió suavemente.

—Supongo que eso significa que sí—, dijo. —No conozco ninguna respuesta arriesgada. Y creo que lo consideraría una tontería si lo hiciera.

Se sintió casi asfixiado por desearla. Ninguna cortesana podría ser la mitad de inteligente. Excepto que esto no fue deliberado por su parte.

Entraban y salían de la luz del sol en la avenida. Sus ojos estaban ligeramente deslumbrados. También el resto de él. Se sintió extrañamente fuera de su elemento.

—No hay r-reglas, en realidad—, dijo. —O, si las hay, no las he v-visto.

—¿Qué quiere de mí, Lord Ponsonby?—, preguntó.

—¿Qué quieres de *mí,* Sra. Keeping?

—No—, dijo ella,—Yo pregunté primero.

Así lo había hecho.

—Tu compañía—, dijo. No podría haber dado una respuesta más floja si hubiera tenido una hora para pensar en ello.

—¿Y eso es todo? Tienes la compañía de tus amigos, ¿no?—, preguntó.

—Así es.

—Entonces, ¿qué quieres de mí que no puedan darte?

—¿Tiene que haber una respuesta?—, preguntó. —¿No podemos simplemente c-caminar por aquí y disfrutar de la tarde?

—Sí.— Ella suspiró. —Pero parece que soy la última clase de mujer que un hombre como tú buscaría por compañía.

—¿Un flirteo?—, dijo. —¿Un l—libertino?

—Bueno.— Hubo un breve silencio. —Sí.— Y luego se rió. —¿*Lo eres*?

—Creo, Sra. K—Keeping —dijo—, que es mejor que me diga qué quiere decir con que es la última clase de mujer que podría buscar. Y creo que nos s-sentamos en la casa de verano mientras lo haces. El aire es bastante frío aquí afuera. A menos que tengas miedo de que me a-abalance sobre ti ahí dentro y sea mi malvado contigo.

—Me atrevo a decir,— dijo,—que si tuvieras la intención de atacarme, el aire libre no te disuadiría.

—Así es—, estuvo de acuerdo, abriendo la puerta para que ella pudiera precederle dentro.

Era una bonita estructura pequeña, sus paredes casi totalmente de cristal. Un asiento acolchado de cuero recorría el perímetro interior. Los árboles alrededor del exterior ofrecían sombra de los rayos más calientes del sol en verano, pero no mantendrían el calor en ninguna otra estación. Hacía un calor agradable hoy.

—Dime c-cómo llegaste a vivir con tu hermana—, dijo después de que se sentaron en lados opuestos del banco, aunque sus rodillas no estaban lejos de tocarse.

—La propiedad de mi esposo pasó a su hermano menor—, le dijo. —Y aunque tuvo la amabilidad de asegurarme que podría seguir viviendo allí, no me pareció justo, ya que él mismo no está casado y se habría sentido obligado a vivir en otro lugar. Mi padre se volvió a casar el año anterior a mi boda, y la madre de su esposa y su hermana soltera se mudaron después de que me fui. No quería volver allí. Me fui a vivir con mi hermano a Shropshire por un tiempo, es un clérigo, pero también tiene una familia, y no quería quedarme para siempre. Cuando Dora vino de visita y me sugirió que me mudara aquí con ella, acepté con gusto. Necesitaba compañía, y yo necesitaba un hogar en el que no sintiera que me entrometiera. Y siempre nos hemos querido especialmente. El arreglo ha funcionado bien.

Estaba muy contento de no ser una mujer. Había tan pocas opciones.

—¿Tu tartamudeo es el resultado de tus heridas de guerra?—, le preguntó.

La miró y medio sonrió. Se sentó con la espalda recta y sus manos bien dispuestas en su regazo. Sus pies estaban uno al lado del otro en el suelo, entre ellos. La virtud primordial a veces puede parecer inexplicablemente tentadora.

—Lo siento—, dijo. —Esa fue una pregunta muy personal. Por favor, no se sienta obligado a responder.

—Era una herida en la c-cabeza—, le dijo. —Doblemente. Me dispararon y luego me c-caí de mi caballo antes de que me atropellaran. Debería haber muerto tres veces. Durante mucho t-tiempo no supe dónde estaba, q-quién era ni qué había pasado. Y cuando lo hice, no pude c-comunicarme con nadie fuera de mi c-cabeza. A veces las palabras de todos eran un r-revoltijo, o me t-tomaba demasiado tiempo resolver lo que querían d-decir. Y luego no salieron las palabras para responderles, y cuando lo hacían, no siempre eran las p-palabras en las que estaba pensando. Y me había olvidado de las f-frases.

No mencionó los dolores de cabeza o las grandes lagunas de memoria.

—Oh.— Frunció el ceño, preocupada.

—A veces, cuando las p-palabras no salían,— dijo, —otras cosas salían en su lugar.

Levantó las cejas.

—Era p-peligroso, Sra. Keeping—, le dijo. —Hice con mis puños lo que n-no pude hacer con mi mente o mi voz. P-pronto me enviaron a Cornualles y me m-mantuvieron allí durante tres años. A veces todavía tengo lo que mi familia llama r-rabietas.

Abrió la boca para hablar, lo pensó mejor, y la volvió a cerrar.

— Sería aconsejable que se mantuvieras alejada de mí.— Se burló de ella con sus ojos, con su sonrisa.

—Tus amigos no te temen—, dijo.

—Pero no d-deseo acostarme con ninguno de mis amigos—, dijo. —Incluso Imogen.

Sus mejillas se volvieron más rosadas.

—Alguien no puede ser a la vez amigo y amante—, preguntó.

—Sólo en una relación m-matrimonial donde hay amor—, dijo.

—¿Es por eso que me advierte que me aleje de ti, Lord Ponsonby?—, preguntó. —¿No porque te vuelvas violento, sino porque no tienes el amor o el matrimonio en mente?

—N-nunca tendré nada de eso para ofrecer a una mujer—, le dijo.

—¿Nunca?

—Los finales felices p-pueden convertirse sin previo aviso en m-muy m-malos finales —, dijo.

Ella se detuvo ante sus palabras y le miró fijamente a los ojos, como si viera algo allí. — ¿Creíste alguna vez en los finales felices?— Su voz era muy suave.

De repente sintió como si la estuviera mirando por un largo túnel. *¿Lo había hecho*? Era extraño que no pudiera recordar. Debió haber creído en ellos, sin embargo, en esa brillante noche del baile de compromiso en Londres. Había abandonado a su hermano moribundo por eso. Por Velma.

Sus manos se enroscaron en puños apretados a cada lado del asiento, y vio como lo miraba.

—No existe tal cosa, Sra. Keeping—, dijo, extendiendo los dedos para enroscarse ligeramente sobre el borde del asiento. —Lo sabes que tan b-bien como yo.

—¿No debí casarme con William, entonces,— dijo ella, —porque él moriría? Pero tuvimos cinco años de compañerismo. No me arrepiento de haberme casado con él.

—Compañerismo—. Se burló de ella otra vez. —Pero sin p-pasión.

—Creo que la pasión está muy sobrevalorada—, le dijo. —Y quizás el compañerismo y la satisfacción son subestimados por las personas que no los ha conocido.

—¿P-personas como yo?

—Creo,— dijo ella, —que ha conocido mucha infelicidad, Lord Ponsonby, y que eso lo ha hecho cínico. Infelicidad *personal* sin relación con sus lesiones. Y ahora te has convencido de que la pasión es más importante que la satisfacción tranquila y el amor comprometido, porque la pasión no requiere un compromiso real, sino que te hace sentir vivo cuando mucho ha muerto en ti desde que tu vida cambió irrevocablemente.

¡Santo Dios! Aspiró aire que no parecía haber en abundancia y obligó a sus manos a permanecer relajadas. Pero de repente su temperamento estaba a punto de estallar.

—Y creo, s-señora—, respondió,—que te estás entregando a la especulación sobre algo que no sabes nada.

—Te he hecho enojar—, dijo. —Lo siento. Y tienes toda la razón. No te conozco en absoluto.

No se rompería. Se necesitaba mucho para que perdiera el control en estos días. No le gustaba ver a ese loco que era él mismo destruir su mundo exterior porque no podía ordenar su mundo interior. Era extraño cómo siempre había un observador interior cuando el loco entraba en acción. ¿Quién era ese hombre?

—Bueno, Sra. Keeping,— dijo, mirándola perezosamente y bajando la voz,—podemos hacer *eso* bien cuando q-quieras.

—*¿ Para ... estar juntos*?—, preguntó.

Se cruzó de brazos. —Sólo tienes que decir la p-palabra.

Miró las manos en su regazo y se tomó su tiempo para responder. Se rió suavemente.

—Sigo esperando despertarme—, dijo, —para descubrir que todo esto es un sueño

extraño. No tengo conversaciones como esta. No paso tiempo a solas con caballeros. No escucho proposiciones tan inapropiadas que debería tirarme al suelo con un desvanecimiento total.

—Pero todo está sucediendo.

—Tengo veintiséis años,— dijo —y casi tres años viuda. Quizás en algún momento en el futuro, si no pasa demasiado tiempo mientras tanto, alguien más me ofrecerá algo, aunque no sé quién en este vecindario. Tal vez haya matrimonio, incluso maternidad, en mi futuro. O tal vez no. Tal vez mi vida permanezca como está ahora hasta que muera. Tal vez nunca conozca… *la pasión*, como tú la llamas. Y quizás me arrepienta de eso cuando sea mayor. O tal vez, si cedo a la tentación, me arrepentiré de *ello*. Nunca lo sabremos, ¿verdad? Nunca podremos beneficiarnos hoy de la sabiduría que habremos adquirido mañana.

Lo que debía hacer era ponerse de pie y volver a la casa y no volver nunca más. Si se había imaginado un agradable e insensato coqueteo con ella, incluso quizás un breve romance, estaba empezando a darse cuenta de que nada sería simple y directo con la Sra. Agnes Keeping. No quería ser su única oportunidad de pasión, su único experimento para liberarse del aburrido molde de su vida. Que el cielo lo ayude. No quería dejarla con el pesar de que había cedido a la tentación de explorar la pasión. No quería romperle el corazón, *si* tenía el poder de hacerlo…

Este… encuentro no se estaba desarrollando en absoluto como se había imaginado cuando ideó una forma de venir aquí a buscarla.

De repente, y muy injustamente, se resintió con ella. Y este lugar y el cambio de lugar este año. Nada como esto pasó en Penderris.

Se puso en pie abruptamente y se paró junto a la puerta, mirando a lo largo de la avenida del cedro.

—¿Pintarás mañana?—, le preguntó.

—No lo sé.

E hizo exactamente lo que se había dicho a sí mismo que debía hacer. Abrió la puerta y salió, se quedó indeciso por unos instantes, y luego se fue por la avenida sin ella.

Si se hubiera dado la vuelta, podría haberle hecho el amor. Y ella no lo habría detenido, mujer idiota. Al menos no pensó que ella lo haría.

Quizás mañana…

Y quizás no.

Necesitaba tiempo para pensar.

Agnes trabajó en casa la semana siguiente. Pintó los narcisos de memoria, a pesar de que realmente estaba casi harta de ellos, y estaba satisfecha con su primer esfuerzo. De

hecho, estaba bastante segura de que era el mejor trabajo que había hecho. Sorprendentemente, se encontró a sí misma pintándolas desde arriba, como si fuera el sol que las miraba desde arriba. No había cielo en el cuadro, sólo hierba y flores.

El tiempo pasaba arrastrándose cuando no estaba pintando, y a veces incluso cuando sí lo estaba. No podía ver a los visitantes de Middlebury Park irse lo suficientemente rápido. Quizás su paz se restauraría cuando se hubiesen ido.

Cuando él se hubiera ido.

Nunca más iba a cometer el error de enamorarse. Era un estado emocional que se suponía que traería gran felicidad, incluso euforia. No había sentido casi nada de eso. Por supuesto, la poesía y la literatura en general estaban llenas de historias de amor trágico perdido o despreciado. Debería haber prestado más atención cuando estaba leyendo. Excepto que la precaución no la habría ayudado. No tenía intención alguna de enamorarse del vizconde Ponsonby, que era inapropiado e inelegible en casi todas las formas imaginables. Echaba de menos a William con un dolor sordo de anhelo por la satisfacción de su vida en común.

¿*La* marcha de Lord Ponsonby le traerá paz?

Una vez dentro, ¿cuándo uno se desenamora? Habían pasado varias semanas en octubre, aunque parecía que la sensación había permanecido inactiva en lugar de desaparecer por completo. ¿Cuánto tiempo llevaría esta vez? ¿Y cuándo se iría para siempre?

¿Y por qué había dejado pasar una semana entera, no, ocho días, sin buscarla? Cada vez que escuchaba un caballo en la calle o un golpe en la puerta, contenía la respiración y esperaba, esperando que no fuera él. Esperando que lo fuera.

Y entonces, en la mañana del octavo día, Sophia le envió a Agnes una nota disculpándose abyectamente por haber descuidado tanto a su amiga y rogando tanto a Agnes como a la Srta. Debbins que vinieran a tomar el té con ella y las otras dos esposas.

Tengo una nueva historia con nuevas ilustraciones para mostrarte, había escrito. *Se lo dijimos a Thomas, y gorgoteó. Le mostré las fotos y casi sonríe.*

Agnes sonrió mientras doblaba la nota. Thomas ni siquiera tenía dos meses.

—Nos invitan a Middlebury a tomar el té con Sophia y dos de las damas invitadas—, le dijo a Dora cuando su hermana terminó de dar una clase de música a una niña de doce años que había tenido la desgracia de nacer con diez pulgares y un alma incurablemente prosaica, o así lo dijo Dora con creciente exasperación casi todas las semanas. Y con padres cariñosos que no tenían oído y estaban decididos a creer que su hija era un prodigio.

—Oh, eso será encantador—, dijo Dora, iluminando. —Y será bueno para ti. Has estado en la miseria últimamente.

—Oh, no lo he hecho—, protestó Agnes. Había estado haciendo un esfuerzo decidido para parecer alegre.

El té en el salón de Middlebury Park era para las tres mujeres casadas y sus dos invitadas. Lady Barclay se había ido con los otros seis miembros del club, informó Sophia.

—Tenía miedo—, dijo, —de que venir aquí este año en lugar de ir al Penderris Hall como de costumbre, y tener tres esposas aquí también esta vez, les arruinaría las cosas, pero no creo que lo haya hecho.

—Ben me dijo anoche, cuando finalmente llegó a la cama—, dijo Lady Harper con su ligero rastro de acento galés, —que esta reunión con sus amigos ha sido la mejor parte de su luna de miel hasta ahora. Y luego tuvo la gracia de hacer algunas correcciones verbales inteligentes para asegurarme que es *enteramente* porque estoy con él este año.

Todas se rieron.

Sofía leyó la nueva historia en voz alta a petición de Lady Trentham, y las ilustraciones se pasaron de mano en mano para que todos pudieran admirarlas y reírse de ellas.

—Bertha y Dan, — dijo Agnes,—son mis personajes literarios favoritos.

Sophia se rió alegremente. —Tienes gustos muy poco sofisticados, Agnes. ¿Ya has pintado los narcisos? Dijiste que ibas a hacerlo.

—Lo he hecho—, le dijo Agnes. —Pero eran muy resistentes a ser capturados en pintura.

—Agnes ha estado deprimida por esa misma razón, creo,— dijo Dora. —Pero he visto la pintura terminada y es muy bonita.

Agnes le sonrió con cariño. —Dices eso de todas mis pinturas, Dora. Eres bastante indiscriminadamente parcial.

—Como todas las hermanas deberían ser—, dijo Lady Harper. —Siempre quise una hermana.

Y entonces, justo cuando era casi la hora de levantarse y marcharse, los otros llegaron a casa y entraron en el salón de forma ruidosa, trayendo el mundo exterior con ellos, o eso parecía.

Tab, el gato de Sophia, que había estado acurrucado al lado de Dora, se puso de pie, arqueó la espalda, siseó al perro de Lord Darleigh y se quedó dormido; Lord Darleigh sonrió a su alrededor, como si pudiera verlos a todos; Sir Benedict Harper comentó el hecho de que no habría creído que el nuevo hipódromo tenía ocho kilómetros de largo si no se hubiera impulsado a sí mismo a lo largo de casi un tercio de la longitud del mismo en su silla; El duque de Stanbrook se inclinó ante las invitadas y les dio las buenas tardes ; Lady Barclay aceptó una taza de té de las manos de Sofía y se sentó para conversar con Dora; Lord Trentham puso un brazo brevemente alrededor de la cintura de su esposa y la picoteó en los labios antes de fruncir el ceño ferozmente, como si esperara que nadie se hubiera dado cuenta; el Conde de Berwick se sirvió un pastel helado de la bandeja de té e hizo sonidos de agradecimiento al morderlo; y el Vizconde Ponsonby se paró justo al otro lado de la puerta, con aspecto de somnoliento.

Y Agnes lo odiaba. No, se odiaba a *sí misma*. Porque no era consciente de nadie tanto como estaba de él.

—Creo que todos hemos caminado hasta los trocos—, comentó el conde. —Tratamos de sobornar a Ben de su silla, pero era egoísta y obstinado como siempre y no se movía.— Le guiñó un ojo a Lady Harper.

—¿Es su nuevo libro, Lady Darleigh?—, preguntó el duque. —¿Se nos permite verlo?

—Es brillante—, dijo Lord Darleigh al sentir el asiento de su silla junto a la chimenea antes de bajarse. —Véanlo ustedes mismos.

—Autor, violinista, arpista, pianista—, dijo Lord Trentham. —Pronto no habrá forma de vivir con el muchacho.

—Pero sólo Sophie está llamada a hacerlo—, dijo Lord Darleigh, sonriendo dulcemente.

—Las ilustraciones son muy ingeniosas, Lady Darleigh—, dijo Lady Barclay mientras las miraba por encima del hombro del duque. —Me pregunto quién tuvo la tonta idea de que los libros para niños no son también para adultos.

—Hay un niño en todos nosotros, ¿no es así, Imogen?— preguntó el conde.

—Sí, precisamente, Ralph—, dijo, mirándole con una mirada de tan crudo anhelo en sus ojos que Agnes se sintió sacudida.

El vizconde Ponsonby era el único de ellos que no había dicho nada.

Después de unos minutos, Dora se puso de pie y Agnes la siguió.

—Debemos marcharnos, Lady Darleigh—, dijo Dora. —Gracias por invitarnos. Ha sido delicioso.

—Así es—, estuvo de acuerdo Agnes. —Gracias, Sophia.

Lord Ponsonby seguía de pie en la puerta, se dio cuenta.

—Me daré el placer de acompañarles a casa, si me permiten—, dijo el Duque de Stanbrook.

Dora lo miró con sorpresa. —¿Después de su larga caminata, Su Gracia?

—Será como un postre para un banquete—, le aseguró. —Y el postre es siempre la mejor parte.

Pero habló con un brillo en los ojos y sin sugerir coqueteo. Dora, que estaba aterrorizada por su magnificencia titulada, en realidad se rió.

—Iré contigo, George—, anunció el vizconde Ponsonby de esa manera lánguida que tenía, casi como si hubiera suspirado.

Inevitablemente, cuando partieron, se dividieron en dos parejas, y como el duque le había ofrecido a Dora su brazo incluso antes de salir de la casa, Agnes no tuvo más remedio que tomar el de Lord Ponsonby.

—Esto era innecesario—, dijo después de un minuto de silencio. Dora y el duque, caminando y conversando, ya los habían superado.

—Está siendo descortés, Sra. K-Keeping—, dijo.

Lo era. Aunque habría estado feliz de no tener que soportar esto.

—¿Has v-vuelto?—, le preguntó.

Ella no necesitaba preguntarle lo que quería decir o, más bien, *a dónde* se refería.

—No—, dijo. —He pintado en casa. El tiempo ha estado fresco.

¿Estuvo *él*? Había regresado, eso fue. Pero ella no se lo pidió.

Siguieron su camino en silencio. No lo rompería, ni él, al parecer, tampoco lo haría, hasta que se acercaron a las puertas. El duque y Dora ya habían girado en la calle del pueblo.

El vizconde Ponsonby se detuvo repentinamente, y Agnes, por necesidad, se detuvo a su lado. Miró melancólicamente al suelo un poco por delante de ellos antes de girar su cabeza y mirarla a ella.

—Creo, Sra. Keeping—, dijo abruptamente,—será mejor que se case conmigo.

Estaba tan conmocionada que su mente dejó de funcionar. Le miró fijamente, y el pensamiento empezó a retornar solo mientras veía como la inusual apertura de su semblante volvía a la expresión de pesadez y burla con la que estaba más familiarizada. Casi como si se hubiera vuelto a poner una máscara en su sitio.

—Eso estuvo m-mal hecho por mi parte, por Júpiter—, dijo. —Al menos debería h-haberme arrodillado. Y debería haber m-mirado como un s-sentimental. *¿Me* veía conmovido?

—Lord Ponsonby—, preguntó tontamente,—¿acabas de hacerme una propuesta de matrimonio?

—*Estaba* torpemente tramado—, dijo, haciendo una mueca de dolor teatralmente. —Ni siquiera me he a-aclarado. P-perdóname. Sí, te pedí que te c-casaras conmigo. O, mejor dicho, te lo dije, lo cual no era n-nada de eso. Un hombre de mi edad debería saber que no se debe c-comportar con tanta t-torpeza. *¿Te* c-casarás conmigo, Sra. Keeping?

Tartamudeaba más de lo normal.

Deslizó su mano y se dio cuenta por primera vez de la palidez de su rostro, las oscuras sombras bajo sus ojos como si hubiera pasado una o dos noches sin dormir.

—¿Pero por qué?—, preguntó.

—¿Por qué te casarías conmigo?— Levantó una ceja. —Porque soy g-guapo y encantador y con título y r-rico, ¿y tú has admitido una *t-tendencia* por mí, quizás?

Ella tutelaba. —¿Por qué quieres casarte *conmigo*?

Frunció los labios, y sus ojos se burlaron de ella.

—Porque eres una mujer virtuosa, Sra. Keeping,— dijo,—y casarme contigo puede ser la única f-forma en que puedo a-acostarme contigo.

Sintió que sus mejillas se calentaban.

—Qué absurdo—, dijo ella.

—¿Que eres virtuosa?—, preguntó. —¿O que q-quiero llevarte a la cama?

Juntó las manos, se las llevó a la boca y miró al suelo ante sus pies.

— ¿De qué se trata todo esto?— Lo miró entonces y mantuvo sus ojos fijos en él. —Y, no, no te saldrás con la tuya mirándome así. O con una respuesta tonta, como decir que deseas… *acostarte* conmigo. O con hacerme una oferta de matrimonio como si fuera una especie de broma y luego escabullirse para esconderse detrás de tu máscara de burla y cinismo. Eso es *insultante*. ¿Intentabas insultarme? ¿Intentas hacerlo?

Se había vuelto más pálido.

—No quise ofenderte—, dijo rígidamente. —Le pido perdón, señora, si es insultante que le ofrezca la posición de V- Vizcondesa P-Ponsonby. Te pido perdón.

—Oh,— gritó ella,—eres imposible. Me has malinterpretado deliberadamente.

Pero estaba tan derecho como el oficial militar que había sido una vez, con los pies ligeramente separados, las manos pegadas a la espalda, los ojos semicerrados y la boca en línea recta. Parecía un extraño.

—No me siento insultada por el hecho de que quieras casarte conmigo—, dijo, —sólo que no me dirás por qué. ¿Por qué querrías casarte conmigo? Soy una viuda de veintiséis años de edad, sin nobles orígenes ni una fortuna para recomendarme y sin una belleza extraordinaria. Apenas me conoces a mí o yo a ti. La última vez que nos vimos, me aseguraste que nunca le ofrecerías matrimonio a ninguna mujer. Sin embargo, hoy, de repente, después de no hacer ningún intento de verme durante una semana, dejas escapar una propuesta, o lo que yo considero una propuesta: *creo que es mejor que te cases conmigo. —*

Su postura se relajó un poco.

—Debí haber escrito un d-discurso y haberlo m-memorizado—, dijo, y le sonrió con un encanto tan deslumbrante que casi da un paso atrás. —Aunque mi m-memoria ha sido lamentable desde que me golpearon en la c-cabeza. Puede que lo haya olvidado. P-puede que incluso haya olvidado que quería proponerle matrimonio.

Se mantuvo firme.

—Lo que seguramente recordará esta noche, Lord Ponsonby,— dijo,—es que escapó de un destino desagradable esta tarde.

Inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado.

—¿Sería un destino n-nefasto, Sra. Keeping?

Oh, ella no sucumbiría a su encanto.

—Mi hermana y Su Gracia se preguntarán dónde estamos,— dijo.

Lord Ponsonby ofreció su brazo y, después de una pequeña vacilación, lo tomó.

—Tengo curiosidad—, dijo mientras se giraban por la calle. —¿Cuándo concebiste exactamente la idea de casarte conmigo?

Toda la burla se le volvió a poner en la cara.

—Tal vez cuando nací—, dijo. —T-tal vez la idea de ti, la p-posibilidad de ti, estaba ahí con mi primer aliento.

A pesar de ella misma, se rió.

—Crees que exagero—, dijo.

—Sí.

—Volveré a M-Middlebury—, dijo, —y escribiré ese d-discurso, si no recuerdo mal. Puede que incluso lo componga en verso en blanco. P-permíteme, si quieres, que te vea por la mañana. *Si* me acuerdo.

Dora y el duque de Stanbrook estaban de pie frente a la puerta del jardín, mirando hacia ellos. Aunque la calle estaba desierta, Agnes adivinó que más de una vecina se escondía detrás de más de una cortina de la ventana, mirando. Y no podía sentir ninguna indignación contra ellos, porque eso era exactamente lo que ella y su hermana habían hecho el día que los invitados llegaron a Middlebury Park.

—Muy bien—, dijo, y realmente no hubo tiempo para decir más.

Los caballeros se inclinaron y se despidieron, y Dora precedió a Agnes en la cabaña.

—Qué amables fueron al acompañarnos a casa—, dijo Dora mientras se quitaba el abrigo y se lo entregaba con una sonrisa al ama de llaves, que se ofreció a llevarles el té. —No, gracias, Sra. Henry. Acabamos de tomar un poco. A menos que Agnes quiera más.

Agnes agitó la cabeza y entró en la sala de estar.

—Su Gracia me habló todo el camino a casa,— dijo Dora, —como si fuera una persona con la que vale la pena conversar.

—Entonces, ¿te has recuperado de tu terror hacia él?— preguntó Agnes.

—Bueno, supongo que sí,— dijo Dora,—aunque todavía estoy asombrada. Me siento tan deslumbrada como si hubiera conocido al rey mismo. Espero que el vizconde haya sido tan educado contigo. Nunca confío en ese joven. Creo que es un granuja, un granuja guapo y encantador.

—El secreto es no tomarlo en serio,— dijo Agnes a la ligera, —y hacerle saber que una no lo hace.

—¿No son todas las damas encantadoras?— Dora dijo. —Me divertí mucho, Agnes. ¿Lo hiciste tu?

—Lo hice—, le aseguró Agnes. —Y creo que las ilustraciones de Sophia son cada vez

mejores.

—Y las historias más graciosas—, estuvo de acuerdo Dora.

Charlaban sin rumbo sobre su visita, mientras que Agnes sostenía un cojín en su pecho y deseaba que pudiera escapar a su habitación sin que su hermana dijera nada al respecto.

¿De qué *demonios se* trataba todo eso? No es posible que quiera casarse con ella. Entonces, ¿por qué se lo pidió? Y no podría querer casarse con él. No *realmente,* no más allá del reino de la fantasía.

Pero, ¿cómo podía seguir viviendo ahora, después de que él se hubiera ido, sabiendo que podría haberse casado con él, aunque era perfectamente obvio que había soltado su propuesta sin ningún tipo de premeditación?

¿Qué le había poseído?

¿Vendría mañana, como había dicho, *si* se acordaba? ¿Qué diría él? ¿Qué diría *ella*?

¿Cómo iba a evitar que se le rompiera el corazón?

CAPITULO 08

No hablaron mientras aún estaban en la calle del pueblo. Después de pasar entre las puertas, George se bajó del camino de entrada sin dudarlo para caminar entre los árboles. Flavian le siguió, pero bajo protesta.

—¿No hemos caminado lo suficiente esta tarde, pero ahora debemos tomar un largo camino a casa?—, se quejó.

George no contestó hasta que los árboles se aclararon un poco y pudieron caminar uno al lado del otro.

—¿Quieres hablar de ello?—, preguntó.

—¿Sobre qué?

—Ah—, dijo George. —Debes recordar con quién estás hablando, Flavian.

A George Crabbe, Duque de Stanbrook, que había viajado una vez de Cornualles a Londres para buscar a un loco violento que lo habían golpeado en la cabeza en España y le había quitado todo, excepto la compulsión de herir y destruir. Quien de alguna manera, durante los siguientes tres años, le había dado a cada uno de sus seis pacientes principales la impresión de que había dedicado todo su tiempo y cuidado a ese paciente. Quien había asegurado a Flavian poco después de su llegada a Penderris que no había prisa, que había todo el tiempo del mundo, que cuando estuviera listo para compartir lo que estaba en su mente, habría un oyente, pero que mientras tanto la violencia era innecesaria e inútil, de todos modos era amado tal como era. Quien encontró un paciente médico y lo suficientemente hábil como para persuadir a Flavian para que por fin le dijera palabras, para que le proporcionara estrategias para relajarse y encadenar palabras en oraciones enteras, para ayudarle a lidiar con sus dolores de cabeza y sus espacios en blanco de memoria como una alternativa a simplemente entrar en pánico y arremeter contra el enemigo.

George era el que conocía a los seis, quizás mejor de lo que ellos mismos se conocían. A veces era una realización desconcertante. También fue un consuelo interminable.

¿Pero quién conocía a George? ¿Quién *le* ofreció consuelo y desahogo por un hijo único muerto en batalla y una esposa muerta por su propia mano? ¿Fueron sus pesadillas recurrentes *todo lo* que sufrió?

—L-letras—, dijo Flavian abruptamente cuando salieron de los árboles cerca del lago. —D-desearía que no se hubieran inventado.

—¿De tu familia?— preguntó George.

—Otra de Marianne—, dijo Flavian. —No bastaba con e-escribirme para decirme que

iba a Farthings a visitar a V-Velma. Luego tuvo que escribirme de nuevo para informarme de que la *había* visto. Y mi m-madre tuvo que escribir para darme su versión de la m-misma visita.

—Todos se alegraron de verse, ¿verdad?— preguntó George.

—S-siempre le tuvieron m-mucho cariño—, dijo Flavian. —Ella siempre fue la dulzura misma. Y pensaron que la t-traté mal, aunque admiten que no conocía nada mejor. Le hecho autentico daño. Una vez le tiré el contenido de un v-vaso a la cara, igual que te tiré un vaso entero a ti. Era v-vino. Y en su caso no fallé.

—Estabas muy enfermo—, dijo George.

—Ellos a-apoyaron su decisión de r-romper conmigo y casarse con Len—, dijo Flavian. —Parecían pensar que era algo e-estupendo para los dos porque siempre había estado tan cerca de mí, un hombre que hacía algo n-noble por su mejor amigo y todo eso. Pensaron que todo era una especie de t-tragedia romántica. Es una pena que Shakespeare no estuviera vivo para e-escribir sobre ello. Lloraron océanos cada uno en ese momento, y luego e-enviaron por ti, un mensajero e-especial, cuando me porté mal y reduje el salón a a-astillas.

—Estabas muy enfermo—, dijo George otra vez. —Y no sabían qué hacer por ti o contigo, Flavian. No habían dejado de amarte. Escucharon que tomé los casos más desesperados y me llamaron. Rezaron para que pudiera hacer un milagro. No dejaron de amarte. Pero hemos hablado de esto muchas veces antes.

Lo habían hecho, y Flavia había llegado a creer que era verdad, hasta cierto punto.

—Quieren que c-crea—, dijo, —que V-Velma me amaba, todo el tiempo, sin cesar, incluso cuando estaba c-casada con Len. Y que Len lo sabía y lo alentó, y que también me amaba. Es todo un p-poco desagradable, ¿no? ¿N-nauseabundo, incluso? ¿Y seguramente no es verdad? E-espero que no sea verdad.

—¿Eso es lo que Lady Hazeltine les dijo a tu madre y a tu hermana?— preguntó George. —Quizás pensaron que te consolaría saber que esos dos siempre te recordaron con ternura.

Estaban pasando por el cobertizo para botes. Flavian se alarmó e incluso hizo saltar a George cuando golpeó con el borde de su puño contra una pared lateral, haciéndola estallar como un gran cañón y causando que astillas de madera se derramaran sobre él.

—*Maldita sea—,* gritó. —*¿Nadie* sabe *nada*?

—¿Todavía la quieres?— George preguntó en voz baja por el silencio que siguió. Siempre en silencio. Nunca se elevó a arrebatos de pasión.

Flavian sacó una astilla del costado de su mano y apretó su pañuelo contra la pequeña burbuja de sangre que apareció allí.

—Le acabo de pedir a la Sra. Keeping que se case conmigo—, dijo.

George no exclamó con incredulidad. Era virtualmente imposible escandalizarlo.

—¿Por tus cartas?—, preguntó.

—Porque q-quiero casarme con ella.

—¿Y ella aceptó?

—Lo h-hará—, dijo Flavian. —O-olvidé las rosas y la rodilla doblada esta vez. Y me olvidé de c-componer un discurso conmovedor.

Caminaron junto al lago.

—Bailé con ella en el b-baile de la cosecha de Vince el otoño pasado—, explicó Flavian. —Y la he visto unas cuantas veces allá atrás.— Saltó su barbilla en dirección a los árboles del otro lado del lago. —Hay un prado, y está lleno de n-narcisos en este momento. Estaba tratando de pintarlos. La conocí allí.

—Y la atracción es que ella es muy diferente de Lady Hazeltine, ¿verdad?— preguntó George.

Flavian dejó de caminar y miró hacia el lago antes de cerrar los ojos.

—Puedo encontrar la paz con ella—, dijo.

No había planeado las palabras. No *sabía* por qué se sentía atraído por Agnes Keeping. No había pensado más allá de lo obvio, que quería acostarse con ella, aunque tampoco podía entenderlo realmente. Era muy diferente de las mujeres con las que solía matar sus apetitos sexuales. La sexualidad no fue lo primero que notó en ella.

¿Pero por qué dijo que podía encontrar la paz con ella? No creía que se pudiera encontrar la paz en ninguna mujer. O en absoluto, de hecho. La paz no era para esta vida, y no estaba seguro de creer en ninguna otra.

Fue una estupidez por su parte pedirle que se casara con él.

George estaba a su lado, a poca distancia, en silencio. Siempre sabía cuándo hablar y cuándo no. ¿Qué le hizo ser como era? ¿Siempre ha sido así? ¿O tuvo algo que ver con sus propios sufrimientos?

Flavian se rió y escuchó el duro sonido.

—La p-paz es lo *último* que encontraría conmigo—, dijo. —Será mejor que le a-adviertas que me rechace, George.

—¿No lo ha hecho ya?

—Cuando pregunte de nuevo, quiero decir—, explicó Flavian. —Con las rosas y la r-rodilla doblada y el discurso florido. Mañana.

—Me gusta,— dijo George,—y la Srta. Debbins. Son damas no afligidas, viviendo vidas sin culpa.

—Es un destino terrible—, dijo Flavian,—ser mujer.

—Puede serlo—, estuvo de acuerdo George. —Pero las mujeres tienden a conformarse con algo mejor que nosotros. Están más inclinadas a aceptar su destino y a sacar lo mejor

de él. Están menos inclinadas que nosotros a andar por ahí preguntándose adónde debemos ir y qué debemos hacer ahora.

Nosotros, había dicho. No *tú*… Pero George no *vaciló*, ¿verdad? ¿Y quién no estaría feliz de aceptar el destino de ser el Duque de Stanbrook? O el vizconde Ponsonby, para el caso.

—¿La amas?— preguntó George, la misma pregunta que acababa de hacer sobre Velma.

—Amor—. Flavian se rió brevemente. —¿Qué es el amor, George? No, no contestes. No estoy tan c-cansado de no saber lo que es el amor. Pero, ¿qué es el amor r-romántico? ¿Este negocio de estar enamorado? Una vez estuve enamorado, pero a-afortunadamente, crecí a partir de esa sensación. ¿Significa eso que no amaba en absoluto? *El amor no es amor que altera, c-cuando la alteración encuentra.* ¿Dónde d-diablos escuché eso? ¿Es de un poema? ¿Lo he dicho bien? ¿Quién lo escribió? Cuando todas las conjeturas fallan, eliges Shakespeare. ¿Estoy en lo cierto?

—Uno de sus sonetos—, dijo George. —No te pregunté si *estabas* enamorado de la Sra. Keeping.

—Me preguntaste si la a-amaba.— Flavian le dio la espalda al lago y se dirigió hacia el camino que conducía a la casa. La vizcondesa la había mandado construir el año pasado con una barandilla resistente a un lado para que Vincent pudiera caminar solo hasta el lago cuando quisiera. —Amo a Lady Darleigh.

George se rió suavemente. —Sería difícil no hacerlo —dijo—cuando se ve todo lo que ella ha hecho para hacer la vida más fácil a nuestro querido Vicente, y cuando se ve lo feliz que lo ha hecho.

Flavian se detuvo, su mano en la barandilla.

—¿Amo a la Sra. Keeping lo suficiente para h-hacerle la vida más fácil? ¿Lo suficiente para hacerla feliz? Si lo hago, supongo que debo demostrarlo no p-proponiendole matrimonio de nuevo.

—Flavian—. La mano de George se acercó a su hombro y le apretó. —No destruyes todo y a todos los que amas, ya sabes. *Nos* amas, Ben y Hugo, Ralph y Vincent, Imogen y yo. No has destruido a ninguno de nosotros y nunca lo harás. Has enriquecido nuestras vidas y *nos* has hecho *amarte*.

Flavian parpadeó rápidamente mientras su cabeza seguía girada hacia otro lado.

—No quiero casarme con ninguno de ustedes—, dijo.

George volvió a apretar su hombro antes de quitar su mano.

—Diría que no aunque me lo pidieras—, dijo.

Cuando la gente hablaba de llorar hasta dormirse, Agnes pensó en algún momento

alrededor de las dos de la mañana siguiente, seguramente mintieron. Su nariz estaba tan tapada que tuvo que respirar por la boca. Sus ojos estaban rojos e hinchados. Sus labios estaban hinchados y secos y agrietados. Era un desastre. Lo último que podía hacer era dormir.

Y estaba harta de sí misma.

O le dices que sí a ese hombre horrible, pensó mientras miraba su imagen en el espejo del tocador junto a la luz parpadeante de una sola vela, parecía como si estuviera flotando sobre un cementerio en la víspera de Todos los Santos. O bien decirle que sí, *si es que vine mañana y le pregunta otra vez* o decirle que no.

Sonaba como una simple elección.

¿Qué *demonios* estaba haciendo, llorando a mares por un libertino tan cabeza hueca? Pero los libertinos no soltaban propuestas de matrimonio a las viudas envejecidas, bueno, envejeciendo, de todos modos. Y los libertinos no caminaban por la tarde con la tez pálida y los ojos ensombrecidos por la falta de sueño. ¡Oh! Oh, sí, tal vez lo hacían. Pero *esa* no era la razón de su palidez hoy, ayer. Tampoco lo era la ansiedad por una propuesta de matrimonio que estaba a punto de hacerse, y su resultado era incierto.

No tenía la intención de proponerle matrimonio de lo que ella había pensado subir al árbol más cercano.

¿Por qué estaba llorando? ¿Y por qué no podía dormir? Olfateó sin ningún resultado satisfactorio. Sólo había un remedio, tanto para su insomnio como para su nariz tapada. Una taza de té calmaría su estómago y aclararía sus fosas nasales. Eso la consolaría. Eso la devolvería a su estado original.

Se sorprendería *mucho* si *él* estuviera despierto, derramando lágrimas por *ella*.

¿Qué lo mantuvo despierto anoche, entonces, y quizás la noche anterior? Ella no, desde luego. Sintió una punzada de celos por lo que fuera o *por quien fuera*, y luego miró su imagen con odio hacia sí misma.

No fue fácil volver a encender el fuego en la cocina. Era aún más difícil hacerlo y llenar la tetera y bajar una taza y un platillo sin hacer ruido. Había cerrado la puerta con firmeza, pero inevitablemente se abrió justo cuando había cumplido todas las tareas que crearían más ruido.

Dora, con un cálido chal envuelto en sus hombros sobre su camisón, entró y cerró la puerta. Por supuesto que era Dora. Un terremoto no despertaría a la Sra. Henry una vez que estuviera dormida.

—No podía dormir—, explicó Agnes mientras se ocupaba del fuego, como si la tetera necesitara una hábil persuasión para hervir. —Intenté no despertarte.

—No es la frustración por tu pintura lo que te ha puesto de los nervios últimamente, ¿verdad?— Preguntó Dora, buscando en el armario otra taza y platillo y revisando la tetera para ver si Agnes ya había puesto las hojas de té.

Agnes olfateó y descubrió que podía respirar de nuevo a través de una fosa nasal.

—Me pidió que me casara con él—, dijo. —O, mejor dicho, me informó que era lo mejor.

Dora no preguntó *quién*…

—Siempre he pensado —dijo, casi con nostalgia—que si alguien *me* pedía que me casara con él, lloraría lágrimas de alegría. Pero las tuyas no son alegres, ¿verdad?

—No lo dijo en serio, Dora.

—Entonces es un joven muy insensato,— dijo Dora, —porque podrías haber dicho que sí. ¿Asumo que no lo hiciste?

—¿Cómo podría—, preguntó Agnes,—cuando supe que no lo decía en serio?

La tetera estaba empezando a hervir. Dora hizo el té y lo dejó reposar en la olla.

—¿Pero tú habrías aceptado si lo hubiera hecho?—, preguntó. —¿Lo *conoces*, Agnes, más allá de bailar con él en el baile de la cosecha y salir unos 20 minutos la noche del concierto y volver a casa hoy?

Dora había notado su ausencia, entonces, esa noche cuando había tocado? ¿Quién más? Todo el mundo, supuso.

—Una mañana, cuando fui al parque a pintar los narcisos, me encontré con él—, explicó Agnes. —Eso fue antes del concierto. Y le encontré allí otra vez otro día.

Sirvió el té. No agregó que él la había besado. Dora se sorprendería. Además…

—Un ambiente romántico—, dijo Dora. —¿Has concebido una preferencia por él, Agnes? Pero por supuesto que sí, o no estarías aquí abajo a esta hora impía con tu cara mirando como lo hace.

Agnes volvió a oler y luego se sonó la nariz. Casi podía respirar de nuevo.

—Extraño a William—, dijo.

Dora se acercó y le dio una palmadita en la mano.

—William era una roca de estabilidad—, dijo. —Pero, perdóname, no era una figura romántica, Agnes. Estaba un poco preocupada cuando te casaste con él, porque siempre pensé que podrías hacerlo mejor. Oh, esa palabra fue muy mal escogida. *Mejor*, en efecto. Nadie podría haber sido mejor que William, que en paz descanse. Pero siempre pensé que estabas hecha para el sol y la risa y… oh, y el *romance*… Eras mi querida hermanita, y esperaba vivir a través de ti a medida que me iba haciendo mayor. Estoy diciendo tonterías. El vizconde Ponsonby es guapo y… ¿cuál es la palabra? Atractivo. Y misterioso. Uno se pregunta qué hay detrás de su ceja móvil. Y… peligroso. O tal vez son sólo las sensibilidades de una solterona las que me hacen verlo de esa manera—.

—No—, dijo Agnes, removiendo azúcar en su té. —*Es* peligroso. Para la tranquilidad de cualquiera que tenga la tontería de enamorarse de él.

—Y tú has caído—, dijo Dora.

—Sí—, admitió Agnes. —Pero no me casaré con él. Sería una tontería.

Dora suspiró.

—No estoy en posición de aconsejarte, Agnes—, dijo. —No tengo experiencia. Ninguna en absoluto. Quiero que seas feliz. Te amo, sabes, más de lo que amo a cualquier otra persona en el mundo.

—No me provoques de nuevo—, dijo Agnes, levantando su taza hasta los labios e inhalando el vapor. El hecho de que Dora no tuviera experiencia, que era una solterona a la edad de treinta y ocho años, fue al menos en parte culpa de Agnes. O, si no es exactamente su culpa, entonces al menos fue por su causa. Pero no podía detenerse en eso ahora, o volvería a ser un dolor de cabeza. Además, nunca pensó de buena gana en su madre y en lo que había hecho todos esos años atrás, y Agnes y Dora nunca hablaron de ello.

—Ven.— Dora bebió su té, quemando como estaba, y dejó su taza vacía. Se dirigió hacia la sala de estar e inmediatamente se dirigió al pianoforte. —Déjame tocar para ti.

Solía hacerlo cuando la niña Agnes se negaba a tomar su siesta de la tarde y luego estaba triste y decaída. Dora siempre había sido capaz de dormirla con música.

Agnes se sentó y puso su cabeza contra el cojín del sofá.

¿Qué era lo que le había dado noches de insomnio?

¿Por qué de repente pensó que la solución a lo que le preocupaba era casarse con ella?

Solo conocía la máscara de aburrido y burla de aburrimiento que él le presentaba al mundo, con unos breves destellos detrás. Sospechaba que había capas sobre capas que debían ser descubiertas antes de que uno se acercase a su alma. ¿Podría hacerlo alguien? ¿Alguna vez lo permitiría, incluso con la mujer con la que eventualmente se casaría?

¿Y si alguien se precipita lo suficiente como para explorar más allá de la máscara, se perdería en el proceso?

Se sintió a la deriva hacia el sueño y abrió los ojos para escuchar el final de la pieza que Dora estaba tocando. Era hora de que ambas estuvieran en la cama. ¿ Cómo demonios iba a lucir en la mañana?

Quedaba menos de una semana de su reunión anual, un pensamiento melancólico. Vincent iba a llevar a todos a visitar sus granjas después del desayuno. Lady Harper iba a ver a los corderos y otros recién nacidos. Lady Darleigh iba a quedarse para una lección de pianoforte de la Srta. Debbins y para cuidar a su bebé. Lady Trentham estaba en la cama, a pesar de que anoche había expresado su entusiasmo por la visita a la granja. Estaba durmiendo por las náuseas.

Hugo anunció ese último hecho en la mesa del desayuno con una mirada que era medio tímida, mitad triunfante.

—Es probable que se sienta así algunas mañanas por un tiempo—, dijo,—aunque ha

sido capaz de luchar hasta hoy. No es que esté enferma ni nada de eso. Lejos de eso. Pero… bueno.

Se frotó las manos, miró el desayuno en el aparador y luego demostró que *su* apetito no había disminuido, incluso si el de su esposa sí lo estaba.

—Felicidades, entonces, ¿lo son, Hugo?— preguntó George.

—No lo escuchaste de mí—, dijo Hugo con cierta alarma. —Gwendoline no quiere que nadie lo sepa. No quiere ningún alboroto. O vergüenza.

—No he oído nada—, dijo Ben. —Esta vajilla de plata es muy llamativa, Vince. Ahoga la conversación en la mesa y deja a uno terriblemente desinformado. *¿Qué* dijiste, Hugo? ¿O qué fue lo que *casi* dijiste?

—También me había dado cuenta de eso con respecto a los cubiertos—, dijo Imogen. —Pero me atrevo a decir que no nos perdimos nada de gran importancia.

Flavian no salió con todos los demás. Tenía cartas que escribir, les informó antes de recordar que ya había usado esa excusa una vez. Dios mío, pensarían que se estaba convirtiendo en el corresponsal campeón del mundo.

Acechaba solo en la ventana del salón para tener una vista despejada de la entrada, y observó a la Srta. Debbins hacer lo que parecía ser su camino de caracol hasta la casa, aunque sin duda caminaba a un ritmo perfectamente respetable. Tan pronto como desapareció por los escalones debajo de la ventana y le permitió un momento para que se moviera del pasillo hacia la sala de música, bajó las escaleras, tomó su abrigo, su sombrero y sus guantes, que había dejado allí antes, asintió genialmente al lacayo de servicio, y se alejó por los escalones y a través de los parterres formales.

Fue uno de esos días sin nubes en el cielo otra vez. Habían tenido la suerte de tener varios de ellos durante su estancia. El viento era casi inexistente también. Los tulipanes florecían en un alboroto de color. Sin duda, este año era más temprano de lo habitual. Sin embargo, no le vendrían bien al alma de Agnes Keeping. Estaban ordenados y organizados.

Organizado.

No había escrito un discurso. Ni siquiera había planeado uno en su cabeza. Cada vez que se decidía a hacerlo, sus pensamientos se esparcían aterrorizados por los cuatro rincones de la tierra y se mantenían alejados, sin duda buscando rincones que ni siquiera estaban allí.

Tampoco tenía rosas. Era la época equivocada del año. Los tulipanes no parecían estar bien. Y los jardineros de Vince podrían haberle mirado con recelo si hubiera saltado a los arriates, tijeras o algo así en la mano. Y los narcisos, sin duda le informaría, eran mejor dejarlos florecer en la hierba.

Así que llegó fuera de la cabaña con las manos vacías y la cabeza vacía.

Llamó a la puerta y luego se preguntó si era demasiado tarde para salir corriendo. Lo fue. Una mujer con un niño pequeño a cuestas y una gran cesta sobre su brazo libre pasaba

al otro lado de la calle. Lo estaba observando con curiosidad e hizo una torpe reverencia cuando lo vio mirando.

De todos modos, había dicho que vendría.

La puerta se abrió, y preparó una educada sonrisa para el ama de llaves. Pero fue la propia Sra. Keeping la que se paró en la puerta.

—Oh—, dijo, el color se acentuaba en sus mejillas.

—¿Puedo esperar,— le preguntó, quitándose el sombrero y haciéndole una reverencia, —que la mera visión de mí le robe un d-discurso coherente, Sra. Keeping?

—Dora ha subido a la casa,— dijo,—y la Sra. Henry ha ido a la carnicería.

—La costa está d-despejada para el gran lobo feroz, ¿no?—, preguntó.

Lo miró con aparente exasperación. Pero, en realidad, ¿la mujer no tenía más sentido de autoconservación que informar a un hombre en la puerta que estaba sola en la casa?

—Entonces no p-puedo entrar—, dijo. —Sus v-vecinos caerían en un colapso colectivo antes de recuperarse y salir c-corriendo a compartir las escandalosas noticias con sus vecinos más distantes. Trae tu capa y tu s-sombrero y ven conmigo. De todos modos, es un día demasiado b-bueno para pasar dentro de casa.

—¿Alguna vez preguntas en vez de informar?—, le preguntó, frunciendo el ceño. Pero sus hombros perdieron su tensión cuando simplemente levantó una ceja, y ella suspiró. —Supongo que sabías que Dora estaba en Middlebury.

—Lo hice—, admitió. —No sabía que tu a-ama de llaves estaba en la carnicería, sin embargo. ¿Me habría dicho que no e-estabas en casa?

La Sra. Keeping le echó una mirada y agitó un poco la cabeza, como si se tratara de un niño problemático.

—Iré a buscar mis cosas.

No parecía que hubiera estado esperando a que él viniera y renovara sus atenciones. ¿Esperaba que ella lo hiciera?

CAPITULO 09

Estableció una conversación ligera mientras caminaban de vuelta por la calle y cruzaron las puertas de Middlebury. Y estaba lo suficientemente preparada para contribuir un poco. Era mejor que el silencio, probablemente ya lo había decidido.

Pero se quedaron en silencio, después de que la sacara del camino para caminar entre los árboles. Tomó un camino diagonal, aunque no había forma de caminar en línea recta por el bosque, por supuesto. Se acercaron al lago, como él y George lo habían hecho ayer. Le miró con curiosidad. Sin duda había esperado que caminaran hacia la avenida de cedros y más allá de nuevo.

—¿Has cruzado a la isla?— Asintió en su dirección.

—No, nunca lo he hecho.

La llevó hacia el cobertizo para botes.

Sentada en el bote unos minutos más tarde mientras remaba, miró al otro lado del agua y luego directamente hacia él. Parecía bastante pálida, pensó. Sus mejillas parecían un poco huecas, como si hubiera estado enferma o no hubiera dormido bien, ya que muy probablemente no lo había hecho. Para alguien que se suponía que era mundano, había fallado abominablemente en la propuesta de ayer. Habría ayudado, supuso, si hubiera sabido que estaba a punto de hacerlo.

Quería decir algo. Parecía que quería decir algo. Pero ninguno de los dos habló. Eran como un par de niños tímidos en edad escolar que descubrían que el sexo opuesto significaba algo más que personas vestidas de forma diferente a uno mismo. Ella dirigió su mirada a la isla, y él miró por encima de su hombro para asegurarse de que no se estrellara contra el pequeño embarcadero que había allí. Se ocupó de atar la barca y de ayudarla, y la llevó a mirar dentro del pequeño templo como si se tratara de una mera excursión turística.

Era un hermoso santuario, con una silla, un altar, un rosario y una vidriera finamente tallados.

—Creo que fue construido para una antigua vizcondesa—, le dijo la Sra. Keeping. —Era católica. Puedo imaginármela sentada sola aquí en meditación silenciosa.

—Con sus cuentas chasqueando piadosamente entre sus dedos, supongo—, dijo. —Remó hasta el otro lado, ¿verdad? Tengo mis dudas. Probablemente t-trajo a un fuerte y lujurioso lacayo con ella.

—Un amante, supongo.— Pero se rió suavemente mientras pasaba junto a él de vuelta a la calle. —Destruirías el romance del lugar, Lord Ponsonby.

—Eso depende,— dijo,—de tu d-definición de r-romance.

—Sí, supongo que sí—. Le devolvió la mirada. —¿Dónde están los demás?

—Vagabundeando por las g-granjas—, dijo. —Lady Darleigh y Lady Trentham están en la c-casa.

—¿Por qué no fuiste tú también?—, preguntó. —Supongo que tienes una finca y granjas propias. Seguramente estás interesado. Y son tus amigos, y esta es una reunión especial. ¿Por qué no te fuiste con ellos?

—Q-quería verte a ti en su lugar—, dijo. —Y te había d-dicho que vendría.

Caminó detrás del templo, y él la siguió. Había una extensión de hierba allí, inclinada hacia el agua. Estaba completamente aislado. El templo lo escondería del lado de la casa del lago. Los árboles que crecían hasta las orillas del lago y que sobresalían de ellos lo escondían de las miradas indiscretas de los otros tres lados.

Se detuvo a mitad de camino de la pendiente.

— ¿Por qué?—, preguntó.

Se puso de espaldas contra el templo y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Te h-hice lo que probablemente fue la propuesta de m-matrimonio más inepta de la h-historia de ayer—, dijo. —V-vine a hacer las paces.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿Por qué?

¿Todas las mujeres se preguntan por qué, cuando un hombre les propone matrimonio? Pero ahora se había atrapado a sí mismo, por idiota que era, por no haber hablado antes. Apenas podía arrodillarse ante ella con una pintoresca elegancia y sacar algún discurso florido de los vacíos recovecos de su mente. Tendría manchas de hierba en una rodilla de sus pantalones, de todos modos.

¿Y por qué demonios quería casarse con ella? Había tenido toda la noche para resolverlo, pero sus pensamientos habían revoloteado entre todos y cada uno de los sucesos del mundo, excepto ése. Incluso había dormido. ¿Había sido tan incapaz de concentrarse antes de sus heridas? Era difícil de recordar. ¿Y siempre ha sido difícil de recordar?

La miró fijamente desde debajo de los párpados semicerrados, y ella esperó su respuesta, sus cejas levantadas, sus manos apretadas a su cintura. Se veía pintoresca, sana y… segura.

¡Santo Dios! Será mejor que no le diga a ella ninguna de las dos últimas cosas.

Lo que parecía era el final del arco iris. No, es una imagen espantosa. No se parecía en nada a una olla de oro, cosas raras. Imagen ridícula. Era como ese sueño que todo el mundo sueña con algo que siempre está fuera de su alcance, pero que tal vez se pueda alcanzar….

Juró en voz baja, arrojó su sombrero sobre la hierba, envió sus guantes para

perseguirlo, y caminó hacia ella. Sus manos se cerraron alrededor de sus brazos y la apretaron contra él.

—¿Por qué si no querría c-casarme contigo para poder h-hacer esto y más cuando quiera, de día o de noche?—, dijo entre dientes antes de besarla con fuerza y con la boca abierta.

Esperaba que lo alejara, y le habría permitido hacerlo. No tenía derecho…. Ella *debería* alejarlo. En vez de eso, de alguna manera deslizó sus manos enguantadas entre ellos y le ahuecó la cara y suavizó el beso.

Echó un poco la cabeza, cerró los ojos y apoyó la frente contra la de ella bajo el borde del sombrero. No podría haber hecho algo peor de sí mismo ni haberla insultado más si lo hubiera intentado. Le acababa de decir que quería casarse con ella por sexo y nada más. La había agarrado y besado como un colegial rancio que nunca había oído la palabra *finura*.

—Sentémonos—, dijo con un suspiro, y lo soltó y se sentó en el césped antes de quitarse los guantes y ponerlos a su lado.

Se sentó junto a ella, se cubrió las rodillas con los brazos y miró por encima del agua a los árboles del otro lado.

—Lord Ponsonby,— dijo,—ni siquiera me conoces.

—Entonces cuéntame—, dijo.

—Oh, usted conoce los hechos,— dijo,—y no hay mucho que añadir. No he vivido una vida de grandes aventuras. Nací gentilmente por el lado de mi madre y por el de mi padre, pero no hay ningún susurro de aristocracia en nuestras líneas de sangre. Somos gente corriente. Estuve casada con William Keeping durante cinco años.

—El perro aburrido—, dijo.

Se volvió hacia él.

—No lo *conocías*—, gritó. —Y no tolerare que le faltara el respeto aunque lo hubieras hecho. Le echo de menos. Lo extraño muchísimo. Hay un vacío enorme *aquí*…— Se acarició el pecho con una mano.

—Le ruego me disculpe—, dijo. Tal vez *había* habido algo de pasión después de todo.

—La segunda esposa de mi padre también era una de nuestras vecinas —dijo—, la viuda de su amigo en particular. Yo estaba y estoy feliz por ellos, aunque estaba lo suficientemente ansiosa como para casarme y mudarme después de que se casaran. Dora se había ido, y nuestra casa ya no parecía la misma. Desde que vine a vivir aquí, me he involucrado en actividades de la comunidad y de la iglesia siempre que he sentido que puedo ser útil. Leo, pinto, zurcido y bordado. Tengo una modesta renta de mi difunto marido para vivir. Es suficiente para mis necesidades. Sophia, Lady Darleigh, es mi mejor amiga, no por su gran título, sino por lo *que* es. Nunca he sido ambiciosa. No lo soy ahora. La idea de casarme con un vizconde no hace palpitar mi corazón con delirante esperanza. Estoy perfectamente feliz con mi vida tal como es.

Se alegró de la última frase.

—Creo que mientes, Sra. Keeping—, dijo.

Parecía enfadada.

—Tú preguntaste—, dijo, —y yo te lo he dicho. Hay muy poco que contar. Pero no me *conoces* por todo eso. Los hechos sólo cuentan una pequeña parte de la historia de quién es una persona.

—*No* estás p-perfectamente feliz—, dijo. —N-nadie lo es excepto yo, tal vez por breves momentos. Y usted admitió una vez antes que n-no está completamente satisfecha. Q-quizás hay matrimonio y maternidad en tu f-futuro, me dijiste, y tu voz fue c-cautelosa cuando lo dijiste. Pero no s-sabías quién en este vecindario era probable que te ofreciera lo *que* te estoy ofreciendo.

—¿Por qué?— Ella le frunció el ceño. —Podrías tener a la mujer que quisieras. Cualquier dama de rango y fortuna. Y belleza.

—Eres hermosa—, dijo.

—Sí, lo soy—, le sorprendió diciendo, y su barbilla se elevó y sus mejillas se calentaron de color. —Pero no de ninguna manera que atraiga a un hombre como usted, Lord Ponsonby.

Estaba decidida a verlo como un libertino.

Sonrió y la miró perezosamente.

—¿Hay una respuesta c-correcta a tu *por qué*?—, le preguntó. —Si te la doy, ¿ganaré el premio?

Agitó la cabeza lentamente. —Estaría loca si me casara contigo—, dijo.

—¿Por qué?— Ahora era su turno. —¿Es por mí que has estado perdiendo el sueño?

—No he estado…— comenzó, pero le había puesto una mano detrás del cuello y se había movido a propósito hacia ella.

—Mentirosa.

La besó y luego levantó la cabeza. Le miró a los ojos y no completó su frase interrumpida. Desató el sombrero bajo su barbilla y lo arrojó a la hierba encima de sus guantes.

Y la besó de nuevo antes de desabrocharle el abrigo y luego la capa en el cuello. Metió sus manos en el calor que había debajo y la atrajo hacia él dentro de su abrigo.

A veces, pensó, había algo más erótico que la carne desnuda.

Le metió la lengua en la boca, le mantuvo la cabeza firme con una mano, y rodeó uno de sus pechos con el otro. Era pequeño, firme, se mantenía por encima. No es voluptuoso. Simplemente… perfecto.

Cuando una de sus manos le ahuecó la mejilla, se retiró unos centímetros. Sus ojos

brillaban con lágrimas.

—Quieres que yo…—, comenzó.

—No—, dijo, su boca inclinada, abierta, sobre la de él.

Estaba sobre la hierba entonces, sobre su espalda, y él estaba medio encima de ella, apoyándose con sus codos, sus manos sobre sus pechos, una de sus piernas anidada entre las de ella, su boca moviéndose sobre sus mejillas, sus sienes, sus ojos, sus orejas, y de vuelta a las suyas. Su erección fue presionada contra su cadera.

Se movió más completamente, sus manos bajando por los costados y debajo para ahuecar sus nalgas. Se acostó y se mecía contra ella entre sus muslos, las capas de su ropa que los separaban. Entonces quería desnudez. Quería explorar el calor con su mano, y quería ponerse allí y presionar dentro de ella. Quería reclamar el cuerpo para sí mismo.

Y estaría a salvo.

Extraño pensamiento, y no era la primera vez que le venía a la cabeza como algo extraño.

A salvo.

¿A salvo para quién?

¿Y de qué?

Puso su cara en el hueco entre el hombro y el cuello y deseó que su corazón latiera a un ritmo más normal.

—¿M-me detendrías?—, preguntó, levantando la cabeza y mirándola. —¿Me habrías detenido?

Probablemente fue una pregunta injusta. Pero no pensó que lo hubiera hecho.

Se apartó y se acostó a su lado, el dorso de una mano cubriéndole los ojos. Respiró tan profunda y silenciosamente como pudo, controlando su cuerpo.

—Perdí mi v-virginidad cuando tenía dieciséis años—, le dijo. —No he sido célibe desde entonces, excepto los tres años que pasé en el P-Penderris Hall. Pero no c-creo que sea un libertino. Y creo que cualquier voto solemne dado l-libremente debe ser vinculante en honor, incluyendo los votos matrimoniales.

Se sentó y se agarró de los brazos alrededor de las rodillas. Un mechón de su pelo se había soltado del lazo en su cuello y yacía en la parte posterior de su capa, brillante y ligeramente ondulado. Levantó una mano y pasó la parte trasera de sus dedos por ella. Era suave y sedoso. Encorvó sus hombros pero no se alejó de él.

—Sólo te acusé de no conocerme—, dijo. —Pero yo tampoco te conozco, ¿verdad? He hecho suposiciones, pero no son necesariamente ciertas. Pero sé que te escondes detrás de una máscara de burla descuidada.

—Ah, pero la pregunta es, Sra. Keeping,— dijo,—*¿q-quiere* usted conocerme? ¿O desea c-continuar sin ser molestada con su plácida, irreprochable, no del todo feliz pero no

del todo *insatisfecha* existencia aquí? Puede que sea p-peligroso saberlo.

Agnes se puso de pie y se acercó al borde del agua. Pero no fue lo suficientemente lejos. Caminó por la orilla hasta que se inclinó a su derecha. Se quedó quieta y miró sin ver a través de la orilla oeste y los árboles que la cubrían. No la siguió, y estaba agradecida por ello.

Había estado acostado justo encima de ella. Durante un minuto o dos, todo su peso la había arrastrado hasta la hierba. Había estado entre sus muslos. Lo había sentido…

Sólo su ropa los había detenido.

Y lo había deseado. No sólo el deseo de estar enamorada. No sólo el deseo de besos. Ella lo había *deseado*.

Nunca había deseado a William, lo cual era bueno, supuso, ya que no lo había tenido muy a menudo. Una vez a la semana, como rutina habitual, durante el primer año más o menos, luego a intervalos menos frecuentes y, por último, durante los dos últimos años, nada. Nunca le había negado sus derechos cuando los había reclamado, y nunca se había rehuido de sus encuentros ni los había encontrado particularmente desagradables. Pero hubo un cierto alivio, un cierto sentimiento de libertad, cuando dejó de acudir a ella, excepto que le hubiera gustado tener un hijo. La amistad y el afecto entre ellos habían perdurado, sin embargo, y el cómodo sentido de pertenencia. Le había dicho a menudo lo mucho que le quería, y le había creído. Sin embargo, si era honesta consigo misma, también le había tomado cariño, pero tendría que admitir que se había casado con él sólo porque el hogar ya no se sentía como en casa con Dora desaparecida y la nueva esposa de su padre en su lugar, con la gran probabilidad de que su madre y su hermana vinieran a vivir con ellos pronto, como lo habían hecho.

Había deseado al vizconde Ponsonby como nunca había deseado a su marido. Todavía podía sentir la ternura del anhelo físico en sus senos y a lo largo de la parte interna de sus muslos. Y la asustó, o al menos la perturbó, si *el miedo* era una palabra demasiado extrema. Pero *no* era demasiado extrema. Estaba aterrorizada por la pasión, por el abandono sin sentido.

Sus pensamientos llegaron a su madre, pero los alejó firmemente, como siempre lo hacía cuando amenazaban con entrometerse.

Continuó a lo largo de la orilla hasta que pudo ver la casa al otro lado del agua. Estaba sentado en el embarcadero, cerca del barco, a poca distancia, con una rodilla levantada, un brazo encima, la imagen de la relajación y el bienestar, o al menos eso parecía. Estaba observando cómo se acercaba.

Yo creo que cualquier voto solemne dado libremente debe ser vinculante en honor, incluyendo los votos matrimoniales.

Considerando el hecho de que se había enamorado de él el otoño pasado y de nuevo esta primavera, debería estar encantada de que quisiera casarse con ella, especialmente a la

luz de esas palabras. ¿Por qué no lo estaba? ¿Por qué vacilaba?

Puede ser peligroso saberlo.

Sí, sentía que era así. No es que le temiese físicamente, a pesar de las violentas rabietas que había admitido y de la energía que sentía acechando bajo el exterior, que a menudo parecía somnoliento. Esas rabias habían ocurrido en un momento en que había estado encerrado dentro de su cabeza como resultado de sus heridas de guerra. Ya había pasado esa etapa. Un ligero tartamudeo, a veces un poco peor que otras veces, no era suficiente para frustrarlo hasta el punto de la violencia. Pero temía el peligro que representaba.

Él representaba la *pasión*, y temía eso casi más que cualquier otra cosa en la vida. La violencia viene de la pasión. Pasión asesinada. No el cuerpo, tal vez, sino ciertamente el espíritu, y todo lo que tenía más valor en la vida. La pasión mata al amor. Eran cosas mutuamente excluyentes, una extraña ironía. Sin embargo, sería imposible separarlos con el vizconde Ponsonby. No podría simplemente amarlo y mantenerse intacta. Tendría que darlo todo y…

¡No!

Se puso en pie cuando se acercó. Tenía su sombrero en una mano. Miró perezosamente a sus ojos mientras se lo colocaba cuidadosamente sobre su cabello, y ella se quedó como una niña, con los brazos a los costados, mientras le ató la cinta en un lazo debajo de la oreja izquierda. Le miró a los ojos todo el tiempo.

¿Me detendrías? ¿Me habrías detenido?

No había insistido en que respondiera, y no lo había hecho, lo cual había sido cobarde por su parte. ¿Lo habría detenido? No estaba segura de que lo haría. De hecho, estaba casi segura de que no lo habría hecho. Su corazón se había hundido de decepción cuando se detuvo. ¿Y *por qué* se había detenido? Un libertino no lo habría hecho.

Sus guantes, sacados del bolsillo de un abrigo, se materializaron en una de sus manos. Sostuvo uno y luego lo colocó en sus dedos. Hizo lo mismo con el otro guante, y ella casi sonrió.

—Serías una excelente doncella—, dijo.

Sus ojos miraron fijamente a los de ella desde debajo de los pesados párpados.

—De verdad que sí—, dijo. —Esto es un mero anticipo de los servicios que proporcionaría.

—Nunca podría permitírmelo.— Se rió suavemente.

—Ah,— dijo, —pero yo no exigiría el pago en monedas. *Puedes* permitirte el pago que yo exigiría, en abundancia. En superabundancia. Señora.

Sus rodillas casi se doblaron. Y seguramente no había tanto aire en este lado de la isla como en el otro.

Las comisuras de su boca se alzaron en esa malvada media sonrisa suya, y ofreció una

mano para ayudarla a subir a la barca.

Estaban en la otra orilla y la estaba sacando del bote cuando se dio cuenta de que Sophia y Lady Trentham estaban caminando hacia el lago desde la dirección de la casa. Sofía estaba cargando al bebé, envuelta en una manta.

¿Qué es lo que *pensaría*?

Pero pensara lo que pensara, estaba sonriendo mientras los llamaba.

—Has estado en la isla—, dijo. —Es la mañana perfecta para estar al aire libre, ¿no?

Miró más atentamente a Agnes a medida que se acercaba a Lady Trentham. El vizconde estaba guardando el barco en el cobertizo para botes.

¡Si sólo una fuera capaz de controlar sus rubores!

—Nunca he estado allí antes—, dijo Agnes. —El pequeño templo es más hermoso de lo que uno espera, ¿no? El vitral hace que la luz interior sea bastante mágica. O quizás *místico* sería una palabra más apropiada.

—Sir Benedict nos llevó a Samantha y a mí allí hace un par de semanas—, dijo Lady Trentham. —Estoy de acuerdo con usted, Sra. Keeping. Y ese vitral me da ideas para *nuestro* parque.

—¿Dora se ha ido a casa?— preguntó Agnes.

—Me elogió y me regañó en igual medida.— Sophia se rió. —Por algún milagro toqué todas las notas de la pieza de la semana pasada correctamente, pero toqué con los dedos de madera. Es la peor censura que tu hermana puede hacer a una de sus alumnas, Agnes, y es bastante devastador cuando lo hace. Y merecido en esta ocasión. No he estado practicando tan concienzudamente como debería.

Levantó un rincón de la manta y sonrió a la cara dormida de su hijo.

—No se quedaría a tomar un café—, continuó, —y Gwen y yo decidimos salir sin parar para tomar un café. El sol era demasiado tentador.

El vizconde Ponsonby salió del cobertizo para botes y todos los ojos se volvieron hacia él.

No habían intercambiado ni una palabra en el bote al cruzar. Agnes no sabía si ya había terminado con ella o si iba a renovar sus proposiciones. Quedaba menos de una semana…

Tuvo una repentina premonición de cómo se iba a sentir el día en que todos los invitados salieron de Middlebury Park. Su estómago parecía hundirse como una pesa de plomo hasta las suelas de sus zapatos, dejando náuseas y casi pánico en su lugar.

Él sonrió.

—No estaba de h-humor para escribir cartas después de todo—, dijo. —Era demasiado t-tarde para ir con todos los demás, y no había nadie a la vista en la casa excepto unos cuantos l-lacayos, que no parecían disfrutar de la c-conversación. Me fui a la a-aldea para

ver si la Sra. Keeping se a-apiadaba de mí, y lo hizo.

—Sube a la casa y tómate un café con nosotros—, dijo Sophia sonriendo a Agnes.

—Pero acabas de salir—, protestó Agnes.

—No es así—, les dijo Lady Trentham. —Caminamos por los jardines formales antes de venir aquí.

—Ven—, dijo Sophia.

Ser sociable era lo último que Agnes quería hacer, pero ninguna de las alternativas le atraía tampoco. Dora volvería a casa y esperaría saber dónde había estado su hermana. E incluso si pudiera alejarse de Dora después de una breve explicación y retirarse a su habitación, tendría que lidiar de nuevo con sus pensamientos, y no serían una compañía feliz por un tiempo.

—Gracias—, dijo.

—Y ahora me enfrento a un dilema—, dijo el vizconde Ponsonby. —Tres d-damas y sólo dos brazos para ofrecer.

Sophia se rió.

—No sé cómo un niño que aún no tiene dos meses puede pesar una tonelada, pero eso es precisamente lo que pesa Tomás. Aquí, mi señor, puede llevarlo a la casa, y nosotras tres encontraremos el camino sin ayuda.

Parecía casi cómicamente alarmado. Tomó el paquete envuelto en una manta (Sofía no le dio opción) y lo sostuvo como si estuviera aterrorizado de que se le cayera.

Lady Trentham enlazó su brazo con el de Agnes, y el vizconde Ponsonby miró la cara del bebé.

—Bueno, mi m-muchacho —dijo—, cuando las d-damas no nos quieren, los hombres nos unimos y hablamos de caballos, de carreras, de boxeo y…. bueno, de cosas interesantes. Sí, puedes abrir los ojos, a-azul como el de tu papá, ya veo. Estamos a punto de tener una charla de corazón a corazón, sólo nosotros d-dos, y sería de m-mala educación que te quedaras d-dormido en medio de ella.

Sophia volvió a reír y Agnes pudo haber llorado. Seguramente *no* había *nada* más conmovedor que ver a un hombre sosteniendo a un bebé y hablando con él. Incluso si *no* era suyo, y no había elegido sostenerlo y probablemente deseaba estar en cualquier otro lugar de la tierra que no fuera aquí, sosteniendo al bebé de su amigo.

Metió al niño en el hueco de su brazo y cruzó la hierba, dejando el camino a las tres.

—Agnes—, dijo Sophia, con voz baja, —¿tiene alguna *tendencia* hacia ti? Qué hombre tan sensato es, si es que lo hace.

—Tengo debilidad por él, debo confesar—, dijo Lady Trentham. —Pero entonces, la tengo por *todos* ellos. Hugo les tiene mucho cariño, y todos han sufrido terriblemente.

Agnes se preguntaba sobre la cojera de Lady Trentham, que no parecía ser algo

temporal. Preguntarse mantuvo su mente fuera de los acontecimientos de la mañana hasta ahora. Bueno, casi, de todos modos.

Todavía quería casarse con ella, tal vez.

La había besado de nuevo. Y más que sólo besarla.

Pero ni una sola vez había expresado su afecto por ella. Sólo un deseo de *acostarse con* ella, de usar su propio lenguaje.

—Todavía no he visto ninguna de sus pinturas, Sra. Keeping—, decía Lady Trentham, —aunque llevamos aquí más de dos semanas. *¿Puedo* ver a algunos de ellas si entro en la aldea un día antes de que nos vayamos? Sophia dice que tienes mucho talento.

Había llegado a la casa que tenían delante y estaba sentado en uno de los escalones de la puerta principal, con el bebé en el regazo, con la cabeza hacia afuera y una de sus manos extendida por debajo. Todavía estaba hablando.

Agnes tragó y esperaba haber amortiguado el gorgoteo de lágrimas sin derramar en su garganta.

CAPITULO 10

Agnes se sentó en la habitación de la mañana durante media hora con las damas, disfrutando de su café y de la conversación. El vizconde Ponsonby había llevado al bebé a la guardería, después de haberle asegurado a Sophia que conocía el camino y que no abandonaría al joven Tom hasta que lo hubiera puesto a salvo bajo el cuidado de su niñera.

Agnes pensó que no iba a unirse a ellas, pero lo hizo justo cuando se ponía de pie para despedirse.

—Ah, qué oportuno—, dijo. —La acompañaré a casa, Sra. Keeping.

—Realmente no hay necesidad—, le aseguró. —Voy y vengo a Middlebury todo el tiempo para ver a Sophia, y nunca se me ocurre traer una criada u otra escolta.

Necesitaba estar sola para pensar.

—Pero si un l-lobo saliera desde el bosque,— dijo,—realmente debería haber alguien allí para combatirlo con sus propias manos. Yo, de hecho.

Lady Trentham se rió. —Un héroe según mi corazón—, dijo, aplaudiendo teatralmente a su pecho.

—Y los bosques están llenos de ellos—, añadió Sophia. —Sin mencionar a los jabalíes.

Agnes miró reprobadoramente de una a otra de las damas, y Sophia inclinó un poco la cabeza hacia un lado y la miró de nuevo con curiosidad.

El vizconde Ponsonby la acompañó a su casa. Agarró sus manos decididamente detrás de su espalda tan pronto como salieron de la casa, y caminó un poco a un lado de ella y habló agradablemente casi todo el camino sobre una serie de temas intrascendentes.

—No hay lobos—, dijo cuando estaban cerca de las puertas, —o jabalíes s-salvajes, por desgracia. ¿Cómo se espera que un hombre impresione a su d-dama en esta era civilizada cuando puede que no lleve a cabo algún g-gran acto de heroísmo para sacarla del p-peligro y a-arrastrarla a sus brazos fuertes y protectores?

¿*Su* dama?

Había dejado de caminar, en casi el lugar exacto que había elegido ayer para informarle que era mejor que se casara con él.

Le sonrió.

—¿Te gustaría ser un caballero con armadura brillante?—, le preguntó. —¿Te gustaría ser ese cliché de la hombría digna?

Y le pareció que debía verse irresistiblemente guapo vestido con su uniforme de oficial, con su abrigo escarlata y sus pantalones blancos, su faja roja y su espada de caballería colgando a su lado.

—¿No te i-imaginas ser una damisela en apuros?— Levantó una ceja burlona. —Qué buena p-perdedora es usted, Sra. Keeping.

—Un hombre no tiene que matar dragones para ser un héroe—, le dijo.

—¿O lobos? ¿O jabalíes? ¿Qué debe hacer, entonces?

No tenía respuesta a eso. ¿Qué *hizo a* un hombre un héroe?

—¿Irse?—, dijo en voz baja como respuesta a su propia pregunta. —¿Es eso lo que debe hacer?

Frunció el ceño brevemente pero no dijo nada.

El silencio colgó entre ellos durante unos instantes hasta que tomó la parte superior de su brazo con un firme agarre y la sacó del camino de entrada y la llevó a los árboles durante unos pasos, antes de voltear su espalda contra el tronco de un árbol ancho y poner sus manos sobre la corteza a ambos lados de su cabeza. Su cara estaba a unos centímetros de la suya.

—Vi algo encantador—, dijo. —En un salón de baile y en un prado de narcisos. Y me obsesioné, con a-acostarme contigo, supuse. Es lo que uno asume cuando encuentra encantadora a una mujer. Pero no me he acostado, aunque el deseo está ahí por ambas partes y la oportunidad se ha presentado en m-más de una ocasión. Estoy en territorio desconocido, Agnes Keeping, y debes ayudarme. O no. No puedo pedir tu ayuda. Te quiero en mi vida, y sólo hay una manera en la que p-puedo tenerte allí, ya que no eres el tipo de mujer a la que se le ofrece la c-carta blanca, y no te la ofrecería incluso si f-fueses. En vez de eso, ofrezco m-matrimonio con un título, una gran casa ancestral y un patrimonio, m-más una casa en Londres, riqueza, un p-puesto en la sociedad, seguridad para toda la vida. Pero estas cosas m-materiales no significan n-nada para ti, lo sé. No sé qué más ofrecer, excepto la pasión. Te puedo dar eso. Puedo darte una vida como nunca antes la habías tenido. Puedo d-darte hijos, o supongo que puedo. Y sin embargo… y sin embargo, sería aconsejable que me rechazaras. Soy p-peligrosamente inestable. Debo serlo. Te dije hace poco que nunca ofrecería m-matrimonio a nadie, pero ahora te lo ofrezco a ti, y ni siquiera sé cómo podría pude haber significado lo que dije en ese m-momento, pero si lo que digo a-ahora. No tendrías una vida fácil conmigo, Agnes.

—O tú conmigo—, dijo a través de unos labios que se sentían demasiado apretados para obedecer su voluntad. —No puedo darte lo que quieres, mi señor. Y no puedes darme lo que quiero. Quieres a alguien a quien puedas arrastrar en una gran marea de pasión para que puedas olvidar, para que puedas ignorar todo lo que aún necesita ser resuelto en tu vida, sea lo que sea. Necesito a alguien tranquilo, estable y confiable.

—¿Para que puedas ignorar todo lo que hay que resolver en *tu* vida?—, le preguntó. —¿Qué es lo que podría ser?

Se mojó los labios y se secó de repente.

La miró, sus ojos muy verdes a la doble sombra del árbol y el borde de su sombrero.

—Te equivocas conmigo,— dijo, —y te equivocas contigo misma. No digas n-no. Si no puede decir que sí, al menos no digas que no. Es tu última palabra. Una vez dicho esto, no se puede discutir sin la apariencia de acoso. Después de que me haya ido de aquí, no v-volveré. Te librarás de mí para s-siempre. Pero aún no me he ido. Di que no cuando me vaya si es necesario, pero no antes. ¿Me lo p-prometes?

No quería decir que no. No quería desesperadamente. Pero tampoco podía decir que sí. ¿ Cómo podría la respuesta a una pregunta simple ser ni sí ni no?

Cuando me haya ido de aquí, no volveré. Te liberarás de mí para siempre.

De repente, para siempre parecía un tiempo terriblemente largo. El pánico se enroscó dentro de ella.

—Lo prometo—, susurró.

Bajó las manos a los costados, se apartó por un momento, y luego se volvió para ofrecerle su brazo. La llevó de nuevo al camino de entrada, y caminaron en silencio hasta la cabaña.

Dora estaba arrancando malas hierbas de uno de los parterres.

El vizconde Ponsonby estaba inmediatamente en su mejor momento. La felicitó por el jardín, y le agradeció profusamente por hacer que Lord Darleigh fuera tolerable de escuchar en el violín y el arpa.

—Soy amante de los animales, Srta. Debbins—, explicó. —Me rompería el c-corazón oír a Tab y a todos los gatos del vecindario aullar de dolor.

Hizo reír a Dora en un santiamén. Y cuando se despidió, se inclinó elegantemente ante ambas y se alejó como si nunca en su vida hubiera tenido un pensamiento serio.

Dora estaba mirando a Agnes con las cejas levantadas.

—Dejó que todos los demás se fueran con el vizconde Darleigh a ver las granjas esta mañana—, explicó, —mientras escribía algunas cartas. Pero luego se aburrió y vino aquí para persuadirme de que fuera a caminar con él.

—¿Y?— Dora dijo.

—Me llevó a la isla—, le dijo Agnes. —El templo es hermoso por dentro, Dora. No tenía ni idea. Hay una vidriera que da al sur, y capta toda la luz y la dispersa en un caleidoscopio de colores. Y entonces, cuando volvíamos al otro lado del lago, Sofía bajaba de la casa con Lady Trentham y me invitó a tomar un café. Dijo que no te quedarías.

—Las malas hierbas esperaban—, dijo Dora. —¿Preguntó de nuevo, Agnes?

—Estarán aquí menos de una semana más—, dijo Agnes. —Dice que una vez que se haya ido, no volverá. Nunca. Pero para siempre es mucho tiempo, y el vizconde Darleigh *es* su amigo.

—Volvió a preguntar—, dijo Dora en voz baja, respondiendo a su propia pregunta. Se

volvió para recoger sus herramientas de jardinería. —¿Por qué dudas, Agnes? Estás enamorada de él, y sería un partido enormemente ventajoso para ti. Y para él.

—Tendría que *dejarte*—, dijo Agnes.

Dora la miró por encima del hombro.

—Soy una chica grande—, dijo. —Y estuve sola aquí durante varios años antes de que llegaras. *¿Por qué* dudas? ¿Tiene algo que ver con mamá?

Las rodillas de Agnes casi se le caen por debajo, por segunda vez en un día. *Nunca* hablaron de su madre.

—Por supuesto que no—, dijo ella. —¿Por qué debería?

Dora continuó mirándola sin girarse completamente para mirarla.

—No debes considerarlo, Agnes—, dijo. —Elegí mi curso en la vida. Es *mi* vida. He hecho con ella lo que he querido hacer y estoy contenta con ella. Yo era feliz antes de que vinieras, he sido feliz desde que viniste, y seré feliz si alguna vez decides irte. Tienes que vivir *tu* vida. Tú tampoco puedes vivir la mía, y no necesitas vivir la de madre. Si lo amas…

Pero se detuvo sin completar el pensamiento, agitó la cabeza y volvió a lo que había estado haciendo. Agnes sospechaba que podría tener lágrimas en los ojos.

—Debería haber vuelto aquí en vez de ir a tomar un café—, dijo Agnes. —No has dejado maleza para mí.

—Oh, mira de nuevo mañana,— dijo Dora,—o incluso más tarde esta tarde. Una cosa que nunca le falta a este mundo es la maleza.

Era el turno de Imogen esa noche. No ocurría a menudo. Siempre estaba muy bien con el control de sus pensamientos y emociones. Casi siempre, de todos modos. Las personas que no la conocían tan bien como sus compañeros Supervivientes podrían asumir que su exterior de mármol llegaba hasta su corazón. Y ni siquiera a ellos les reveló mucho de sí misma en estos días, excepto un afecto eterno por los seis y una inquebrantable disposición para apoyarlos en todo lo que pudiera. Habría sido fácil asumir que estaba curada, excepto que ninguno de ellos cometió ese error. De todas las heridas, las suyas eran las más profundas y las que menos probabilidades tenían de curarse. Nunca.

—Espero—, dijo, —que no me haya convertido en una completa idiota esta mañana.

—Todo el mundo asumió que habías andado por ahí y que habías estado de pie demasiado tiempo, Imogen—, le aseguró Hugo. —Todo el mundo ama a una dama frágil.

—Qué imagen tan espantosa—, dijo, pero parecía aliviada.

Al parecer, cuando esta mañana se detuvieron fuera de la cabaña del guardabosques para escuchar el relato del administrador de la finca sobre algo, Imogen se había derrumbado en el suelo inconsciente, y varias personas habían salido corriendo en busca

de una silla y agua mientras Hugo la recogía en sus brazos y Ralph le abanicaba la cara con un gran pañuelo.

—La puerta de la cabaña estaba abierta—, explicó. —Cualquiera podría haber entrado. Niños….

—Pero el guardabosques estaba justo ahí—, señaló Ben.

—Y siempre mantiene la puerta cerrada cuando no lo está—, añadió Vincent. —Una cerradura está en la parte superior de la puerta, fuera del alcance de cualquier niño. Tengo una política firme de seguridad. Todo el mundo lo sabe.

—Lo sé, Vincent—, dijo Imogen. —Lo siento mucho. *Sé* que sus empleados no son descuidados. Realmente no sé qué me pasó. Veo armas todo el tiempo. Me he hecho verlas. Incluso he estado disparando. George me ha llevado tres veces, y una de esas veces disparé mi arma.

Se estremeció y se cubrió la cara con las manos.

—Miré esas armas esta mañana —continuó—y de repente las vi apuntando a mi cara sin nadie detrás de ellas. Estaban esperando a que me acerque y disparare.

Estaba jadeando, y Flavian caminó detrás de ella y puso una mano contra la parte posterior de su cuello mientras Vicente, sentado a su lado, buscaba a tientas su rodilla y la acariciaba.

—*¿Nunca* lo olvidaré?—, preguntó. —*¿Ninguno* de nosotros olvidará nunca?

—No, no lo haremos—, dijo George, su voz muy fría y natural. —Pero tampoco olvidarás nunca que te amaba, Imogen.

—¿Dicky?—, dijo. —Sí, lo hizo.

—O que lo amabas.

—¿Lo hice?— Inclinó la cabeza hacia abajo, y Flavian masajeó suavemente sus hombros con ambas manos mientras Vincent le daba palmaditas en la rodilla. —Tenía una extraña forma de demostrarlo.

—No—, dijo Vincent. —Era la *mejor* manera de demostrar amor, Imogen.

Hizo un sonido ahogado, pero luego se calmó y bajó las manos y se vio tan tranquila como siempre.

No, ninguno de ellos lo olvidaría.

Nunca lo haría, pensó Flavian, lo que era un pensamiento extraño, cuando sospechaba que todavía había todo tipo de cosas que ni siquiera recordaba. Pero nunca olvidaría *una* cosa. Una cosa, dos personas.

¿Perdonaría alguna vez?

—Me voy mañana al amanecer—, dijo abruptamente. —Me iré por unos días, pero v-volveré.

Todos lo miraron con sorpresa. Había estado pensando en ello toda la tarde, pero no había tomado una decisión definitiva hasta este preciso momento. Toda su vida en estos días parecía estar gobernada por impulsos repentinos.

—¿Te vas por *unos días*, Flave?— preguntó Vincent. —¿Cuándo es nuestra última semana juntos?

—Tengo asuntos urgentes que atender—, dijo. —Volveré.

Todos continuaron mirándolo, incluso Vicente, cuya mirada ciega no vio su rostro por sólo unos centímetros. Pero ninguno de ellos hizo la pregunta obvia. Ninguno de ellos lo haría, por supuesto. No se entrometerían. Y no ofreció voluntariamente la respuesta.

—Si vas lejos, Flave,— dijo Ralph,—toma mi carruaje. Sólo asegúrate de dejar a mi equipo en una posada decente. Puedes recogerlos cuando vuelvas.

—Es Londres—, dijo Flavian. —Y gracias, Ralph. Lo haré.

—Si te vas a ir al canto del gallo—, dijo George, —será mejor que nos vayamos a la cama. Ya es pasada la medianoche.

Pero aún no me he ido. Di que no cuando me vaya si es necesario, pero no antes. ¿Me lo prometes?

Y Agnes lo había prometido. Había sido una promesa muy fácil de cumplir. ¿Cómo se puede decir que no o sí, en realidad cuando no se le ha dado la oportunidad? Durante cuatro días enteros no había visto ni una sola vez al vizconde Ponsonby, y la visita casi había terminado. Después de irse de aquí, le dijo que no volvería. Nunca.

Bueno, es mejor que se haya ido ahora, y que empiece a olvidarse de él ahora.

Si no hubiera sido una dama que practicaba desde hace mucho tiempo el autocontrol, pensó Agnes mientras pasaban los días, seguramente empezaría a tirar cosas, preferiblemente cosas que se rompieran.

Estaba en la lista rotativa de visitas de enfermos de la iglesia con Dora, y era su turno esta semana. No es que ignoraran a los vecinos enfermos o ancianos en otros momentos, pero esta semana atenderlos fue su responsabilidad oficial. Dora llevaba su pequeño arpa dondequiera que iban para que pudiera proporcionar una música tranquilizadora y ocasionalmente una melodía animada para entretener a los niños o poner los pies envejecidos a golpear al ritmo. Agnes llevó consigo pequeños dibujos en acuarela de flores silvestres que había pintado especialmente para tales ocasiones y las colocó sobre manteles o mesas cerca de la persona enferma y las dejó allí.

Se alegró de la distracción. Las visitas ayudaron a pasar los días e impidieron que esperara un golpe en la puerta cada vez que se despertaba. Esperaba fervientemente el momento en que pudiera dejar de contar los días y retomar los hilos de su vida y estar en paz una vez más.

Aunque sospechaba que la paz no sería fácil una vez que la esperanza desapareciera. Y se estremeció ante la idea de que era una *esperanza que* todavía sentía.

En el quinto día Lady Harper llamó con Lady Trentham justo después de que Agnes y Dora habían llegado a casa. Lady Trentham había venido a pedir el favor de ver las pinturas de Agnes. Ambas señoras las miraron con atención halagadora y mucho aprecio, aunque no se quedaron a tomar el té. Habían venido a hacer un recado de Sophia y tenían una llamada más que hacer al Sr. y la Sra. Harrison. Ya habían estado en la vicaría. Sophia esperaba que algunos de sus amigos y del vizconde Darleigh vinieran a la casa esta noche para jugar a las cartas, conversar y tomar un refresco.

—Digan que ambas vendrán—, dijo Lady Trentham, mirando de Dora a Agnes. —Estaremos en Middlebury Park sólo un día más después de hoy. Cómo ha volado el tiempo. Pero ha sido encantador, ¿no es así, Samantha?

—Ha sido una alegría pura—, dijo Lady Harper, —observar una amistad tan unida como la de nuestros maridos y los otros cinco. Desearía, sin embargo, que el vizconde Ponsonby no se hubiera ido.

El corazón y el estómago de Agnes se desplomaron en la dirección de sus zapatillas, y se sintió como si hubieran chocado al bajar.

—¿Se ha ido?— preguntó Dora.

—Oh, aseguró a los demás que volvería—, dijo Lady Harper, —pero lo extrañan. Y no dio ninguna explicación, el miserable hombre.

Los ojos de Lady Trentham descansaban sobre Agnes. —Estoy segura de *que* volverá si dice que lo hará—, dijo. —Además, tomó el carruaje y los caballos del Conde de Berwick, y se sentirá obligado a devolverlos. ¿Vendrás esta noche? ¿Srta. Debbins? ¿Sra. Keeping? Debíamos decirle que no sería una respuesta no aceptable y que el carruaje será enviado a las siete.

—En ese caso, debemos ser amables y decir que sí—, dijo Dora, riendo. —No hay necesidad de enviar el carruaje, sin embargo. Estaremos encantadas de caminar.

Lady Harper se rió. —Nos dijeron que dirías eso mismo, y el propio Lord Darleigh nos dio una respuesta. Debíamos informarle que el carruaje estará aquí, ya sea que decida caminar a su lado o entrar.

—Bueno, entonces. Pareceríamos tontas si camináramos a su lado, supongo.— Dora se volvió a reír.

Se había ido. Sin decir una palabra.

Había dicho que volvería, y parecía que *debía* volver, ya que tenía un vehículo prestado. Pero sólo quedaba un día de la visita.

Agnes se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras hasta su habitación después de que ella y Dora habían saludado a las damas en su camino. No quería hablar de ello. No quería hablar en absoluto. Nunca. Quería meterse debajo de las sábanas, tirar de ellas sobre su cabeza, acurrucarse en una pelota, y quedarse allí por el resto de su vida.

Y *esto*, pensó, vislumbrando su imagen en el espejo del tocador y haciendo una pausa para asentirse con disgusto, era una buena manera de comportarse cuando una tenía veintiséis años, era una viuda tranquila y refinada, y lo suficientemente sabia como para haber rechazado una oferta de matrimonio ventajosa porque sólo podía llevar a una infelicidad duradera.

¿No era *esto* infelicidad?

Además, no lo había rechazado, ¿verdad? Había prometido no hacerlo hasta que se fuera.

Se *había* ido. Pero también había dicho esta vez que volvería. Todo parecía *tan típico* del vizconde Ponsonby. Sería una tonta…

Pero al menos podría prepararse para esta noche sin un corazón palpitante. No estaba en la casa. Podía ocupar su mente con nada más perturbador que la pregunta enormemente importante de cuál de sus tres trajes de noche llevaría puesto. Ciertamente no el verde. El azul o el lavanda, entonces. ¿Pero cuál?

Puso una mueca de dolor ante su imagen y se dio la vuelta.

CAPITULO 11

Había un grado de cansancio en el cual uno estaba cansado de los huesos, pero más allá de sentirse somnoliento.

Era el punto al que Flavian había llegado cuando condujo por el pueblo de Inglebrook a media tarde. No había luz en la cabaña. Ya deben estar en la cama. No podía recordar cuándo había dormido por última vez, aunque había tomado una habitación en la misma posada, yendo y viniendo, y ciertamente se había acostado en la cama en ambas ocasiones. Recordó que se quitó las botas y deseó a su ayudante de cámara.

Debería conducir directamente a los establos, abandonar su carruaje, o mejor dicho, el de Ralph, al cuidado de los mozos de Vince, subir a su habitación y derrumbarse en la cama sin llamar a su valet, que probablemente seguía enfurruñado de todas formas por los inesperados cinco días de vacaciones que se le habían dado.

Había luces encendidas en las ventanas del salón, que vio cuando se acercaba a la casa. Eso no fue sorprendente, por supuesto. No era *tan* tarde, aunque ya estaba oscuro afuera.

Había dos calesas desconocidas fuera del establo. Ah, visitantes. Otra razón por la que debería irse directo a la cama. Tendría que cambiarse, lavarse y afeitarse incluso para presentarse ante sus amigos y sus damas, por supuesto, pero tendría que hacer un esfuerzo más especial por los visitantes. Y tendría que sonreír y ser sociable. No estaba seguro de *poder* sonreír. Parecía demasiado esfuerzo.

Pero tampoco quería dormir, sospechaba. Se sintió agitado como la peonza de un niño. Y cuanto más se acercaba a Middlebury, más loco parecía su recado. ¿Qué demonios le había poseído? Sin embargo, ya era demasiado tarde para plantearse esa pregunta. Se había ido y había regresado, y si había perdido el tiempo, entonces ya no podía hacer nada al respecto.

Asintió al lacayo que estaba de servicio en el pasillo y le ordenó que le enviara a su ayudante. Tal vez un lavado, un afeitado y un poco de sociabilidad le harían sentirse cansado y le permitirían dormir esta noche.

¿Quiénes *eran* los visitantes? se preguntó.

Se enteró media hora más tarde cuando entró en la sala de estar, con el monóculo en la mano. Vicente estaba sentado junto al fuego con Imogen y Harrison, su vecino y amigo particular. George estaba de pie junto a la chimenea, con un codo apoyado en la chimenea. La esposa de Harrison estaba sentada en una mesa de cartas, al igual que el vicario. La esposa del vicario y la Srta. Debbins estaban en otra. Ben, su esposa, Ralph, y Lady Trentham componían la segunda mesa. Lady Darleigh llevaba dos bebidas a la mesa del párroco. Hugo estaba de pie detrás de la silla de su esposa, pero conversaba con la Sra.

Keeping, que estaba de pie a su lado.

Llevaba un vestido muy modesto, casi azul, que seguramente nunca, ni remotamente, había estado de moda. Sospechó que su color también estaba ligeramente descolorido. Su cabello estaba despiadadamente domesticado, y ni una sola hebra de cabello se desprendió por accidente o por diseño para provocar la imaginación.

Se veía completamente deliciosa.

Tan pronto como estuvo en Londres, sin embargo, había mirado a su alrededor deliberadamente a las damas. Había habido algunas bellezas reales entre ellas, y otras que se habían hecho *ver* hermosas o al menos seductoras por lo que llevaban puesto y cómo lo llevaban. Había estado bastante desencantado por cada una de ellas.

Había sido muy alarmante.

Le miró a los ojos durante un instante antes de que Lady Darleigh lo viera en el mismo momento que George e Imogen.

—¡Flavian!

—¡Lord Ponsonby!

—Has vuelto, Flavian—, dijo Imogen, acercándose, con ambas manos extendidas. Volvió la mejilla para que la besara mientras dejaba caer su monóculo sobre la cinta y le agarraba las manos.

—T-tenía que devolver el carruaje y los caballos de Ralph—, dijo, —o me habría guardado r-rencor durante los próximos diez años más o menos. Es muy s-sensible de esa manera.

—Hubiera tomado tu carruaje, Flave—, dijo Ralph, levantando la vista de sus cartas. —Ningún asiento de carruaje tiene derecho a ser tan lujoso y acogedor.

—Deje que le traiga un trago y algo de comer—, dijo Lady Darleigh después de que todos los demás lo saludaran, con una o dos excepciones. —¿Tienes frío? Acércate más al fuego.

Fue a apretarle el hombro a Vicente y le dijo lo bien que se sentía al estar de nuevo entre todos sus amigos. Intercambió unas palabras con George y Harrison, habló con Hugo durante uno o dos minutos, y luego fue a pararse al lado de la Sra. Keeping, que se había movido para mirar atentamente por encima del hombro de su hermana como si fuera *ella* quien estuviera jugando la mano.

Fingió no darse cuenta de él. Podría haber sido una actuación convincente si cada músculo de su cuerpo no se hubiera tensado visiblemente al acercarse.

—Lejos de tener frío aquí,— observó a nadie en particular, aunque todos, excepto una persona cercana, estaban involucrados en el juego de cartas,—en realidad está demasiado cálido. H-hirviendo con el calor, de hecho.

Nadie estuvo de acuerdo o en desacuerdo.

—Y aunque la o-oscuridad ha caído—, persistió, —y todavía es sólo M-Marzo, no es una noche fría, y no hay un soplo de v-viento. Es perfecto para pasear por la terraza, de hecho, siempre y c-cuando uno lleve una capa caliente.

Fue la Srta. Debbins quien contestó. Miró por encima de su hombro, primero a él y luego a su hermana.

—Toma el mío, Agnes—, dijo. —Es más cálido que el tuyo.

Y volvió a prestar atención a sus cartas.

La Sra. Keeping no reaccionó en absoluto por un momento. Entonces se volvió para mirarlo.

—Muy bien—, dijo. —Por unos minutos. *Hace* calor aquí.

Y se volvió para precederle desde la habitación. Tuvo que moverse con elegancia para abrirle la puerta.

Y aquí iba otra vez. Actuar por puro impulso antes de prepararse adecuadamente o de componer cualquier discurso bonito o de recoger cualquier capullo de rosa o su equivalente en marzo. Y con una mente confundida por la falta de sueño. ¿Nunca aprendería?

Sospechaba que la respuesta era no.

Le pidió al lacayo en el pasillo la capa de su hermana, y ella y Flavia se pararon lado a lado, sin tocarse, sin mirarse el uno al otro, mientras se lo traían. Lo tomó de la mano del lacayo y se la puso sobre los hombros, pero antes de que pudiera tocar los cierres, ella misma abrochó la capa con mucha firmeza.

El lacayo se había adelantado y tenía la puerta abierta.

Flavian esperaba que los supervivientes, sus esposas y todos los invitados no estuvieran alineados en las ventanas de la sala de estar, mirándolos desde arriba. Es como si fuera de día. La luna estaba más o menos llena, y todas las estrellas inventadas estaban brillando y parpadeando desde un cielo despejado.

Pero, no, ni uno solo de ellos se asomaría por una ventana. Eran demasiado educados. Pero apostaría a que no había ninguno de ellos que no se hubiera dado cuenta y sacado sus propias conclusiones. O *su* propia conclusión.

La señora Keeping mantuvo sus manos muy firmes dentro de su capa mientras indicaba la terraza que corría a lo largo del ala este de la casa.

En todo lo que Agnes había podido pensar cuando él entró en la sala de estar, con un aspecto inmaculado e inmaculadamente bello, era en que debía haber usado su vestido lavanda. En general, prefería el azul, pero era más primitivo que el lavanda.

Qué estúpidamente aleatorios y triviales pueden ser los pensamientos de uno a veces. Como si su entrada en la habitación no le hubiera dado la vuelta al mundo.

—¿Me e-extrañaste?—, preguntó.

—¿Extrañarte?—, dijo, su voz sorprendida y frágil, seguramente sería abucheada en cualquier escenario y quizás incluso ayudada con un tomate podrido. —Ni siquiera me di cuenta de que te habías ido hasta que alguien lo mencionó hoy. ¿Por qué *debería* extrañarte?

—Así es—, dijo con agrado. —Fue la mera v-vanidad lo que me hizo esperar que lo hicieras.

—Me imagino,— dijo, —que son sus *amigos* los que lo han extrañado, Lord Ponsonby. Pensé que esta reunión anual del Club de Supervivientes significaba más para cualquiera de ustedes siete que cualquier placer fugaz que los pudiera llevar por unos días a divertirse en otro lugar.

—Estás enfadada—, dijo.

—En su nombre—, le dijo ella. —Y sin embargo, incluso ahora que has regresado, no estás pasando tiempo con ellos. Has venido aquí conmigo en su lugar.

—Tal vez tú eres uno de esos placeres f-fugaces —, dijo con un suspiro.

—Soy un gran placer para ti,— dijo ella con ternura,—cuando puedes irte cinco días enteros sin decir una palabra para complacer algún otro capricho.

—¿Eres un capricho, Agnes?—, le preguntó.

—*Yo* no soy lo que te llevó lejos—, le dijo ella. —Y yo soy la Sra. Keeping para ti.

—Pero lo eres—, protestó. —Eres la Sra. K-Keeping para mí. Así como Agnes. Y tú *eres* lo que me llevó lejos.

Sus fosas nasales se abrieron. Y sus pasos se ralentizaron. Había estado marcando el ritmo. Con unos pocos pasos más estarían más allá de la terraza y más allá del extremo del ala este, y partiendo a través del césped que conduce al extremo este del paseo por la naturaleza. No tenía intención de caminar en ningún lugar salvaje con el vizconde Ponsonby.

—Apenas soy difícil de evitar, mi señor—, dijo. —No es como si me pusiera deliberadamente en tu camino cada hora de cada día. O nunca, de hecho. No necesitabas irte cinco días enteros para no verme.

—¿Estabas contando?— Era su voz perezosa, ligeramente aburrida.

—Lord Ponsonby—. Dejó de caminar y se volvió hacia él. Esperaba que pudiera ver la indignación en su cara. —Te halagas a ti mismo. Tengo una *vida*… He estado demasiado ocupada, demasiado *felizmente* ocupada para dedicarte un pensamiento. O incluso para notar que te habías ido.

Estaba de espaldas a la luna. Aun así, pudo ver la repentina sonrisa en su cara, antes de dar un fuerte pasó hacia atrás y luego otro hasta que la pared estaba detrás de ella y no había nada más para retirarse. Avanzó sobre ella.

—No sabía que te podría p-provocar ira—, dijo en voz baja. —Me gusta que estés enfadada.

Bajó su cabeza hacia la de ella, y esperaba que la besaran. Incluso medio cerró los ojos en espera.

—Pero tenía que irme—, dijo, su voz no era más que un susurro de sonido y aliento, —para que pudiera volver.

—Asumiendo ¿que la ausencia hace que el corazón se encariñe más?— Levantó las cejas.

—¿*Lo hace*?—, le preguntó. —¿Me quieres más ahora que hace c-cinco días, Agnes Keeping?

Era difícil hablar con la debida indignación cuando una tenía a un hombre de pie tan cerca que una podía sentir su calor corporal y cuando, si uno movía la cabeza hacia adelante incluso una pulgada, la boca chocaba con la suya.

—*Más cariño,* insinúa que al principio me gustaba mucho—, dijo.

—¿*Estabas*?

Era un vividor, un libertino y un seductor, y siempre lo supo. ¿Cómo se atreve Dora a ayudarlo e incitarlo ofreciéndole su propia capa porque estaba más caliente que la de Agnes? Dora debería haberse puesto de pie y haberle prohibido que llevara a su hermana un paso más allá de la puerta de la habitación.

Agnes sacó sus manos de la pared detrás de ella y las apoyó contra su pecho.

—¿Por qué te fuiste?—, le preguntó. —Y, habiéndote ido, ¿por qué has vuelto?

—Fui para *poder* regresar—, dijo, y cubrió el dorso de sus manos con las palmas de sus manos. —¿Qué tipo de boda preferirías, Agnes? ¿Algo g-grandioso con a-amonestaciones y todo tipo de tiempo para convocar a todos los que te han conocido y a todos tus parientes que se remontan a tus b-bisabuelos? ¿O algo más tranquilo e íntimo?

Esa débil en sus rodillas pasó otra vez, y se mojó los labios.

—Si es el p-primero—dijo, moviendo un poco la cabeza hacia atrás para poder mirar hacia abajo a su cara, sus párpados perezosos, sus ojos atentos debajo de ellos—, entonces está todo el p-problema en decidir sobre el lugar de la celebración. St. George's en Hanover Square en Londres sería p-probablemente la opción más sensata porque uno puede invitar a la mitad del mundo, y una b-buena mitad de ese número ya tiene una casa en la ciudad o conoce a alguien que la tiene, y la otra mitad no tendrá problemas para e-encontrar un buen hotel. Si es en otra parte, la casa de tu p-padre, la mía, aquí, uno tiene d-dolor de cabeza de decidir dónde se quedarán todos. Si es el ú-último…

—Oh, para—, gritó, quitándole las manos de encima. —No debe haber boda, así que no importa qué tipo de boda prefiero.

Pasó el dorso de sus dedos suavemente a lo largo de su mandíbula hasta la barbilla y por el otro lado para ahuecar su mejilla.

—En cinco días sin nada más que hacer, salvo conducir un carruaje— dijo,—No compuse una propuesta de matrimonio que afecte. O incluso una que *no* afecte, para el caso. Pero sí sé que te q-quiero a ti. En la cama, sí, pero no sólo allí. Te quiero en mi vida. Y por f-favor, no hagas tu pregunta habitual. *¿Por qué* es la pregunta m-más difícil del mundo? Cásate conmigo. Di que lo harás.

Y de repente parecía ridículo decir que no cuando le dolía decir que sí.

—Tengo miedo—, dijo ella.

—¿De mí?—, le preguntó. —Incluso en mi peor momento, n-nunca lastimé físicamente a nadie. Lo peor que hice fue tirar una copa de vino a la cara de alguien. A veces pierdo mi t-temperamento, más que antes, pero no dura. Todo es sólo sonido y f-furia, ¿estoy citando a alguien otra vez? Si alguna vez te grito, puedes sentirte l-libre de gritarme. Nunca te haría daño. Puedo prometerlo con seguridad.

—De mí misma—, dijo, fijando los ojos en el botón superior de su abrigo e inclinando la mejilla un poco en la palma de su mano a pesar de ella misma. —*Me* tengo miedo…

La miró profundamente a los ojos. Era extraño cómo podía ver eso en la oscuridad.

—Incluso esta noche—, dijo ella, —Estaba enfadada. *Estoy* enfadada. No tenía ni idea de que lo iba a ser, pero ha ocurrido. Juegas con mis emociones, aunque quizás no deliberadamente. Me encuentras y hablas conmigo y me besas y luego, *nada* durante días, y luego todo comienza de nuevo. Hace cinco días me hiciste prometer que no diría que no, y luego te fuiste y no me diste la oportunidad de decir ni sí ni no. No me dijiste que te ibas a ir. No necesitabas hacerlo, por supuesto. No tenía derecho a esperarlo. Y ahora tengo la premonición de que así sería el matrimonio contigo, pero a mayor escala. La vida tal como la conozco desde hace años, incluyendo los cinco años de mi matrimonio, se volvería patas arriba, y no sabría *dónde* estaba. No podía soportar la incertidumbre.

—¿Le temes a la pasión?—, le preguntó.

—Porque es *incontrolable—,* gritó. —Porque es egoísta. Porque duele, a otras personas no solo a uno mismo. No quiero pasión. No quiero incertidumbre. No quiero que me grites. Peor que eso, no quiero devolver los gritos. No puedo soportarlo. No puedo soportar *esto*…

Su cara estaba más cerca otra vez.

—¿Qué ha pasado en tu vida para herirte?—, le preguntó.

Sus ojos se abrieron de par en par. —*No* ha pasado *nada.* Ese es el punto.

Pero no lo fue. No era el punto en absoluto.

—Me q-quieres,— dijo,—tanto como yo te quiero a ti.

Y sus ojos ardían con una nueva luz.

—Tengo miedo—, dijo de nuevo, pero incluso a sus propios oídos su protesta sonaba aburrida.

Su boca, caliente en el frío de la noche, cubría la de ella, y sus brazos rodeaban su cuello y el suyo alrededor de su cintura, y se inclinaba hacia él, o la atrajo contra él; no importaba cuál. Y ella sabía.. ah, ella sabía que no podía dejarlo ir, a pesar de que *tenía* miedo. Iba a ser como bajar del borde de un precipicio con los ojos vendados.

No había dicho *nada* sobre el amor. Pero tampoco William. ¿Qué era el amor, después de todo? Nunca había creído en ello ni lo había querido.

Levantó la cabeza.

—Podríamos casarnos mañana—, dijo. —Estaba pensando en el d-día después, pero fue cuando no esperaba v-verte hasta la mañana. Y el vicario está aquí en la casa. Podría hablar con él esta noche. Podríamos casarnos mañana por la mañana, Agnes. ¿O prefieres esa g-gran boda en St. George's? Con toda tu familia y la mía presentes.

Puso sus manos sobre sus hombros y se rió, aunque no con diversión. Tenía más miedo que nunca en su vida. Tenía miedo de hacer algo de lo que se arrepentiría para siempre.

— Hay una pequeña cuestión de amonestaciones —, dijo.

Le dirigió una sonrisa.

—Licencia especial—, dijo. —T-tengo una en la mesa al lado de mi cama de arriba. Es por eso que fui a L-Londres, aunque cuando estaba en camino me di c-cuenta de que probablemente podría haber conseguido una en algún lugar más cercano, tal vez incluso en Gloucester. No tengo m-mucho conocimiento de esas cosas. No importa. Me las arreglé para evitar a todos los que conozco excepto a un tío, que no pude evitar en el momento en que lo vi. Es un b-buen tipo, sin embargo. Le informé que no me había visto, y levantó su monóculo y me preguntó quién diablos era yo de todos modos.

Agnes no estaba escuchando.

—¿Fuiste a Londres para obtener una *licencia especial*?—, preguntó, aunque había sido perfectamente claro en el asunto. —¿Para que puedas casarte conmigo aquí sin el beneficio de las amonestaciones? *¿Mañana?*

—*Si se hiciera—,* dijo, —*entonces está bien que se haga rápido.*

Lo miró fijamente, sin decir nada por un momento.

—Macbeth hablaba de *asesinato*—, dijo. —Y fallaste *cuando se hizo* en el medio — *Si se hizo cuando se hizo…* Esas palabras marcan la diferencia en el significado.

—Tienes un efecto perturbador en mí, Agnes—, dijo. —E-empiezo a soltar p-poesía. Malamente. Pero "*estuvo bien que se hiciera rápidamente*." Me atengo a eso.

—¿Antes de que puedas cambiar de opinión?—, le preguntó. —¿O antes de que pueda?

—Porque quiero estar a s-salvo contigo—, dijo.

Lo miró con asombro.

—Porque q-quiero hacerte a-amor—, añadió, —y no puedo hacerlo antes de casarnos,

porque eres una mujer v-virtuosa, y tengo una regla sobre no seducir a mujeres v-virtuosas.

Pero él había dicho:—*Porque quiero estar a salvo contigo*…

Sin embargo, ella tenía miedo de *no* estar a salvo con él.

—Lord Ponsonby—, dijo.

—Flavian—, la interrumpió. —Es uno de los nombres m-más ridículos que cualquier padre podría infligir a un hijo, pero es lo que mis padres me h-hicieron a mí, y estoy atrapado en ello. Soy Flavian.

Tragó.

—Flavian—, dijo.

—No suena tan m-mal en tu voz—, dijo. —Dilo de nuevo.

—Flavian—. Y, sorprendentemente, se rió. —Te queda bien.

Puso una mueca de dolor.

—Di el resto—, dijo. —Dijiste mi nombre, y había m-más por venir. Di el resto.

Lo había olvidado. Tenía algo que ver con si estarían a salvo juntos o no. Pero… ¿*seguro*? ¿Qué significaba eso?

Mañana. Podría casarse *mañana*.

—Creo que a mi padre y a mi hermana les resultaría un inconveniente viajar hasta Londres—, dijo. —Especialmente por un segundo matrimonio. ¿Tienes una familia numerosa?

—Enorme—, dijo. —Podríamos llenar dos St. George's y aun así tener espacio para para e-estar solo.

Era su turno de hacer muecas.

—¿Pero qué *dirán* todos ellos?—, le preguntó.

Arrojó la cabeza hacia atrás, con los brazos todavía alrededor de ella, y… aullando a la luna. No había otra forma de describir el sonido de triunfo que brotaba de él.

—¿Dirán?—, dijo. —¿No dirían? Estarán de un mal humor i-infernal, los s-siete mil sesenta, al negárseles el alboroto y la angustia de tener voz en mi b-boda. Mañana, Agnes, si se puede arreglar. ¿O pasado mañana a más tardar? Di que sí. Di que *sí*…

Todavía no podía entenderlo. ¿Por qué ella? ¿Y por qué el cambio completo desde el momento, no muy lejano, en que le había dicho que nunca tendría un matrimonio para ofrecer a nadie? ¿Qué clase de atracción sentía por un hombre como el vizconde Ponsonby?

Porque quiero estar a salvo contigo.

¿Qué podrían significar esas palabras?

Volvió a deslizar sus manos detrás de su cuello y levantó su cara hacia la de él.

—Sí, entonces—, dijo exasperada. —No aceptarás un no por respuesta de todos modos, ¿verdad? Sí, entonces, sí. Sí, Flavian.

Y su boca cayó de nuevo sobre la de ella.

CAPITULO 12

Flavian se sentía tan fresco como una margarita, o algo tan estúpido. Se había ido a la cama a medianoche y se había despertado a las ocho de la mañana sólo porque su ayudante de cámara estaba golpeando en su puerta con una intención deliberada.

Y luego recordó que era el día de su boda.

Y que había dormido toda la noche sin una pizca de sueño o de cualquier otra perturbación.

Dios mío, era el día de su boda.

Anoche había vuelto a la sala de estar con Agnes Keeping, y nadie habría demostrado que se habían dado cuenta de que los dos se habían ido o habían vuelto, hasta que se aclaró la garganta. Eso conseguio un silencio instantáneo. Y les había dicho que la Sra. Keeping le había hecho el honor de aceptar su mano en matrimonio. Sí, creía que realmente había usado palabras pomposas como esas. Pero habían hecho llegar el mensaje.

Y, mirando hacia atrás, le pareció que todo el mundo había sonreído colectivamente, aunque esa reacción petulante pronto fue seguida de ruido y palmadas en la espalda y apretones de manos y abrazos e incluso lágrimas. La Srta. Debbins había derramado lágrimas por su hermana, y Lady Darleigh también. E incluso *George*. No es que hubiera derramado lágrimas exactamente, y ciertamente no sobre Agnes, pero sus ojos se veían sospechosamente brillantes mientras apretaba el hombro de Flavian, apto para dislocarlo.

Flavian había seguido con el anuncio de que las nupcias serían por la mañana, siempre y cuando el reverendo Jones estuviera dispuesto a realizar la ceremonia con tan poca antelación.

—*¿Mañana* por la mañana?— La Srta. Debbins y Hugo habían hablado al unísono.

El vicario simplemente había asentido con la cabeza y recordado a Lord Ponsonby que había que considerar el pequeño asunto de las amonestaciones.

—No si hay una licencia e-especial—, había dicho Flavian. —Y *hay* una. A-acabo de llegar de Londres con ella.

—Vaya, viejo bribón, Flave—, había dicho Ralph. —*¿Este es* el uso que le das a mi carruaje?

Y había más ruido y palmadas en la espalda, y Lady Darleigh había salido corriendo a buscar a su cocinera y ama de llaves, y volvió corriendo un poco más tarde con la noticia de que la alcoba real en el ala este iba a estar preparada para mañana por la noche para que los novios pudieran pasar su noche de bodas con lujo y privacidad. George se había ofrecido a entregar a Agnes, pero, después de darle las gracias, dijo que prefería que su

hermana hiciera eso por ella si no había una ley eclesiástica contra una mujer que desempeñara el cargo. Y Flavia le había pedido a Vicente que fuera su padrino, lo que sería, había respondido Vince, radiante de placer, un poco como el ciego guiando al ciego.

Y luego, algún tiempo después, los invitados de afuera se habían ido, incluyendo a Agnes Keeping, y era cerca de la medianoche, y Flavian se había sentido borracho sin el beneficio del licor y tan exhausto que apenas podía persuadir a sus piernas para que lo llevaran a su habitación, y podría no haber llegado allí si George y Ralph no lo hubieran acompañado hasta su puerta. Tampoco se habría desvestido si su ayudante de cámara no le hubiera estado esperando e insistido en que *no* le permitieran dormir con su ropa de noche.

Pero aquí estaba, casi once horas más tarde, fresco como una margarita y esperando en la parte delantera de la iglesia del pueblo a que llegara su novia. Sus amigos y sus esposas estaban sentados en los bancos detrás de él, y la esposa del vicario y los Harrison estaban en los bancos al otro lado del pasillo.

Vicente tenía miedo de que se le cayera el anillo, Flavian se había acordado de comprar uno, aunque había tenido que adivinar su tamaño y luego no poder encontrarlo.

—Sin embargo,— dijo Flavian, acariciando la mano de su amigo, —nada me gustaría más que h-humillarme sobre el suelo de piedra de una iglesia en mi día de b-bodas con mis pantalones cortos blancos y m-medias.

—¿Se supone que eso me *consuela?*— preguntó Vincent. —Y espera un minuto, se supone que es el padrino que calma los nervios del novio, no al revés.

—¿Se s-supone que un novio tiene n-nervios?—. Preguntó Flavian. —Mejor que no me lo adviertas, viejo amigo, o q-quizá descubra que tengo algo.

Pero no lo hizo, a menos que fuera una señal de nervios que esperaba que su madre apareciera en la puerta detrás de él, el doble de su tamaño habitual, el dedo índice el doble de su longitud habitual, ya que apuntaba hacia él mientras le ordenaba que cesara y desistiera.

¿Se sentía…. feliz? No sabía cómo se sentía feliz y no estaba seguro de quererlo, porque donde había felicidad, también había infelicidad. Cada positivo tenía su correspondiente negativo, una de las leyes más molestas de la existencia.

Sólo quería que viniera. Agnes. Quería casarse con ella. Quería *casarse* con ella. Todavía no podía liberar su mente de la idea de que estaría a salvo una vez que lo estuviera. Y aún no se había dado cuenta de lo que su mente quería decir con eso.

Algunas cosas es mejor no analizarlas.

Su ayuda de cámara era un tesoro y una auténtica maravilla, pensó. ¿Qué demonios lo había poseído para llevar calzones cortos, y blancos, para una estancia de tres semanas en el campo con el Club de los Supervivientes?

Afortunadamente, tal vez, por la calidad de sus pensamientos, hubo una pequeña conmoción en la parte de atrás de la iglesia, y el vicario vino caminando por el pasillo, resplandeciente con sus vestiduras clericales, para señalar que la novia había llegado y que

el servicio matrimonial estaba a punto de comenzar.

Agnes se puso su vestido verde musgo de la mañana y su pelliza con el sombrero de paja que había comprado nuevo el año pasado. No hubo tiempo, por supuesto, para comprar ropa nueva para su boda. No importaba. De hecho, fue mejor así. Si hubiera tenido tiempo de comprar o de coser, también habría tenido tiempo de pensar.

Pensó, sospechaba, que era su peor enemigo en este momento. O quizás era la *falta de* pensamiento lo que era el enemigo a largo plazo. *No* tenía *ni idea* en lo que se estaba metiendo.

¿Qué demonios la había poseído?

Pero, no, no pensaría. Anoche había dicho que sí porque le había sido imposible decir que no, y ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Además, si hubiera dicho que no, él se iría mañana con todos los demás, para no volver nunca, y no podría haber soportado eso. Su corazón se habría roto. Seguramente lo habría hecho, extravagante y tonta como parecía la idea.

La alcoba real….

No, no pensaría.

Hubo un golpe en la puerta, y Dora entró en su habitación.

—Sigo esperando despertarme, como de un sueño—, dijo. —Pero me alegro de que no sea un sueño, Agnes. Me alegro por ti. Creo que serás feliz. *Me gusta* ese joven, aunque todavía no confiaría en su ceja más allá de lo que podría lanzarla. Y *esa* imagen no soporta el escrutinio, ¿verdad?

—Dora—. Agnes apretó las manos muy fuerte contra su pecho. —Me siento fatal. Sobre dejarte.

—No debes hacerlo—, dijo Dora. —Era inevitable que te volvieras a casar algún día. Nunca pensé que estarías aquí conmigo para siempre. Todo lo que pido es que seas feliz. Siempre te he amado más que a nadie en mi vida, lo sabes, lo cual es una cosa chocante cuando tengo un padre y un hermano y sobrinas y un sobrino. Pero siempre te he sentido casi tan hija como hermana. Tenías cinco años cuando yo tenía diecisiete.

Cuando se habían quedado solas, excepto por su padre, que se había retirado en sí mismo después de que su madre se fuera, y había sido una presencia casi invisible en sus vidas. Oliver, su hermano, ya había estado en Cambridge.

—Dora—. Agnes dudó. Ella nunca había preguntado, había pensado que nunca lo haría. Ciertamente no era una pregunta para hoy. Pero salió de todos modos. —*¿Somos* hermanas?

Dora la miró fijamente, los ojos como cuevas vacías, la boca medio abierta.

—Quiero decir,— dijo Agnes,—¿somos hermanas de *pleno derecho*?

Su padre, Oliver y Dora, todos tenían el color oscuro y los ojos marrones. Igual que su madre. Pero no Agnes, nacida tantos años después de los otros dos. Fue una cosa pequeña. Había otras explicaciones además de la que había intentado no considerar durante la mitad de su vida. Los rasgos de apariencia a veces se saltaban una generación.

—Si no lo somos—, dijo Dora, —nunca lo he sabido, sólo tenía doce años cuando naciste, recuerda. Y nunca he querido saberlo.

Así que también se lo había preguntado.

—No quiero saber—, dijo Dora con énfasis. —Eres mi *hermana*, Agnes. Mi amada hermana. Nada, nada, *nada*, podría cambiar eso.

—Renunciaste a tanto por mí—, dijo Agnes.

Dora había estado planeando y soñando con la temporada de presentación que iba a tener en Londres a los dieciocho años. Agnes, de cinco años de edad, había compartido sus esperanzas y su entusiasmo y había pensado que su hermana adulta era vibrantemente guapa y segura de conseguir un marido guapo. Pero cuando su madre se fue repentinamente, todo llegó a su fin para Dora, y se había quedado para cuidar a Agnes, para criarla, para amarla, para cuidar la casa de su padre. Y desde entonces, nunca había estado vibrantemente guapa.

—Lo que dejé—, le dijo Dora, —*me* di por vencida, Agnes. Fue *mi* elección. La tía Millicent me habría tenido. Me habría llevado a Harrogate y me habría encontrado un marido allí. *Decidí* quedarme, tal como elegí venir aquí cuando padre se volvió a casar. Esta es *mi* vida, Agnes. He hecho con ella y estoy haciendo con ella lo que he decidido hacer. No me debes nada. ¿Me escuchas? *Nada.* Si sientes que me debes algo de todos modos, entonces haz esto por mí, algo que no podrías hacer con William, por muy bueno y digno que fuera. Sé *feliz*, Agnes. Es todo lo que pido. E incluso eso es una petición, no una exigencia. No he hecho ningún sacrificio por ti. Siempre he hecho sólo lo que he querido hacer.

Agnes tragó torpemente.

—Y te *lo prohíbo* absolutamente—, dijo Dora, su voz tambaleándose extrañamente, —que derrames lágrimas, Agnes. Es hora de ir a la iglesia, y no querrás que Lord Ponsonby te mire e imagine que he tenido que arrastrarte hasta allí.

Agnes se rió y luego se mordió el labio superior.

—Te quiero—, dijo.

—Eso—, dijo Dora, moviendo un dedo hacia ella, —es suficiente. No es propio de ti ser sentimental, Agnes. Pero es el día de tu boda, y haré concesiones y te perdonaré. Vamos, ahora. No quieres llegar tarde.

No llegaron tarde. Eran las once en punto cuando entraron en la iglesia. En el exterior había tres carruajes, uno de los cuales estaba decorado con flores. Y había gente allí también. Se debe haber corrido la voz, aunque quién pudo haberla corrido, Agnes no se lo podía imaginar. Las noticias en una aldea parecían viajar en el aire. La gente asintió y le

sonrió y pareció que planeaban quedarse un rato.

Y luego estaban adentro, y Agnes pudo ver que la iglesia también había sido decorada. Los olores familiares de piedra e incienso antiguos y velas y viejos libros de oraciones mezclados con los perfumes de las flores de primavera. Y le pareció, como si fuera la primera vez, que este era el día de su boda. Su segunda. Estaba dejando atrás su primera para siempre, incluso renunciando al nombre de William hoy, y entrando en su segunda.

Por el vizconde Ponsonby.

Flavian.

Casi entra en pánico por un momento. Flavian ¿*qué*? Ni siquiera sabía su apellido. Iba a ser de ella en los próximos minutos, pero no sabía lo que es.

Dora tomó su mano con un apretón firme y le sonrió, y siguieron juntas por el pasillo, mano a mano.

Él estaba de pie esperándola, vestido con una formalidad a la antigua y magnífica, con pantalones cortos blancos y lino, con un chaleco de oro mate y un abrigo ajustado marrón oscuro que le queda bien. Su pelo brillaba dorado en un rayo de luz de una de las altas ventanas. Se veía tan guapo como un príncipe en cualquier cuento de hadas.

Una idea tonta.

Anoche Flavian había intentado convencer a Lady Darleigh de que tomarían el desayuno de bodas en la posada del pueblo, a su costa, y que él y su novia estarían encantados de pasar la noche en algún lugar del camino a Londres. La vizcondesa era una pequeña dama, un pequeño desliz, de hecho, y apenas parecía mayor que una niña. Pero cuando se decidía por algo, no había forma de moverla. Y anoche, incluso antes de que é pudiera hablar sobre el asunto, ella ya había tomado una decisión.

Comerían juntos en Middlebury, le había dicho, y tendría preparada la suite de invitados. Había sido amueblado hacía unos cien años, aparentemente, para un príncipe real y su princesa que se esperaba que honraran a Middlebury Park con su compañía. Si habían venido o no era un detalle perdido en la historia, pero las habitaciones seguían allí en todo su opulento esplendor.

Y así fue a Middlebury Park después de que terminó la ceremonia y se firmó el registro. La campana de la iglesia sonaba con una sola nota cuando salieron, y el sol se estaba desprendiendo de una nube, y una pequeña multitud de aldeanos exclamó y aplaudió y montó una ovación autoconsciente. Y Ralph y Hugo, malditos sean, esperaban con sonrisas que podrían haberse enganchado en las orejas, y puñados de pétalos de flores, que pronto llovían sobre la cabeza de Agnes y la suya. Flavian estaría dispuesto a apostar la mitad de su fortuna a que su carruaje estaba adornado con más de *una* tonelada y media de flores.

Volteó la cabeza para mirar a Agnes, tan familiar aunque sólo la conocía desde hacía

tres semanas y durante dos bailes hace cinco o seis meses, y así…. a salvo. Todavía no se le ocurría ninguna palabra más apropiada. Estaba sonrojada y con los ojos brillantes y familiares, y sintió una oleada de satisfacción. Sonaba casi como una contradicción de términos.

—Esto es increíble—, dijo riendo.

Los otros estaban saliendo detrás de ellos, y había todo ese ruido y palmadas en la espalda y apretones de manos y abrazos y besos que estaban sucediendo de nuevo. Y los aldeanos salieron a la calle.

—Bueno, Agnes,— dijo Flavian al fin, tomándola de la mano,—¿E-entramos los primeros?

La metió en el carruaje, mientras que George mantuvo la puerta abierta como un lacayo, y luego la cerró y dio la señal al cochero. Flavian inclinó la cabeza para besar a su novia para que todos los espectadores no se sintieran decepcionados.

Se separaron un momento después, en el mismo momento en que el carruaje se adelantó, arrastrando detrás de él lo que sonaba como un verdadero arsenal de viejas ollas y sartenes. Al menos Flavian esperaba que fueran viejos.

—Dios mío—, dijo, pareciendo considerablemente alarmada.

Sonrió. —Se lo he hecho a tres de mis amigos en el ú-último año—, dijo. —Es justo que me lo hagan a mí.

Y la miró a los ojos en medio de todo el estruendo, y ella le devolvió la mirada.

—Lady Ponsonby—, dijo.

Parecía irreal. Todavía no podía creer que lo había hecho, que ella lo había aceptado, que estaban *casados*.

¿Qué iba a decir su madre? ¿Y Marianne?

—¿Algo de lo que arrepentirse?—, preguntó mientras el carruaje salía de la calle y se dirigía hacia el camino a través del bosque.

—Es demasiado tarde para arrepentirse—, dijo. —Cielos, eso es un estruendo profano. Vamos a estar sordos.

Sí, era demasiado tarde para arrepentirse. O para una deliberación y planificación más consideradas. Señor, apenas la conocía o ella a él. ¿Siempre ha sido tan impulsivo? No podía recordar.

Sostuvo una de sus manos en las suyas y la miró con ojos perezosos. Era pulcra, delgada y guapa. Estaba vestida con lo que obviamente era su mejor traje de día. Era decente, y el color le quedaba bien. También era primitivo y anticuado y claramente no era nuevo. Se sentó con la espalda recta, las rodillas apretadas y los pies uno al lado del otro, una postura que le resultaba familiar. Se veía tranquila y recatada.

Si se le hubiera pedido hace un mes que describiera el tipo de mujer que menos le

atraía, podría haber descrito a Agnes Keeping con una precisión asombrosa, sin siquiera recordar que una vez había conocido y bailado con una mujer así. Pero incluso entonces, hace cinco o seis meses, había vuelto para un segundo baile, un vals, ni más ni menos, cuando no había necesidad. Y la había encontrado encantadora.

Agnes Keeping, no, Agnes *Arnott* y el encanto deben parecer polos opuestos. ¿Por qué no lo eran?

¿Qué *fue lo que pasó* con ella?

Levantó la mano de ella hasta los labios y besó sus dedos enguantados.

Su esposa…

Agnes podría haberse sentido culpable de todos los problemas que estaba causando si Sophia no hubiera estado tan contenta consigo misma y si Lord Darleigh no hubiera estado radiante de placer también.

Aunque Sofía había señalado anoche que el almuerzo tendría que haber sido servido para todos sus invitados, aunque nadie hubiera pensado en casarse el último día de su visita, y que unos cuantos invitados más en la mesa realmente no hacían mucha diferencia, era obvio que la comida que les esperaba a su regreso de la iglesia estaba muy lejos de ser un almuerzo ordinario.

Fue un desayuno de bodas en un comedor adornado con flores, cintas y velas. Incluso había un pastel *helado*. Cómo es posible que el cocinero lo haya horneado y decorado junto con todo lo demás desde anoche, Agnes no se lo podía imaginar. Ciertamente nadie podría haber dormido. Le habría preguntado a Sophia si podía bajar a la cocina para felicitar a la cocinera en persona, pero le pareció que hacerlo podría simplemente añadir caos a lo que debe ser un lugar mareantemente concurrido. En su lugar, le envió saludos con Sophia.

Hubo una comida suntuosa, y hubo discursos y brindis con muchos aplausos y risas.

Hubo un corte de pastel ceremonial.

Todos se quedaron en la mesa mientras la conversación se generalizaba, y Agnes recordó que éste era el último día de la reunión del Club de Supervivientes, que se habrían aferrado a la compañía de los demás y se habrían vuelto un poco sentimentales incluso sin la distracción adicional de la boda de uno de ellos. No es que fueran de ninguna manera exclusivos en su conversación, esos siete. Eran demasiado bien educados para eso. Los Harrisons fueron arrastrados a la conversación, al igual que el Reverendo y la Sra. Jones. Dora estaba callada y sonriente, pero Lord Trentham estaba conversando a su derecha.

Y luego, cuando ya era tarde, el vicario y su esposa se levantaron para irse, y los Harrison siguieron su ejemplo y ofrecieron llevar a Dora a su casa.

De repente, parecía que todos estaban en la gran sala. La Sra. Harrison y la Sra. Jones estaban abrazando a Agnes y diciéndole, con una sonrisa, que estaba un poco más allá de

su alcance ahora que era la *Vizcondesa* Ponsonby.

Dora, habiendo ofrecido su mano a Flavian, fue arrastrada a un abrazo en su lugar. Y luego estaba de pie frente a Agnes y poniendo ambas manos sobre sus codos.

—Sé feliz—, dijo en voz baja, para que nadie más la oiga. —Recuerda, es todo lo que pido. Es todo lo que siempre he querido para ti.— Y besó a Agnes en la mejilla antes de dar un paso atrás, la sonrisa que había llevado todo el día firmemente en su lugar. —Te veré por la mañana cuando te vayas—, dijo.

—Sí. —Agnes no podía confiar en que su voz dijera más. Pero agarró a Dora y la abrazó con fuerza. Era extraño que no se sintiera así cuando se casó con William. ¿Fue porque no esperaba la felicidad entonces? ¿Significa eso que lo esperaba ahora? ¿Y a qué *se refería*? ¿No esperaba felicidad con William? Ciertamente había esperado satisfacción, y la había encontrado. Y eso era mejor que la felicidad, ¿no? Era más duradero, una base más segura sobre la que basar la vida. —Debes venir y quedarte con nosotros. ¿Vendrás?

—Incluso si no estoy invitada—, prometió Dora, retirándose. —Una mañana te despertarás y me encontrarás acampado en tu puerta, y me llevarás por compasión. Y luego me negaré a marcharme de nuevo.

Se estaba riendo.

¿Pero *adónde* invitaría a Dora? Agnes casi vuelve a entrar en pánico. Ni siquiera sabía dónde iba a estar su casa. Ella *no* sabía *nada*, excepto que su apellido era Arnott. Era Agnes Arnott, la vizcondesa Ponsonby. Sonaba como una extraña para sí misma.

Y entonces todo el mundo se fue. La calesa del párroco ya estaba dando vueltas en la terraza y se volvía para eludir a los parterres formales. El Duque de Stanbrook estaba subiendo a Dora en el carruaje del Sr. Harrison, y también se movió tan pronto como el Sr. Harrison se subió a ella y cerró la puerta.

Dora se fue a casa a una cabaña que ya no era de Agnes. Su baúl y sus maletas ya estaban empacadas, había pasado algunas horas de la noche anterior preparándolas, así como una bolsa de cosas que necesitaría esta noche y mañana por la mañana. Sus posesiones serían recogidas mañana, y entonces ya no pertenecería a Inglebrook. No sabía cuándo volvería a ver a Dora.

Flavian había pasado su brazo por el suyo y miraba su cara, con un gran pañuelo blanco en su mano libre.

—Me aseguraré de que nunca lo s-sientas—, dijo, con voz baja. —Te lo p-prometo, Agnes.

Las lágrimas que habían estado rebosando en sus ojos se derramaron entonces, y le quitó el pañuelo para limpiarlas.

—No lo siento—, dijo. —Sólo me entristece despedirme de Dora. No es fácil salir de casa, a pesar de que ha sido mi hogar durante menos de un año. Y ni siquiera sé dónde va a estar mi nuevo hogar. Ni siquiera sabía cuál iba a ser mi *nombre* cuando llegué a la iglesia esta mañana.

—¿Arnott?—, dijo. —Te lo oculté. Pensé que p-podría inclinar la balanza en mi contra anoche. Pensé que no te gustaría el s-sonido de Agnes Arnott.

Dobló el pañuelo y le permitió que se lo quitara.

—A veces eres bastante absurdo—, dijo.

Sonrió. Era una nueva expresión, una que no había visto antes. Arrugó sus ojos en las esquinas y no contenía un rastro discernible de burla. Pensó que iba a decir algo más, pero pareció cambiar de opinión. Simplemente le acarició la mano en el brazo y se volvió a la casa con ella.

Oh, cielos, era su *marido*.

CAPITULO 13

La suite de invitados estaba encima de los salones, ambos. Era grande, por decir lo menos. Dos personas podían, concluyó Flavian, esconderse de manera bastante efectiva la una de la otra si así lo deseaban. Había dos dormitorios, con dos vestidores contiguos entre ellos, cada uno lo suficientemente grande como para albergar a un príncipe o princesa con todas sus damas o caballeros de compañía, y con espacio para que pudieran respirar. Y había una gran sala de estar, lo suficientemente espaciosa para acomodar a toda la corte de personas antes mencionada, además de una generosa asignación de huéspedes.

Todo el apartamento había sido limpiado a fondo. La parte superior de un aparador estaba más de la mitad cubierta de vinos, licores y copas. Había platos de plata y cristal con frutas, nueces y bombones en varias mesas. En otro aparador había platos cubiertos con tortas y galletas dulces, con una bandeja de té y café, que habían sido entregados sólo unos momentos después de la llegada de los novios. Y la cena se la traerían a las nueve, les informó el criado con una reverencia, es decir, dentro de dos horas.

—Pero seguramente deseas estar con tus amigos esta noche—, le informó Agnes a Flavian después de que terminara de hundirse en uno de los cuatro asientos acolchados en un magnífico y obviamente extremadamente cómodo sofá con pies, brazos y espalda dorados. —Es tu última noche juntos.

—Y por casualidad —dijo, poniéndose de pie delante de ella, con las manos pegadas a la espalda y los pies ligeramente separados—, es mi *primera* noche con mi e-esposa. Esos amigos bien podrían golpearme con uno de los b-bastones de Ben si los escogiera a ellos antes que a ti.

Todavía llevaba puesto su vestido verde. Seguía pareciendo una institutriz primitiva y bonita. Casi se lo había dicho en la terraza cuando le dijo que a veces era bastante absurdo. Pero podría haberse ofendido por ser llamada primitiva, y ni siquiera se había dado cuenta de la *belleza*. Las mujeres podrían ser así.

—Y podrías golpearme en la cabeza con tu mano d-desnuda si los escogiera—, añadió. —Tendrían que echarlo a suertes.

—Me gustaría…—, comenzó.

—Y *me* golpearía en la cabeza si intentara por un momento ser tan estúpido como para dejarte aquí y s-salir corriendo hacia ellos—, dijo. —*Todos* tendríamos que echarlo a suertes. Pero creo que mi cabeza y yo estaremos a salvo. La conversación con los a-amigos, por un lado, y el sexo con la nueva esposa, por otro, ni siquiera es una competencia justa.

Como esperaba, sus mejillas, e incluso su cuello y la pequeña cantidad de pecho que

se le había permitido mostrar por encima del escote de su vestido, de repente se llenaron de color. Sus labios hicieron algo que la hizo parecer aún más una institutriz. Pero le sostuvo los ojos.

— Desearía que no te acerques a mí de esa manera,— dijo ,—tratando de parecer somnoliento cuando sé muy bien que no lo estás.

Le sonrió lentamente. —*Definitivamente* no estoy d-dormido—, dijo. —Todavía no, de todos modos.

Se sentó en el cojín al lado del de ella y se encontró a menos de dos pies distancia de ella. ¿Dónde diablos estaba el antiguo vizconde Darleigh que encontró un mueble tan monstruoso? Probablemente pesaba una tonelada y media, y seguramente tendría cabida para veinte personas sentadas una al lado de la otra, siempre y cuando fueran delgadas y no les importara acurrucarse unas con otras. Sin embargo, ni siquiera se acercaba a empequeñecer la habitación.

Tomó su mano en una de las suyas y la enroscó con los dedos.

—¿Qué haremos entre ahora y las nueve?—, le preguntó. —¿Sentarnos aquí y c-conversar como e-extraños educados, o ir a la cama?

Respiró por la nariz y la soltó por la boca. —Ni siquiera está muy oscuro.

Esta observación lo dice todo. El sexo en su primer matrimonio se había llevado a cabo al amparo de la oscuridad decente, entonces, ¿no es así? Pero *no* quería pensar en el aburrido William.

—¿Dónde está tu casa?—, le preguntó.

Parecía que había optado por la conversación entre extraños.

—Candlebury Abbey en Sussex—, dijo. —La parte antigua, en r-realidad, una vez fue una abadía, aunque no se esperara que te muevas de habitación en habitación a lo largo de claustros con c-corrientes de aire o que duerma en una celda de p-piedra desnuda. No paso mucho tiempo en el campo, o ninguno en absoluto, de hecho. También está Arnott House en Londres.

—¿Por qué?— La pregunta inevitable. —¿Por qué nunca vas a Candlebury Abbey?

Se encogió de hombros y abrió la boca para decirle que era un lugar demasiado grande para que un hombre se moviera solo. Pero era su esposa. Probablemente debería saber algunos datos sencillos sobre el hombre con el que se casó.

—Sigo pensando que es de David—, dijo. —De mi hermano mayor. Le encantaba cada centímetro, y conocía su historia. Había l-leído y releído todo lo que pudo conseguir. Conocía cada p-pincelada de cada p-pintura. Conocía todas las piedras y losas de la antigua abadía. Conocía la p-paz de todo eso, la s-santidad. Siempre deseó poder conjurar espíritus o fantasmas, pero el único espíritu que hay es el s-suyo. O eso imagino. Murió allí a la edad de veinticinco años. Había cuatro años entre nosotros. Él era el vizconde antes que yo, aunque cada vez estaba más claro, incluso antes de que nuestro padre muriera, cuando David tenía dieciocho años, que no iba a vivir una vida completa.

Siempre había tenido una salud delicada: yo era más de medio p-pie más alto que él cuando tenía trece años, y mucho más pesado a pesar de que yo era un joven f-flacucho y todo codos y rodillas. Todos entendimos que tenía t-tuberculosis, aunque nunca se habló en voz alta en mi presencia. Yo *estaba*, sin embargo, b-bien preparado para tomar el puesto de v-vizconde yo mismo por los dos de nuestros seiscientos tíos que habían sido nombrados nuestros guardianes. Tampoco se hizo n-nada al respecto. No se hizo ningún intento de ser a-atento o sutil. David era consciente de ello ¿cómo podría no haberlo sido? Pero permitió que o-ocurriera sin comentarios. Después de todo, yo era su heredero. Incluso si hubiera sido robusto y saludable, yo habría sido su heredero hasta que se c-casara y tuviera un hijo. Finalmente no p-pude soportarlo más. Me n-negué a ir a la universidad cuando tenía dieciocho años, como habían planeado para mí. Yo insistí en una carrera m-militar en su lugar, y David compró mi comisión. Ya era mayor de edad en ese momento y mi tutor oficial.

Allí. Fueron unos pocos hechos sencillos, ligeramente distorsionados. No había dado la verdadera razón por la que había querido esa comisión y la verdadera razón de David para complacerlo.

Pero le había preguntado por qué nunca fue a Candlebury. No le había contestado realmente.

—Se demoró más de lo que nadie esperaba—, continuó. —Pero tres años después de que me fui, estaba claramente muriendo, y volví a casa con permiso de la Península. Todos asumieron que estaba en casa para quedarme. Incluso lo asumí yo mismo. Me enfrentaba a nuevas responsabilidades. Pero mientras tanto estaba m-muriendo, y nada más importaba. Era mi h-hermano.

Se detuvo para tragar. No intentó decir nada.

—Y luego lo dejé—, dijo. —Estaba a p-punto de regresar a la Península, y decidí ir a pesar de que estaba a punto de morir. De hecho, me fui de casa cuatro días antes de lo necesario y me fui a Londres para divertirme en un g-gran baile. Murió el día después de que zarpé. Recibí la noticia dos semanas después, pero no volví a casa. ¿Cuál h-habría sido el sentido? Se había ido, y no había estado con él cuando i-importaba, y no q-quería el título que había sido suyo o todo lo demás que ahora era mío. No q-quería Candlebury. Así que me quedé hasta que una bala en la cabeza y una caída de mi caballo hicieron lo que su muerte no había logrado. Llegué a casa, o mejor dicho, me t-trajeron a casa, a Londres, pero no a Candlebury, gracias a Dios.

Esperó las recriminaciones. ¿Por qué había dejado a su hermano? ¿Sólo para ir al *baile*? ¿Por qué había regresado a la Península? ¿Por qué no lo había vendido y regresado a casa después de que la noticia le llegara? Podría responder, aunque las respuestas tenían poco sentido para él. Incluso permitir que su mente tocara las preguntas trajo la amenaza de un dolor de cabeza y de un pánico ciego. Trajo el peligro de cerrar los puños y de golpear objetos inanimados, como si al reducirlos a leña se despejara toda la niebla de su mente y le diera sentido a su pasado y excusara cada uno de los actos malvados que había cometido.

Pero no hizo ninguna de las preguntas. Ni siquiera le preguntó el porqué de siempre. En vez de eso, estaba sosteniendo ambas manos de él en las suyas.

—Lo siento—, dijo. —Oh, pobre Flavian. Qué desdichado para ti. Sólo puedo imaginarme tener que enfrentarme a algo así con Dora. No, no *quiero* imaginarlo. Pero creo que yo también podría haber huido e intentado olvidarlo todo disfrutando de una fiesta repleta de gente y reluciente. Supongo que no ayudó, pero puedo entender por qué lo hiciste. Y por qué no podías quedarte. Pero no has podido dejarlo ir, ¿verdad? porque no estabas allí. Y tú tampoco te has perdonado a ti mismo.

Quitó las manos de encima y se puso en pie.

—Déjame servirte un poco de té o café mientras aún están calientes. ¿O preferirías algo del aparador?

—Té—, dijo. —Por favor.

La observó mientras se dedicaba a la tranquila tarea doméstica de servirle el té y colocar un par de galletas en el platillo. Esto estaba destinado a convertirse en una escena familiar para él, pensó, una actividad tan simple como esta, tomar el té con su esposa. Tal vez hubiera paz después de todo.

Y la absolución. No tenía el poder para dárselo, pero de todos modos lo había consolado. Sin embargo, había omitido trozos enteros de información. Todo era mucho peor de lo que había dicho.

—Háblame del resto de tu familia—, dijo mientras se sentaba a su lado, con su propia taza y platillo en la mano. Sonrió. —¿*Seiscientos* tíos?

—Ahí está mi madre—, dijo, —y una hermana, Marianne, Lady Shields. Oswald, Lord Shields, su marido. Dos sobrinos y una sobrina. Seis *mil* tías, tíos y p-primos en el último conteo, ¿dije seiscientos? Iremos a L-Londres primero cuando salgamos de aquí, y podrás conocer a algunos de ellos. También hay otras cosas que hacer allí. Tal vez vayamos a C-Candlebury para la Pascua. Mi madre está allí y mi h-hermana y su familia. Le escribiré a mi madre y le a-advertiré que nos espere.

Debería llevar a Agnes directamente a Candlebury, supuso. Necesitaba hacer una montaña de compras, pero posiblemente podría retrasarse hasta después de Pascua, cuando se mudaran a Londres para la temporada con el resto del mundo de moda. Y ella *debería* estar allí para la temporada, Dios no libre. Como su vizcondesa, necesitaría ser introducida en la *Sociedad*, tal vez incluso presentada en la corte. A veces uno podría desear que la realidad en la forma de las propiedades no tuviera que inmiscuirse tan pronto o tan a menudo en la vida de uno.

Había ignorado la realidad cuando salió corriendo a por la licencia y volvió corriendo a casarse con ella.

Se llevó la taza de té a los labios. Había un ligero temblor en su mano, pensó.

—Tu madre y tu hermana se enfadarán contigo—, dijo. —Y conmigo. No soy una novia muy elegible para el vizconde Ponsonby.

Estarían más molestas de lo que ella se daba cuenta. Estarían predispuestas a no quererla sin importar quién fuera, simplemente porque no era Velma. Debería haber sido más comunicativo con ella, pero ya era demasiado tarde, demasiado tarde para que cambiara de opinión acerca de casarse con él. Debe explicar algunas cosas antes de que fueran a Candlebury. No sería justo permitir que se quedara ciega en esa situación potencialmente explosiva.

Pero lo haría más tarde. Basta de hablar de él.

—Tonterías—, dijo. —¿Y qué hay de tu padre? ¿Se molestará porque no le pedí tu mano, sino que te metí en un m-matrimonio antes de que él supiera de mí? Debo escribirle también.

—Él lo apreciaría, estoy segura—, dijo ella. —Aunque le escribí esta mañana, y a mi hermano. Estoy segura de que ambos estarán contentos y sorprendidos. Verán que me ha ido muy bien.

—¿Incluso sin ponerme los ojos encima?—

—Cuando *lo hagan*, pueden cambiar de opinión.— Sus ojos parpadeaban ante su propio chiste.

—¿Cuándo murió tu madre?—, preguntó.

—Cuando estaba…— Pero se detuvo para poner su taza con mucho cuidado en el platillo, y se inclinó hacia adelante para ponerlas en la bandeja. —No lo hizo. Por lo que yo sé, aún está viva—.

La miró fijamente mientras se sentaba de nuevo a su lado y extendía sus dedos sobre su regazo para examinar el dorso de ellas con atención cuidadosa.

Espera un momento. Su padre se había vuelto a casar, ¿no?

—Se fue cuando yo tenía cinco años—, le dijo. —Mi padre presentó una petición al Parlamento poco después y se divorció de ella. Le costó mucho tiempo, problemas y dinero, aunque de niña no sabía nada al respecto. Todo lo que sabía era que se había ido y que no iba a volver y que la echaba de menos y lloraba por ella noche tras noche y a menudo también durante el día. Pero Dora seguía allí, y se quedaba después de todo en lugar de ir a Londres para su temporada de salida y el marido que había soñado encontrar allí. Me sentí muy feliz por eso. Siempre había sido mi persona favorita en el mundo, aparte de nuestra madre, es decir, y me aseguró una y otra vez hasta que le creí que prefería quedarse conmigo antes que ir a otro lugar. Qué inocentes son los niños. Se quedó hasta que nuestro padre se volvió a casar, y al año siguiente *me* casé con William. Fue entonces cuando comprendí que en una ocasión habíamos tenido dotes muy decentes reservadas para nosotras, Dora y yo, pero que la mayor parte del dinero se había destinado al divorcio, y que casi todo lo poco que quedaba se había utilizado para establecer a Dora en Inglebrook antes de que empezara a ganarse la vida por su cuenta. No muchos hombres me habrían tomado cuando estaba prácticamente sin dote. William siempre me aseguró que era a *mí con* quien quería casarse, no con el dinero.

¡Dios mío! ¿Tenían *todos* una historia que contar cuando uno se tomaba el tiempo para

escucharla o cuando se podía persuadir a la persona en cuestión para que la contara?

—*Y* él estaba dispuesto a tomarme a pesar de la desgracia—, agregó, dirigiéndose aún al dorso de sus manos. —Lo sabía, por supuesto. Siempre había sido nuestro vecino. No te di la opción, ¿verdad?

—¿Qué le pasó?—, preguntó. —A tu madre, quiero decir.

Se encogió de hombros y los mantuvo cerca de sus orejas durante unos momentos. —Nunca se habló de ella—, dijo, —especialmente a mi alrededor, supongo. De todos modos, oí fragmentos de cosas, por supuesto, de los sirvientes, de los hijos de los vecinos. Creo que se casó con su amante. No sé quién era. Creo, aunque no lo sé con certeza, que había sido su amante durante algún tiempo antes de que se fuera con él. Tengo algunos recuerdos de ella. Era oscura, hermosa y vibrante de vida. Se echó a reír y bailó y me levantó en alto y me arrojó hacia arriba hasta que yo grité de miedo y rogué por más. Al menos *creo que* era hermosa. Tal vez una madre siempre se ve hermosa para su hija pequeña. Y no puede haber sido muy joven. Oliver tenía catorce años cuando yo nací.

—¿Tienes curiosidad por ella?—, preguntó.

Levantó sus ojos a los de él al fin.

—No—, dijo. —Ni siquiera en lo más mínimo. No sé quién era o es, y no quiero saberlo. No sé quién es, ni siquiera estoy segura de *sí* lo es. No reconocería su nombre ni su cara, me atrevo a decir. Tampoco desearía reconocerla. No quiero *conocerla*. Abandonó a Dora tanto como a mí, y las consecuencias para Dora fueron mucho más terribles que para mí. No, no tengo curiosidad. Pero hay algo más que deberías saber, algo que deberías haber sabido antes de esta mañana.

Había dejado su propia taza y platillo y había vuelto a tomar una de sus manos en la suya. Estaba fría, como esperaba que fuera. Sintió lo que se avecinaba.

—Ni siquiera estoy segura—, dijo, —de que mi padre *sea* mi padre.

Sus ojos eran planos, su voz apagada, y simplemente no creía que ella no tenía curiosidad. Ah, su tranquila, tranquila, disciplinada y *segura* Agnes, que había llevado dentro un universo de dolor desde que era poco más que una niña.

—¿Alguien ha dicho alguna vez que no lo eres?—, le preguntó.

—No.

—¿Alguna vez te ha tratado diferente a tu hermano y hermana?

—No. Pero no me parezco a él, ni a Dora, ni a Oliver. O *ella*…

—Tal vez te pareces a una tía, tío o abuelo—, dijo. —Tu padre *es* tu p-padre a pesar de todo, Agnes. El nacimiento y la c-crianza no siempre dependen de cosas pequeñas como quién proveyó la semilla.

Miró para otro lado.

—Puede que te hayas casado con una bastarda—, dijo.

Podría haberse reído si no se hubiera visto tan seria.

—Habrá quienes te dirán que eres t-tú quien se ha casado con el b-bastardo —, le dijo, y luego sonrió al levantarle la mano a sus labios. —Tengo algo en común con tu W-William después de todo, parece, Agnes. Me casé contigo esta mañana porque, aunque a-apenas te conozco, te quería como esposa. Sigo q-queriéndote, aunque seas una bastarda diez veces mayor. ¿Es p-posible ser diez veces un bastardo? S-suena bastante horrible, ¿no?

Había movido su cabeza más cerca de la de ella, a pesar del tamaño infernalmente gigantesco de los cojines del sofá, hasta que ella se vio obligada a mirarle a los ojos. Y ella…. se rió.

—Eres *tan* absurda—, dijo ella.

Y la besó mientras su mano se aferraba a la suya y sus labios temblaban contra los suyos y luego la empujó hacia atrás, y le pasó un brazo por los hombros.

Ella estaba, pensó, tan terriblemente dañada como él.

Lograron mantener una conversación durante la hora que les quedaba antes de que les trajeran la cena y durante la comida misma, y una conversación de tono mucho más ligero. Los dos lacayos que vinieron con su comida pusieron una mesa en medio de la sala de estar con un paño blanco y fresco y la mejor vajilla, cubiertos, cristal y vino que Lord Darleigh tenía para ofrecer. Encendieron dos velas en un portavelas de plata. Era un escenario gloriosamente romántico.

Le contó más sobre su madre y su hermana y sobre el marido y los hijos de esta última. Contó algunas anécdotas de su hermano y de él mismo en sus años más jóvenes, y fue más claro que nunca que había adorado a su hermano mayor, más pequeño y menos robusto. Le contó sobre sus años en la escuela en Eton, su hermano había sido educado en su casa, y un poco sobre sus años con su regimiento de caballería, aunque nada tocaba las batallas en las que había luchado. Ella le habló de su hermano, de su esposa y de sus hijos. Le habló de la esposa de su padre, a quien siempre le había gustado y aún le gustaba, aunque le resultaría una dura prueba tener que vivir con ella en la misma casa. Relató algunos incidentes de su infancia que incluían a Dora.

Fue sólo hacia el final de la comida, cuando Flavian estaba sentado a su antojo, con una copa en la mano, que algo impactante golpeó a Agnes.

—Oh, Dios mío,— dijo,—No me cambié para la cena.

—Yo tampoco—, dijo, sus ojos vagando perezosamente sobre la parte del vestido que podía ver sobre la mesa.

—Oh, pero estás vestido espléndidamente—, señaló,—mientras que yo sólo llevo un vestido de día.

—Esto no fue una comida, Agnes—, dijo. —Fue c-cenar.

—Pero, sin embargo, debería haber cambiado—, dijo. —Te ruego me disculpes.

En el azul o la lavanda o el verde. No, el verde no. Era un poco demasiado festivo, aunque esta *era* su noche de bodas. Oh, se enfermaría mortalmente de ver el verde, el azul y la lavanda.

La miró pensativamente durante unos instantes antes de dejar su vaso y ponerse en pie. Se acercó a la mesa y le tendió una mano. Y era consciente de que eran más de las diez y que estaba nerviosa, como si todavía fuera virgen.

Podría ser así. Había pasado tanto tiempo…

Puso su servilleta sobre la mesa, puso su mano en la de él y se puso de pie. Llevó la mano de ella a sus labios.

—Ve y cámbiate ahora,— dijo,—y ponte el camisón. Llamaré para que retiren los platos y para que venga mi ayuda de cámara. ¿No tienes una criada?

—Oh, no—, dijo ella. —Es bastante innecesario.

—No obstante, tendrás una—, le dijo, —tan pronto como lleguemos a Londres. Así como ropa nueva.

—Oh, eso será muy poco…—, comenzó.

—Serán de *primera* necesidad cuando lleguemos a L-Londres—, le dijo. —La criada y la ropa. Ya no eres la Sra. Keeping del pueblo de Inglebrook. Eres la vizcondesa Ponsonby de Candlebury A-Abbey. Te v-veré vestida como corresponde.

Era extraño que no hubiera pensado en eso, en el hecho de que ya no tenía que mantenerse con el pequeño legado que William le había dejado, en el hecho de que ahora era la esposa de un rico aristócrata que se avergonzaría de una esposa mal vestida. No es que sus ropas estuvieran *desgastadas*, sólo que no eran muy nuevas o abundantes, y nunca estaban de moda.

—¿Eres muy rico?—, le preguntó.

Oh, fue realmente chocante haberme casado con él sin saber la magnitud de su fortuna.

—Deberías haber recordado haberme preguntado eso anoche en vez de ahora—, dijo, usando su voz suspirante y bajando los párpados sobre sus ojos. —Por lo que sabes, puede que te hayas casado con un pobre o con un hombre con un m-montón de deudas tan altas como el Monte Olimpo. Pero puedes estar confortada. Mi h-hombre de negocios en Londres nunca ha renunciado o tuvo un ataque de nervios cuando nos reunimos, ni me ha regañado por extravagancia ni me ha advertido de que la prisión de los d-deudores se vislumbra en mi futuro próximo. Y las cuentas de mi a-administrador siempre muestran un balance saludable en el lado p-positivo. Unos cuantos vestidos bonitos no me empobrecerán, aunque tendremos que beber agua durante un mes en vez de té si añadimos sombreros a la pila—. Sonrió y añadió: —No tengo vicios caros, te aliviará saberlo. Cuando apuesto, lo que no es frecuente, me pongo a s-sudar tan pronto como mis pérdidas se a-acercan a las cien libras, y despierto la molestia burlona de todos mis compañeros de

juego por l-lanzar mi mano. Y los caballos son criaturas volubles, excepto en la batalla. Nunca a-apuesto por ellos.

—¿Eso fue un sí?—, preguntó.

—Lo fue—, dijo. —Nunca podré a-acusarte de casarte conmigo por mi dinero, ¿verdad? Me has privado de un arma para usar cuando discutamos.

—Me casé contigo por tu título—, dijo.

Él le sonrió perezosamente.

—¿D-dormiste bien anoche?—, preguntó.

—Llegamos tarde a casa.— Ella le miró con recelo. —Luego tuve que empacar mis cosas. Dormí lo suficientemente bien después de que finalmente me acosté.

Aparte del periodo de vigilia. Y los sueños vívidos.

—No vas a dormir mucho esta noche—, le dijo. —Y preferiría que la noche no fuera más corta de lo necesario. Ve a desvestirte.

¿Qué? No pasó mucho tiempo desde las diez. Seguramente podrían dormir bien después de…. Bueno, *después de*… Si podía dormir, eso era. Es posible que todavía esté nerviosa por la extrañeza de los acontecimientos del día, incluido el que pronto se promulgará.

Se iban por la mañana. Para Londres.

Se dirigió a su vestidor, sintiendo sus ojos en su espalda a medida que avanzaba.

Era un camisón de primera, como se esperaba. No era barato, ninguna de sus ropas lo era. Tampoco era nuevo, ninguna de sus ropas lo era. Y ciertamente no había sido hecho para excitar la imaginación o la lujuria de un hombre.

Hizo las dos cosas de todos modos. La cubria hasta los tobillos, las muñecas y el cuello. ¿Qué quedaba por hacer *sino* imaginar y codiciar lo que estaba oculto a la vista?

Su cabello estaba en una sola trenza por la espalda y dibujado suavemente sobre su cabeza y orejas. Estaba parada junto a la ventana de su alcoba, aunque no creía que hubiera mucha vista más allá de ella. Se enfrentaba a la colina y al sendero del desierto, y no había mucha luz de luna esta noche. Le miraba por encima del hombro, su cara borrada de toda expresión. Como un mártir que se dirige a la hoguera. ¿O eran las brujas las que estaban destinadas a ese destino en particular? Parecía lo suficientemente hechizante para ser una. Podría darle algunos consejos a la cortesana más experimentada.

Había golpeado la puerta y esperado su permiso. Avanzó a la habitación ahora después de cerrar la puerta tras él.

—¿Has visto alguna vez una alcoba tan opulenta?—, le preguntó. —Es bueno que la v-ventana W no mire hacia el este. Podríamos estar cegados por la luz del sol en todo el d-

dorado de la mañana.

—Me pregunto si el príncipe y su princesa se quedaron aquí—, dijo. —Debió parecer un desperdicio horrible si no lo hacían.

—Tendremos que hacer buen uso de ella esta n-noche—, dijo. —Y entonces cada centavo gastado en ella habrá valido la pena.—

Fue bueno que su ayudante de cámara hubiera desenterrado una camisa de dormir de algún lugar de su equipaje, pensó, quizás de la misma esquina remota que sus pantalones habían ocupado. Podría haber estado desconcertada al descubrir la desnudez bajo su bata.

—¿Cuánto t-tiempo tardaste en trenzarte el pelo?—, le preguntó.

—¿Dos minutos?—, dijo como si no estuviera segura. — ¿Tres?

—Déjame ver si puedo desentrañarlo en uno—, dijo.

Le tomó más tiempo porque se paró delante de ella en lugar de detrás, y se distrajo con sus ojos, que estaban en el lado grisáceo del azul y parecían ligeramente ahumados a la luz de las velas, bordeados como estaban por las pestañas que se rizaban ligeramente en las puntas y eran de un tono más oscuro que su cabello. Luego se distrajo con su boca, que nadie compararía con un capullo de rosa, por lo que estaba agradecido. Las bocas más anchas eran mucho más besables. Y estaba distraído por el olor de su pelo o de su piel o de *ella*. Era un olor más allá de toda descripción y ciertamente no provenía de ninguna botella o incluso completamente de cualquier barra de jabón. Era un aroma que valdría una fortuna si *pudiera* embotellarlo, pero era demasiado egoísta para compartirlo, y ¿por qué tenerlo en una botella cuando la tenía a ella?

Estaba distraído por la punta de su lengua, que se tomaba su tiempo para humedecer sus labios, aunque era perfectamente obvio que lo hacía sin intención alguna de causar un apriete en su ingle.

Lo causó de todos modos.

Nunca había tenido una presentación, porque su padre había usado el dinero reservado para ello para asegurar su divorcio. ¿Habría aprendido artimañas femeninas si lo hubiera hecho? Se alegró de que no hubiera aprendido nada. Le gustaban los que venían de forma natural y no eran en absoluto trucos reales, pues la propia palabra sugería algo deliberado.

Era como estar casado con una monja. Aunque aún no había descubierto qué habilidades de cama había adquirido durante su anterior matrimonio. Estaría dispuesto a apostar, sin embargo… No, no lo estaría. Había que apostar con otra persona.

Esperaba que no tuviera habilidades.

Extraño pensamiento. En ocasiones había pagado precios exorbitantes por sus habilidades, así como por el mero acceso a un cuerpo femenino.

No *parecía una* monja después de que le hubiera desenredado la trenza y extendido el pelo sobre sus hombros. Era casi la longitud de la cintura, un poco elegantemente larga.

—No es ni oscuro ni rubio—, dijo. —Sólo un marrón indescriptible.

—No me g-gustarías con el pelo oscuro o rubio—, dijo. —Me gustas con *este* color de pelo.

—Bueno, eso es muy galante de tu parte—, dijo ella.

Se veía al menos cinco años más joven con el pelo suelto. Aunque no le importaba en absoluto la edad que tenía.

La besó, pasando los dedos de una mano a través de todo ese pelo pesado y sedoso y acercándola con la otra mientras le saqueaba la boca. Estaba húmedo y hacía un calor abrasador. Se agarró a sus hombros, y había una tensión en ella que no había estado allí durante los abrazos anteriores. Tal vez porque sabía que esta vez no habría forma de detenerse.

—Ha pasado mucho tiempo—, dijo sin aliento, con un poco de disculpa, cuando levantó la cabeza.

No quiso decir desde la última vez que la besó.

—¿*Cuánto* tiempo?—, preguntó.

—Oh, cinco o seis años.

Y luego se sonrojó y se mordió el labio, y sabía que si podía recordar las palabras, lo haría en un abrir y cerrar de ojos. Porque le había dicho en otra ocasión que había sido viuda durante tres años. ¿En qué clase de matrimonio había estado? ¿Qué clase de hombre había sido William Keeping? ¿Había estado enfermo durante los últimos dos o tres años de su matrimonio de cinco años?

Pero no estaba ni remotamente interesado en William Keeping ni en la vida sexual del hombre. Ni siquiera estaba interesado en la viuda de William Keeping.

Estaba ardiendo por su propia esposa.

—Hora de acostarse—, dijo.

CAPITULO 14

Sí durmieron, pero sólo durante una hora más o menos en un momento en que una especie de agotamiento lánguido los venció. Hacían el amor una y otra vez cuando estaban despiertos.

En su mente, Agnes lo llamaba hacer el amor, aunque era consciente de que lo que ocurría entre ellos era mucho más crudo y carnal de lo que sugería ese término romántico.

La desvistió y a él mismo incluso antes de que se acostaran, y no apagó las velas, aunque le llamó la atención sobre el hecho de que aún estaban encendidas: cuatro en un candelabro en el tocador, con el espejo multiplicándolas por ocho, y una en las mesas a cada lado de la cama.

—Pero debo v-verte, Agnes,— protestó,—y lo que te hago a ti, y lo que tú me haces a mí.

La cama en sí era enorme. Seguramente era lo suficientemente ancha como para permitir que seis adultos durmieran uno al lado del otro en un ambiente confortable. Utilizaron cada centímetro en el transcurso de la noche, pero muy pocas mantas, a pesar de que todavía era sólo marzo y probablemente hacía frío afuera.

Ninguno de los dos se dio cuenta del frío. Se tenían el uno al otro para cubrir la ropa y para una fuente mutua de calor.

Era una fuente inextinguible.

Agnes se sorprendió por su desnudez y por las velas encendidas y la falta de mantas. Se sorprendió por la forma en que sus ojos quemaban un rastro caliente sobre todo su cuerpo, incluyendo sus partes más íntimas, y por sus manos, sus dedos, sus uñas, su boca, su lengua, sus dientes mientras se movían sobre ella, acariciándola, pinchándole, rascándole, lamiéndole, soplándole, mordiéndole y haciéndole innumerables cosas que la excitaban a un tono febril de deseo. Pero no era virgen a pesar de la naturaleza muy limitada de su experiencia sexual. Y no era una chica. Había reprimido anhelos de los que había sido casi totalmente inconsciente desde que realmente era una niña y virgen, y no veía razón para seguir reprimiéndolos cuando tan obviamente quería que ella compartiera su placer. No fue un receptor pasivo de su acto sexual por mucho tiempo. El poder hacer con un hombre todas aquellas cosas que ni siquiera conocía tan bien, como aquellas con las que había soñado, pero que nunca había conocido personalmente, era vigorizante y glorioso más allá de toda creencia.

Descubrió que hacer el amor no era un breve y casi clandestina tanteo y unión de las mitades inferiores de los cuerpos bajo la cubierta de mantas y oscuridad, y una retirada apresurada tan pronto como terminaba el acto, y un murmullo, casi furtivo buena noche y

una subsiguiente noche durmiendo en habitaciones separadas. Oh, no, fue algo completamente distinto. Jugaron la primera vez con sensualidad caliente y vigorosa, ella y Flavian, durante lo que parecieron ser siglos enteros y podría haber pasado media hora antes de que entrara en su cuerpo con un empujón largo y fuerte, robándole el aliento, casi la cordura. E incluso entonces no tenía prisa. Trabajó con lentitud y golpes profundos y firmes hasta que sus caderas y músculos internos entraron en ritmo y trabajaron juntos, los brazos y las piernas se retorcieron unos a otros, ambos calientes y resbaladizos, sudorosos y jadeantes por el esfuerzo que hacían.

Y cuando, finalmente, suspiró contra el costado de su cabeza y la sostuvo en su interior y sintió el calor de su semilla, no fue un alivio que sintiera que el deber había terminado por otra semana. Era una cresta de una ola que rompía la tierra y un descenso salvaje en caída libre por el otro lado hacia el tranquilo océano que se extendía más allá. Era el fin del mundo y el principio de la eternidad o así se sintió durante los primeros minutos después de que sucediera, hasta que su respiración volvió a la normalidad y su corazón dejó de latir y se dio cuenta de su cálido peso que la presionaba contra el colchón y del hecho de que todavía estaban unidos y que eran marido y mujer.

Debería sentirse avergonzada, incomoda y expuesta. No sintió nada de eso, incluso cuando se apartó y se acostó a su lado, mirándola a la luz de las velas parpadeando con ojos verdes y semicerrados. Sólo sintió una cierta tristeza de que todo hubiera terminado y de que ahora se fuera a su propia habitación y de que quizás no volviera a experimentar esto por un tiempo, incluso una semana.

Pero no se fue. Deslizó un brazo bajo su cuello y el otro sobre su cintura y la enrolló en su lugar, y se deslizó en una siesta, arrullada por el latido constante de su corazón y calentada por su húmedo calor y reconfortada por el olor sudoroso y almizclado de él, que le pareció ser masculinidad en su esencia.

Flavian en *su* esencia.

Estaba profunda e irrevocablemente enamorada de él.

Hicieron el amor seis veces increíbles antes de que se despertara a la luz del día para encontrarlo de pie junto a la cama y mirándola mientras deslizaba sus brazos dentro de las mangas de su bata. Todavía parecía glorioso en su casi desnudez, aunque su cuerpo no estaba desprovisto por heridas de la guerra, como ella había visto y sentido durante la noche. Había numerosas costuras duras de viejas heridas de sable y una cicatriz arrugada de una vieja herida de bala cerca de su hombro derecho. Algunas de las lesiones deben haber sido casi mortales cuando se produjeron.

Las cicatrices no estropearon su belleza. Y era increíblemente hermoso, todo dorado y guapo y fuerte y viril.

—He despertado a la Bella D-Durmiente—, dijo. —Mis disculpas, Lady Ponsonby. Pero se burlarán de mí por el resto de mi vida natural si no h-hago una aparición antes de que mis amigos se vayan. Y debemos irnos en algún momento esta mañana.

Se inclinó sobre ella, la besó con una minuciosidad persistente y de boca abierta, le

ladeó una ceja cuando suspiró contra su boca, le dijo que habría arrojado a Eva a la sombra si hubiera entrado en el Huerto del Edén al principio de los tiempos, y desapareció en uno de los vestuarios. Cerró la puerta tras él.

Habían hecho el amor lentamente y con gran rapidez, con ella sobre su espalda y encima de él, y una vez muy, muy lentamente, cuando estaban uno al lado del otro, su pierna se extendía sobre su cadera mientras observaba su cara y ella la suya. Cada vez que se había ocupado de que alcanzara tanta compleción física como él. Era maravillosamente hábil en eso, como si se enorgulleciera de ser un buen amante.

Eran las seis y media, vio Agnes cuando miró el reloj adornado en la repisa de la chimenea.

Y se dio cuenta de algo cuando sintió la frescura del aire de la mañana en su cuerpo desnudo y balanceó sus piernas sobre el costado de la cama y se sentó. Dos cosas, en realidad. Una era que se sentía completamente…. casada. Cada parte de su dolor, y estaba dolorida y sensible por dentro. Sus piernas no se sentían firmes. Se sentía de maravilla.

También se dio cuenta de que para él la noche no tenía nada que ver con el amor, ni siquiera con estar enamorado. No tenía nada que ver con el deber que un marido debía a su esposa y a su matrimonio. Ni siquiera tuvo nada que ver con la consumación de los rituales de ayer. Para él todo se trataba de dar y recibir placer.

Me sentí bien al saber que le había complacido. Y le *había* complacido. No había ninguna duda al respecto. Así como la había complacido a ella, lo que sin duda fue el eufemismo de su vida. También la helaba un poco saber que *sólo* había sido un placer para él, que probablemente siempre lo sería. Oh, ella creía que le gustaba, incluso quizás sentía algo de cariño por ella. Creía, a pesar de la cruda masculinidad que siempre exudaba, que le sería fiel, al menos por un tiempo.

Pero siempre debe recordar que para él el lado sexual de su matrimonio sería puramente placer. Nunca debe asumir que fue amor. Y nunca debe buscar el amor en otros aspectos de su relación. Nunca debe arriesgarse a que le rompan el corazón.

Oh, pero también fue un placer para ella. N*o tenía* ni idea…

Pero debe vestirse y prepararse para partir.

Para salir.

Dejar la casa y a Dora y todo lo que se había vuelto familiar y cómodo en sólo un año. Debe haber estado *loca* para casarse con un hombre del que aún sabía muy poco. Excepto que no lo sentía. Había sido cautelosa durante demasiado tiempo. Toda su vida.

Se puso de pie y sintió toda la deliciosa inestabilidad de sus piernas y la ternura de sus pechos y partes internas, y se atrevió a esperar que nunca se arrepintiera. Y que tal vez por fin, oh, por fin, concibiera y tuviera un hijo. Tal vez incluso niños. Plural. ¿Se atrevió a soñar así de grande?

Pero sólo tenía veintiséis años. ¿Por qué siempre debe creer que los sueños son para otras personas pero no para ella?

Estaban en el comedor del ala oeste de la casa antes de las siete y media. Aún así, fueron los últimos en llegar para desayunar.

—¿Qué?— Ralph dijo cuándo los vio. —No podías dormir, ¿verdad, Flave?

—Así es, viejo amigo —dijo Flavian suspirando mientras levantaba su monóculo hasta el ojo y miraba con cierto disgusto los riñones apilados sobre el plato de Ralph—. ¿Asumo que *coincides?*

—Arreglé que enviaran el desayuno a su suite a las ocho y media—, dijo Lady Darleigh. —Pero qué encantador que te hayas unido a nosotros aquí en su lugar. Agnes, ven y siéntate a mi lado. Odio las despedidas, y hay muchas que decir esta mañana. Pero no por un tiempo. Ven a hablar conmigo. Te voy a extrañar terriblemente.

Agnes tenía las mejillas rosadas, vio a Flavian, probablemente por la vergüenza de la mañana siguiente. Y quizás tenía una buena razón para sentirse cohibida, pensó él con una satisfacción masculina sin pudor. A pesar de lo ordenada que estaba su apariencia, de alguna manera aún se veía bien y verdaderamente caída.

Nunca, *nunca* había disfrutado de una noche de sexo como lo había hecho anoche. Como había sospechado, y *más de* lo que había esperado, había sido un polvorín de sexualidad apasionada esperando a ser encendida. Y había pasado una noche gloriosa encendiendo y montando las olas de los fuegos artificiales.

Y era suya para que la tomara esta noche y mañana por la noche y todas las noches y todos los días también si así lo deseaban, por el resto de sus vidas. Tal vez fue porque no había tenido suficiente sexo desde sus heridas. Quizás estaba tan hambriento como ella, obviamente. Pero no tenía que considerar esa posibilidad. Se daban un festín después de la hambruna hasta que se saciaban y luego resolvían lo que les esperaba.

Quizás el banquete duraría toda la vida. ¿Quién lo iba a decir?

Se sentó entre George e Imogen, y sintió toda la miseria del hecho de que sus tres semanas habían terminado, y más o menos había desperdiciado la última semana con su loca carrera a Londres y de vuelta y luego su noche de bodas.

—¿Vas a estar en Londres durante la temporada, George?—, preguntó.

—El deber en forma de llamadas de la Cámara de los Lores—, dijo George. —Sí, estaré allí, al menos por un tiempo.

—¿Y tú, Imogen?— preguntó Flavian.

Había hecho una rara aparición allí el año pasado para la boda de Hugo y luego lo inesperado de Vincent pisándole los talones.

—Yo no—, dijo. —Estaré en casa en Cornwall.— Le cubrió la mano con la suya, le metió los dedos en la palma de la mano y le apretó. —Me alegro de que hayas encontrado la felicidad, Flavian. Y Hugo y Ben y Vincent también, y todo dentro de un año. Es

bastante vertiginoso. Ahora, si Ralph puede encontrar a alguien.

—Y tú, Imogen—, dijo. —Y G-George.

—Soy un perro demasiado viejo para aprender nuevos trucos—, dijo George con una sonrisa. —Me deleitaré con la felicidad de mis amigos. Y en la de mi sobrino. Me he acercado más a Julián desde que se casó. Ha resultado mucho mejor de lo que nadie podía esperar después de los días de su salvaje juventud.

—¿Cuántos años *tienes*?— preguntó Flavian. —No me había dado cuenta de que estabas t-temblando.

—Cuarenta y siete—, dijo George. —Yo era un chico casado y todavía era un chico cuando nació mi hijo. Hace mucho tiempo.

Dios mío, sí, eso debe ser cierto. Flavian nunca lo había resuelto antes. George debe haber tenido sólo diecisiete o dieciocho años cuando se casó. Terriblemente joven.

La atención de Imogen estaba en su plato vacío.

—No busques mi romance, Flavian—, dijo. —Eso no sucederá. Nunca más. Por mi propia elección.

Le había quitado la mano, pero la tomó de nuevo en la suya y se la llevó a los labios.

—La vida será muy a-amable contigo, Imogen—, dijo.

—Ya lo es—. Le miró a los ojos y lo favoreció con una de sus raras sonrisas. —Tengo seis de los amigos más maravillosos del mundo, y todos son hombres guapos. ¿Qué más podría pedir una mujer, incluso si *están* mostrando una molesta tendencia a enamorarse y casarse con otras mujeres?

Le devolvió la sonrisa y llamó la atención de Agnes al otro lado de la mesa. Todavía estaba sonrojada y se cayó. Cerró un párpado en un guiño lento, y ella sonrió más brillantemente y a medias sonrió antes de volver a prestar atención a Lady Darleigh y Lady Trentham.

La quería de nuevo y se encontró preguntándose cómo se sentiría el sexo en un carruaje cerrado que choca y se balancea sobre las carreteras inglesas. Acurrucado e incómodo y peligroso y muy, muy bueno, sospechaba. Quizás pondría a prueba su teoría más tarde.

Pero ahora todo el mundo se levantaba de la mesa. Era hora de dejar Middlebury Park y de irse. Fue el día más triste de todo el año. Excepto que este año no se iría solo. Este año tenía una esposa que llevar con él.

Y se enfrentaría a su madre en Candlebury, cuando tuviera el coraje de ir allí. Y Marianne.

Y Velma.

Se alegró de no haber comido ninguno de los riñones. Ya se sentía un poco mal del estómago.

Todo el mundo se iba al mismo tiempo en una ráfaga de carruajes y caballos y novios y voces y risas y lágrimas. Todos abrazaron a todos los demás y sostuvieron el abrazo por varios momentos largos. Y Agnes fue incluida en él.

Eran diferentes de los abrazos de ayer. Ayer había sido una novia, y la gente siempre abrazaba a las novias. Fue casi una cosa impersonal.

Hoy la abrazaron, y hoy le devolvieron el abrazo porque, en cierto modo, era una de las integrantes del grupo: el Club de Supervivientes y sus cónyuges.

Nunca había sido una persona emocional, al menos desde su infancia. No era de las que iban tocando a los demás, más allá de un apretón de manos social ocasional. Rara vez abrazaba a alguien, y la gente rara vez la abrazaba. Normalmente se encogía por ese contacto. De la misma manera que se había retraído un poco de los contactos físicos de su primer matrimonio, aunque sólo por dentro, nunca por fuera, y se había sentido aliviada cuando disminuyeron en frecuencia y finalmente llegaron a su fin.

Anoche había sido consumida por una intensa pasión física, y esta mañana dio abrazos por abrazos a personas que apenas conocía, excepto a Sofía. Y sintió un vínculo, una calidez en el corazón, un cariño que desafiaba la razón y el sentido común.

Se sintió totalmente viva, quizás por primera vez en su vida. Oh, y delirantemente enamorada, por supuesto, aunque no dejaba que su mente se detuviera en eso, o en su corazón. Era la esposa de Flavian, y por ahora eso sería suficiente.

Tocó con sus dedos el dorso de su mano mientras se alejaban de la casa y rodeaban los parterres de flores formales para unirse al camino de entrada entre los jardines de setos y hacia los árboles y las puertas. Y él tomó la suya y la sostuvo con cariño, aunque no la miró ni le dijo nada. Sabía que era imposible para ella comprender plenamente los lazos que unían a ese grupo de siete. Pero sabía que iban más allá de los lazos familiares.

Pero no se habían dicho todas las despedidas.

Dora estaba parada en el jardín fuera de la cabaña, viendo pasar los carruajes, sonriendo y levantando la mano mientras cada vez se ralentizaba y se intercambiaban despedidas a través de las ventanas abiertas. Seguía sonriendo cuando el carruaje de Flavian se detuvo y su cochero bajó para abrir la puerta y bajar los escalones. Flavian salió y entregó a Agnes, y fue envuelta en los brazos de Dora, la puerta entre ellas. Durante unos momentos ninguna de las dos habló.

—Te ves hermosa, Agnes—, dijo Dora cuando se separaron. Lo que era algo extraño de decir cuando su hermana llevaba un vestido de viaje y un gorro que había usado miles de veces antes. Pero repitió las palabras con más énfasis. —Te ves *hermosa*…

—¿Y yo también estoy g-guapísimo, Srta. Debbins?— Preguntó Flavian con su lánguida y suspirante voz.

Dora lo revisó críticamente.

—Bueno, sí—, dijo. —Pero siempre lo estas. Pero no confiaría en ti ni un centímetro más de lo necesario. Y será mejor que me llames Dora, ya que soy tu cuñada. Flavian.

Le sonrió y abrió la puerta para alcanzarla con un fuerte abrazo.

—C-cuidaré de ella, Dora—, dijo. —Te lo p-prometo.

—Te obligaré a hacerlo—, dijo.

Y entonces Agnes la abrazó de nuevo, y la devolvieron al carruaje, y la puerta se cerró con un clic decisivo, y el cochero arrojó su baúl y otras maletas en el maletero, y unos instantes más tarde el carruaje se balanceó ligeramente sobre sus lujosos resortes y se movió hacia adelante. Agnes se acercó a la ventana y levantó la mano. Vio a su hermana sonriente y de espalda recta hasta que ya no pudo verla, e incluso entonces mantuvo la mano levantada.

—Viví allí apenas un año,— dijo,—pero siento como si me arrancaran el corazón.— Lo que tal vez no era algo muy halagador para decirle al nuevo esposo.

—Es a tu h-hermana a la que estás dejando atrás, Agnes—, dijo, —no a una aldea. Y fue una vez más tu m-madre que tu hermana. Pero la verás en abundancia. Cuando vayamos a vivir a la Abadía de Candlebury, haremos que venga a q-quedarse con nosotros, mientras le g-guste. Puede quedarse con nosotros para s-siempre si q-quiere, aunque supongo que p-preferiría su independencia. Pero la verás muchas v-veces.

Agnes se sentó en su asiento, con la cara desviada, pero le puso un brazo sobre los hombros y la empujó contra él hasta que su cabeza no tenía otro lugar a donde ir, sino sobre su hombro. Liberó el lazo bajo su barbilla y arrojó su sombrero sobre el asiento opuesto.

—Las despedidas son las cosas más miserables de este m-mundo—, dijo. —Nunca me digas adiós, Agnes.

Casi, pensó ella, *casi* le estaba diciendo que realmente le importaba. Pero rápidamente arruinó esa impresión.

—Me he estado p-preguntando,— dijo en un suspiro familiar, —cuán posible o imposible y cuán s-satisfactorio o insatisfactorio sería tener sexo en el carruaje.

¿Se esperaba que ella *respondiera*? Aparentemente no.

—No nos gustaría que nos v-vieran, por supuesto—, dijo, —aunque hay algo ligeramente e-estimulante en imaginar las expresiones en los rostros de los pasajeros de las diligencias mientras p-pasaban por allí. Sin embargo, hay cortinas perfectamente reparables para cubrir las v-ventanas. En cuanto a los b-balanceos y rebotes, mi cochero apenas los notará si estamos en un tramo de carretera n-normal. Lo intentaremos esta tarde. Creo que la experiencia rivalizará por placer con la de r-rodar en una cama lo suficientemente grande para diez personas.

—¿Sólo piensas en el placer?—, le preguntó.

—Hmm. —Pensó un poco en la pregunta. —A veces pienso también en el t-trabajo

duro, del tipo que tiene la humedad por el esfuerzo y el jadeo de aire. Y a veces pienso en el dolor de tener que aguantar para no e-estallar como un petardo que no espera al espectáculo principal o como un colegial que nunca ha oído h-hablar de autocontrol. Y a veces pienso en la c-conveniencia de esperar hasta la noche antes de tener r-relaciones matrimoniales con mi esposa, que podría considerar impropio tenerlas durante el día. Excepto a las cinco y media de la mañana, es decir, cuando no muestra ninguna r-reticencia o no se preocupa en absoluto por la c-corrección.

Los hombros de Agnes temblaron. No se reiría. Oh, no *lo haría*. No debía animarlo. Pero estaba sosteniendo su hombro y debía saber que estaba riendo o sufriendo de la agonía. Renunció a la lucha por permanecer en silencio.

—Eres *tan* absurdo—, dijo, riendo a carcajadas.

—¡No!— Se encogió de hombros para poder mirarla a la cara. Sus párpados, como había esperado, estaban medio hundidos sobre sus ojos. —P-pensé que era uno de los grandes amantes del mundo.

—Bueno, yo no lo sabría, ¿verdad?—, dijo. —Aunque me atrevo a decir que estás muy cerca.

Sus ojos se abrieron de repente y su cara se llenó de risas, y su estómago hizo una voltereta completa dentro de ella.

—No te atreverías—, dijo ella. —*Hacerlo aquí* a plena luz del día.

Se recostó de nuevo en el asiento e inclinó la cabeza hacia los lados para apoyar la mejilla contra la parte superior de la cabeza de ella. Y se dio cuenta de que había parloteado sobre lo absurdo para quitarle de la cabeza la separación con Dora, y tal vez para quitarle de la cabeza la separación con sus amigos.

—Agnes—, dijo unos minutos más tarde, cuando estaba un poco somnolienta y pensó que podría haberse quedado dormido, —*nunca* le des retos a tu marido si sospechas por un momento que eres una pobre perdedora.

Oh, hablaba *en serio*. Era escandaloso, horripilante, indecoroso e indecoroso…

Sonrió contra su hombro pero no respondió.

Flavian había escrito a Marianne hace una semana más o menos. En la carta que le había informado cuando esperaba llegar a Londres. Pero no había dicho nada acerca de ir a Candlebury para la Pascua, y no había dicho nada acerca de traer una esposa con él. ¿Cómo podría hacerlo? Ni siquiera sabía en ese momento que iba a haber una esposa.

Escribió a su madre desde la posada donde pasaron la primera noche de su viaje. Era justo advertirle. Le informó que se había casado por licencia especial, siendo su esposa la Sra. Agnes Keeping, viuda de William Keeping e hija del Sr. Walter Debbins de Lancashire. Hizo una nota especial de que era una amiga particular de la vizcondesa Darleigh de Middlebury Park. La llevaba a Londres por un tiempo, pero la llevaría a

Candlebury para la Pascua.

Su madre no estaría contenta, y eso fue sin duda un eufemismo gigantesco. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto ahora que el hecho estaba hecho, y ella lo entendería, dado un día o dos de reflexión. Y la practicidad y los buenos modales, por supuesto, prevalecerán. Para el momento en que se le presentara a Agnes, sería cortés e impecablemente educada por lo menos. ¿Cómo podría no serlo? Agnes era la nueva señora de la Abadía de Candlebury.

Incluso le dio a Flavian una sacudida al darse cuenta de la verdad de ese hecho. El tiempo había pasado. David había sido empujado un poco más atrás en la historia. Igual que su madre. Ahora era la *viuda de* Lady Ponsonby.

El carruaje se detuvo frente a Arnott House en Grosvenor Square a última hora de la tarde del tercer día de su viaje, sólo una hora más tarde de lo que había previsto.

No se movió durante unos instantes después de que el cochero abriera la puerta y bajara los escalones. Habría estado encantado de prolongar el viaje unos días más. No tenía prisa por pasar a la siguiente fase de su vida después de esta breve y deliciosa luna de miel.

No se había arrepentido ni por un momento de su impulsivo matrimonio. El sexo fue lo mejor de su vida, tanto lo que había sucedido cada noche en camas decentes como lo que había sucedido tres veces en el carruaje, *especialmente* lo que había sucedido allí, de hecho. Como esperaba, había sido extremadamente difícil y horriblemente apretado e incómodo y tremendamente satisfactorio.

Agnes no lo admitiría. Se había quejado cada vez, tanto antes como después. Pero cada vez no había sido capaz de ocultar el apasionado placer que obtenía de copular dentro de un carruaje en la carretera del rey.

Eso fue una cosa sobre Agnes. Era la mujer adecuada en público. Podría haber pasado por una institutriz de primera cualquier día de la semana. Pero en privado, con él, podría transformarse en una pasión caliente y desinhibida. El vapor se elevó a su alrededor cuando se acoplaron.

No se cansaba de ella y se preguntaba si alguna vez lo haría.

Pero la luna de miel, si es que se puede llamar así a un viaje de tres días, tenía que terminar, y aquí estaban fuera de su casa de Londres, y la puerta de la casa estaba abierta, y no había nada que hacer excepto salir y proceder con el futuro. Al menos la había traído aquí primero. Al menos la tendría para él durante unos días más. Y había novedad y atractivo en el pensamiento de que su hogar estaba familiarizado con el desconocimiento de una esposa con quien compartirlo.

Su mayordomo se inclinó rígidamente, le dio la bienvenida a su casa y miró con recelo a Agnes.

—Mi esposa, la vizcondesa Ponsonby, Biggs—, dijo Flavian.

Biggs se inclinó de nuevo, aún más rígido y cautelosamente, y Agnes inclinó la

cabeza.

—Sr. Biggs—, dijo.

—Mi señora.

Y entonces el gran cañón estalló, y la bala cayó a los pies de Flavia y le explotó en la cara. O eso parecía.

—Su señoría, su madre, está arriba en el salón, mi señor—, le informó Biggs, —esperando su llegada—. Parecía como si pudiera decir más, lo pensó mejor, y cerró la boca con un casi audible chasquido de dientes.

¿Su madre? *¿Aquí?* ¿Esperándolo? Y si ella estaba aquí, entonces casi con toda seguridad, estaba Marianne. No se habían quedado en Candlebury después de todo. ¿Pero era posible que vinieran en respuesta a su carta? La había escrito hacía sólo dos noches. O… *¿no lo sabían*?

Casi seguro que era lo último, se dio cuenta. Biggs claramente no lo sabía, y los sirvientes siempre sabían lo que sus empleadores sabían, y a menudo lo sabían primero.

¡Dios mío! Cerró los ojos por un momento, horrorizado. Y por ese mismo momento consideró girar y hacer una huida deshonrosa, arrastrando a Agnes con él. Se volvió hacia ella y le ofreció su brazo. Se veía tan pálida como él.

—Sube y conoce a mi m-madre—, dijo con lo que esperaba que pareciera una sonrisa tranquilizadora. —Ven y a-acabemos con esto.

Pasó su mano a través de su brazo, y siguieron a Biggs, rígido e impasible, subiendo las escaleras. Esto, pensó, era masivamente injusto tanto para Agnes como para su madre. ¿Pero qué iba a hacer? Se negó rotundamente a sentirse como un niño travieso atrapado en una travesura infantil. Diablos, tenía treinta años. Era el jefe de su familia. Era libre de casarse con quien quisiera, cuando quisiera y como quisiera.

No esperaba que su madre estuviera sola en el salón. Se había fortalecido para encontrar a Marianne allí también y posiblemente también a su marido, Shields. Y tenía razón, los tres estaban allí.

También Sir Winston y Lady Frome.

Y también estaba su hija, Velma.

CAPITULO 15

La súbita comprensión de que la madre de Flavian estaba realmente en Londres y en esta misma casa inquietó casi por completo a Agnes, que ya se sentía cansada después de otro día de viaje y un poco abrumada por el descubrimiento de que Arnott House era un edificio enorme e imponente a un lado de una plaza grande y majestuosa. Cuando su pie estaba en la escalera de abajo, casi le quita la mano del brazo y le pide que suba solo al salón, mientras se va…. ¿a dónde?

Aún no tenía una habitación, y no sabía dónde estaba. No podía simplemente darse la vuelta y huir. Además… bueno, además, iba a tener que pasar por la prueba de conocer a su suegra tarde o temprano. No esperaba que fuera *ahora*. Había esperado unos días, quizás incluso una semana, y un intercambio de cartas primero. Parecía muy improbable que la carta de Flavian hubiera llegado a su madre antes de que llegaran a la ciudad. Lo que significa que *ella no sabía*…

Realmente no soportaba pensar en ello.

Y luego estaban arriba, y el mayordomo estaba abriendo las altas puertas dobles de lo que Agnes asumió que era la sala de estar, y estaba entrando del brazo de Flavian y se dio cuenta con horror de que había gente en la sala. *Seis*, para ser exactos.

Deslizó la mano y se detuvo justo en la puerta que el Sr. Biggs estaba cerrando detrás de ella, mientras Flavian avanzaba unos pasos más.

Había cuatro señoras, tres de ellas sentadas, una de pie a un lado del fuego que crepitaba en el hogar. De los dos caballeros, el mayor estaba al otro lado de la chimenea, mientras que el menor estaba detrás de la silla de una de las damas.

Todos ellos se veían a la moda y formidables y…. Pero no había tiempo para que ningún otro detalle se grabara en la mente de Agnes. La señora de la silla más cercana a la puerta se había puesto en pie, su cara se iluminaba de alegría y…. ¿alivio?

—Flavian, querido—, dijo ella. —Por fin.

Puso su mejilla contra la de él y besó ligeramente el aire junto a su oreja. Su madre, sin duda. Parecía de la edad adecuada, y se parecía un poco a ella.

—Comenzábamos a pensar que debías haber retrasado tu viaje un día o dos, Flavian —dijo una joven dama, poniéndose también de pie y corriendo a besarle la mejilla—, sin decir nada a nadie, habría sido igual que tú, pero más provocador hoy entre todos los días.

También había un parecido familiar con esta señora. Debía ser su hermana.

Una de las otras dos señoras, la que estaba de pie junto al fuego, dio unos pasos apresurados hacia él antes de detenerse, sus ojos brillando con una emoción apenas

reprimida, sus manos unidas a su pecho. Probablemente tenía la edad de Agnes, tal vez un poco mayor, pero era muy hermosa. Era un poco pequeña, de estatura media, delgada y bien formada, con un rostro hermoso, delicado, ojos azules y un cabello muy rubio.

—Flavian—, murmuró con una voz suave y dulce. —Estás en casa.

Y habló por primera vez.

—Velma.

Todo sucedió en pocos momentos. Agnes no podía pasar mucho tiempo desapercibida, por supuesto. Desafortunadamente no era invisible. Y todo el mundo parecía darse cuenta de ella al mismo tiempo. La madre y la hermana de Flavian volvieron la cabeza hacia ella y se quedaron en blanco. La dama rubia, Velma, dejó de avanzar. El caballero del otro lado de la chimenea levantó un monóculo a su ojo.

Y Flavian se giró y le tendió la mano, con un aspecto notablemente más pálido que el que tenía en el carruaje hace un par de minutos más o menos.

—Tengo el gran placer de presentar a Agnes, mi esposa—, dijo, mirando fijamente a sus ojos antes de volverse hacia los demás. —Mi madre, la vizcondesa D-Dowager Ponsonby, y mi hermana, Marianne, Lady Shields.— Indicó a los demás a su vez a medida que los presentaba. —Oswald, Lord Shields, Lady Frome, Sir Winston Frome y la Condesa de Hazeltine, su h-hija.

Sir Winston había dado un paso más cerca de su hija. Lady Frome se había puesto en pie y también se había acercado como para proteger a la joven. ¿De qué? Era la Condesa de Hazeltine.

Hubo un momento, una eternidad, de silencio.

Lady Shields reaccionó primero.

—¿Tu esposa, Flavian?—, dijo, mirando a Agnes con una mezcla de asombro y repugnancia. —¿Tu *esposa*?

Su madre agarró con una mano las perlas de su garganta. —¿Qué has hecho, Flavian? — preguntó débilmente, sus ojos fijos en la cara de su hijo. —Te has casado. Y lo has hecho deliberadamente, ¿no es así? Oh, podría haberlo esperado. Siempre has sido un hijo antinatural. Siempre, incluso antes de que tu hermano muriera. E incluso antes de que te fueras a la guerra, cuando era irresponsable hacerlo y estabas herido, te habías vuelto loco y te habías vuelto violento. Nunca debieron haberte soltado de ese lugar donde te enviamos. Pero esto… *esto*... Oh, esto es ya más que suficiente.

—Madre—, dijo secamente Lord Shields, caminando alrededor de la silla en la que su esposa había estado sentada y agarrando a su suegra por la parte superior del brazo mientras tropezaba con su propia silla. Se inclinó sobre ella, frunciendo el ceño.

Los dedos de Flavian se habían cerrado tan apretadamente alrededor de la mano de Agnes que en realidad la estaba triturando y lastimando. Pero no se sorprendió al ver cuando le miró que él estaba mirando la escena que le rodeaba con ojos perezosos y una boca burlona.

Y lo has hecho deliberadamente, ¿no es así?

—Esto es algo repentino, Ponsonby—, dijo Sir Winston Frome, su voz fría y altiva. Ignoró completamente a Agnes. —Podrías haber tenido más en cuenta la sensibilidad de tu madre.

—¿Estás casado, Flavian?— Preguntó lady Hazeltine dijo con una sonrisa que se veía espantosa en un rostro casi tan pálido como su cabello. —Pero qué agradable sorpresa. Mis felicitaciones. Y a usted también, Lady Ponsonby. Espero que seas muy feliz.

Atravesó el resto del camino a través de la habitación, sus ojos sobre Agnes, su mano derecha extendida. Hacía tanto frío como el hielo, descubrió Agnes cuando descansó sin fuerzas durante un momento.

—Gracias.— Agnes le devolvió la sonrisa.

—Acabo de terminar un año de luto por mi marido—, dijo la condesa. —Mamá y papá insistieron en traerme a la ciudad antes de que comenzara la temporada para que pudiera comprar algo de ropa nueva, aunque ha sido muy contrario a mis inclinaciones dejar de lado a mis negros. Lady Ponsonby también se levantó temprano, perdóneme, la *viuda* Lady Ponsonby, con Marianne y Lord Shields. Nos invitaron a tomar el té esta tarde. Vine porque esperaban a su marido, y hace años que no nos vemos. Crecimos como vecinos, ya sabes, y siempre fuimos los más queridos amigos.

Estaba pálida, sonriendo con dignidad.

—L-lamenté mucho oír hablar de su d-duelo, Lady Hazeltine—, dijo Flavian. —Debería haber escrito.

—Pero nunca fuiste muy escritor, ¿verdad?—, dijo, mostrándole una sonrisa.

—Lady Ponsonby—, dijo Lady Frome, dirigiéndose a la madre de Flavian, —nos despediremos y le daremos un poco de privacidad para que se regocije con su hijo por sus deliciosas noticias y se familiarice con su nueva nuera. El té y la conversación han sido muy agradables. Lord Ponsonby, es de esperar que sea feliz.

Ella sonrió incierta a Agnes mientras se iba. Su marido la ignoró por completo. Su hija expresó el deseo de que pronto conociera mejor a Agnes.

La puerta se cerró tras ellos, pero su presencia seguía pareciendo grande en la habitación. Había algo, pensó Agnes. Definitivamente había *algo… Flavian,* había dicho la condesa con una mirada de brillante bienvenida en su cara. *Velma,* había dicho en respuesta.

Velma.

Pero habían crecido como vecinos. Como amigos. Los amigos de la infancia se llamaban por su nombre de pila.

Sin embargo, no hubo tiempo para reflexionar sobre el asunto. Su suegra y su cuñada y su cuñado seguían en la habitación. Y las noticias de Flavia los habían conmocionado profundamente.

Siempre has sido un hijo antinatural. Siempre, incluso antes de que tu hermano muriera. E incluso antes de que fueras a la guerra, cuando era irresponsable hacerlo y estabas herido, te desentendiste y te volviste violento. Nunca debieron haberte soltado de ese lugar donde te enviamos. Pero esto… esto… *Oh, esto es el* exterior *de lo suficiente.*

Ese lugar era presumiblemente Penderris Hall en Cornwall, la casa del Duque de Stanbrook.

… Lo has hecho deliberadamente, ¿no es así?

Su madre estaba recuperando algo de su equilibrio. Estaba sentada muy erguida en su silla.

—Te has casado, entonces, Flavian—, dijo su hermana. —Y mamá tenía razón. Por supuesto que fue deliberado y justo el tipo de cosas *que* harías. Bueno, tú eres el que debe vivir con las consecuencias. Agnes, perdónanos, por favor. Hemos sufrido una fuerte conmoción y hemos olvidado por completo nuestros modales. Pero, en realidad, ¿dónde diablos os conocisteis? ¿Y cuánto tiempo hace que se conocen? ¿Y quién *es* usted exactamente? Estoy segura de que nunca te he visto en mi vida antes de hoy.

Y eso no era de extrañar, parecía decir su expresión mientras sus ojos pasaban por encima de su nueva cuñada de la cabeza a los pies.

—Nos conocimos en Middlebury Park el otoño pasado—, explicó Agnes,—y de nuevo el mes pasado. Nos casamos por una licencia especial hace cuatro días.

No tuvo oportunidad de responder la última pregunta de su cuñada. Flavian había soltado la mano de Agnes para poner la suya firmemente contra la pequeña de su espalda.

—V-ven y siéntate, Agnes—, dijo. —Siéntate junto al f-fuego. Tira de la c-cuerda de las campanas, si quieres, Oswald, y pide una b-bandeja de té por si Biggs no lo ha pensado. Creí que se quedarían en Candlebury para la Pascua. E-envié una carta allí.

—Al castigarnos tan hábilmente, Flavian —dijo su madre como si no hubiera hablado —, tú también te has castigado a ti mismo, por supuesto. Es tan típico de ti. Pero, como Marianne observó, es tu quien más debe sufrir como resultado, tal como lo hiciste cuando te negaste a vender después de la muerte de su hermano. Qué diferente hubiera sido tu vida si hubieras cumplido con tu deber en ese entonces. *Agnes.* ¿Quién es usted? ¿Quién *eras* antes de que mi hijo te elevara al título de vizcondesa?

Todo fue peor que la peor pesadilla de Agnes. Pero trató de ser indulgente con el shock. Sospechaba que esta primera reunión no habría sido tan mala si se hubiera permitido que los eventos se desarrollaran de acuerdo a lo planeado. Si su familia se hubiera quedado en el campo y hubiera leído su carta con unos días de antelación antes de conocerla, y si hubiera tenido la oportunidad de escribir antes de irse, entonces habrían tenido al menos un poco de tiempo para prepararse y esconder lo más crudo de su horror detrás de los buenos modales.

—Nací Agnes Debbins en Lancashire, señora—, explicó. —Mi padre es un caballero. Me casé con William Keeping, un caballero granjero y nuestro vecino, cuando tenía dieciocho años, pero enviudé hace tres años. Me quedé un tiempo en Shropshire con mi

hermano, un clérigo, y luego me mudé al pueblo de Inglebrook, cerca de Middlebury Park en Gloucestershire, para vivir con mi hermana soltera.

—¿Debbins? ¿ Keeping? Nunca he oído ninguno de los dos nombres—, se quejó la viuda, mirando a su nuera con obvia irritación.

—Ni mi padre ni mi difunto marido se movían en los círculos de Sociedad, señora—, dijo Agnes,—o tenían algún interés en pasar tiempo en Londres o en alguno de los balnearios de moda.

Aunque papá habría venido a Londres el año en que Dora cumplió dieciocho años si su esposa no lo hubiera dejado por un amante. Incluso entonces, sin embargo, no se habrían mezclado con los más altos niveles de la sociedad.

—No eran caballeros prósperos, supongo.— Los ojos de la viuda se posaron sobre Agnes como lo había hecho su hija unos momentos antes.

—Nunca he codiciado riquezas, señora—, dijo Agnes.

Los ojos de su suegra se fijaron en los de ella. —Y aun así te has casado con mi hijo. Seguramente sabías que estabas haciendo un matrimonio brillante.

—Agnes se ha c-casado con un l-loco, mamá, como puedes a-atestiguar, y se merece una especie de m-medalla de h-honor,— dijo Flavian en su aburrida voz, aunque le estaba costando más de lo habitual sacar sus palabras. —Yo soy el que ha hecho un b-brillante m-matrimonio. He e-encontrado a alguien d-dispuesto a a-aceptarme. Lo s-siento, no tuviste oportunidad de l-leer mi carta antes de que e-entráramos, p-pero no me informaste que ibas a v-venir a mi casa de Londres, de la cual Agnes es ahora mi s-señora. Ah, la b-bandeja del té por fin.

—Hemos culpado a la cabeza de Flavian por habernos dado noticias tan inesperadas —, dijo Lord Shields, sonriendo a Agnes, —cuando somos nosotros los culpables de haber venido a la ciudad tan impulsivamente e incluso de haber invitado a visitantes el mismo día en que esperábamos la llegada de mi cuñado a casa. Agnes, has tenido una lamentable bienvenida a la familia de tu marido, y te pido disculpas muy sinceramente. Sólo puedo esperar que Flavian tuviera esa bienvenida si lo hubieras soltado sobre tu padre sin previo aviso. ¿Pongo la bandeja delante de ti?

Había sido puesta ante la viuda, y ya había extendido una mano a la tetera.

—Oh, no, por favor—, dijo Agnes, levantando una mano. —Estaré muy contenta de que me atiendan.

—Debes estar cansada, Agnes—, dijo Lady Shields mientras le llevaba una taza de té a Agnes. —Viajar es una actividad tediosa e incómoda en el mejor de los casos.

Agnes pensó en el viaje con un poco de nostalgia. Incluso en ese momento sabía que en cierto modo era un puente entre su antigua vida y la nueva, y se había aferrado a ella como una especie de tiempo fuera del tiempo. Su mente tocó por un momento lo que habían hecho tres veces para aliviar el aburrimiento de un largo viaje. Esa era la excusa que Flavian había dado, de todos modos.

Hizo bien en aferrarse a ese puente.

Por supuesto que fue deliberado y justo el tipo de cosas que *harías. Bueno, tú eres el que debe vivir con las consecuencias.*

Al castigarnos tan hábilmente, Flavian, tú también te has castigado a ti mismo. Es tan típico de ti. Pero, como Marianne observó, es usted quien más debe sufrir como resultado….

Y de alguna manera todo tuvo que ver con la dulce y hermosa Velma, Condesa de Hazeltine, que estaba al final de su año de luto por su marido. Y a quien Flavian nunca había escrito con regularidad. ¿Había alguna razón para que lo hiciera?

—Gracias, señora—, dijo Agnes en reconocimiento por el té.

—Oh, debe ser Marianne, por favor—, dijo Lady Shields. —Somos hermanas. Y qué extraño suena *eso*. Me he visto privada de involucrarme en su boda, lo cual es quizás lo mejor, pues Flavian sin duda lo habría llamado *interferencia*. Cuéntanos todo sobre la boda. Cada detalle. Y puedes ahorrarte el aliento para beber tu té, Flavian. Los hombres no tienen ninguna esperanza en describir tales eventos en cualquier longitud que exceda una sentencia.

Había tomado la silla del otro lado de la chimenea y se había sentado allí mirando a Agnes, su expresión soñolienta y ligeramente burlona firmemente en su lugar. Se pregunta si su madre y su hermana se dan cuenta de que es una máscara que cubre todo tipo de incertidumbres y vulnerabilidades.

Describió su boda y el desayuno de bodas en Middlebury Park. Y se preguntaba a qué se referían al decir que se había casado con ella *deliberadamente*.

El problema era que Flavian pensó algún tiempo después, cuando llevó a su esposa arriba, que nunca se había hecho cargo. Nunca. Había sido muy deliberado cuando aún era un niño y David había heredado el título después de la muerte de su padre, y todo el mundo había tratado de prepararlo para el día en un futuro no muy lejano en que el título sería suyo. Había habido planes, por supuesto, para que David se casara, y la débil esperanza de que engendraría un heredero propio, pero esa débil esperanza había llegado a su fin cuando Flavian tenía dieciocho años y era lo suficientemente mayor como para que todos trataran de arreglar un matrimonio para *él*.

Se había negado rotundamente a tener algo que ver con todo eso.

La alcoba junto a la suya ya estaba preparada, se sintió aliviado al descubrir cuando entró con Agnes. Nadie había dado la orden, y menos aún él mismo, aunque *debería haberlo* hecho, pero casi siempre se podía confiar en los sirvientes para que actuaran por su propia iniciativa. Una joven doncella era visible a través de la puerta abierta hacia el vestidor, al otro lado de la alcoba. Estaba desempacando las maletas de su esposa. Hizo una reverencia y explicó que había sido "asignada a mi señora hasta que llegue la propia criada de mi señora".

—Gracias—, dijo Agnes, y Flavian asintió a la chica antes de cerrar la puerta.

Luego se volvió hacia Agnes. —Lo s-siento, —dijo, rompiendo el silencio que habían guardado desde que salieron de la sala.

—Oh, y yo también—, dijo con prisas. —Fue horrible, y fue un shock espantoso para tu madre y tu hermana. Pero tú no tienes la culpa, Flavian.

Sus pinceles ya habían sido colocados en el tocador. Se acercó para reorganizarlos.

—La cosa es,— dijo, —que n-nunca me he afirmado. He sido Ponsonby durante más de ocho años, y n-nunca he establecido mi autoridad. No se habrían comportado como lo han hecho hoy si lo hubiera hecho. Lo s-siento mucho.

Colocó dos candelabros más a su gusto a cada lado del tocador y luego los colocó juntos en el mismo lado.

—Estuviste enfermo durante varios de esos años—, dijo.

Era una bonita habitación, amueblada en su mayoría en verdes musgosos y crema, muy diferente de los ricos brocados de vino y terciopelos de su propia habitación. Sospechaba que aquí era donde más le gustaría hacer el amor con ella.

¡Dios mío, Velma! Se había sentido como si caminara a través de un túnel en el tiempo. Siete años habían pasado como si nunca hubieran pasado, y allí estaba de nuevo, pero moviéndose hacia él en vez de alejarse, sonriendo alegremente en vez de llorar de dolor y agonía. Y con un aspecto tan encantador como siempre.

Se frotó el borde de un puño cerrado en la frente. Había un dolor de cabeza tratando de avanzar.

—¿Quién es Velma?— Agnes le preguntó, como si pudiera leer la dirección de sus pensamientos. Lo miraba por encima del hombro.

—¿La Condesa de Hazeltine?— Frunció el ceño.

—Al principio la llamaste Velma—, dijo. —Y ella te llamó Flavian.

Suspiró.

—Éramos v-vecinos—, dijo. —Ella te lo dijo. Farthings Hall está a ocho millas de Candlebury. Nuestras familias siempre estuvieron muy unidas.

Se sentó en el banco acolchado ante el tocador, de frente a él, con las manos entrelazadas en su regazo.

—Velma estaba destinada a D-David—, dijo. —Iban a prometerse cuando ella c-cumpliera dieciocho años Estaba e-enamorado de ella. Pero cuando llegó el momento, no q-quiso hacerlo. Ya era obvio que tenía t-tuberculosis y no estaba mejorando. Se n-negó, aunque todos trataron de insistir en que podía seguir siendo el padre de un heredero y quizás i-incluso de uno de repuesto. Él no quería h-hacerlo. Y su corazón se r-rompió.

—Oh—, dijo en voz baja. —¿Ella lo amaba?

—Habría cumplido con su deber—, dijo.

—¿Pero ella no lo amaba?

—No.

—Pobre David—, dijo, mirándolo. —¿Y tu corazón se rompió por él?

Se dirigió inquieto hacia la ventana y golpeó con los dedos contra el alféizar. Su ventana, como la de él en la habitación contigua, daba a la plaza y al jardín inmaculadamente cuidado en el centro de la misma. El dolor de cabeza se agitó. Algo le arrebató el límite de su mente y lo empeoró.

—Le pedí que me comprara una comisión—, dijo,—y me fui a unirme a mi regimiento.

Parecía una incongruencia. No lo fue. Él se había negado a estar comprometido con ella cuando David no lo haría. Había tenido que escapar. Había sido la única manera de salvarse a sí mismo, huyendo.

El dolor de cabeza comenzó a latir como un pulso fuerte.

—¿Y Velma?—, preguntó.

—Se casó con el conde de Hazeltine unos años d-después—, dijo. —Murió el año pasado. Hay una hija, o eso h-he oído. Sin embargo, no hay hijo. Debe haber estado d-decepcionada por eso.

Se preguntaba si Len también lo había estado. Pero por supuesto que sí. ¿Por qué se lo había preguntado? Maldito dolor de cabeza.

—¿David murió antes de casarse?— preguntó Agnes.

—Sí.— Le dio la espalda.

—Debes haberte alegrado por eso por su bien—, dijo.

—Sí.— No sabía ni la mitad, y él no tenía la energía ni la voluntad para decírselo.

Ella había venido a pararse a su lado, se dio cuenta. Le puso un brazo sobre los hombros y se giró para atraerla contra él. Le tocó la frente en la parte superior de la cabeza. Todavía no se había cambiado ni limpiado después de un día de viaje. Ninguno de los dos lo había hecho. Pero respiró ese olor familiar a jabón de ella y la dobló aún más fuerte en sí mismo.

—Estamos junto a la ventana—, dijo.

Levantó una mano y cerró las cortinas. Y la besó con una urgencia abierta, buscando la seguridad que representaba.

—Esta c-conversación debe continuar en esa c-cama—, dijo contra su boca.

—¿A plena luz del día?

—F-funcionó lo suficientemente bien en el carruaje—, señaló.

—La criada—. Miró a la puerta del vestidor.

—Los sirvientes no entrarán en una habitación ocupada sin invitación—, le dijo.

No esperó para desvestirse ni a ella ni a sí mismo. La llevó a la cama, subió sus faldas hasta la cintura, desabrochó sus pantalones, se colocó encima de ella y entre sus muslos, y se sumergió como si su vida dependiera de encontrar algún tipo de salvación en sus calurosas profundidades. La golpeó, la sangre tronando en sus oídos, y explotó hasta soltarla unos segundos antes de escuchar el aliento que le salía y volvía a entrar.

Se apartó y pasó un brazo por encima de los ojos. Su dolor de cabeza seguía rondando.

—Lo s-siento mucho—, dijo.

—¿Por qué?— Se giró sobre su costado y extendió una mano sobre su pecho.

—¿Te l-lastimé?

—No—, dijo. —Flavian, debes perdonarte por estar vivo cuando tu hermano no lo está.

Ella no sabía ni *la mitad*. Pero retiró el brazo y giró la cabeza para mirarla. Sonrió perezosamente. —¿Fue un buen s-sexo?—, preguntó. —¿Aunque no había mucha d-delicadeza?

—¿Y había en el carruaje?—, preguntó, sus mejillas se volvieron rosadas.

Levantó una ceja. —No tiene idea de la habilidad que implican estas maniobras, señora—, dijo.

—Creo que sí—, le dijo ella. —Yo estaba *allí*…

—Ah,— dijo, entrecerrando los ojos y mirando sus labios,—ese eras *tú*, ¿verdad?

Y se dio la vuelta para besarla de nuevo, más lentamente esta vez, más hábilmente, con más ganas de complacerla. Se preguntó cómo se sentía Velma. Su corazón seguramente había estado en sus ojos cuando entró por primera vez en el salón.

¿Y cómo se sentía?

Se sentía seguro con la esposa de su elección. Su dolor de cabeza había dado media vuelta y marchaba hacia la distancia sin él.

—Agnes—, susurró, y suspiró de contento.

CAPITULO 16

La vida entonces cambió más radicalmente de lo que Agnes podría haber esperado.

Su suegra se recuperó a la hora de la cena ese primer día de la peor de sus conmociones y dominó la conversación. No fue difícil hacerlo, ya que Marianne y Lord Shields habían regresado a su propia casa, Flavian optó por tener sueño, y Agnes no parecía poder organizar sus pensamientos lo suficientemente bien como para iniciar cualquier conversación social.

Fue muy bueno que la Pascua se retrasara este año, comentó la viuda, y que pasaran un par de semanas antes de que la *Sociedad* descendiera sobre Londres en gran número y la temporada comenzara en serio. Tendrían esas semanas para armar un armario por lo menos. Ella había echado un vistazo al vestido de noche de lavanda de Agnes antes, y su expresión se había vuelto dolorosa.

Hay que hacer que Agnes se parezca más a una vizcondesa, dijo la viuda sin rodeos. Convocaría a su propia modista a la casa mañana y a su peluquero en los próximos días. De esa manera no habría ninguna posibilidad de que Agnes fuera vista por la gente equivocada antes de que estuviera lista para conocer a alguien.

Flavian se esforzó en ese momento.

—La g-gente *equivocada* puede ir a la horca si no les gusta Agnes como es, Madre—, dijo. —Y llevaré a Agnes a Bond Street yo m-mismo mañana. Las mejores modistas se encuentran allí.

—¿Y sabes exactamente quiénes son, supongo?—, dijo su madre. —Y conoces las últimas modas y las telas y adornos más nuevos, supongo. En serio, Flavian, debes dejarme esas cosas a mí. No puedes querer que tu vizcondesa parezca un desastre.

—No creo que eso sea p-posible—, dijo, inclinándose hacia un lado para que un lacayo pudiera rellenar su copa de vino.

—Y ahora estás siendo deliberadamente tonto, Flavian.

Era hora de intervenir. Agnes empezaba a sentirse como un objeto inanimado sobre el cual madre e hijo estaban discutiendo.

—Estaría muy *contenta*—, dijo, —de ir a Bond Street o a cualquier otro lugar donde se puedan encontrar costureras de buena reputación. Quizás *ambos* me acompañen mañana. Apreciaría tu escolta, Flavian, y estoy segura de que tu madre también lo haría. Y ciertamente apreciaré su consejo y experiencia, señora.

Flavian frunció los labios y levantó su copa en un brindis silencioso por ella. Su madre suspiró.

—Será mejor que me llames *Madre*, Agnes, ya que soy tu suegra—, dijo. —Mañana por la mañana, entonces. Iremos a casa de Madame Martin. Viste al menos a una duquesa que yo sepa.

Los ojos de Flavian, lo que se veía bajo sus párpados, brillaban, pero se abstuvo de hacer comentarios. Debe haber reconocido un compromiso cuando lo escuchó.

—Lo espero con ansias, madre—, dijo Agnes.

Iba a tener que ser presentada en la corte, dijo la viuda, y a la sociedad, por supuesto, ya que era una desconocida. Iban a tener que hacer una gran fiesta en Arnott House al principio de la temporada, pero antes de eso debe llevar a su nuera a visitar a las mejores familias. Y después del baile debe haber apariciones frecuentes en todas las fiestas y veladas más de moda y desayunos y conciertos, así como visitas al teatro y a la ópera y a Vauxhall. Debe haber caminatas y paseos en los parques, especialmente en Hyde Park durante la hora de moda de la tarde.

—Ciertamente no desearás que nadie sospeche que estás escondiendo a tu vizcondesa porque no está a la altura de las circunstancias—, le dijo a Flavian.

Consideró, cruzando su cuchillo y tenedor sobre su rosbif y cogiendo su copa de vino por el tallo. —No estoy seguro, madre—, dijo finalmente, —de que quisiera c-controlar las s-sospechas de alguien. La gente p-puede creer lo que quiera con mi bendición, incluso una cosa estúpida como esa.

Suspiro.

—El problema contigo, Flavian,— dijo bruscamente, —es que nunca te has preocupado. No te importan ni tus responsabilidades ni el dolor que causas a los demás. Pero ya no puedes evitar honorablemente preocuparte por eso. Has hecho un matrimonio impulsivo con Agnes, que es una dama de nacimiento pero sin ninguna conexión con Beau Monde ni ninguna experiencia en absoluto del tipo de sociedad en la que se ha casado. *Debes* preocuparte por su bien, aunque no sea por el mío o el de Marianne. O el tuyo propio.

Su expresión era burlona cuando volvió a cortar su carne.

—Ah, pero me importa, madre—, dijo. —Siempre lo ha hecho.

—Vinimos a Londres inmediatamente después de nuestras nupcias, madre—, dijo Agnes,—para que pudiera aprender algo de lo que mi nuevo estatus me exigirá. Entiendo que la ropa nueva es el mero comienzo. Y aunque antes me molestó descubrir que tú también habías venido aquí antes de tener la oportunidad de conocer de nuestro matrimonio y acostumbrarte al conocimiento, ahora me alegro de que estés aquí. Porque de muchas maneras mi suegra y, espero, mi cuñada pueden hacer mucho más para ayudarme a encajar en mi nueva vida de lo que Flavian solo puede hacer. Estoy dispuesta a hacer todo lo que sea apropiado y necesario.

Esperaba no parecer servil. En realidad era perfectamente sincera. Realmente no había pensado lo suficiente antes de su matrimonio en el hecho de que, además de ser la esposa de Flavian, también iba a ser su *vizcondesa*. Aunque en realidad, por supuesto, no había

pensado lo suficiente en *nada*…

Flavian le sonrió con ojos soñolientos. La viuda le echó una mirada dura, en la que tal vez hubo un toque de aprobación.

Y la vida se convirtió en un torbellino, algo tan lejos de las experiencias de Agnes que también podría haber sido arrebatada a un universo diferente.

Pasó gran parte de su primera mañana y toda la tarde en el salón de Bond Street de Madame Martin, aunque Agnes sospechaba que la petite modiste, con sus manos elocuentes y su fuerte acento, había nacido y se había criado a no más de unos pocos kilómetros de su tienda. Allí, Agnes estaba equipada con una increíble variedad de prendas para cada ocasión bajo el sol. Y allí se le mostró libro tras libro de planchas de moda, rollo tras rollo de tela, y tantos adornos, botones, cintas y fajas que terminó sintiéndose como una esponja saturada de agua…

Flavian la escoltó hasta allí, pero fue su madre quien se quedó todo el tiempo mientras se alejaba después de unos diez minutos a destinos desconocidos y no reapareció hasta más de cinco horas. *Cinco.* E incluso entonces no estaban listos para ir con él. Fue su madre la que sugirió y aconsejó y se salió con la suya cada vez más a medida que pasaban las horas, aunque pronto se hizo evidente que sus gustos diferían de manera significativa de los de su nuera. Pero, ¿cómo podía Agnes luchar contra la pericia combinada de una dama que había movido toda su vida en el mundo de la *Sociedad* y de una de las principales modistas londinenses, que no se avergonzaba de proclamar el hecho de que vestía a *dos* duquesas?

Fue todo muy desconcertante y bastante deprimente cuando quizás debería haber sido emocionante. O tal vez fue simplemente agotador.

Agnes dejó de pensar en el dinero que se le estaba prodigando, especialmente cuando, en el segundo día, ella y su suegra y Marianne comenzaron una ronda de otras tiendas en Bond Street y Oxford Street en busca de sombreros y abanicos, retículas y sombrillas, medias y ropa interior, perfumes y colonias y vinagretas, zapatillas y botas, y la bondad sabía que más, todas ellas consideradas como las más simples necesidades para una dama de calidad.

Porque eso es lo que ella es ahora, por el simple hecho de que Flavian se había casado con ella. Pero si ahora era una dama *de calidad*, se preguntó con tristeza, ¿qué había sido antes de su segundo matrimonio? ¿Había un opuesto de *calidad*? Sería muy bajo si lo hiciera.

Ese segundo día, después de regresar a casa agotada y desanimada, el mayordomo le informó que tres candidatas para el puesto de su criada personal estaban en el salón del ama de llaves esperando su opinion. Por una vez en su vida, Agnes comprendió que iba a necesitar una criada, y también se enteró rápidamente de que Pamela, la camarera que le había sido asignada temporalmente, no tenía ni la aptitud ni la ambición para el ascenso. ¿Pero debe ver a las candidatas *ahora*? Probablemente debe hacerlo, si no quiere que alguien más elija por ella.

—Que vengan a mí de una en una en la habitación de la mañana, Sr. Biggs—, dijo, dándole su gorro y guantes, y agradeciéndole que su suegra se hubiera detenido en la casa de Marianne para ver a sus nietos. Agnes se había declarado demasiado cansada para acompañarla.

Se decidió en contra de la primera candidata. La mujer fue altamente recomendada por Lady Somebody-or-other, una amiga de la viuda, pero se dirigió a Agnes como una *señora* en tonos de condescendencia tan superior que Agnes se sintió disminuida a la mitad de su tamaño. Y rechazó la segunda, que olfateó húmedo a lo largo de su entrevista y habló en un tono monótono nasal, pero negó tener un resfriado cuando se le preguntó, incluso pareció bastante sorprendida con la pregunta.

La tercera candidata, una chica delgada y de aspecto delgado enviada por una agencia, le dijo a Agnes que su nombre era Madeline.

—Aunque Maddy lo hará bien, mi señora, si lo prefiere, ya que Madeline suena un poco engreída para ser una criada, ¿no?—, dijo. —Mi padre nos da grandes nombres. Si no podía haber nada más grandioso en nuestras vidas, siempre decía: Que en paz descanse, al menos teníamos nuestros nombres.

—Qué hermoso pensamiento, Madeline—, dijo Agnes.

La chica no esperó a ser entrevistada. Se puso a hablar.

—Dijeron que te ibas a cortar el pelo mañana—, dijo. *Ellos*… adivinó Agnes, eran el ama de llaves. —Veo que debe ser muy larga, mi señora, y sería una buena idea que la arreglaran si no lo han hecho durante un tiempo. Pero no dejes que te corten demasiado. Algunas mujeres se ven lo suficientemente finas y rizadas, pero puedes hacerlo mejor que eso, si me disculpas por decírtelo cuando no me lo ha pedido. Puede lucir *elegante* y llamar la atención dondequiera que vayas.

—Y puedes peinarlo con elegancia, ¿verdad, Madeline?— preguntó Agnes, empezando a relajarse a pesar de sus doloridos pies.

—Oh, sí puedo, mi lady—, le aseguró la chica,—aunque no parezco tan engreída como *la de* abajo, que se cree lo suficientemente buena para vestir a una duquesa—. Ah, Finchley, la de su suegra, también debe haber aparecido en el cuarto de la ama de llaves, pensó Agnes. —Tengo seis hermanas además de mi madre, y nada me gusta más que arreglarles el pelo. Y todos son diferentes. Ese es todo el secreto, ¿verdad? Peinar a alguien para que se adapte a sus rostros, figuras, edades y tipo de cabello, no sólo para que luzca como los demás, ya sea que deban o no.

—Si yo te empleara, Madeline—, dijo Agnes,—tendrías que hacer algo más que peinarme el pelo.

—Ayer estuviste en la costurera todo el día—, dijo Madeline,—y en otros lugares hoy en día para que todas las cosas vayan con los vestidos. Nos lo dijeron cuando llegamos aquí.

—Oh, querida—, dijo Agnes. —¿Has esperado mucho tiempo, Madeline? Lo siento mucho.

La muchacha parecía sorprendida y luego se rió alegremente.

—Tienes razón—, dijo. —Puedo ver eso. No es de extrañar que estuvieran olfateando abajo, bueno, *ella, de* todos modos, y diciendo que vienes del campo y no sabes nada de nada. Espero que no hayas dejado que nadie te convenciera de tener muchos adornos y volantes.

Agnes temía que probablemente lo hubiera hecho, aunque en realidad apenas podía recordar lo que había aceptado.

—¿Debería evitarlos?—, preguntó ella. —Debo confesar, Madeline, que nunca me he considerado una persona con volantes.

—No lo eres—, dijo la chica.

—Pero la torpeza no está permitida por la *Sociedad*, al parecer.— Agnes sonrió con tristeza.

Madeline parecía sorprendida de nuevo.

— ¿Torpe? —Dijo ella. —¿Tú? Podrías sacudir a todos, mi lady, con la ropa y el pelo correctos. Pero no superándolos. Debes lucir *elegante*. No en el sentido de una anciana, no me refiero. ¿Cuántos años *tienes*?

A Agnes le costó mucho no reírse a carcajadas.

—Veintiséis—, dijo.

—Justo lo que pensaba—, dijo Madeline. —Diez años mayor que yo. Pero no tan *viejo* aun así. Pero tampoco es una chica, y apuesto a que todos han estado tratando de hacer que te parezcas a todas esas jovencitas que pronto vendrán aquí en busca de nobles ricos con los que casarse. Si la vistiera, mi señora, le diría qué ponerse, y no le dejaría usar las cosas equivocadas. No es que deba hablar con tanta libertad cuando todo el mundo me dice que estoy perdiendo el tiempo viniendo aquí y que debería pensar que tengo suerte si consigo un trabajo de sirvienta. Estoy hablando demasiado, ¿no? Hago eso cuando quiero terriblemente algo.

—Y quieres vestirme terriblemente mucho—, dijo Agnes, sonriéndole, —y mi pelo.

—Sí, mi señora, así es—, dijo Madeline, de repente con los ojos grandes y ansiosos. —Especialmente después de verte. Eres encantadora. Oh, no de esa forma tan bonita, pero tienes *potencial*. ¿No te encanta esa palabra? Lo aprendí hace unas semanas, y he estado buscando una oportunidad adecuada para usarla.

—Creo, Madeline—, dijo Agnes,—que es mejor que traigas tus cosas aquí mañana y te prepares adecuadamente para el puesto de criada personal de la vizcondesa Ponsonby. No hay trabajo de fregona para ti. Tus talentos se desperdiciarían en un piso fregado, sospecho. Te daré instrucciones. Y pasado mañana me acompañarás a la tienda de Madame Martin en Bond Street. Necesitaré hacer algunos cambios menores en las instrucciones que dejé para la ropa que está haciendo para mí. No tiene sentido que me los hagan y me los entreguen si no me permite usarlos, ¿verdad?

—¿Conseguí el trabajo?— Madeline parecía temerosa de creer en la evidencia de sus propios oídos.

—Tienes el trabajo—, dijo Agnes y sonrió. —Espero no decepcionarte.

Madeline se puso de pie de un salto y, por un momento, Agnes pensó que la chica iba a abrazarla. En vez de eso, apretó muy fuerte las manos contra su pecho e hizo una reverencia.

—No se arrepentirá, mi señora—, dijo. —Oh, no lo harás, de verdad. Ya lo verás. Haré que se pongas muy de moda. *Espera* a que se lo diga a mamá y a las niñas. No me *creerán*.

A Agnes le quitaron dos pulgadas de su cabello al día siguiente, lo suficiente para ordenar las puntas. El Sr. Johnston, el peluquero al que la llevaron, no estaba contento con ella. Tampoco su suegra. Pero Flavian lo aprobó y lo dijo cuándo se acercó a ella esa noche y vio su pelo suelto.

—Esperaba e-encontrar un cordero esquilado en la mesa de la c-cena antes—, le dijo. —Pero en vez de eso encontré a Agnes con brillantes y elegantes t-trenzas. ¿Es eso lo que el peluquero hizo por ti?

—Simplemente lo cortó—, le dijo ella. —Madeline lo decoro, mi nueva criada.

—¿Esa pequeña c-cosa con su nuevo uniforme que p-parece lo suficientemente rígido como para ponerse de pie sin ella en él?—, preguntó. —¿La que me f-frunció el ceño cuando se cruzó conmigo fuera de tu p-puerta, como si no me considerara digno de besar tanto como tu pequeña uña del pie?

—Oh, querido,— dijo,—parece que le gusto. Me convenció de que dejara mi cabello largo y que buscara la elegancia en lugar de la belleza juvenil en mi apariencia. Tengo *potencial*, parece, y no tengo *edad*, aunque soy diez años mayor que ella y por lo tanto estoy a punto de tambalearme. Sin embargo, no debería intentar competir con todas las chicas jóvenes que saldrán este año.

—Es alguien a quien t-temer a pesar de las apariencias, entonces, ¿no?—, dijo. —¿Especialmente por un m-mero esposo? Me veré h-humilde la próxima vez que la vea. Tal vez deje de fruncir el ceño y me permita seguir yendo a tu habitación.

Agnes se rió, y entrelazó los dedos en su cabello y la atrajo hacia él por la nuca.

—Gracias al cielo por M-Madeline—, dijo contra su boca. —Espero estar pagándole un salario decente. Me gusta tu pelo l-largo, Agnes. Y tú ya eres elegante. Todas esas chicas j-jóvenes estarían bien aconsejadas de no intentar c-competir contigo.

—Absurdo—. Se volvió a reír.

Y luego se abandonó a la pasión.

Podía creer en sueños imposibles cuando él le hacía el amor y ella le hacía el amor a él. Siempre fue mutuo. ¿Quién hubiera esperado que una esposa pudiera hacer el amor con su marido?

¿Y por qué los sueños deberían ser imposibles sólo porque *eran* sueños? ¿Los sueños no se hacían realidad a veces?

Agnes regresó a casa de Madame Martin a la mañana siguiente. Después de tres días de implacables compras, su suegra había anunciado su intención de permanecer en cama hasta una hora decente de la mañana o a primera hora de la tarde, y era fácil salir de la casa sola con sólo Madeline caminando decentemente y con orgullo a su lado. Flavian se había ido después del desayuno a disfrutar de algunas actividades masculinas que incluían varios clubes, un salón de boxeo y esgrima, y Tattersall's.

Se hicieron ajustes, la mayoría de ellos menores, algunos más importantes en el orden masivo que Agnes había dejado con la modista dos días antes. Dos de los diseños, uno para un vestido de baile, el otro para un vestido de andar, fueron desechados y reemplazados por diseños más simples y clásicos. Los volantes fueron sacrificados sin piedad y reemplazados por delicados bordados, encajes y vieiras. Madame Martin, que había mirado con recelo a Madeline al principio y sugirió con tacto que quizás "mi lady" debería traer a la vizcondesa viuda de vuelta con ella para discutir cualquier cambio propuesto, terminó mirando a la criada con algo así como respeto.

—Mi cuñada mencionó ayer —dijo Agnes al salir de la peluquería—que realmente debería suscribirme a la biblioteca de Hookham. He echado un vistazo en la sala de libros de mi casa, pero los volúmenes allí parecen muy antiguos y adustos de tema. Se inclinan mucho por los sermones y los tratados morales.

Seguramente habían sido comprados por un antiguo vizconde.

—Bueno, le pregunto, mi lady —, comentó Madeline con cierto asco. —¿Por qué molestarse en aprender sus letras si no puede encontrar algo más alegre para leer que los sermones? Ya es bastante malo que tengas que sentarte en los bancos de la iglesia y escucharlos una vez a la semana. ¿Y algunos vicarios siguen y siguen y siguen?

Encontraron la biblioteca sin ningún problema, y Agnes pagó su suscripción y pasó algún tiempo navegando alegremente entre los estantes. Aquí había libros de poesía, novelas y obras de teatro, y el principal problema iba a ser elegir sólo uno o dos para llevar. Aunque podría volver en cualquier momento, por supuesto, para cambiarlos por otros libros. Qué maravillosa invención era una biblioteca. Había una riqueza positiva de conocimiento y entretenimiento aquí.

—¿Lady Ponsonby?—, preguntó una ligera y dulce voz. —Sí, *eres* tú.

Agnes giró la cabeza, sorprendida. Nadie la conocía, y ella no conocía a nadie.

Ah, pero sí, por supuesto que lo hizo.

—Lady Hazeltine—, dijo, tomando la mano enguantada que se le estaba ofreciendo.

La condesa estaba vestida de diferentes tonos claros de azul y en lo que Agnes ya reconocía como la primera mirada de la moda. Ondas brillantes de su cabello rubio se

rizaron en su frente, y se arrastraron sobre sus orejas y a lo largo de su cuello bajo su atractivo sombrero. Sus ojos azules sonreían, sus mejillas estaban teñidas de rosa, sus dientes eran de color blanco nacarado, y su barbilla tenía unos pequeños hoyuelos. Era la imagen misma de la belleza y la amabilidad cálida.

—Estoy tan contenta de que me hayas hablado—, dijo Agnes. —Estaba absorto en los libros y no te vi; lo siento. ¿Cómo está usted?

—Estoy muy bien, gracias—, dijo Lady Hazeltine. —Y mucho mejor por volver a verte. Me decepcionó que no vinieras con Flavian cuando me visito ayer.

Agnes estrechó sus dos libros elegidos a su pecho y de alguna manera sostuvo su sonrisa.

—Yo también lamento haberme perdido la visita—, dijo. —Estaba de compras con mi suegra y Lady Shields por tercer día consecutivo. No tenía idea de que necesitaba tanto, pero ambos han insistido en que esto es sólo el comienzo.

Los ojos de la condesa bajaron hacia su persona, y sus ojos bailaron de alegría.

—Hace poco que dejé mi ropa de luto—, dijo. —Sé lo que es sentirse mal.

Flavian había visitado ayer a la condesa, y presumiblemente también a Sir Winston y Lady Frome, sin *ella*. Y sin siquiera mencionárselo cuando le preguntó sobre su día anoche.

—Lamento su pérdida,— dijo ella,—aunque fuera hace más de un año. Sé que el duelo no termina tan pronto como las ropas de duelo se quitan.

—Gracias.— La sonrisa de Lady Hazeltine estaba teñida de melancolía. —Sin embargo, no tienes que sentir lástima por mí. Hazeltine y yo vivimos prácticamente separados los dos últimos años de nuestro matrimonio. Entramos en el con una prisa irreflexiva para consolarnos mutuamente y vivimos para arrepentirnos. Debería haber esperado más tiempo para ver qué pasaría con, bueno, con mi primer y único amor verdadero. Pero no lo hice, por desgracia, y ya es demasiado tarde para siempre.

Agnes se sentía decididamente incómoda. ¿Cómo respondía uno a la confianza de un extraño cercano?

—Lo siento mucho—, dijo de nuevo. —¿Lo amabas mucho después de todo, entonces? Vizconde Ponsonby, ¿quiero decir?

Los ojos azules de la condesa se abrieron de par en par, y pareció repentinamente afectada. Puso una mano enguantada en la manga de Agnes.

—Oh, ¿te *lo ha dicho*, entonces?—, preguntó. —Qué travieso y *cruel* de su parte. Pero el comportamiento impetuoso rara vez trae felicidad duradera, como le habría informado por experiencia personal si hubiera esperado para preguntar. Especialmente cuando no nos deja otra opción que vivir con las consecuencias. Pero tal vez no sean tan terribles en este caso en particular como lo fueron en el mío. Tal vez… Bueno, espero que todo salga bien. Sinceramente lo hago.

Volvió a apoyar una mano en el brazo de Agnes y la apretó, sonriendo con una simpatía cálida y melancólica.

Agnes no estaba segura de haber entendido lo que se estaba diciendo. Sin embargo, tenía la extraña sensación de que Lady Hazeltine estaba eligiendo cada palabra con gran y deliberado cuidado.

—Le dije a mamá que estaría aquí por un mínimo instante—, dijo, dejando caer la mano sobre su costado, —mientras recogía la última novela de Minerva Press. ¿Las lees? Juro que soy adicta, tan tonta como ellos. Mamá me estará esperando en el carruaje, y los conductores de otros medios de transporte estarán muy enojados si se queda ahí medio bloqueando el camino por mucho más tiempo. Espero volver a verla pronto, Lady Ponsonby. Tenemos que ser vecinas y…. amigas, confío.

—Sí.— Agnes agarró sus libros aún más fuerte. —Sí, yo también lo espero.

Vio a la condesa abrirse paso hasta el frente de la biblioteca y detenerse por un momento en el escritorio para presentar su libro. Madeline seguía de pie, pacientemente, justo al otro lado de la puerta, mirando a su alrededor con interés.

¿De qué se trataba eso?

Oh, ¿te lo ha dicho, entonces? Qué travieso y cruel de su parte.

¿Qué se había dicho antes de eso? Agnes frunció el ceño mientras intentaba recordar.

Debí haber esperado a ver qué pasaba con… bueno, con mi primer y único amor verdadero. Pero no lo hice, por desgracia, y ya es demasiado tarde para siempre.

Agnes había asumido que estaba hablando del hermano mayor de Flavian, para quien había sido concebida. Pero no podría haber esperado más tiempo para ver lo que le sucedió. Ya estaba muerto cuando se casó con el conde. El hermano mayor de Flavian había sido el vizconde Ponsonby. Pero también lo era Flavian ahora. Debe haber tenido el título antes del matrimonio del Conde y la Condesa de Hazeltine.

Debí haber esperado a ver qué pasaba con…bueno, con mi primer y único amor verdadero.

… Ya es demasiado tarde para siempre.

Y Flavian había llamado a la condesa ayer sin decir una palabra a *ella*.

Pero no había nada tan extraño en que llamara a los Fromes, o a su hija, ¿verdad? Después de todo, eran sus vecinos en el campo, y quizás había pensado que debía disculparse por lo incómodo de su reunión en la Casa Arnott hace unos días.

¿Pero sin Agnes?

¿Y sin siquiera decírselo a ella?

Pero el comportamiento impetuoso rara vez trae felicidad duradera, como le habría informado por experiencia personal si hubiera esperado para preguntar. Especialmente

cuando no nos deja otra opción que vivir con las consecuencias.

¿*El* comportamiento impetuoso de *quién?* ¿Y *qué* comportamiento impetuoso? ¿Qué consecuencias?

—Discúlpeme, señora—, dijo un caballero educadamente, pero con un toque de impaciencia en su voz.

—Oh—, dijo, dándose cuenta de que había estado parada frente a la misma estantería durante demasiado tiempo. —Le ruego me disculpe.

Y se dirigió al escritorio, sin recordar qué libros había seleccionado.

CAPITULO 17

Flavian había visitado la casa de Sir Winston Frome en Portman Place la tarde anterior. Los Fromes eran sus vecinos en Sussex, después de todo, y si tenía la intención de pasar tiempo en su casa de campo en el futuro, como seguramente debia hacer ahora que estaba casado, entonces inevitablemente se encontraría con ellos socialmente allí. Sería mejor disipar cualquier incomodidad causada por su última reunión.

Si se *pudiera* disipar.

Y si Velma iba a volver a vivir con ellos, como parecía, entonces también tendría que volver a encontrarse con ella, tanto en el campo como aquí en Londres. No podía evitarla para siempre. La casa de Len había estado en Northumberland, y él y ella se habían quedado en el norte de Inglaterra después de su matrimonio, donde era poco probable que Flavian volviera a encontrarse con ninguno de los dos.

Lástima que Len haya muerto.

Dios mío, *qué* pena que haya muerto.

Se conocieron de niños en Eton. Cada uno había ennegrecido un ojo del otro cuando llegaron a los puñetazos el primer día. Como resultado de ello, ambos tenían el trasero destrozado, y después de eso habían sido amigos firmes, casi inseparables. Len había pasado la mayoría de sus vacaciones escolares en Candlebury, ya que Northumberland estaba demasiado lejos para hacer visitas cortas. Habían comprado sus comisiones al mismo tiempo y en el mismo regimiento. Len la había vendido seis meses antes de que Flavian fuera herido y enviado a casa. Len había regresado a su casa tras la muerte de su tío y la adquisición de su título, como *no* había hecho Flavian en la adquisición del suyo. En retrospectiva, sus diferentes reacciones a las nuevas responsabilidades que trajeron sus títulos fue quizás el primer pequeño heraldo de la grieta que se produjo entre ellos.

No se volverían a ver nunca más, nunca hablarían de las cosas, nunca…. Bueno, no tenía sentido detenerse en tales pensamientos. Estaban varados en los lados opuestos de la muerte, al menos por ahora, y eso era todo lo que había que hacer.

Flavian fue a visitar a los Fromes, bien consciente de que quizás su verdadero propósito al ir tan pronto e ir solo era volver a ver a Velma, tratar de resolver algo en su mente, tratar de dejar atrás su pasado.

Por un dolor de cabeza amenazado cada vez que su mente tocaba ese pasado. Y esa sensación de pánico que nunca pudo explicar.

Lo que había que arreglar no lo sabía del todo. Había roto su compromiso y se había casado con Len, y ahora, cuando volvió a ser libre, *él* se había casado. Estaba a salvo de cualquier esquema de emparejamiento renovado de sus familias. Y habrían sido

renovados. ¿Por qué otra razón Velma y sus padres habían estado esperando su llegada a Arnott House hace unos días? Como si el matrimonio de su prometida y su mejor amigo hubiera sido un irritante menor de un retraso en sus nupcias.

Todavía no estaba seguro de cómo se había sentido cuando entró en su propio salón y la encontró viniendo hacia él, una mirada de alegre bienvenida en su cara. No *importaba* cómo se había sentido. Estaba casado con Agnes. Pero, ¿y si realmente se hubiera casado con ella, como su madre y su hermana le habían acusado de hacer, para castigar a Velma? Y a sí mismo. ¿Qué clase de canalla lo haría con respecto a Agnes?

Necesitaba encontrar algunas respuestas. Así que se fue a visitar… solo.

Sólo había damas presentes cuando se le mostró en el salón, Lady Frome y Velma, dos hermanas, la Sra. Kress y la Srta. Hawkins, y una niña pequeña vestida con sus mejores volantes para ser mostrada a los visitantes. Era delicada, rubia y bonita, con un fuerte parecido con Velma a esa edad, y también un inquietante parecido con Len.

Los otros dos visitantes se despidieron casi inmediatamente, y la niña recibió instrucciones de hacer una reverencia a Lord Ponsonby antes de que su niñera se la llevara. Entonces Frome mismo entró en la habitación e inclinó su cabeza fríamente hacia Flavian.

Hubo una caída repentina en la conversación, que se había centrado en la niña durante unos minutos.

—Lo s-siento—, dijo Flavian, dirigiéndose a Velma, —sobre L-Len, quiero decir. Realmente d-debería haber escrito. Fue muy m-malo de mi parte no hacerlo.

¿Ya lo había dicho hace unos días?

Le sonrió, sus ojos se llenaron de lágrimas. —Casi sus últimos pensamientos fueron sobre ti, Flavian—, dijo. —Nunca se perdonó a sí mismo, sabes. Parecía lo correcto en ese momento. Ambos pensamos que era algo que te gustaría que hiciéramos, y mamá y papá e incluso *tu* madre estuvieron de acuerdo. No creímos…. Bueno, tu médico no le dio ninguna esperanza de recuperación. Pero Leonard se sintió desdichado desde el primer momento de nuestro matrimonio hasta que respiró por última vez. Creyó que te había traicionado. *Nos* consolamos mutuamente, pero cuando oímos que te estabas recuperando después de todo…. Bueno, fue terrible para nosotros. Y maravilloso para ti. Leonard estaba tan feliz por ti. Los dos lo estábamos. Pero…. habíamos cometido un trágico error.

Flavian había olvidado lo suave y dulce que era su voz. Envolvía sus sentidos, como siempre lo había hecho.

Len nunca le había escrito. Quizás le había resultado tan difícil poner la pluma en el papel como a Flavian después de la muerte de Len. Se preguntó cuánto había que culpar a su amigo por ese matrimonio, y su mente parpadeó, ya que tenía el molesto hábito de hacer de vez en cuando, y luego volvió a cerrarse. Hubo un débil apuñalamiento de dolor sobre una ceja.

—No debes enfadarte, Velma—, dijo Lady Frome mientras su hija se acercaba a los ojos un pañuelo con bordes de encaje y se secaba las lágrimas.

—Fue el deseo más querido de Leonard mientras yacía en su lecho de muerte—, dijo Velma, bajando de nuevo el pañuelo, —que *me* perdonaras*,* Flavian, y que tú y yo…

Se mordió el labio inferior.

—No hay n-nada que p-perdonar—, dijo Flavian.

—Ah,— dijo con un suspiro,—pero obviamente lo hay, o no me hubieras castigado tan cruelmente. *Es* cruel, ya sabes, y quizás para algo más que para mí. Pobre Lady Ponsonby. Ella no *lo sabe*, supongo. ¿Quién *es* ella?

—Es hija de un tal Sr. D-Debbins de Lancashire—, dijo,—y viuda de un tal Sr. Keeping del mismo condado. Y es mi esposa.

—Sí.— Velma volvió a sonreír y guardó su pañuelo. —Y le deseo lo mejor, Flavian. Y a ti. Debería guardar rencor, tal vez, pero eso sería injusto por mi parte. Te lastimé mucho una vez, aunque esa *nunca* fue mi intención.

Frome estaba de pie en la ventana, de espaldas a la habitación, con las manos entrelazadas detrás de él, su postura rígida.

—Y espero que tenga un futuro feliz, Lord Ponsonby,— dijo Lady Frome,—ahora que está bien de nuevo y ahora que se está asentando.

A Flavian siempre le gustó. Era una dama cómoda y amable con la que Sir Winston se había casado, o eso se rumoreaba, porque la fortuna de su padre lo había rescatado de la considerable vergüenza financiera que su amor por las mesas de cartas le traía para siempre.

—Gracias, señora—, dijo.

Sir Winston se volvió de la ventana y lo miró fijamente, pero no dijo nada. Era menos indulgente con el desprecio en contra de su familia y su hija, parecía decir su expresión.

Flavian se despidió, sin saber si su visita había aclarado el ambiente o si había empeorado las cosas. Pero había ido mejor de lo que temía. Aunque Velma casi había admitido estar decepcionada, se había comportado con dignidad y un poco de generosidad de espíritu hacia Agnes. Quizás habría paz después de todo entre Candlebury y Farthings.

Lo que debía hacer ahora, pensó, era volver a casa con la esperanza de que Agnes regresara de su día de compras y contarle todo. Quitarse todo eso de encima y convencerla de una vez por todas de que se había casado con ella porque había *querido* hacerlo. Sin embargo, probablemente no volvería todavía si conocía a su madre y a Marianne, y no podría soportar la idea de estar en casa y pasear por la habitacion, esperando a que regresaran.

Se dirigió a White’s en vez de eso para llenar una hora o dos en compañía de un hombre agradable.

Cuando llegó a casa más tarde, justo a tiempo para vestirse para la cena, había cambiado de opinión. Decirle a Agnes todo sería un *error*. ¿Cómo podría convencerla de que su apresurada propuesta de matrimonio y su impulsivo viaje a Londres para conseguir

una licencia especial no tenían nada que ver con la necesidad de castigar a Velma? Ni siquiera él mismo sabía cuál había sido su motivo.

Lo último que quería hacer era herir a Agnes.

La última cosa.

Terminó sin contarle nada de su tarde, ni siquiera que había visitado a sus vecinos, los Fromes.

Para cuando Agnes llegó a casa de la biblioteca, dos de los vestidos que había comprado a Madame Martin habían sido entregados. Habían sido artículos confeccionados, ambos vestidos de noche, y sólo habían necesitado pequeñas alteraciones. También estaban, afortunadamente, a la altura de los exigentes estándares de Madeline.

Agnes estaba lista para enfrentarse al mundo, declaró su suegra, aunque sólo fuera de manera menor. Flavian las acompañaría al teatro esa misma noche después de la cena. No estaría lleno de mucha gente que realmente importaba, por supuesto, la *Sociedad* aún no había regresado a la ciudad en gran número, pero sería un comienzo. Y quizás un *buen* comienzo. Agnes podría abrirse paso gradualmente hacia la sociedad en lugar de sentirse abrumada por ello en el baile de presentación.

Agnes tenía más ganas de meterse en su cama y correr las cortinas. Pero como eso era imposible, una excursión parecía preferible a una velada en casa sólo con su marido y su suegra como compañía.

No podía quitarse de la cabeza el hermoso rostro de Lady Hazeltine, o su dulce y ligera voz diciéndole a Agnes que debería haber esperado por su único amor verdadero.

Agnes no dijo mucho en la cena, pero permitió que Flavian y su suegra llevaran la conversación. Tampoco hablaba mucho en el carruaje ni en el teatro. Afortunadamente, había una obra de teatro para ver, con gran atención, aunque después no hubiera podido decir de qué se trataba. Y durante el intermedio hubo gente con la que encontrarse, saludar y conversar: Marianne y Lord Shields y algunos conocidos de la viuda y de Flavian.

Era una pena que su mente estuviera tan preocupada, pensó unas cuantas veces en el transcurso de la noche. Debió sentirse abrumada por su primera visita a un teatro, por el esplendor de su entorno y por la excelencia de la actuación, así como por el placer de llevar un vestido de noche nuevo y halagador y de saber que su cabello se veía elegante y atractivo.

Fue una de las peores noches que podía recordar.

Esperó a Flavian cuando terminó la noche, de pie en la ventana de su alcoba y mirando hacia abajo en la plaza. Todavía había luces en varias de las otras casas. Un carruaje fue preparado fuera de la casa de al lado. Podía escuchar el lejano sonido de voces y risas.

Y entonces las voces se callaron, y el carruaje se había ido, y la mayoría de las luces se habían apagado, y se dio cuenta de que había estado allí por mucho tiempo. Tembló y se

dio cuenta de que el aire estaba frío. No se había puesto una bata sobre su camisón.

Fue a buscar una a su vestidor. Miró la cama a su regreso. ¿Estaba durmiendo en su propia habitación? ¿Dormirían separados por primera vez desde su boda? ¿Y eso fue hace sólo una semana?

¿Se había ido a la cama? No lo había oído.

Tomó la única vela que aún ardía en su tocador y volvió a bajar. No estaba en el salón. Lo encontró en la biblioteca, que sólo estaba iluminada por el fuego que ardía en la chimenea.

Levantó la vista cuando entró, y sonrió su sonrisa entrecerrada.

—¿La Bella Durmiente camina d-dormida?—, preguntó.

Puso su candelabro sobre la repisa de la chimenea y miró fijamente al fuego por unos instantes. No se había dado cuenta de lo fría que estaba.

—Háblame de la Condesa de Hazeltine—, dijo.

—Ah,— dijo en voz baja. —Me p-preguntaba si eso era todo.

Se giró para mirarlo. Estaba tumbado en su silla, su pañuelo y su corbata descartada, su camisa abierta en el cuello. Su pelo dorado parecía como si hubiera pasado sus dedos por él demasiadas veces. Había un vaso vacío en la mesa junto a él, aunque no parecía borracho.

—La vi en la biblioteca de Hookham esta tarde—, dijo.

—Ah.

—La visitaste ayer.

—Ella y Sir Winston y Lady Frome.

Esperó por más, pero no llegó más.

—Tuvo un matrimonio infeliz—, dijo Agnes. —Me dijo que debería haber esperado a ver qué pasaba con su primer y único amor verdadero: sus palabras. Pensé que se refería a tu hermano. Pensé que quizás lo había amado después de todo.

—Ah,— dijo otra vez.

—¿Es *todo lo que* puedes decir?—, le preguntó.

Respiró profundamente, lo detuvo durante un largo momento, y lo exhaló en un suspiro. —Estaba sembrando d-discordia—, dijo. —Me preguntaba si lo haría.

Agnes envolvió su bata más cerca y se sentó en una silla a cierta distancia de la suya. En la luz parpadeante de la vela y el fuego moribundo, parecía casi satánico. Su cabeza estaba contra el respaldo de la silla.

—Crecimos juntos—, dijo. —Cuando ambos teníamos quince años, e-estábamos locamente e-enamorados. Volví de la escuela para el verano. Sin embargo, nos veíamos a nosotros mismos como figuras t-trágicas, ya que siempre había estado destinada a D-

David y aún lo estaba. Tenía diecinueve años y estaba t-terriblemente enamorado de ella. Terriblemente porque era delgado y p-poco maduro y nada robusto, mientras que ella ya era b-bonita. Pero conocía su deber, y yo amaba a mi hermano. Renunciamos el uno al otro, V-Velma y yo, pensando que nuestro amor era una leyenda. Después de eso, tratamos de mantenernos alejados el uno del otro. Pero David lo adivinó. Cuando ella cumplió dieciocho años y por fin iban a ser oficialmente p-prometidos, él sorprendió a todo el mundo y se n-negó a hacerlo. La liberó. Se le rompió el corazón.

Los ojos de Flavian estaban cerrados, y estaba frunciendo el ceño y frotaba el lado de un puño apretado de un lado a otro de su frente como si fuera a borrar los recuerdos.

Agnes lo miró fijamente, su corazón se convirtió en piedra. Aunque la piedra no dolía insoportablemente, ¿verdad?

—Entonces todos q-querían que *me* casara con ella—, dijo, —porque era obvio que iba a ser Ponsonby más pronto que tarde. Estaban encantados con ello, en realidad. Ni s-siquiera intentaron que David cambiara de o-opinión. Y ni siquiera q-querían esperar a que m-muriera primero. Yo también tenía dieciocho años. Era lo suficientemente mayor para estar prometida, aunque no estuviera casada. Yo no lo haría. Yo… no lo h-haría. H-hice que David me comprara una comisión y me fui a la guerra. Supongo que me creí un tipo noble y d-diabólico.

Abrió los ojos y la miró entonces. Se rió suavemente y los volvió a cerrar cuando no dijo nada.

—Cada vez que mi madre escribía, era para decir que David se estaba d-debilitando—, dijo. —Finalmente, cuando estaba claro que se estaba m-muriendo, me despedí y v-volví a casa para verlo. Pasé la mayor parte del tiempo con él en Candlebury. Iba a quedarme en casa hasta que muriera. Me a-acuerdo de eso. Velma estaba en Londres, era la temporada. Y entonces estaba de vuelta en casa. Creo que debía haber venido por David. Pero la volví a ver, y yo…

Estaba frunciendo el ceño y frotándose la frente de nuevo. Luego usó el mismo puño para golpear el brazo de su silla una y otra vez hasta que se detuvo y extendió su mano sobre él, con la palma hacia abajo.

—No puedo recordar. *No puedo recordarlo.* Oh, olvídalo todo, Agnes, perdóname. Pero *no puedo recordar*. David estaba *m-muriendo*, y pensé que yo también moriría, pero de repente me volví a enamorar de Velma, y se anunciaba nuestro compromiso, y se había planeado un gran baile de esponsales en Londres para el día antes de que yo regresara a la P-Península. Mi madre y mi hermana estaban extasiadas. También los Fromes. Creo que sí, creo que q-querían que sucediera antes de que David muriera, para que el período de luto no lo retrasara. Supongo que yo también lo quería. No i-iba a dejar a David en absoluto, pero terminé yendo a Londres y bailando en mi baile de c-compromiso, y volviendo a la Península al día siguiente. La n-noche que zarpé, David murió.

Agnes tenía una mano sobre su boca. Seguramente, oh, seguramente había algo más en la historia que eso. No tenía sentido. Pero no podía recordar. Había venido aquí para acusarlo, para sacarle la sórdida verdad. Era sórdido, de hecho, si hubiera ocurrido como

lo recordaba.

—Ni siquiera regresé a Inglaterra después de saberlo—, dijo. —Me quedé donde estaba. No volví a casa hasta que me llevaron a casa. Yo estaba consciente, pero no podía hablar o entender completamente lo que estaba pasando a mí alrededor o lo que la gente estaba diciendo. Ni siquiera podía pensar con claridad. Yo era peligroso. V-Violento. George vino y me llevó a C-Cornwall, donde encontró un buen tratamiento para mí. Pero justo antes de irme, Velma vino a decirme que iba a haber un anuncio del fin de nuestro c-compromiso en los periódicos de la mañana al día siguiente, y que unos días después iba a haber un anuncio de su c-compromiso con Hazeltine. Mi mejor amigo desde la escuela. Dijo que tenía el corazón roto, que ambos lo estaban, pero que encontrarían consuelo juntos y siempre me amarían.

Oh.

—Entendí lo que ella d-dijo—, dijo, —pero no pude h-hablar. Ni siquiera con un t-tartamudeo. Sólo salieron de mi boca galimatías cuando lo intenté. Estaba d-desesperado por detenerlos. Después de que se f-fue, destruí la sala de estar. Estaba desesperado por hablar con L-Len, pero él no v-vino.

—Tu mejor amigo—, dijo Agnes.

—Se c-casaron—, dijo. —¿Te dijo que eran infelices?

—Dijo que vivieron prácticamente separados durante los últimos dos años de su vida —, le dijo Agnes.

Su boca se retorció con burlas, y se rió sin humor.

—Debería estar regodeándome—, dijo en voz baja. —Pero pobre Len.

—¿Sabías que había vuelto con sus padres?— preguntó Agnes.

—Mi hermana escribió mientras yo estaba en Middlebury Park,— dijo,—y luego mi madre. No pudieron visitarla en Farthings lo suficientemente rápido.

—Ambas familias esperaban revivir el viejo plan de que ustedes dos se casaran—, dijo.

—Oh, sí—, dijo. —T-todos ellos.

—Lady Hazeltine también, supongo—, dijo. —Y entonces te casaste conmigo.

Por un momento hubo un zumbido en su cabeza, pero se sacudió el impulso de desmayarse y así evitar enfrentarse a la verdad. Tarde o temprano hay que afrontarlo.

No se precipitó en la negación, ni en la confirmación. La miró con los ojos entrecerrados, aunque no con su habitual máscara perezosa de burla.

—Me casé contigo,— dijo al fin,—porque q-quería hacerlo.

Le miró fijamente durante un rato y se rió suavemente.

—Qué declaración tan conmovedora—, dijo. —*Porque querías* casarte conmigo, Flavian, para vengarte de la señora Hazeltine y de tu familia, que no impidieron que se

casara con tu mejor amigo. Y tu elección de una simple y poco interesante nadie fue inspirada. Puedo ver eso ahora. Nadie podía dejar de entenderlo. Y mucho menos yo.

—No eres ni sencilla ni poco interesante ni nadie, Agnes—, dijo.

—Tienes razón.— Se puso de pie, abrazando su bata. —No lo soy, excepto a los ojos de tu madre, tu hermana y la *mujer que amas* y su familia, y eso es todo lo que realmente importa, ¿no es así?

—Agnes…— Empezó, pero ella levantó una mano.

—No te estoy echando *toda la* culpa a ti—, dijo. —Yo también tengo la culpa. Casarme contigo era una locura. Ni siquiera te conocía, ni tú a mí. *Sabía que* era una locura, pero me casé contigo de todos modos. Me dejé llevar por la pasión. Te quería a ti, y finalmente me convencí a mí misma de que el deseo era suficiente. Y luego, después de casarnos, me convencí de que lo que pasó entre nosotros *era* realmente suficiente, cuando en realidad no era más que una simple gratificación física, divorciada de la mente o de la razón. No he sido mejor que una *cortesana*…

—Las cortesanas no sienten pasión, Agnes—, dijo. —Están demasiado ocupadas despertándolo. Su vida d-depende de ello.

—Entonces no soy mejor que mi *madre*—, escupió.

Se volvió otra vez hacia las brasas del fuego para no tener que mirarle.

—A diferencia de ella, aún no me has dejado por otra persona—, dijo.

—La pasión es *destructora*—, le dijo ella. —Es el máximo egoísmo. Mata a todo menos a sí mismo. Me dejó cuando era poco más que un bebé. Peor aún, dejó a Dora con todas sus esperanzas y sueños destruidos para siempre. Dora tenía diecisiete años, era guapa, ansiosa, vivaz y deseosa de ser cortejada, estar casada y madre. En vez de eso, se quedó conmigo. Fue la lección de su vida para una niña pequeña, o debería haberlo sido. La pasión debía ser evitada a toda costa. Elegí sabiamente la primera vez que me casé. Pero en el primer advenimiento de la pasión en mi vida *contigo*, la tomé sin pensar en nadie ni en nada más. Porque te *deseaba* de la forma física más vil. Y por *eso* no te culpo. Sólo por tu deshonestidad.

—Agnes—, dijo.

—Voy a volver a Inglebrook—, dijo. —No hará ninguna diferencia para ti. Estás atrapado conmigo de por vida de todas formas, y eso será suficiente para alimentar tu venganza. No puedes casarte con ella a menos que yo muera. Voy a volver con Dora. Nunca debí haberla dejado. Se merecía algo mejor de mí.

—Agnes…

—¡No!— Ella barrió para mirarlo. —No, no me convencerás de que no lo haga. Cuando lo pienses, si alguna vez te detienes a *pensar*, es decir, te alegrarás de tenerme fuera de tu vida. He cumplido mi propósito, y me voy. Mañana. Y no tienes por qué preocuparte. Voy a salir de escena. Tengo suficiente dinero para pagar un billete.

De repente su máscara estaba firmemente en su lugar, ojos entrecerrados, boca ligeramente retorcida…

—Agnes—, dijo, —eres una mujer apasionada, lo desees o no. Y tú estás casada conmigo, lo desees o no—.

—La pasión—, dijo, —puede y debe ser controlada. Y cuando vaya a casa, puedo olvidar que estamos casados.

Levantó una ceja burlona, y ella no quería nada más que ponerse de rodillas ante el hogar y enroscarse en una bola y llorar a mares. O caminar hacia él y dale una bofetada en la mejilla.

Había estado casada por venganza contra la mujer que una vez le había hecho daño más allá de lo tolerable.

¿Pero qué hay de la mujer que lo *amaba*?

¿Qué hay de *ella*?

CAPITULO 18

La cama de su esposa donde había estado dormida, Flavian podía verla o por lo menos yacer sobre ella. Pero el tocador había quedado desnudo de todo lo que lo había adornado la última vez que había estado en la alcoba, excepto de los dos candelabros con sus velas quemadas. Nada llenaba la habitación.

Flavian podría haber temido que ya se hubiera ido, si el sonido de sollozos apagados no hubiera entrado por la puerta parcialmente abierta de su vestidor.

No se había acostado. Había pasado la noche en la sala de lectura, tumbado en la silla donde lo había encontrado después de la medianoche. Tampoco había dormido. No se había levantado para reavivar el fuego ni para volver a ponerse el abrigo, aunque sabía que la habitación estaba fría. No se había levantado para rellenar su vaso. La experiencia le había enseñado que la embriaguez sólo ahondaría su tristeza, no la aligeraría ni la borraría. Nunca había tenido mucho éxito con el licor. A veces envidiaba a los borrachos felices.

Era consciente de que su camisa de noche estaba horriblemente arrugada, de que su pelo estaba irremediablemente despeinado, de que necesitaba urgentemente un afeitado, de que sus ojos estaban indudablemente enrojecidos y de que probablemente no olía tan bien. No se molestó en ir a cambiarse y limpiarse. Además, probablemente se habría ido antes de que se pusiera presentable.

Aún estaba frustrada, pero entonces, la luz del día era todo lo que había esperado, adivinó.

Su vida no podría estar más arruinada si lo hubiera intentado.

Se dirigió a la entrada del vestidor y colocó su hombro contra el marco después de empujar la puerta un poco más ancha. Estaba vestida para viajar. Todos menos uno de sus bolsos fueron empacados y cerrados. El otro estaba listo para ser cerrado. Pero no era ella la que lloraba, descubrió. Era la pequeña y delgada criada.

—Madeline—, dijo cuándo levantó la vista y lo vio. —¿Nos d-dejas, por favor?

Probablemente acababa de ser despedida, sus servicios ya no eran necesarios, pobre chica.

—No está bien, no lo está—, dijo, mirándolo con una acusación acuosa.

—Madeline—. Agnes, su voz tranquila pero firme, le impidió a la criada explicar exactamente lo que no era correcto. —Déjanos, por favor. Hablaré contigo antes de irme.

Aún con los ojos enrojecidos que no hacían nada para mejorar su aspecto, la chica se le cruzó en la puerta.

Agnes puso su cepillo encima de la bolsa todavía abierta y la cerró. Se enderezó y lo

miró, con la cara pálida y serena y los ojos vacíos.

—¿Te das cuenta —le dijo—de que ayer era nuestro p-primer aniversario? ¿Nuestro aniversario de una semana?

—Ojalá pudiera volver atrás y borrar esa semana y tomar un camino diferente—, dijo. —Pero no es posible. Uno sólo puede seguir adelante.

—¿No estás tratando de volver de todos modos?—, le preguntó. —¿Tanto en el tiempo como en el lugar?

Pareció considerar su respuesta.

—No—, dijo ella. —Hace poco tiempo tuve una débil esperanza de poder casarme de nuevo algún día y quizás incluso tener uno o dos hijos, y de que estaría tan contenta con mi nuevo matrimonio como lo estaba con el anterior. Ahora esa esperanza ha sido borrada para siempre. Aparte de eso, sin embargo, mi vida volverá a ser lo que era hasta que tomé una decisión tan impulsiva y desastrosa. Creo que ella obtiene tanto consuelo de mi compañía como yo de la suya.

—Creo que la vas a e-entristecer—, dijo.

Se rió, aunque no parecía ni remotamente divertida.

—Siempre dijo que no confiaba en tu ceja izquierda móvil—, dijo. —Me atrevo a decir que no se sorprenderá de que se demuestre que tenía razón.

—C-creo que le gusto—, dijo.

Agnes lo miró y se rió de nuevo. Desearía haber abotonado su camisa al menos hasta el cuello. Debía mirar el desastre que sentía, por no hablar de la vergüenza.

—No te v-vayas—, dijo.

Levantó las cejas, las dos.

—Ha sido sólo una s-semana, Agnes—, dijo. —Ya que estamos c-casados de todos modos y nada puede cambiar eso, ¿no d-deberíamos al menos darle una o-oportunidad al m-matrimonio?

De repente pensó en Ben una vez diciendo que a menudo deseaba poder dejar caer sus bastones y alejarse de ellos sin siquiera pensar o tropezar o caer. Flavian deseaba poder abrir la boca y decir lo que su mente estaba pensando, sin tropezar y tropezar con sus palabras, especialmente cuando estaba más agitado.

—Pero nunca fue un matrimonio, ¿verdad?—, dijo ella. —Excepto, por supuesto, que había una ceremonia de por vida, y estaba la consumación. Esas cosas no hacen un *matrimonio*, sin embargo, excepto en la ley. Te casaste conmigo para poder herir a Lady Hazeltine, a tu familia y a la suya, como te herían a ti hace años. Y me casé contigo porque yo… bueno, porque te *deseaba*. Ahora que has tenido tu venganza y yo he saciado mi lujuria, es hora de que me vaya a casa. No vas a intentar detenerme, ¿verdad? ¿No vas a intentar hacer valer tu autoridad y ordenarme que me quede?

Levantó la barbilla, y su mandíbula se endureció.

— Q-quería c-casarme contigo—, dijo. —No p-puedo explicar por qué, y no voy a explayarme sobre las razones que reconocerías como f-falsedades. Pero no fue venganza, Agnes. O al menos no…. Esa p-palabra nunca entró en mi cabeza. Q-quería estar a s-salvo. Ni siquiera sé lo que quiero d-decir con eso, pero lo sentí cuando dijiste que sí, que te c-casarías conmigo, y lo sentí cuando nos c-casamos y salimos de la iglesia. Me sentí s-seguro. Eso puede no p-parecer muy halagador, pero *es* la verdad. Y era contigo con q-quien quería casarme, no con cualquier mujer. Y no fue sólo lujuria por tu parte. No te habrías c-casado conmigo sólo para estar en la cama. Te s-subestimas cuando dices eso. *Me* querías a *mí*, no sólo a mi cuerpo. *Me* querías, Agnes.

—Ni siquiera sé quién eres—, dijo ella.

—Pero sabías que yo era *a-alguien*—, dijo. —Alguien a quien q-querías conocer. Alguien a quien querías pasar una v-vida conociendo. No era sólo lujuria.

—Entonces, me tomaste el pelo—, dijo ella. —No había nadie que valiera la pena conocer dentro de ese hermoso cuerpo después de todo, ¿verdad?

Se estremeció y tragó.

—No te vayas—, dijo. —Puedes a-arrepentirte. Y sé que lo harías.

—Tu *orgullo* se arrepentirá—, dijo.

—Probablemente—, admitió. —Y todo el resto de mí también.

Lo miró fijamente, con la cara pétrea y los ojos en blanco.

—E-espera otra semana—, suplicó. —Dame tanto tiempo. Quédate s-siete días más, y luego te llevaré a Candlebury si t-todavía quieres dejarme. Podemos decir que vamos a ir a-allí para la Pascua, y tú puedes q-quedarte allí después, y cualquiera que d-diga que debes ser presentada a la *Sociedad* como mi v-vizcondesa puede ser colgado. Puedes hacer que tu h-hermana venga a vivir contigo si lo deseas y si ella lo desea. Encontrará suficientes alumnos de música si lo q-quiere, y encontrarás suficientes flores silvestres para p-pintar para toda la vida. Pero d-dame una semana primero.

Ella no se había movido y no lo hizo ahora.

—O si tienes que irte h-hoy,— dijo,—entonces d-déjame llevarte a Candlebury ahora. No me q-quedaré si no quieres. No volveré a acercarme a ese lugar a menos que me invites. ¿Agnes?

—¿Todavía la amas?—, preguntó.

Expulsó su aliento audiblemente, inclinó la cabeza hacia atrás contra el marco de la puerta, cruzó los brazos y miró hacia arriba.

—La cosa g-graciosa es,— dijo,—y creo que *debe* ser graciosa porque no tiene ningún sentido, lo divertido es que no estoy s-seguro de que alguna vez lo haya hecho. Quiero ser honesto contigo porque creo que es mi única oportunidad. Debo haberla amado, ¿no? Pero no p-puedo recordar cómo fue o cómo se sintió. Y cuando la volví a ver el día que tú y yo

llegamos aquí, no s-sabía si la amaba o la odiaba. Todavía no lo sabía cuándo la visite ayer. Tenía miedo de amarla. Pero yo no quería hacerlo. No quiero hacerlo. Quiero…. quiero estar casado *contigo*. Quiero estar a salvo contigo. Y no podría sonar más egoísta si lo intentara, ¿verdad? Quiero, quiero, quiero… me gustaría i-intentar hacerte f-feliz, Agnes. Creo que sería bueno hacer f-feliz a alguien. Creo que sería la mejor sensación del mundo. Especialmente si fueras tú. No te vayas. Dame una oportunidad. *Danos* una oportunidad.

Hubo un largo silencio mientras cerraba los ojos y esperaba su decisión. *No* iba a imponer su autoridad sobre ella, aunque podía hacerlo como su marido, supuso. Si tiene que irse, entonces la dejaría ir. Incluso salir de escena, si eso era lo que elegía.

Y, Dios mío, ni siquiera podía asegurarle que ya no amaba a Velma, o que nunca la había amado. ¿Por qué el diablo hizo que el médico de Penderris lo liberara en un mundo desprevenido? Era un lunático andante.

—Hay un dolor terrible —dijo en voz baja—de ser abandonado por alguien que ama a otra persona más que a ti. Un dolor y un vacío y la determinación de no volver a darle a nadie ese poder.

Se quedó perplejo por un momento antes de darse cuenta de que estaba hablando de su madre, que había dejado a sus propios hijos para estar con su amante.

—El matrimonio con William trajo paz y tranquilidad—, dijo.

—No soy William.

Le miró, sus ojos aún en blanco, hasta que de repente se arrugaron inesperadamente en las esquinas, y se rió con lo que parecía una verdadera diversión.

— Eso debe ser el eufemismo de la década —, dijo.

—Quédate—, la instó. —Puedes decidir dejarme más tarde, Agnes, y no te d-detendré, pero nunca te abandonaré. Nunca. Lo juro.

Pero sabía que no era un abandono literal lo que ella temía, sino un abandono emocional, su amada Velma en vez de ella. Dios mío, nunca había pensado en Agnes en términos de *amor*. El amor, el amor romántico, eso era, siempre le hacía sentir un poco enfermo, aunque no tenía ni idea de por qué. Hugo amaba a Lady Trentham, y no había nada de nauseabundo en lo que obviamente sentían el uno por el otro. Lo mismo ocurría con Vincent y su esposa, y con Ben y los suyos. ¿Por qué no podría ser verdad en él?

Le miraba fijamente, sin sonreír.

—Por una semana—, dijo al fin.

Volvió a apoyar la cabeza contra el marco de la puerta y cerró los ojos brevemente. —Gracias—, susurró.

—Ve y duerme un poco, Flavian—, dijo. —Estás agotado.

—No hay n-nada como tener a tu e-esposa de una semana, d-diciendo que te va a d-dejar para mantenerte despierto—, dijo.

—Bueno, no te va a dejar—, dijo. —No hasta dentro de una semana. Pero si me quedo, Flavian, entonces voy a visitar a Lady Hazeltine y Lady Frome, preferiblemente esta tarde, si por casualidad están en casa.

Frunció el ceño. —¿Te llevarás a mi m-madre contigo? ¿O a m-mí?—

—Ninguno de los dos—, dijo.

Continuó frunciendo el ceño, y tenía imágenes mentales de Daniel caminando hacia el foso de los leones. Lo que era una forma extraña de pensar en la casa de Frome.

—Me llevaré a Madeline por la respetabilidad,— dijo Agnes,—ya que este no es el campo. ¿Será muy malo *de* todos modos ir esencialmente sola?

—Mucho—, dijo.

—Espero que *estén* en casa—, le dijo, —y espero que estén solas. Tiene que haber algo de claridad.

Se había casado con una mujer valiente, se dio cuenta, tranquila y sin pretensiones, como siempre parecía. Una visita así sería sin duda increíblemente difícil para ella.

—Ve y duerme un poco—, dijo.

—Sí, señora.— Empujó su hombro lejos del marco de la puerta y se volvió hacia la habitación de ella en camino a la suya.

Llamó a su valet cuando llegó.

Mientras Agnes, con una nueva y feliz Madeline trotando tranquilamente a su lado, caminaba en dirección a Portman Place y buscaba el número correcto de la casa, esperaba fervientemente que las damas *estuvieran* en casa y libres de las molestias de otros visitantes. Al mismo tiempo, y de manera bastante irracional, esperaba fervientemente que estuvieran fuera.

El mayordomo no lo sabía, pero iba a ir a ver. Por lo general, a Agnes le divertiría que el mayordomo de una casa se declarara ignorante de quién estaba en la casa y quién no, pero en esta ocasión se limitó a cruzar los dedos con las dos manos e hizo un deseo confuso. *Que estén en casa. Que no.*

—Podría haberte pedido que te sentaras mientras esperas—, dijo Madeline. —Grosero, lo llamo, por toda su arrogancia.

Agnes no respondió.

Las señoras estaban en casa, aunque Agnes pudo ver tan pronto como se le mostró la sala de estar que estaban vestidas para el aire libre. La curiosidad debe haber hecho que decidieran admitirla cuando el mayordomo les informó de su llegada.

Ambas estaban vestidas con elegancia a la moda. Agnes no lo estaba. Un poco más de su ropa nueva había llegado de Madame Martin's durante la mañana, y Madeline había

preparado uno de los trajes para pasear cuando supo que su señora iba a hacer una visita por la tarde. Pero no había discutido cuando Agnes le dijo que prefería parecerse a ella misma. La muchacha se había limitado a mirarla sagazmente, asintió con la cabeza y sacó algo viejo, que sin embargo había sido recién cepillado y planchado para que pareciera por lo menos dos años más nuevo de lo que era.

—Lady Ponsonby, qué agradable —, dijo Lady Frome, sonriendo mientras indicaba con una mano que Agnes debía tomar asiento. —¿Pero tu suegra no ha venido contigo?

Mientras tanto, la condesa había llegado apresuradamente a través de la habitación, una sonrisa de cálida bienvenida en su cara, ambas manos extendidas.

—Qué amable de tu parte visitarnos—, dijo. —Ayer le dije a mamá, después de haberte conocido en la biblioteca de Hookham, que esperaba que nos convirtiéramos en amigas íntimas y queridas, así como en simples vecinas. ¿No es así, mamá? Y aquí estás al día siguiente. ¿Pero sin Flavian?

Agnes le ofreció su mano derecha, y la condesa la sacudió antes de sentarse todos.

—Vine sola por decisión propia—, dijo ella.

Ambas señoras la miraron expectantes.

—Deseaba dejar claro,— dijo Agnes, dirigiéndose a la señora mayor, —que lamento la vergüenza que le causó mi inesperada aparición en la ciudad como esposa de Flavia. Nunca fue mi intención herir a nadie.

Lady Frome parecía avergonzada de todos modos.

—Ciertamente nos tomó por sorpresa—, dijo. —Y también, por supuesto, a Lady Ponsonby y Marianne. Acortamos nuestra visita porque nuestra presencia continuada en su salón habría sido una intrusión en lo que claramente era un asunto familiar privado. Espero que no la hayamos ofendido al irnos tan abruptamente. Odiaría que hubiera resentimientos entre nuestras familias. Somos vecinos, ya sabes. Pero por supuesto que lo sabes. Nuestras dos familias siempre se han llevado muy bien.

Fue una respuesta amable, y a Agnes le gustó instintivamente la dama. Por un momento se sintió tentada a sonreír y cambiar de tema y a permanecer por un tiempo decente antes de marcharse. Tal vez sería mejor no decir más. Pero abandonó la idea con cierta reticencia. Había venido a hablar claro, y si no lo hacía ahora, nunca lo haría, y algo, una herida mutua, se enconaría bajo la superficie en todos sus tratos futuros.

Suficiente había sido reprimida en su propia vida familiar para que quisiera evitar que esto ocurriera de nuevo dentro de su matrimonio.

—Espero que nuestras familias se mantengan en tan buenos términos como siempre lo han sido, señora—, dijo Agnes. —Debemos hablar primero, sin embargo, de lo que amenaza con ser una vergüenza. Creo que debe haber sido extremadamente triste para todos ustedes, y para ustedes en particular, Lady Hazeltine, cuando el difunto Lord Ponsonby *–David-* se juzgó a sí mismo demasiado enfermo para continuar con los planes de matrimonio que sus familias habían fomentado. Es decir, debe haber sido muy triste

para ti cuando te liberó.

La condesa se puso pálida.

—Toda mi vida le he tenido en gran estima—, dijo, —y anhelaba casarme con él y darle un poco de felicidad, aunque estaba perfectamente claro que no viviría mucho tiempo. Pero era tan tontamente *noble* y no me dejaba hacerlo. Rogué y lloré, pero todo fue en vano. No me aceptaría. Insistió en que fuera libre de casarme con alguien que tuviera una vida por delante, alguien a quien amara. Aunque *lo* amaba…

Sonaba bastante sincera.

—Era el joven más querido y dulce—, dijo Lady Frome. —Estoy segura de que quería mucho a Velma, pero una vez que decidió que sería egoísta atarla a un moribundo, no hubo ningún cambio en él.

—Debía parecer un doble castigo—, continuó Agnes, dirigiéndose ahora a la condesa, —cuando Flavian fue tan malherido en la Península después de que le hubieras transferido tu amor y celebrado tu compromiso con él con tan alegres festividades.

Lady Hazeltine se mordió el labio y parecía afectada.

—Él te *lo ha dicho*—, dijo. —Pero supongo que era inevitable que *alguien* lo hubiera hecho tarde o temprano. *Estábamos* enamorados, Lady Ponsonby. No lo negaré aunque Flavian lo haga. Incluso iré más lejos. Yo quería mucho a David y deseaba más que nada casarme con él y hacerle feliz. Pero era a Flavian *a quien amaba*. Así como él me adoraba a mí. Nos habíamos amado sin esperanza durante años antes de que David nos liberara. Sí, y lo hizo *porque* sabía que nos queríamos y nos quería a los dos. Era el hombre más querido.

—Mi amor.— Lady Frome sonaba reprochable. —Esto es difícilmente…

—No, mamá —dijo su hija, dos manchas de color floreciendo en sus mejillas, sus ojos brillando, —ella *debe* saber la verdad, pues es la que ha abordado el tema. No habría dicho una palabra si no lo hubiera hecho. Flavian estaba loco cuando lo trajeron a casa, Lady Ponsonby. No conocía a nadie ni a nada. Y era *violento*. Era poco más que un animal salvaje. Su médico nos informó a todos que nunca mejoraría, que tarde o temprano tendría que ser confinado a un asilo, donde no podría hacer daño a nadie más que a sí mismo. ¿Qué iba a hacer? Era peor que si hubiera muerto. Y Leonard también estaba terriblemente molesto. Era el mejor amigo de Flavian en el mundo, y se culpó a sí mismo por vender su propia comisión unos meses antes de que Flavian fuera herido, y dejó a Flavian solo como si su presencia pudiera haber evitado de alguna manera el desastre. Estaba perturbado. Los dos lo estábamos. Y nos volvimos el uno al otro en busca de consuelo. Nos casamos. Pero nunca lo amé, ni él a mí. De hecho, creo que llegamos a odiarnos el uno al otro.

—Velma, mi amor—, le suplicó su madre, —no debes decir estas cosas. No a Lady Ponsonby. No es amable.

—Tal vez habríamos hecho algo de nuestro matrimonio si Flavian no se hubiera recuperado—, continuó Lady Hazeltine, como si su madre no hubiera hablado. —Pero Leonard nunca se perdonó, y yo… Bueno, debería haber esperado más.

Agnes se sintió un poco enferma. Tal vez se equivocó ayer en la biblioteca. Había pensado entonces que había algún cálculo, incluso una pizca de despecho, en las palabras de la condesa.

—Y ahora,— dijo Lady Hazeltine,—justo cuando podría haberlo reparado, he sido tratada como si hubiera sido simplemente infiel y sin corazón todos estos largos años atrás. Y me he convertido en el objeto de una cruel venganza. ¿Estaba justificado, Lady Ponsonby?

No, pensó Agnes. Oh, no, no se había equivocado.

—Mi amor.— Lady Frome estaba claramente angustiada. —Lady Ponsonby no tiene la culpa.

—Su amargura es comprensible, Lady Hazeltine—, dijo Agnes. —En este punto, sin embargo, no logrará nada. Tú y Flavian se amaron hace años, pero la gente cambia. Ha cambiado, y me atrevo a decir que tú también lo has hecho, y se recuperará de su decepción e incluso estará agradecida de que ya no estés atada al pasado. Flavian se casó conmigo la semana pasada porque quería hacerlo, y yo me casé con él por la misma razón. Es un hecho consumado.

—Está claro que nunca has amado—, dijo la condesa con una triste y dulce sonrisa. —El verdadero amor no muere, Lady Ponsonby, ni se recupera de la *decepción*… No se ve afectado por el paso del tiempo.

Agnes suspiró.

—Te deseo lo mejor—, dijo ella. —Te deseo felicidad en el futuro con todo mi corazón. Y deseo paz y relaciones amistosas entre nuestras familias. Pero no me harán sentir como alguien con quien mi marido se casó sólo porque quisiera castigar a un antiguo amor suyo. No toleraré que me vean como la otra mujer de una trágica historia de amor. Se casó *conmigo*, Lady Hazeltine. Lo más importante, en lo que a mí respecta, es que me casé con *él*, y lo *cuento*… Yo también soy una persona.

Se había puesto en pie mientras hablaba, y recogió su retícula para prepararse para partir. Sus piernas no se sentían demasiado firmes, aunque al menos su voz no se había movido.

Las otras señoras también se habían puesto de pie.

—Le aseguro, Lady Ponsonby, que le deseo toda la felicidad—, dijo Lady Frome con aparente sinceridad. —Y te agradezco que hayas venido. Fue algo muy valiente, y también sola. Espero que seamos buenos vecinos.

—Yo también te deseo lo mejor—, dijo la condesa. —Aunque creo, Lady Ponsonby, que necesitará todos los buenos deseos que pueda conseguir.

Agnes asintió con la cabeza y se despidió.

Al principio caminó enérgicamente hacia su casa, Madeline pisando sus talones, pero después de unos minutos se calmó y disminuyó sus pasos a un ritmo más femenino. No estaba segura de que la visita hubiera logrado mucho más que molestarla horriblemente.

Pero no se arrepintió de haberse ido. Odiaba las situaciones en las que la gente no hablaba de sus diferencias. Al menos si debe haber malicia y enemistad entre ella y la Condesa de Hazeltine y sospechaba que así debe ser, entonces era también que su existencia y sus causas se manifestaban abiertamente.

Nunca se había dicho nada después de que su madre se fuera. Nada. Nunca. Un día, una niña de cinco años de edad había tenido con ella a su hermosa, vibrante y repleta de risas, y al día siguiente su madre se había ido, para no volver a aparecer nunca más. Nunca se había dado ninguna explicación. Agnes había tenido que juntar lo poco que sabía de las conversaciones que había escuchado a lo largo de los años, nada de eso le hablaba directamente.

Y así, el dolor, el sentimiento de abandono, se había gestado. Tal vez lo hubiera hecho de todos modos, pero el dolor habría sido diferente. O eso es lo que siempre había creído. Tal vez no. Tal vez el dolor era simplemente dolor.

Había planeado estar en una diligencia en este momento, de camino a su casa en Dora. Después de una semana de matrimonio. Qué terrible humillación habría sido eso. En cambio, había aceptado quedarse una semana más, y luego, tal vez, ir a Candlebury Abbey en vez de a Inglebrook.

Una semana más. Para armar un matrimonio. O para ponerle fin con una separación de por vida. Pero la sensación de derrota en ese último pensamiento la llenó de una ira repentina.

Ella estaría…. Oh, ¿cuál fue la peor palabra que se le ocurrió? Se *condenaría* antes de renunciar a su matrimonio después de dos semanas sólo porque Flavia había amado una vez a una bella mujer que había elegido el rencor por encima de la dignidad estoica cuando se casó con *ella*. Ella estaría…. Bueno, estaría *doblemente* condenada.

¡Así que ahí está!

Quería darle una oportunidad a su matrimonio.

Bueno, entonces. Ella también. Más que una oportunidad. Iba a hacer un *matrimonio* de lo que tenían. A ver si no podía.

CAPITULO 19

Flavian no durmió ni siquiera lo intentó. Tenía una semana. Siete días. No estaba dispuesto a perder ni siquiera una hora de ellos en ponerse al día con su sueño reparador. El problema era, sin embargo, que no sabía lo que podía hacer para convencer a Agnes de que se quedara con él, más allá de hacer el amor con ella día y noche. Era bueno en eso, al menos. O, mejor dicho, eran buenos en eso.

Sin embargo, no creía que el sexo por sí solo la persuadiría a quedarse. Y ni siquiera estaba seguro de que le permitiera acercarse a su cama en los próximos siete días o noches. Además, el buen sexo podría convencerla de *no* quedarse. Tenía la alarmante creencia de que la pasión debía ser borrada de su vida si quería mantener algún tipo de control sobre ella. Todo por culpa de su madre.

Hizo que su criado le preparara un baño. Se sintió un poco mejor una vez que estaba limpio y con ropa limpia, y una vez que se afeitó. También había pensado un poco. No había encontrado ninguna solución a corto plazo, y era lo que realmente necesitaba, pero al menos podía hacer *algo*… Volvió a la sala de lectura, se sentó en el escritorio y escribió dos cartas, que *no eran* su actividad favorita en el mejor de los casos. Pero eran necesarias y estaba atrasado. Apenas podía visitar en persona a su suegro, ya que para ello tendría que abandonar Londres y malgastar su preciosa semana. Lo mismo se aplica a su cuñado. Fue una cortesía escribirles a ambos. Más que eso, sin embargo, tenía algunas preguntas que hacerles, y esperaba que al menos uno de ellos fuera más comunicativo con él de lo que lo había sido nunca con Agnes.

Habiendo escrito las cartas más o menos a su satisfacción, las selló, las franqueó y las entregó al cuidado de su mayordomo, Flavian se dirigió al White's Club, en parte porque no podía pensar en ningún otro lugar al que ir, ya que Agnes tenía otros planes para el día y no estaba involucrado en ellos. Pero en parte fue con la esperanza de encontrar a alguien a quien pudiera dirigir algunas preguntas discretas. Tal vez *había* algo que podía hacer.

Varios caballeros lo saludaron allí. Podría haberse unido a una compañía agradable durante el resto del día y la mayor parte de la noche si hubiera querido, a pesar del hecho de que al menos la mitad de la *Sociedad* todavía estaba esperando que la Pascua pasara antes de descender sobre Londres. Sin embargo, la mayor parte de la compañía era aproximadamente de su misma edad, y no le servía de nada hoy en día. Y no conocía lo suficiente a ninguno de los hombres mayores, se dio cuenta cuando se sentó en la sala de lectura y prestó a los periódicos de la mañana sólo una pequeña cantidad de su atención.

Y entonces dos de sus tíos y uno de sus primos llegaron juntos y lo saludaron con buen humor, dándole palmadas en la espalda y impulsando la mano, hablando y riéndose. No es de extrañar que llamaran la atención de otros ocupantes de la habitación, que habían estado leyendo en silencio sus documentos hasta ahora.

El tío Quentin y el tío James acababan de llegar a la ciudad, entendió Flavian, con las tías y todos los primos de cuya existencia se atribuían la responsabilidad. Uno de estos últimos, el primo Desmond, hijo mayor y heredero del tío James, mostró su placer de ver a alguien de su edad. Dos de los otros primos, uno por cada tío, eran mujeres y tenían dieciocho años y estaban listas para el mercado matrimonial, por lo que había habido la necesidad de venir a la capital lo suficientemente temprano como para hacer una montaña y media de compras, todo lo cual era absolutamente necesario, según las tías, y todo lo cual les haría mendigar durante el siguiente medio siglo más o menos, según los tíos.

Flavian llevó a sus parientes a la sala de café, donde podían hablar sin tener que recurrir a la censura de los lectores de los periódicos.

Acababan de enterarse del matrimonio de Flavian, y ambos tíos se alegraron de que por fin mostrara algo de sentido común, aunque se rumoreaba que se había casado con una desconocida, algo que podría remediarse fácilmente, por supuesto, dándole a *conocer* sin más preámbulos, una tarea en la que las tías estarían muy contentas de ofrecer una mano. Los tíos estaban llenos de curiosidad. ¿Quién fue la afortunada, eh? Eh? ¿O fue el novio el afortunado?

Los tíos eran gemelos. Hablaban en tándem, el uno comenzando a menudo una frase, el otro la completaba, de modo que la cabeza de uno tendía a girar rítmicamente entre los dos.

Las carcajadas terminaron su última serie de preguntas.

Flavian se relajó con el placer de volver a ver a algunos miembros de la familia. Explicó que Agnes había sido viuda y vivía con su hermana soltera en el pueblo cercano a Middlebury Park, donde acababa de pasar tres semanas con unos amigos. Fue cuidadoso al añadir que la había conocido hace seis meses, por lo que su noviazgo y matrimonio no eran del todo el torbellino que la gente estaba pensando sin duda.

—Pero yo digo, Flave,— dijo Desmond,—que puede haber un poco de problemas alrededor de Lady Ponsonby. ¿Supongo que te habrás enterado?.

—¿Eh?— El tío James dijo.

—¿Qué es eso, Des?— preguntó el tío Quentin.

Flavian simplemente miró con interrogacion.

—Hubo una pequeña fiesta en casa de Lady Merton anoche—, dijo Desmond. —Bidulph y Griffin me arrastraron hasta allí con ellos. Fue un aburrimiento, en realidad. Pero su boda parecía ser una gran noticia, y una sorpresa para algunos justo cuando la Condesa de Hazeltine había vuelto a la ciudad. También estuvo allí anoche, aunque todos los chismes tuvieron cuidado de no hablar en su oído. Se ve tan atractiva como siempre, por cierto. ¿La has visto, Flave?

—¿Cuál fue el p-problema?— preguntó Flavian.

—Parece que la madre de Lady Ponsonby no era todo lo que debería ser—, dijo Desmond. —Se fue con un amante, ya sabes, y su marido, *Debbins*, ¿no? se divorció de

ella. Debes tener cuidado, Flave, si es cierto, o incluso si no lo es. Ya es bastante incómodo que tu esposa sea desconocida, pero si también se ve que no es muy respetable…

No completó el pensamiento, quizás porque vio la expresión en la cara de su primo.

¿Quién lo iba a saber? Flavian registró su mente. *¿Quién lo iba a saber?* Le habían dicho a su madre quién era, y a Marianne y Oswald también. Habían nombrado a su padre y a su difunto esposo. Pero no habían hecho ninguna mención al viejo escándalo. *No* se lo había dicho a *nadie*, y estaba seguro de que Agnes tampoco. A nadie más se le había dicho quién era su padre.

Excepto los Fromes. Y Velma.

Casi podía oír a Velma preguntándole quién era Agnes, y respondiendo.

Es la hija de un tal Sr. Debbins de Lancashire.

Su principal propósito al venir aquí esta mañana de repente parecía de la mayor urgencia. Y le pareció que ambos tíos tenían la edad aproximada para ayudar con las respuestas. Ambos pasaron tanto tiempo en Londres o en uno de los balnearios de moda como en sus propias casas de campo, y siempre fueron una mina de información, noticias y chismes. Y lo que los tíos no sabían, las tías lo sabían muy bien.

—Si alguien q-quiere saber si mi e-esposa es respetable,— dijo,—p-puede dirigirme la pregunta a mí.

Desmond retrocedió y levantó ambas manos, con las palmas hacia afuera.

—Sólo digo lo que se susurró anoche, Flave—, dijo. —No fue gran cosa, pero ya sabes cómo los chismes pueden avivar las llamas del fuego más pequeño.

Y Velma había estado en la fiesta de anoche.

—¿Alguno de ustedes recuerda el divorcio?—, le preguntó a sus tíos. —Un Debbins de Lancashire. Hace unos veinte años.

—Divorcio—, dijo el tío James. —Por un acto del Parlamento, ¿quieres decir? Un poco drástico, por parte de tu suegro, Flavian. Habría costado el rescate de un rey y habría sido horriblemente público. Asqueroso para sus hijos también. Y ella era tu *suegra*. Esa es la suerte del diablo para ti, muchacho. No lo recuerdo. ¿Verdad, Quent?

El tío Quentin había plantado un codo en la mesa y estaba tamborileando sus uñas contra sus dientes.

—Recuerdo que el viejo Sainsley se divorció de su esposa por adulterio cuando todos sabían que era una acusación falsa—, dijo. —Estaba empezando a ser muy desagradable con sus tres amantes y con todos los hijos naturales que él mantenía. Eso debe haber sido, oh, hace diez, quince años. ¿Recuerdas, James?

—¿Fue hace tanto tiempo?— preguntó James. —Sí, supongo que sí. Recuerdo…

Desmond intercambió una mirada de cara larga con Flavian. Los tíos nunca podrían

ser apresurados.

—Havell—, dijo repentinamente el tío Quentin, poniendo una mano sobre la mesa y haciendo que algo del café del tío James se revuelva en su platillo. —Sir Everard Havell, al que todos llamaban el chico guapo por su sonrisa. Tenía la boca llena de dientes blancos perfectos.

—Recuerdo—, dijo el tío James. —Las damas solían desmayarse con una sonrisa suya.

—Se vio obligado a practicar el rusticado cuando se le acabaron los fondos—, continuó el tío Quentin. —Se fue a vivir con un tío tembloroso u otro que podría o no dejarle todo. Fue a adular al viejo, supongo. Y fue a *Lancashire*. Estoy seguro de ello. Pensé, pobre hombre, tener que estar encarcelado en Lancashire, de todos los lugares dejados de la mano de Dios.

—No había que envidiarlo—, estuvo de acuerdo el tío James.

—Se fugó con la esposa de alguien, y su esposo se divorció de ella, y Havell se quedó sin un centavo.— El tío Quentin miró triunfalmente al otro lado de la mesa a Flavian. —Eso fue todo. Debe serlo. No recuerdo el nombre del marido, pero fue hace unos veinte años, y era Lancashire. Sería demasiada coincidencia si hubiera habido dos fugas y dos divorcios.

—¿Pero no lo sabe lady Ponsonby, Flave?— preguntó Desmond.

—Elige no hablar de ello—, dijo Flavian, sentándose en su silla. —Ni siquiera sabe el nombre del hombre con el que se escapó su madre.

—No va a poder esconder su cabeza en la arena por mucho más tiempo, ¿verdad?— Desmond estaba frunciendo el ceño. —No les llevará mucho tiempo a los chismosos averiguar los detalles, Flave. Si el tío Quent se acuerda, los demás también lo harán. Podría suponer un problema para Lady Ponsonby. Y para ti.

—Somos una familia lo suficientemente grande, Dios sabe—, dijo el tío James. —Y tu familia por parte de tu madre es casi tan grande.

—Y las familias se mantienen unidas—, dijo el tío Quentin.

—Que el cielo nos ayude—, murmuró Desmond.

—¿Qué pasó después del divorcio?— preguntó Flavian.

—¿Eh?— El tío James dijo.

—Havell hizo lo correcto y se casó con la dama—, dijo el tío Quentin. —Aparentemente era una belleza, aunque no era un polluelo, y mayor que él, si mal no recuerdo. Les dieron el corte directo de todo el mundo.

—¿Alguno de ellos sigue vivo?— preguntó Flavian. —¿Y dónde vivían o viven?

El tío Quentin volvió a tocar los dientes y el tío James se frotó la barbilla con una mano.

—Maldita sea si lo sé—, dijo el tío James. —¿Tú, Quentin?

El tío Quentin agitó la cabeza. —Pero podrías preguntarle a Jenkins—, dijo. —Peter Jenkins. Está emparentado de alguna manera con Havell, primo en segundo grado o algo por el estilo. Puede que lo sepa.

—Primero—, dijo el tío James. —Primo hermano segunda generacion.

Peter Jenkins estaba cenando en White's con unos amigos. Flavian tuvo que esperar una hora y media para atraparlo solo.

Agnes estaba agotada. No es que la noche haya sido una noche muy ocupada. De hecho, había sido bastante agradable. Se había puesto uno de sus vestidos de noche menos elegantes y había cenado con Flavian y su madre, y luego se había sentado en el salón con ellos. Mientras trabajaba en algunos encajes y su suegra dibujaba su bastidor de bordado, Flavian les había leído algo sobre *Joseph Andrews*, del Sr. Fielding, una broma divertida sobre *Pamela*, de Samuel Richardson, que Agnes había leído y que no había disfrutado mucho hace unos años.

Había leído bien y con muy poco tartamudeo. Y cuando finalmente cerró el libro y lo puso sobre la mesa a su lado, había apoyado el costado de su cara con una mano y miró a Agnes trabajar, con una expresión que podría haber sido satisfacción o cariño o mero cansancio. Después de todo, no había dormido anoche, y ella dudaba de que hubiese dormido esta mañana.

Fueron invitados a la casa de Lord Shields la noche siguiente para una fiesta improvisada con familiares y amigos. Flavian explicó que algunos de sus parientes habían llegado a la ciudad y estaban ansiosos por conocerla. Agnes desconfiaba un poco de la palabra *fiesta* que apareció en la invitación de Marianne, pero la viuda le recordó que la ciudad todavía tenía poca compañía a principios de año. De todos modos, si se iba a quedar con Flavian y se *iba* a quedar, tarde o temprano tendría que conocer a la *Sociedad*.

Le permitiría a Madeline elegir el más adecuado de sus vestidos de noche.

Ahora estaba vestida con un camisón nuevo. No era tan atrevido y revelador como algunos que podría haber elegido. Cubría sus hombros y brazos y todo excepto una modesta extensión de pecho, y, a pesar de la finura del lino, era opaco. Sin embargo, según Madeline, eso era lo que se suponía que debía hacer para lucir su adorable figura.

No estaba segura de que nadie más que Madeline la viera en camisón. Cuando Agnes había acordado esta mañana darle a su matrimonio una semana, no habían discutido cuál sería la naturaleza del matrimonio durante esa semana. No sabía si Flavia vendría a ella, y no sabía si iría a buscarlo esta noche, como lo había hecho anoche; si no venía, eso era.

No debería querer que viniera. Había estado muy enfadada con él. No enfadada de la manera en que una buena pelea podría resolverse, sino enfadada de una manera que no podía ser reparada, enfadada por el sentimiento de que había sido cruelmente *usada* y que la pura lujuria la había convertido en una víctima voluntaria. El hecho de que estuviera

enamorada de él había sido irrelevante. De hecho, ese mismo hecho sólo la había hecho más decidida a ejercer algún tipo de control sobre su vida, a actuar con la cabeza en lugar de con el corazón, o con los anhelos de su cuerpo.

Pero había pensado mucho durante el día. Y un montón de recuerdos.

Estaba sentada a un lado de la cama cuando él llegó. Golpeó la puerta, esperó un momento y entró. Estaba allí de pie con su bata, que tenía un cinturón muy ajustado en la cintura, y se veía precioso con el pelo rubio ligeramente revuelto. Sintió un estrechamiento en sus senos y esperaba que a la tenue luz de las velas no pudiera ver la evidencia de ese hecho a través de su camisón.

—¿Estás a punto de tirarme una zapatilla a la cabeza?—, preguntó.

—Probablemente fallaría y me sentiría tonta—, dijo.

Se cruzó de brazos e inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado.

—Va a ser un *matrimonio* por siete días, entonces, ¿no?—, preguntó.

—Oh, no te vas a librar de eso a la ligera—, dijo. —Va a ser un matrimonio *para siempre*, Flavian. Te casaste conmigo. No importa por qué lo hiciste. Te *casaste* conmigo, y estarás muy a la altura de ese compromiso. No permitiré que *no* lo hagas. Y me casé contigo. No importa por qué lo hice. Para bien o para mal, estamos casados. La gente se casa por todo tipo de razones. No son los que importan. Lo que cuenta es lo que *hacen* con sus matrimonios. Vamos a hacer de este un *buen* matrimonio. *Los dos*.

Santo cielo, ¿de dónde ha salido todo *eso*? Su corazón latía tan fuerte que estaba medio sorda.

No se había movido ni cambiado de postura. Pero sus párpados se habían caído a la mitad sobre sus ojos, y su boca se había curvado ligeramente hacia arriba en las esquinas, y la estaba observando atentamente.

—Sí, *señora*—, dijo en voz baja, y avanzó hacia ella.

Y así hicieron el amor, tentativamente, con dulzura, lentamente, y finalmente con feroz urgencia. Cuando terminaron, se acostó sobre su espalda sobre la mitad de la cama, sin su encantador camisón nuevo, con Flavian encima de ella. Estaban calientes, sudorosos y relajados. Sus piernas estaban estiradas a ambos lados de las suyas. Todavía estaba dentro de ella. Estaba respirando profunda y uniformemente. Estaba a punto de seguirlo en el sueño. Se despertaría pronto y se alejaría con una disculpa murmurada, pero no le importaba la ligera incomodidad de su peso. No le importaría que durmiera sobre ella toda la noche.

Algunas cosas nunca podrían ser detenidas una vez que se les había permitido comenzar, pensó ella. La pasión no podía. Se había casado con él en gran parte porque lo quería. Pero tenerlo en su noche de bodas no le había quitado el apetito, excepto por un tiempo muy breve. Todo lo contrario, de hecho. Lo quería más y más.

Estaba profundamente casada con él, una idea extraña.

Pero la pasión no era la culpable, pensó, de lo que la gente hacía con sus vidas. Si hubiera conocido a Flavian mientras aún estaba casada con William, no habría cedido a su atracción por él. *Sabía que* no lo haría. Lo cual era otro pensamiento extraño que tenía cuando estaba al borde del sueño y completamente saciada de pasión.

—Mmm,— dijo Flavian contra su oreja, haciéndole cosquillas con su aliento,—No soy exactamente una cubierta de plumas, lo s-siento.

Y se separó y rodó a su lado, su brazo debajo de ella llevándola con él para que se acostara contra él de la cabeza a los pies. Qué gloriosa creación era el cuerpo masculino, pensó mientras se relajaba contra él de nuevo y se quedaba dormida. *Este* cuerpo masculino, de todos modos.

Flavian se despertó con un dolor de cabeza estrepitoso y un impulso de pánico de agredir sobre él. Se levantó de la cama, anduvo a tientas por el piso buscando su bata, se la sujetó por la cintura y se tambaleó hacia la ventana. Ensanchó las cortinas y agarró el marco de la ventana a cada lado de su cabeza antes de tocar el vidrio con la frente.

Miró hacia la cercana oscuridad de la naturaleza y contó sus respiraciones. Sus manos se agarraron más fuerte. Aún no se atrevía a soltar su poder. Podría empezar a hablar de él con los puños si lo hiciera. Sintió como si alguien estuviera golpeando un tambor dentro de su cabeza, aunque el dolor se iba reduciendo gradualmente.

¿Qué diablos…?

Recordó que el problema se avecinaba.

Y que había estado casi feliz cuando se durmió. Ella había decidido quedarse con él, para trabajar en su matrimonio. Habían hecho el amor, y había sido feliz.

Con los problemas que se avecinan.

Causados, estaba casi seguro, por Velma. Había ido a cavar, y había encontrado oro. Sin embargo, parecía tan fuera de lugar para ella. Era toda dulzura y luz.

El tambor volvió a golpear su cabeza desde adentro.

—¿Flavian? —La voz vino justo detrás de él. —¿Qué pasa?

La había despertado. Pero, maldita sea ¿Era sorprendente? Volvió a agarrar el marco de la ventana y cerró los ojos.

—No podía dormir—, dijo. —Vuelve a la cama. Estaré contigo en breve.

Sintió su mano descansar contra su espalda, entre sus omóplatos, justo debajo de su cuello. Por un momento se puso tenso. Y entonces una puerta se abrió en su mente, y supo que era lo que le había despertado. La memoria había irrumpido sobre él, un conjunto de recuerdos que le habían estado cerrados durante años hasta tal punto que ni siquiera se había dado cuenta de que le faltaba algo.

—¡Dios!—, dijo.

—¿Qué pasa?— preguntó Agnes de nuevo. —¿Qué te despertó con tanto pánico? Dime. Soy tu esposa.

—Ella conspiró y mintió,— dijo, —y le rompió el corazón.

Hubo un breve silencio.

—¿Lady Hazeltine?—, preguntó.

—Velma, sí—, dijo. —C-comenzó el año en que teníamos quince años.

Bajó los brazos y se apartó de la ventana. Agnes estaba usando su camisón otra vez, uno débil y bastante nuevo. La habitación estaba fría. Se acercó a su vestidor y en la oscuridad encontró un chal de lana. Lo trajo de vuelta, lo envolvió en sus hombros y la llevó de vuelta a la cama. Se sentaron uno al lado del otro en el borde y tomó una de sus manos en la de él. Cerró su otra mano en un puño y se la frotó sobre su frente.

—Perdí un pedazo de memoria—, dijo. —Y luego r-regresó y me despertó, y se apagó de nuevo. Es como solía s-suceder cuando todavía estaba en Penderris. Pero ahora no tanto. Siempre asumo que lo he recordado todo.

—¿Lo has vuelto a recordar?—, preguntó , girando un poco para poder tomar su mano con la de ambos.

Sí, estaba allí. Al aire libre. No se iba a apagar de nuevo.

—Len, Leonard Burton, mi amigo de la escuela que más tarde se convirtió en conde de Hazeltine, no había v-venido a quedarse ese verano, como solía hacer—, dijo. —Tuvo que irse a casa a Northumberland para un evento familiar. No puedo recordar qué. Marianne acababa de hacer su presentación en sociedad y estaba fuera de casa en una fiesta con nuestra m-madre. David se quedaba en la casa o cerca de ella la mayor parte del tiempo. No tenía la energía para mucho más. Así que vagué solo por el parque, montando, nadando, pescando, haciendo lo que me a-apetecía. Era fácil de complacer. Siempre me gustó estar en casa.

—¿Y visitaste Farthings Hall?—, preguntó.

—No lo creo—, dijo. —No vi a Velma, si eso es lo que quieres decir. Nunca fuimos a-amigos de verdad, excepto quizás cuando éramos muy jóvenes. Era una chica.

Frunció el ceño ante sus pies descalzos, que estaban extendidos ante él.

—Pero vino a Candlebury—, dijo. —Para ver a David, siempre afirmaba. Debían estar oficialmente prometidos cuando ella cumpliera dieciocho años, y c-casados cuando tuviera diecinueve, lo que había sido planeado por ambos padres cuando todavía estaba en la c-cuna. Nadie lo cuestionó nunca. No debería haber venido. Sólo estábamos nosotros dos, David y yo, allí aparte de los sirvientes, y nunca trajo ni a un mozo de cuadra ni a una criada con ella. También vino por todo tipo de rutas diferentes. Tenía un extraño don para cruzarse *conmigo de* camino a la casa.

—¿Fue sólo una coincidencia?— preguntó Agnes.

—Eso pensé—, dijo. —Siempre estaba tan s-sorprendida de verme y tan llena de

disculpas por molestarme. Pero siempre se quedaba a pasear o a sentarse conmigo. A veces pasaba tanto tiempo conmigo que nunca llegó a la casa para ver a David. Cada vez que ella *lo hacía*, sin embargo, él enviaba inmediatamente a una d-doncella para que se sentara con nosotros y luego a un mozo de cuadra para que la acompañara de vuelta a Farthings. Me dijo que le gustaba David, incluso lo a-amaba, que anhelaba ser lo suficientemente m-mayor para casarse con él y así poder cuidarlo.

Podía recordar haber estado molesto las primeras veces que lo había encontrado y no simplemente cabalgando y se marchó en su propia compañía. Pero tenía *quince* años, por el amor de Dios. No le había llevado mucho tiempo….

—Y entonces empecé a tocarla—, dijo, —y a besarla, aunque solía llorar después y decirme que no debemos volver a hacerlo nunca más. Por D-David. Una tarde fuimos más allá de los besos. Considerablemente más lejos, aunque no… todo el camino. Y eso fue el final de todo. Lloró y me d-dijo que me amaba. Le dije que yo también la amaba, pero que se había acabado, que no d-debíamos volver a vernos así. Y lo dije en s-serio. No podría hacerle algo así a mi hermano. Sabía que la adoraba. No c-creo que pusiera un pie fuera de la casa durante una semana, y luego me fui a vivir con otro amigo de la escuela que me había estado m-molestando para que lo visitara. Significaba d-dejar a David solo, pero me costaba mucho mirarlo a los ojos.

—¿Y todo esto lo acabas de recordar?— Agnes le preguntó.

Frunció el ceño. Velma había venido a Candlebury ese verano porque su madre y Marianne estaban fuera, y David estaba más o menos confinado en su casa, y Len estaba en casa en Northumberland. Había venido a *verlo*. David podría haber tenido poca atracción para una chica de quince años, no cuando tenía un hermano más robusto, y no cuando ese hermano seguramente sería el vizconde Ponsonby de Candlebury Abbey en un futuro no muy lejano.

Pero, ¿podría culparla por ser tan conspiradora?

—No—, dijo. —Esto lo recordaba, y las reuniones aparentemente aleatorias durante los siguientes tres años, y la t-tentación. Era una chica encantadora, y yo era un chico l-lujurioso. Pero la fecha de su compromiso se acercaba a su f-fin, y D-David estaba contento, aunque una vez me confió que pensaba que t-tal vez era egoísta de su parte mantenerla fiel a una promesa hecha por nuestros padres y los suyos hace tantos años. Ella siempre le tuvo mucho *c-cariño*, siempre que estaban juntos.

—¿Qué *has* recordado, entonces, Flavian?—, preguntó.

Tragó una y otra vez. Ella estaba sosteniendo el dorso de su mano contra su mejilla, se dio cuenta.

—Cuando Velma cumplió dieciocho años —dijo—, y se estaban haciendo planes para una fiesta de compromiso y un anuncio que se enviaría a los periódicos de Londres, David se negó de repente a casarse. Dijo que sería injusto cuando no estaba lo suficientemente b-bien como para darle la vida que se merecía. La dejó libre para que encontrara a alguien más. Esperaba que fuera a Londres por una temporada e hiciera un matrimonio b-brillante.

Ella estaba inconsolable, y él tenía el corazón roto. Y todo esto lo recordé también.

Puso sus labios contra el dorso de su mano.

—Nuestras familias idearon inmediatamente un plan alternativo—, dijo. —Parecía como si estuvieran a-aliviados, como si estuvieran mucho más f-felices con la idea de que Velma se casara *conmigo*. Y luego D-David habló en privado c-conmigo.

Se estremeció y se puso en pie para ir y volver a pararse cerca de la ventana. Sus manos encontraron los bolsillos de su bata y las metieron dentro.

—Me preguntó si era v-verdad—, dijo. —Y me preguntó si la a-amaba. Y me d-dijo que tenía su bendición de todos modos, y que no dejaría de amarme. Aunque añadió, como una especie de b-broma, que si sólo tuviera un poco más de energía, p-podría retarme a usar las pistolas al a-amanecer.

Abrió y cerró sus manos dentro de sus bolsillos. Agnes no dijo nada.

—Ella se lo había dicho, y le juró que lo mantendría en secreto—, dijo. —Le había dicho que ella y yo nos habíamos a-amado apasionadamente durante tres años y que éramos a-amantes, y que le había asegurado que s-seguiríamos siendo amantes después de que se casara con David, pero que había decidido que no podía c-continuar con el engaño. Le había p-pedido que la dejara libre para c-casarse con el hombre que amaba.

Podía oír a Agnes respirar de forma audible.

—¿La creyó?—, preguntó.

—Era dulce y sin engaños—, dijo. —O eso pensábamos los dos. Y quizás su motivo era comprensible. Estaba más o menos e-encerrada en un plan de matrimonio en el que no tenía voz. Pero lo que hizo fue… cruel. La habría liberado si se lo hubiera pedido.

Sus brazos le rodeaban la cintura por detrás, y su mejilla descansaba contra su espalda.

—*¿Le explicaste*?—, preguntó ella.

—Lo h-hice—, dijo. —Le conté todo, como te lo he c-contado a ti. Le dije que no quería casarme con ella. Y *me* dijo que tendría pocas opciones, dada la determinación de nuestras familias para lograr la unión. Y seguramente se encargaría de s-salirse con la suya. Le p-pedí que me comprara una comisión, y él aceptó, aunque yo era su heredero y no debería haberme puesto en peligro como soldado. Peor aún, mi partida a la guerra por un tiempo indefinido hizo que p-posiblemente no volviéramos a vernos.

—¿Entonces no la amabas?— preguntó Agnes.

—Tenía *dieciocho años*—, dijo. —Apenas había probado mis alas.

—¿Ella te amaba?

—No puedo responder por ella—, dijo. —Pero siempre fue ambiciosa. Siempre hablaba abiertamente de la época en que sería una *vizcondesa* y la mitad del mundo tendría que hacer una reverencia e inclinarse ante ella y obedecer sus órdenes. Su padre es barón, pero no es muy rico. P-puede que no le haya ido tan bien en el mercado

matrimonial. Aunque, por casualidad, se casó con un conde.

—¿Tu amigo?

—Len—, dijo. —Hazeltine. Sí.

Sin embargo, debió haberse enamorado de ella, pensó, cuando estaba en casa de vacaciones el año en que David murió, ¿no es así? Había dejado a su hermano en su lecho de muerte para ir corriendo a Londres a celebrar el suntuoso baile de compromiso que los Fromes ofrecieron en su honor. A no ser que…

Le asustó darse cuenta de que aún podía haber grandes agujeros en su memoria en lugares que ni siquiera sospechaba. Y estaba empezando a preguntarse sobre las semanas de su permiso. Era muy consciente del hecho de que no podía recordar los porqués de su comportamiento.

Se volvió hacia Agnes y la abrazó con sus brazos y apoyó una mejilla contra la parte superior de su cabeza.

—Lo siento—, dijo. —Estoy s-seguro de que lo último que una nueva esposa necesita oír en mitad de la noche es la historia de los tratos de su marido con otra mujer.

—*Parte* de la historia—, dijo en voz baja. Inclinó la cabeza hacia atrás y miró a su cara, la de ella tenuemente iluminada por la luz de la ventana. —Esto no es todo, ¿verdad? ¿No te acuerdas de todo?

Su estómago se agitó un poco.

—El problema es,— dijo, mostrando una sonrisa, —que no siempre puedo recordar lo que no puede recordar o *que* yo no puedo recordar. Tal vez todavía hay todo tipo de lagunas en mi mente. Soy un d-desastre, Agnes. Te has casado con un desastre.

—*Todos* somos un desastre.— Podía ver el brillo de sus dientes en la oscuridad, y podía escuchar la sonrisa en su voz. —Creo que debe ser parte de ser humano.

—Pero no muchos de nosotros andamos por ahí libres y sin trabas, con la cabeza como esos quesos con g-grandes agujeros—, dijo. —Te has casado con un hombre con un queso por cabeza.

Ahora se estaba riendo. Así de sorprendentemente era.

—Qué aventura—, dijo ella.

—Habla por ti misma.— Bajó la cabeza y rozó con su nariz la de ella. Brevemente, pensó en advertirle de lo que había estado zumbando sobre la fiesta de Lady Merton anteanoche. Pero ya había habido suficiente drama por una noche. —Nariz fría.

—Corazón cálido—, contestó ella.

—Lo siento—, dijo. —Lo siento mucho.

—No lo estoy—, le dijo ella. —Vuelve a la cama y levanta las mantas. Hace frío.

—Tengo algo mejor que ofrecer que las m-mantas —, dijo.

—Fanfarrón.

—Si no puedo c-calentarte más eficazmente que las mantas,— le dijo, —Necesitaré encontrar un agujero de ratón en alguna parte y acurrucarme dentro de él por el r-resto de mi vida.

—Ven a calentarme, entonces—, dijo ella, su voz una suave caricia.

—Sí, *señora.*

Sintió una felicidad vertiginosa, como si se le hubiera quitado una gran carga de encima. Qué alivio saber que *no* amaba a Velma.

Al menos…

Pero por el momento estaba a salvo e incluso feliz con su esposa.

CAPITULO 20

Una de las tías de Flavian y dos de sus primas vinieron durante la mañana para reunirse con Agnes, de cuya existencia se habían enterado ayer a última hora al llegar a la ciudad. Terminaron llevándola con la madre de Flavian a dar una vuelta en coche por Green Park. Era su tía DeeDee, la hermana menor de su madre, y sus primas Doris y Clementine, su tercera y cuarta hija. ¿O eran la cuarta y la quinta? Maldita sea, debería saberlo. Clemmie era la más joven y otra prima a punto de debutar en la sociedad. Ella era risueña, descubrió Flavian durante los pocos minutos que pasó en su compañía, pero entonces, la mayoría de las chicas de su edad lo eran.

Se preguntaba si Agnes había sido una risueña a esa edad, pero apostaría su fortuna a que no lo había sido. Se había casado con su William cuando tenía dieciocho años, y si alguna vez hubiera existido un perro más aburrido y con menos inclinación romántica, se sorprendería al oírlo. No es que conociera al hombre, por supuesto, y no es que Agnes haya hablado mucho de él. Pero gran parte era deducido….

Si Flavian tenía derecho a ello, se había casado con Keeping porque el nuevo matrimonio de su padre la había hecho sentir como una extraña en su propia casa. Se había casado porque estaba a salvo. Es extraño, eso. Por ahora, *él*, Flavian, se había casado con *ella por la* misma razón.

Se paró frente a la puerta principal de la Casa Arnott después de subir a las damas en el carruaje abierto, las cinco amontonadas juntas, y saludándole en su camino. Se quedó pensativo durante unos instantes antes de volver a entrar.

Es bueno tener una familia, aunque a veces parezca que su número se extiende a centenares y que está compuesta casi en su totalidad por los miembros más ruidosos y habladores del beau monde, tanto por parte de su padre como de su madre. Sí, podría ser *muy* bueno tenerla, ya que su familia siempre ha estado muy unida. Cada miembro tiraba por cada otro miembro, incluso si a veces había disputas entre individuos, especialmente entre hermanos.

Cada miembro de la familia que se encuentra actualmente en Londres seguramente habría sido invitado a la fiesta de Marianne esta noche. Y cada uno de ellos iría. Flavian no sabía quién más había sido invitado. Y no sabía si el pequeño chisme sobre su esposa en la fiesta de Lady Merton se había encendido en llamas, aunque apostaría a que sí. Iba a estar preparado de todos modos por si se hacía alguna mención de ello esta noche.

No había decidido si avisaría a Agnes y la pondría más nerviosa de lo que estaría de todos modos en su primera fiesta.

Se dio la vuelta y regresó a la casa.

Volvió a aparecer vestido para pasear poco tiempo después, después de que un mozo trajo su calesa y su pareja de caballos a la puerta. Agitó la cabeza después de haber subido al asiento y tomado las riendas en sus manos, y el mozo, algo sorprendido, se abstuvo de trepar por detrás. Flavian preferiría no tener testigos entre sus propios sirvientes de la visita que iba a hacer. Los sirvientes, incluso los leales, siempre fueron los peores chismosos del mundo.

Se dirigió a Kensington, siguiendo instrucciones vagas para llegar a una casa que Peter Jenkins había oído que era bastante invisible entre un bosque de árboles desordenado, aunque nunca la había visto por sí mismo. Jenkins tampoco sabía si la casa estaba habitada o vacía. No había tenido ningún trato con su pariente desde que tuvo uso de razón. Havell podría estar en Kensington o en Tombuctú por todo lo que sabía o le importaba, su tono había implicado.

Flavian encontró la casa. O, más bien, encontró el bosque rebelde y siguió un sendero lleno de baches hasta que descubrió la casa, más grande y en mejores condiciones de lo que esperaba, y rodeada de un pequeño y colorido jardín bien cuidado. Había un fino rastro de humo saliendo de la chimenea. Había *alguien* aquí, al menos.

Un viejo criado, con su abrigo oscuro brillante con la edad, contestó al golpe en la puerta. Parecía abiertamente sorprendido al descubrir que Flavian no era simplemente un viajero que se había perdido en el bosque y necesitaba direcciones para encontrar su camino de regreso a la civilización. Le mostró al visitante un salón limpio y ordenado, aunque un poco destartalado. El sirviente fue a ver si su amo y su señora estaban en casa. Su tacón derecho crujió mientras caminaba, notó Flavian.

Llegaron juntos no más de unos minutos más tarde, ambos parecían tan sorprendidos como su mayordomo, como si no tuvieran la costumbre de recibir visitas inesperadas, o quizás cualquier otra visita.

Sir Everard Havell era un hombre alto con entradas en pelo que aún conservaba algo de castaño mezclado con las canas predominantes. Su cara y su figura eran carnosas, la antigua florida, la tez de un hombre que quizás se entregaba bastante a la botella. Sus ojos azules eran pálidos y algo llorosos. Tenía los restos de la buena apariencia, pero no estaba bien conservado.

Flavian no podía ver ni el más mínimo parecido con Agnes.

El tiempo había sido un poco más amable con Lady Havell, aunque aparentemente era mayor que su marido. Su figura seguía siendo buena, aunque debe tener cerca de sesenta años. Su pelo aún era grueso y tenía un tono gris plateado. Era una mujer guapa, aunque su cara estaba arrugada. Había algo de animación en sus ojos oscuros. Se alegró, adivinó Flavian, de tener una visita, aunque obviamente curiosa también.

Tampoco podía ver nada de Agnes en ella. Por otro lado, tenía un parecido más que pasajero con la Srta. Debbins.

—Buenos días…. ¿Vizconde Ponsonby?— Havell consultó innecesariamente la tarjeta que Flavian había entregado al mayordomo.

Flavian inclinó la cabeza. —Tengo el p-placer,— dijo,—de ser el y-yerno de Lady Havell.

Los ojos de la señora se abrieron de par en par, y presionó los dedos de ambas manos sobre su boca.

—Me casé con la Sra. Keeping hace poco más de una semana—, dijo. —Sra. Agnes Keeping.

—*¿Agnes?—,* dijo la dama débilmente. —¿Se casó con uno de los hermanos Keeping? No *William* Keeping, ¿verdad? Era un joven *tan* poco atractivo y tenía demasiados años para ella.

—El Sr. William Keeping, sí—, dijo Flavian.

—¿Pero él *murió?—,* dijo ella. —¿Y ahora se ha casado contigo? ¿Un vizconde? Oh, lo ha hecho bien por sí misma.

—Rosamond—, dijo Sir Everard, —será mejor que te sientes.

Lo hizo, y su marido hizo un gesto a Flavian para que se sentara en otra silla.

¿Ella no tenía conocimiento, entonces, de lo que le había pasado a su familia después de que se fue?

—¿Y Dora?—, preguntó. —¿Hizo un matrimonio decente después de todo?

—No se ha casado, señora—, dijo Flavian.

Cerró los ojos brevemente. —Oh, pobre Dora—, dijo. —Tenía muchas ganas de casarse y ser madre, como todos nosotros a la edad de diecisiete años. Supongo que se sintió obligada a quedarse en casa con Agnes. O tal vez nadie la tendría después de que Walter decidiera divorciarse de mí. Ese hombre tiene mucho por lo que responder.

Era una perspectiva extraña de los acontecimientos pasados. Pero quizás era comprensible. Siempre fue más fácil culpar a alguien que asumir la culpa a uno mismo.

Havell había servido dos vasos de vino. Le dio uno a Flavian y bebió del otro. Flavian dejó su vaso en una pequeña mesa junto a su silla.

—¿Y Oliver?— preguntó Lady Havell.

—Es un clérigo en Shropshire, señora—, le dijo. —Está casado y tiene tres hijos.

Se mordió el labio inferior. —¿Por qué ha venido, Lord Ponsonby?—, le preguntó.

Flavian se sentó en su silla y miró su vaso. Pero no lo cogió.

—A Agnes no le dijeron n-nada, señora—, dijo. —Tenía cinco años, y s-supongo que se asumió que se olvidaría si no se le r-recordaba constantemente. Todavía no sabe prácticamente n-nada. No quiere saberlo. No quiere saber quién eres o dónde estás, ni siquiera *si* eres o *no.* Pero su vida ha sido moldeada por tu s-súbita y completa desaparición de su vida. Ha vivido al m-margen de su propia vida desde entonces, temerosa de sentir demasiado profundo, no para que no la lastimen otra vez, me parece, sino para que no tenga la tentación de hacerle a otra persona lo que usted le h-hizo.

—Lo que le hice—, dijo en voz baja. —Bueno, y lo hice, Lord Ponsonby, porque Dios sabe que me enamoré profundamente de Everard ese verano y pasé demasiado tiempo en su compañía. No tenía por qué ser tan egocéntrica cuando tenía un marido y tres hijos.

Miró brevemente a su marido y medio le sonrió.

—Pobre Everard—, dijo. —Por muy honroso que fuera, se vio obligado a llevarme cuando Walter me denunció públicamente en una asamblea local y anunció su intención de divorciarse de mí. Huimos esa misma noche, y sólo más tarde se me ocurrió que Walter había estado bebiendo libremente esa noche, y era de conocimiento general que no podía soportar el licor sin hacer el ridículo de sí mismo. Podría haberlo tenido en cuenta, y nuestros vecinos habrían fingido que toda la escena desagradable no había sucedido. Pero parecía que me forzó a hacerlo, y entonces me fui. El pobre Everard quedó atrapado en el medio.

—Nunca me he arrepentido de ello, Rosamond—, dijo galantemente.

Le sonrió. Era una expresión triste y cariñosa, pensó Flavian.

—Walter me desagradaba mucho—, dijo . —Pero amaba a mis hijas, y a Oliver también. Debería haber vuelto por su bien. Incluso después de unos días, debería haber regresado. Todo el mundo habría hecho la vista gorda. Y Walter no habría seguido adelante con su amenaza, no cuando estaba sobrio. Sin embargo, después de unos días, no me atreví a dejar a Everard. Elegí mi felicidad personal por encima de mis hijos, Lord Ponsonby. Agnes está perfectamente justificada por no querer tener nada que ver conmigo. Mantendrás esta visita en secreto, ¿verdad?

—No necesariamente, señora—, dijo. —Posiblemente se lo diré. Ella debería saberlo. Lo que decida hacer con la información depende de ella.

Más que nada, necesitaba saber que era la hija de Debbins. Y sin duda lo era.

—Además—, dijo, —alguien ha estado tratando de averiguar algo sobre mi esposa, preferiblemente algo que se convierta en maldad. Ya alguien sabe del divorcio.

—Ah—, dijo ella.

Havell no dijo nada.

Flavian se puso de pie y Havell hizo lo mismo.

—Gracias por recibirme—, dijo Flavian. Cruzó la habitación y tomó la mano de Lady Havell en la suya. Después de un momento de vacilación, se la llevó a los labios. —A-adiós, señora.

—Adiós, Lord Ponsonby.— Sus ojos se volvieron sospechosamente brillantes.

Havell lo acompañó hasta la puerta.

—La vida nunca es un asunto sencillo, Ponsonby—, dijo mientras se paraba en la puerta viendo a Flavian volver al asiento de su calesa y coger las riendas. —Las decisiones que tomamos en un abrir y cerrar de ojos, a menudo inesperadas e impulsivas, pueden afectar el resto de nuestras vidas de una manera drástica e irreversible.

No era un pensamiento muy original. Sin embargo, era cierto, pensó Flavian. Considero sólo lo que *le* ha pasado recientemente.

—Vine por el conocimiento—, dijo, —porque es m-mejor saber que preguntarse para s-siempre. No he venido a juzgar. Buenos días, Havell.

—Ella adoraba a esas chicas—, dijo Havell, —si le sirve de consuelo a Lady Ponsonby cuando le cuente de esta visita. Ambos, la mayor y el niño pequeño. Ella los *adoraba*.

Pero no lo suficiente como para sacrificar su propia felicidad por ellos, pensó Flavian mientras conducía de vuelta al mundo, como si durante la última hora, de alguna manera, hubiera salido de él. ¿Pero quién era él para juzgar? Una madre nunca debe abandonar a sus hijos. Parecía una verdad fundamental. Una mujer, que una vez fue propiedad de un hombre, nunca debe buscar su propia libertad y felicidad, si ese hombre no la ayuda a lograr ambas cosas. Pero era injusto, injusto. Debbins, al parecer, había humillado públicamente a su esposa y amenazado con algo peor. ¿Cómo habría sido su vida si ella lo hubiera desafiado y se hubiera quedado y renunciado al único hombre que parecía ofrecerle un poco de felicidad? ¿Cómo habría sido la vida de Dora Debbins si se hubiera quedado? ¿Y la de Agnes? Una cosa era segura: no la habría conocido si su madre se hubiera quedado con su marido todos estos años.

Lo extrañamente aleatoria que era la vida por una cosa.

Y ahora tenía el problema de qué hacer con sus conocimientos. ¿Contarle a Agnes, cuando le había dicho específicamente que no quería saber? ¿Ocultarlo a ella? Podría haber estado tentado a hacer lo último si no existiera el riesgo de que alguien más desenterrara los detalles y se los lanzara sin previo aviso de una manera muy pública.

De todos modos, mientras se acercaba a su casa, pensó que si esta semana de su matrimonio le había enseñado algo, era que la franqueza y la verdad entre las parejas eran necesarias para que el matrimonio tuviera la oportunidad de brindarles algún tipo de felicidad.

Ahora que lo sabía, debía decírselo, aunque sólo fuera por el hecho de que había encontrado y visitado a su madre.

No tenía ganas de decirle…

De repente, deseó que Lady Darleigh no le hubiera pedido el otoño pasado que le concediera el favor de bailar con su amiga particular en el baile de la cosecha, para que no se convirtiera en una marginada. Deseaba no haber regresado sin ningún tipo de coacción para el vals de después de la cena y, por lo tanto, no se habría dejado encantar. Y *deseaba que* Vince hubiera podido esperar unos seis meses antes de demostrar al mundo lo fértil que era, de modo que la reunión del Club de Sobrevivientes de este año podría haber sido en el Penderris Hall, como de costumbre.

Y también podría llevar esta línea de pensamiento a su conclusión lógica y absurda. Desearía no haber sido herido en la guerra. Desearía no haber nacido. Desearía que sus padres no hubieran…

Bueno.

Agnes estaba vestida con uno de sus nuevos vestidos de noche: encaje blanco sobre seda de un rosa intenso. Había estado dudosa hasta que Madeline le había dado el visto bueno, aunque le había ordenado a Madame Martin que abandonara los grandes lazos de seda rosados que debían haber atrapado la falda de encaje en ondas profundas y que los reemplazara por diminutas capullos de rosa y ondas mucho más superficiales. Agnes pensó que el escote era un poco revelador, pero su criada se rió de sus dudas.

—Eso no es *revelador*, mi señora—, dijo ella. —Sólo espera hasta que veas algo.

Acababa de terminar de peinar a Agnes con un estilo de suave elegancia cuando Flavian apareció en la entrada del vestuario. Estaba vestido como lo había estado para el baile de otoño en blanco y negro con un chaleco plateado. Se detuvo en la puerta y levantó su monóculo a su ojo. La miró sin prisas.

—Encantadora, me s-siento obligado a decir—, dijo y bajó el monóculo.

Madeline sonrió, hizo una reverencia y salió de la habitación.

Agnes se puso de pie y se giró. Le sonrió. Le pareció un poco extravagante que ambos estuvieran vestidos con tal magnificencia formal para lo que iba a ser poco más que una reunión familiar en la casa de Lord Shields, pero estaba deseando que llegara la noche con cierto placer y sólo un poco de nerviosismo. La hermana de la viuda, que le había dicho a Agnes que la llamara tía DeeDee, y sus hijas la habían tratado con amabilidad esta mañana, después de una media hora inicial de reserva. El resto de la familia de Flavian habría tenido tiempo de enterarse de su matrimonio y de recuperarse de cualquier sorpresa y desaprobación ante lo repentino del mismo. Serían educados, al menos.

Flavian había estado bastante callado en la cena de la que habían participado hace un par de horas. Ahora también parecía un poco sombrío, a pesar de que la llamaba encantadora.

Se sentía mucho más alegre de lo que se sentía ayer a esta hora. No había amado a Lady Hazeltine, no antes de que se fuera a la Península, de todos modos, y sospechaba que había otros recuerdos perdidos en torno a su permiso, cuando su hermano había muerto y él había celebrado su compromiso, aunque no del todo en ese orden. No sabía exactamente lo que había sucedido, aparte de los hechos desnudos e indiscutibles, pero esperaba averiguarlo. Por su bien, esperaba averiguarlo.

Había apoyado su hombro contra el marco de la puerta y cruzado los brazos sobre su pecho.

—Hice una visita hoy temprano—, dijo. Hubo una larga pausa, durante la cual ella levantó las cejas. —A tu madre.

Entonces deseó no haberse levantado. Metió la mano por detrás para agarrar el borde del tocador.

—Mi madre—. Fijó sus ojos en los de él.

—Fue muy fácil de e-encontrar, en realidad—, dijo. —Los divorcios son raros y siempre un poco escandalosos, y la gente los recuerda. Sin embargo, no esperaba descubrir su paradero tan fácilmente. Vive no muy l-lejos de aquí.

Agnes dio un paso atrás hasta que sintió el banco del tocador con la parte posterior de sus rodillas. Se sentó pesadamente.

—Fuiste a buscar a mi madre—, dijo. —*Fuiste a buscarla* en contra de mis deseos expresos.

—Lo hice.— La miraba con ojos entrecerrados.

—¿Cómo te atreves?—, dijo ella. —*¡Oh, cómo te atreves! Sabes* que ha estado muerta para mí durante veinte años. *Sabes* que no quiero saber nada *de* ella ni escuchar *de* ella. Nunca. No quiero saber su nombre ni su paradero ni sus circunstancias. *No quiero saber*… ¿Cómo te atreves a preguntar por ella y averiguar quién es y dónde está? Y cómo *te atreves a* visitarla.

Se alarmó al darse cuenta de que había levantado la voz y le estaba gritando. Si no tenía cuidado, llamaría la atención de su suegra y de los sirvientes. Se puso en pie y corrió hacia él.

—¡Cómo te atreves!—, dijo ella más suavemente, acercando su cara a la de él.

No se movió, aunque se había acercado demasiado para su comodidad.

—¿No *crees* —dijo —que si hubiera querido saber más de ella o encontrarla en cualquier momento desde que crecí, podría haberlo hecho? ¿No crees que *Dora* podría haberlo hecho si hubiera querido? Lo que mi madre le hizo a Dora fue diez veces peor que lo que me hizo a mí. Destruyó toda la *vida* de Dora. Y debe haberle causado a nuestro padre un dolor y una vergüenza insoportables. Debe haber herido a Oliver terriblemente. ¿Crees que no podríamos haberla encontrado si hubiéramos querido? ¿Alguno de nosotros? No lo deseamos. No lo *he* deseado. No lo deseo. Ella nos *abandonó*, Flavian. Por un *amante*, la odio. *Odio*, ¿me oyes? Pero no me gusta odiar. Prefiero no recordarla en absoluto, no pensar en ella, no sentir curiosidad. Nunca te perdonaré por encontrarla e *ir a verla*…

Estaba jadeando sus palabras, tratando de no dejar que su voz se elevara de nuevo. Dejó de hablar y lo miró con ira.

—Lo siento—, dijo.

—¿Cómo *pudiste*?— Pasó junto a él y se fue a la alcoba. Se quedó a los pies de la cama, agarrando el poste de la cama.

—Recuerdos bloqueados, recuerdos s-suprimidos, recuerdos que ni siquiera sabemos que se supone que debemos tener, todos ellos dañan nuestras vidas, Agnes—, dijo. —Y nuestras relaciones.

—Entonces, ¿se trata de ti?—, le preguntó ella, agitando su cabeza con furia.

Se había girado, aunque aún estaba en la puerta. La miró melancólicamente.

—Creo, más bien, que se trata de *nosotros*—, dijo.

—¿Nosotros?—

—Tú fuiste quien dijo más de una v-vez que no nos conocíamos—, le recordó, —y que si í-íbamos a casarnos, necesitábamos ese conocimiento. Nos casamos de todos modos, p-pero tenías razón. *Necesitamos* conocernos el uno al otro.

—¿Y eso te da derecho a husmear en mi pasado y buscar a mi madre?—, le preguntó.

—Y n-necesitamos conocernos a nosotros mismos—, añadió.

—Me conozco muy bien—, contestó.

Él no dijo nada. Pero agitó la cabeza.

Sus palabras se repitieron en su cabeza y la dejaron conmocionada. Su conocimiento de su propio pasado, y por lo tanto de sí mismo, se vio empañado por un recuerdo incierto. Pero eso no era lo mismo que un recuerdo que uno había escogido deliberadamente apagarlo por una buena razón, ¿verdad?

—Te ayudaré a recordar, si puedo—, dijo ella. —Y trabajaremos en nuestro matrimonio. Estoy decidida a que lo hagamos.

—Estás decidida—, dijo. —*Me* ayudarás a r-recordar. Para que yo esté mejor, y todo vaya bien en nuestro matrimonio. Según todos hacen su parte, todos aceptarán la mía. Porque no necesitas nada. Porque nunca has necesitado nada más que un poco de c-control tranquilo sobre tu mundo. Te entregaste b-brevemente al maravilloso caos de la vida casándote conmigo contra todos tus mejores instintos, pero ahora puedes controlar tu m-matrimonio ayudándome a recordar, si *hay* más que recordar.

Se giró repentinamente para sentarse a un lado de la cama, aunque mantuvo una mano en el poste de la cama.

—¿Por eso fuiste?— Casi estaba susurrando. —¿Para *hacer* algo por mí?

—Pensé que quizás n-necesitabas saberlo—, dijo. —Aunque lo que descubrí no fuera más sabroso de lo que esperabas. Incluso si el conocimiento no cambió nada. Incluso si nunca q-quisiste verla por ti misma. Sólo pensé que necesitabas *saberlo*. Para que tu mente no siga tocando la herida que se ha estado pudriendo desde que eras una niña.

—¿Es eso lo que ha estado pasando?—, preguntó.

Se encogió de hombros. —Pensé que era algo que podía hacer por ti.

Ella lo miró, y sus ojos fijos mutuamente.

—Para cuando me fui, sin embargo,— dijo,—había otra razón más urgente.

Ella continuó mirando.

—Los divorcios solicitados por petición al Parlamento son lo suficientemente raros y p-públicos como para ser recordados—, dijo. —Alguien queriendo saber más sobre el Sr.

D-Debbins de Lancashire y haciendo algunas preguntas, casi inevitablemente descubrirá que una vez h-hizo una petición y le f-fue concedido el divorcio.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—No sé a cuánta g-gente has mencionado el nombre de tu padre—, dijo. —Lo m-mencioné la tarde que visite a Frome, a su mujer y a Velma. Lo siento mucho. No se me o-ocurrió que…

Agnes se había puesto de pie. —La identidad de mi padre no es un secreto—, dijo. —No me avergüenzo de mi padre.

—Si la búsqueda de información es m-maliciosa—, dijo, —entonces se descubrirá más. Fue bastante fácil para *mí* descubrirlo, Dios sabe. Podría haber chismes, Agnes.

Lady Hazeltine había hecho esto, se dio cuenta. Y, oh, sus motivos serían maliciosos. Agnes no tenía ninguna duda al respecto.

—¿Esta noche?—, preguntó ella.

—Poco probable—, dijo, —aunque el hecho de que tu padre se haya d-divorciado de tu madre hará que se hable, incluso en mi familia. Lo siento, pero tenía que a-advertirte. Si prefieres no ir esta noche y quedarte en casa…

—¿Quedarme en casa?— Lo miró con ira. —¿*Acobardarme* en casa, quieres decir? Nunca. Y corremos el riesgo de llegar tarde, lo que, según tengo entendido, está de moda en la ciudad. *No* soy de Londres, sin embargo, o de la *Sociedad*. Prefiero hacer a mis anfitriones la cortesía de llegar a tiempo cuando se me espera o incluso antes. ¿Dónde están mi chal y mi bolso?

Pasó junto a él de nuevo al vestidor, pero él la cogió por el brazo cuando pasó. Estaba, asombrosamente, sonriendo.

—Esa es mi chica—, dijo en voz baja. —Esa es mi Agnes.

Y la besó con fuerza y con la boca abierta en los labios antes de dejarla ir.

—¿Quién *es* ella?—, preguntó enérgicamente mientras recogía sus cosas. —Por si acaso necesito el conocimiento esta noche. ¿Y dónde vive?

—Lady Havell—, dijo, —esposa de Sir Everard Havell. Viven en Kensington. Y *no* es tu padre.

Se sintió un poco mareada. Lady Havell. Sir Everard Havell. Eran extraños para ella. Y deseaba que siguieran siéndolo. Kensington estaba muy cerca.

Asintió y lo miró.

—Gracias—, dijo. —Gracias, Flavian.

Él le ofreció su brazo y ella lo aceptó.

... Él no *es tu padre.*

Flavian no habría añadido eso si no estuviera seguro.

... *Él* no *es tu padre.*

CAPITULO 21

Siempre había divertido a Flavia que cualquier fiesta de *Sociedad* descrita de antemano como “pequeña” e “íntima”, incluso una dada antes de que comenzara la temporada de primavera propiamente dicha, llenaba casi invariablemente varias habitaciones con invitados. Cualquier cosa más grande era un “apretón” y era lo último en éxito para cualquier anfitriona.

La pequeña fiesta nocturna de Marianne parecía ser justo lo que era cuando llegó con su esposa y su madre, ya que por supuesto llegaron temprano a pesar del retraso que había causado su confesión en el vestidor de Agnes. Flavian sospechaba, con una mueca interior, medio divertida, que estaba destinado a ser notorio por llegar siempre temprano a cualquier reunión social. Apenas podía contemplarlo.

Sin embargo, el salón de Shields no tardó mucho en llenarse y los invitados se desbordaron en la sala de música contigua. Los dedicados jugadores de cartas entre ellos pronto descubrieron el salón al otro lado del pasillo, donde las mesas habían sido colocadas para su conveniencia, y la sala de refrescos al lado no pasó mucho tiempo sin ser descubierta.

Por supuesto, cualquier casa, excepto quizás la mansión más grande, podría ser llenada respetablemente sólo con los miembros de su familia. No es que todos ellos hayan venido a la ciudad todavía, pero había suficientes, por Júpiter. Y todos ellos querían apretar la mano de Flavian, incluso si lo habían visto en los últimos días y ya lo habían hecho. También querían besar la mejilla de Agnes y decir todo lo que era apropiado para la ocasión, y en el caso de algunos de los primos varones más jóvenes, algunas cosas que eran impropias, sólo para las orejas de Flavian, con el acompañamiento de carcajadas obscenas que traían ceños fruncidos de los tíos, miradas reprobatorias de las tías y el aleteo de los abanicos de las primas, que sospechaban que se estaban perdiendo algo interesante.

Había otros invitados que no eran de la familia, por supuesto. Marianne se encargó de presentar a Agnes, que se veía lo suficientemente bella y digna como para ser duquesa, pensó Flavian con considerable orgullo, aunque esta noche debía ser una dura prueba para ella. Y esto fue sólo el principio.

Tal vez, pensó después de un rato, su advertencia había sido innecesaria. Aunque se había corrido la voz sobre su padre y su divorcio, nadie parecía inclinarse a comentarlo ni a evitar a la hija del hombre.

Mientras lo pensaba, oyó a Sir Winston y Lady Frome y a la Condesa de Hazeltine ser anunciados. Estaba a medio camino entre el salón y la sala de música, hablando con un grupo de parientes y otros conocidos. Agnes estaba al otro lado del salón con Marianne,

que se iba de su lado para correr hacia la puerta, con la mano derecha extendida, con una sonrisa de bienvenida en la cara.

Bueno, por supuesto que habían sido invitados. Después de todo, ni siquiera eran meros conocidos. Eran vecinos en el campo.

¿Y fue su imaginación, se preguntó Flavian, o el zumbido de la conversación se desvaneció un poco mientras la gente miraba desde los recién llegados a él y a Agnes? Pero se acabó en un momento, y los Fromes y Velma se adentraron más en la habitación para mezclarse con los otros huéspedes.

Aunque *no* había sido su imaginación. La Sra. Dressler había puesto una mano enguantada en su manga.

—Me atrevo a decir que su madre estaba decepcionada, Lord Ponsonby—, dijo, —cuando se casó antes de que pudiera volver a ver a Lady Hazeltine esta primavera. Fue muy triste cuando tu compromiso con ella terminó hace tantos años. Eran una pareja *tan* guapa. ¿No es así, Hester?

La señora que se presentó, Flavian no podía recordar su apellido en este momento, parecía un poco avergonzada.

—Así es, Beryl,— dijo ella,—pero Lady Ponsonby es realmente encantadora, mi señor.

Su madre y Marianne y Shields, así como los Fromes y Velma, habían estado en Londres unos días antes de que llegara con Agnes, recordó Flavian. Se preguntó, tardíamente, si durante esos días se habían guardado sus planes de emparejamiento para sí mismos o si habían divulgado sus esperanzas a unos cuantos de sus conocidos.

Apostaría por lo último.

Velma llamó la atención al otro lado de la habitación, sonrió calurosamente y levantó una mano en señal de saludo. Pero no se acercó a él. Se mezcló con los grupos que la rodeaban, con un aspecto equilibrado y encantador.

Se olvidó de ella. Hizo lo que uno hace en esas fiestas. Se mezcló, habló, escuchó y se rió. Vigilaba a Agnes, pero no parecía necesitar su apoyo. Siempre estaba ocupada cuando él la miraba y siempre sonreía con gracia, con un rubor en sus mejillas.

¡Porras!, él pensó en un momento de la noche, como si hubiera sido golpeado por alguna revelación que rompió la tierra, él estaba *contento de* haberse casado con ella. No se casaría con nadie más en el mundo. No por ninguna consideración. Inevitablemente, la quería. Pero ese pensamiento, en medio de una fiesta mientras estaban rodeados por al menos una docena de miembros de su familia, no era digno de él. Sus sentimientos por ella iban más allá de lo sexual. La *quería* muchísimo. Estaba empezando a entender a Hugo, Ben y Vincent y cómo debían sentirse con sus esposas.

No iba a haber una cena formal, pero la sala de refrigerios gemía positivamente con delicias tanto saladas como dulces, e incluso ofrecía unas cuantas mesas en las que los invitados podían sentarse mientras comían, si así lo deseaban.

Flavian estaba sentado en una de las mesas, comiendo más de lo que le correspondía de empanada de langosta, mientras que Miss Moffatt daba un breve recital sobre el pianoforte en la sala de música. Estaba con sus primas Doris y Ginny, y el joven Lord Catlin, que parecía considerarse a sí mismo el novio de esta última, aunque Ginny no le daba ningún estímulo notable. Flavian estaba relajado y disfrutando.

Sí, la advertencia había sido innecesaria, pero estaba contento de habérsela dado, contento de habérselo dicho. Se había acabado, y esta noche se iba a enmendar.

Fue entonces cuando el primo Desmond se acercó para participar en la conversación durante uno o dos minutos. Sin embargo, no quiso coger una silla, y agarró la manga de Flavian y le dirigió una mirada significativa, junto con un ligero tirón de cabeza. Flavian puso el resto de su empanada en su boca, se excusó y se puso de pie.

—¿Qué pasa, Des?—, preguntó cuándo estaban fuera del alcance de los demás.

—Estoy tan seguro como puedo estarlo, Flave—, dijo Desmond, —de que ni mi padre ni mi tío Quent han dicho una palabra a nadie. Jenkins tampoco lo habría hecho. Y ciertamente no he dicho nada.

—¿Sobre el d-divorcio?— preguntó Flavian.

—Sobre Lady Havell—, dijo Desmond, agarrando su hombro y apretando.

—Ah—, dijo Flavian. —Bueno. No podíamos esperar que los c-cotilleos se conformaran con la mitad de una h-historia, ¿verdad? Tenía que salir a la luz.

—Acabo de oír la palabra *puta*—, dijo Desmond. —Y las palabras *puta engendran*… Lo siento, Flave. No en la audiencia de ninguna dama, por supuesto, aunque también están empezando a zumbar. Pensé que deberías saberlo.

—Ciertamente.— Flavian enderezó los puños de su abrigo, pasó una mano ligera por su cuello, agarró el mango de su monóculo y entró en la sala de estar. Miró a su alrededor con ojos perezosos y labios enroscados en una expresión que conocía que mantenía a raya a la gente.

Inmediatamente se hizo evidente que algo había cambiado en la atmósfera de la fiesta, incluso aparte del ligero silencio que causó su apariencia. Sus parientes, casi hasta un hombre y una mujer sonreían más alegremente y charlaban más animadamente de lo necesario. Marianne se veía más ostentosamente amable que una anfitriona necesitaba ser esta última etapa de su fiesta. Los labios demasiado apretados. La madre de Flavian estaba sentada en una esquina, con la tía DeeDee a su lado y acariciando una de sus manos. Velma estaba a un lado de la habitación, abanicando sus mejillas y luciendo dulcemente triste. Agnes estaba en el centro de la habitación, un poco de espacio a su alrededor, excepto por el que ocupaba una señora con altos penachos de pelo, Lady March, a la que se había encontrado en Middlebury Park el otoño pasado, según él mismo creía.

Flavian captó toda la escena en un abrir y cerrar de ojos, así como el hecho de que la habitación estaba seguramente más llena que antes, a pesar de ese pequeño espacio vacío en el centro. ¿Han vaciado completamente la sala de música y la de cartas? Pero, no, alguien seguía tocando en el pianoforte…

Caminó sin prisa hacia el centro de la habitación, y se le abrió un camino como por arte de magia.

—Oh, sí, Lady March—, decía Agnes, y a Flavian le pareció que había levantado deliberadamente la voz para que más gente que la señora March pudiera oírla. —Tienes toda la razón en una cosa. Lady Havell es mi madre, aunque Sir Everard Havell no es mi padre. Mi padre es el Sr. Walter Debbins de Lancashire. ¿No se había enterado? Pensé que era de dominio público. Él y mi madre se divorciaron hace veinte años cuando se descubrieron lo suficientemente descontentos el uno con el otro. No muchas parejas casadas tienen ese tipo de coraje, ¿verdad?

Estaba sonriendo, aunque no con un brillo artificial. El color era más alto en sus mejillas, aunque no de forma indecorosa. Parecía perfectamente preparada cuando se enfrentó al escándalo y al posible ostracismo incluso antes de que empezase la Temporada.

—Ciertamente—, dijo débilmente Lady March. —Y me pregunto si la vizcondesa Darleigh de Middlebury Park, mi sobrina, sabe exactamente quién es usted, *Lady* Ponsonby. Entiendo que se hizo amiga de usted cuando era la Sra. Keeping.

—Y me hice amiga de ella—, dijo Agnes, su sonrisa se suaviza, —cuando era nueva en su título y posición y había sido abandonada, aunque sólo fuera temporalmente, por su propia familia. Mi padre se volvió a casar con mi madrastra hace nueve años, como lo hizo mi madre con Sir Everard hace dieciocho o diecinueve años. Desde entonces han vivido juntos una vida de jubilados en Kensington. A veces todo lo que termina bien está bien, señora, ¿no está de acuerdo?

Ella sonrió calurosamente a Flavian mientras se acercaba, su monóculo en su ojo y entrenado sobre las plumas de Lady March. Eran de una altura extraordinaria. Debe haberlos hecho especialmente, aunque el Señor sabía cómo se las arregló para subir a un carruaje con ellas. ¿ Lady March tenía un agujero en el techo? Bajó su monoculo, sonrió lánguidamente, tomó la mano de su esposa en la suya, y se la llevó a los labios.

—Los visite allí esta tarde—, dijo en un suspiro. —Mi suegra y todo eso. ¿Los ha c-conocido, señora?

Lady March pareció arrugarse un poco bajo la embestida de su mirada más somnolienta, aunque sus plumas, hechas de material más duro, aún permanecían rígidamente firmes. La había dejado con una sola cosa que decir, y lo dijo.

—No he tenido ese placer, Lord Ponsonby—, dijo, su voz casi vibrando de indignación.

—Ah,— dijo, —una pena. Una pareja encantadora.

Pero ella había sido superada. Así como todos los demás que habían compartido su deseo de ser maliciosa, de avergonzar a la nueva Lady Ponsonby, de bajarle los humos, tal vez para asegurarse de que se le diera el corte directo por la *Sociedad* como a su madre, simplemente porque era la hija de esa madre.

¿Y porque se había atrevido a interponerse entre él y Velma, Condesa de Hazeltine?

Miró hacia donde había estado Velma cuando entró en la habitación. Todavía estaba allí, lentamente abanicando su cara, sonriendo dulcemente. Sus ojos se encontraron, e inclinó su cabeza en reconocimiento del hecho de que entendía.

Le había mentido cruelmente a su hermano porque había decidido casarse con *él*, ser la Vizcondesa Ponsonby por más tiempo que unos pocos meses o años hasta que la tuberculosis mató a David. Había *mentido* cuando simplemente podría haberle explicado a David que deseaba ser liberada y que luego había esperado hasta después de su muerte para *poner* sus ojos en él.

Lo que Velma había querido, casi siempre lo había conseguido. Podría recordarlo ahora. Había sido bendecida con padres que la adoraban y no podían negarle nada.

Qué extraño que ese recuerdo pudiera haberse apagado hasta anoche.

—¿Has comido, mi amor?—, le preguntó a Agnes, ofreciendo su brazo por su mano.

—No lo he hecho—, dijo ella. —He estado muy ocupada conociendo a toda tu familia y conocidos, Flavian. Pero estoy hambrienta.

La condujo hacia la sala de refrigerios, aunque parecía que la mitad de sus tías y tíos, por no hablar de la cuarta parte de los primos, querían hablar con ellos, tocarlos, reírse con ellos. En otras palabras, para mostrar a la familia unir filas.

No habría escándalo, adivinó Flavian. Chismes, sí, por un tiempo. La mayor parte de la *Sociedad*, recién llegada a la ciudad durante el mes siguiente, sería obsequiada con la historia del linaje de la nueva vizcondesa Ponsonby y la masticaría en salones y clubes durante una semana más o menos antes de prestar atención a los chismes más recientes y más sabrosos.

Agnes se había rescatado a sí misma.

—No podría comer *nada* si mi vida dependiera de ello—, dijo mientras le mostraba una mesa.

—Entonces te t-traeré un poco de té o limonada,— dijo,—y brindaré por tu brillantez, Agnes.

—Persona prevenida vale por dos—, dijo ella. —Nunca había sabido la verdad de eso antes de esta noche. Y tengo que agradecértelo a ti.

Le miró fijamente cuando él regresó con dos vasos.

—¿*Mi amor?*—, dijo ella, levantando las cejas.

Se quedó perplejo por un momento. Pero él la *había* llamado así en el salón, ¿no?

—Parecía lo correcto decirlo en ese m-momento—, dijo, levantando su copa para brindar por ella y viendo a dos primos acercarse a ellos. —Mi amor.

No volvieron a hablar en privado esa noche. Tampoco hicieron el amor. Él se acercó a su cama, era muy tarde y ya estaba acostada. Apagó la única vela, se acostó a su lado, los cubrió con las sábanas, y la envolvió con sus brazos, atrayéndola contra él. Suspiró una

vez contra el costado de su cara, y estaba dormido.

Esto era lo que más necesitaba, se dio cuenta. Necesitaba que la sostuvieran así. Necesitaba la calidez de él.

Temía pensar lo que habría ocurrido esta noche si él no la hubiera advertido, si no hubiera descubierto la identidad y el paradero de su madre por sí mismo y de hecho hubiera ido a Kensington a visitarla.

Aun así…

Bueno, aun así, estaba cansada hasta la médula de sus huesos. Demasiado cansada para dormir. Como si el encuentro con tantos miembros de su familia no fuera suficiente para una noche, algunos de ellos severos y pomposos, otros cordiales y acogedores, muy educados y dispuestos a darle una oportunidad. Por supuesto, ahora no había mucho que pudieran hacer al respecto, desairando y ofendiendo a Flavian, que era, después de todo, el jefe de la familia, al menos por el lado de su padre. Y como si el encuentro con lo que parecía una interminable corriente de extraños sin parentesco no fuera suficiente para una noche. ¿Cómo *podría* todo el mundo seguir afirmando que Londres estaba todavía vacía de compañía? ¿Cómo iba a ser después de Pascua?

Y como si ver la llegada de la Condesa de Hazeltine con sus padres no fuera suficiente para una noche, y ver la facilidad con la que se movía por el salón, mezclándose con los invitados de Marianne, luciendo encantadora y un poco frágil. Y, por supuesto, todos los presentes recordarán que una vez estuvo prometida a Flavian, dos personas hermosas. Y Agnes apostaría que todos sabían que Velma y sus padres y la madre y hermana de Flavian habían esperado ver una renovación de su noviazgo y compromiso matrimonial este año. Todo el mundo estaría observando ahora para ver cómo se comportaban los dos en compañía el uno del otro, y cómo se comportaría la nueva esposa. Y *si ella lo sabía*…

Oh, todo había sido suficiente en una noche, mucho antes de que Agnes sintiera que algo cambiaba en la atmósfera de la habitación a su alrededor, más bien como si una mano invisible estuviera subiendo sigilosamente por su columna vertebral en la dirección de su cuello. Así que los susurros de un escándalo inminente se deslizaron sobre la *Sociedad*, se dio cuenta. Y sabía lo que venía unos minutos antes de que llegara, primero con una extraña especie de espacio creciendo a su alrededor, aunque la habitación parecía estar más llena, y luego con la llegada de la Lady March a su lado.

—Ah, *Lady Ponsonby*—, había dicho ella, el énfasis sonando débilmente malicioso, —Nunca me había sorprendido tanto en mi vida como hace unos minutos. Entiendo que eres la hija de Sir Everard y Lady Havell.

Extrañamente, una vez que todo estaba al descubierto, Agnes se había vuelto a sentir tranquila. La mano invisible en su columna desapareció, se encogió de hombros para que el fantasma se fuera. También estaba otra vez e inmediatamente consciente de lo mucho que le debía a Flavian, furiosa como había estado con él más temprano en la noche.

Se acurrucó contra él ahora y se sintió deslizándose hacia el sueño después de todo. Parte de su anhelo era volver a su propia vida tranquila con Dora en la casa de campo de

Inglebrook. Excepto que ya no era su propia vida. *Esto* era. Se había casado con Flavian.

Si pudiera elegir, ¿volvería? ¿Arreglaría todo lo que había pasado?

Se quedó dormida antes de responder a sus propias preguntas.

Flavian se había ido cuando se despertó por la mañana, y se dio cuenta de que debía haber dormido hasta tarde, algo inusual. Había una taza de chocolate en el pequeño cofre junto a su cama, pero su parte superior era una película de color gris, y adivinó que la bebida estaba fría. Se sentía un poco desanimada mientras se vestía, aunque era una mañana brillante y soleada. Sin duda se habría ido para cuando bajara a desayunar, y no lo volvería a verlo hasta sabia Dios cuando. ¿Y qué haría ella con su día? ¿Su suegra tendría algo planeado? ¿O aconsejaría quedarse en casa con la esperanza de que cualquier escándalo que se haya estado gestando anoche se calme antes de que vuelva a salir?

¿Cómo *iba a* ser la vida después de Pascua?

Sin embargo, Flavian no había salido. Estaba en la mesa del desayuno, leyendo el periódico mientras su madre leía una carta que debió llegar con el correo de la mañana. Flavian bajó el periódico para darle un buen día a Agnes y señaló con la cabeza hacia su lugar en la mesa.

—Tienes c-cartas, dijo. —Plural.

Cayó sobre ellas con lo que sospechaba era un entusiasmo indigno mientras él miraba. No había tenido ninguna desde que llegaron a Londres, y se dio cuenta de lo aislada que se había sentido. Ahora, de repente, había *tres*, todos ellas con una letra que le resultaba familiar. Dejó a un lado las de Sofía y Dora para leer con tranquilidad después de haber leído la de su padre.

Era muy típico de él, breve y seco. Se alegró al enterarse de su matrimonio con un caballero con título y confiaba en que su nuevo esposo también tuviera los medios para apoyarla con cierta comodidad. Su salud era tolerablemente buena, y su madrastra, a ella le encantaría saber, disfrutaba de su salud robusta habitual, aunque desafortunadamente no se podía decir lo mismo de su hermana o de su madre, que se habían resfriado a principios de la primavera y aún no se habían sacudido todos sus efectos, aunque estaban comiendo mejor de lo que habían comido hace tan sólo una semana o así, y tenía la prudente esperanza de que otro mes más tarde verían que recuperaban la salud completa. Era su cariñoso padre, *etc., etc., etc.*

Afectuoso. ¿Había estado alguna vez? Bueno, al menos nunca había sido abiertamente desagradable o cruel, como lo fueron muchos padres.

—Tu p-padre, supongo.— preguntó Flavian. —Fue franqueado en Lancashire. ¿Es probable que aparezca en mi puerta, con el látigo en la mano?

—Oh, seguramente no, Flavian,— dijo su madre, levantando la vista de su propia carta. —Incluso los caballeros de *Lancashire* saben cómo ser civilizados, espero.

—Él simplemente espera que pueda mantenerme—, dijo Agnes, y sus ojos se rieron de ella mientras inclinaba la cabeza un poco hacia un lado y la miraba con más atención.

—¿No lo desaprueba?—, preguntó. —¿O desearía haber asistido a la b-boda?

—No.— Ella agitó la cabeza y rompió el sello de la carta de Sophia.

—Ayer oí a alguien decir—, dijo Flavian antes de que empezar a leerla, —que estamos o-obligados a sufrir por todo este hermoso clima primaveral que estamos teniendo. Uno siempre puede depender de al menos u-una persona para decirlo. Pero por la posibilidad de que tenga razón, ¿deberíamos aprovechar al m-máximo la luz del sol antes de que comience el sufrimiento? ¿Caminamos por Hyde Park?

—¿Hoy? ¿esta mañana?— Le prestó toda su atención. —¿Junto a Rotten Row? ¿Para ver y ser visto? —

Levantó una ceja.

—Tus nuevos trajes son muy atractivos—, dijo, —y puedo entender su d-deseo de lucirlos. P-pero esperaba ser más egoísta y tenerte para mí. Hay otros senderos más aislados para caminar.

Su corazón se dio la vuelta.

—Nada me gustaría más—, le aseguró.

Cerró el periódico y se puso de pie.

—¿Es media hora suficiente para l-leer tus cartas y prepararte?—, preguntó.

—¡Flavian!—, protestó su madre. —Agnes necesitará al menos una hora para prepararse.

Agnes sonrió. Podría haber estado lista en diez minutos.

—¿Digamos, tres cuartos de hora?—, sugirió ella.

Una hora más tarde estaban paseando por una zona de Hyde Park que se parecía más al campo que a una de las metrópolis más grandes del mundo. El camino era áspero, los árboles eran gruesos y verdes a su alrededor, las extensiones de hierba visibles entre sus troncos eran ligeramente más grandes que el césped de otros lugares. Lo mejor de todo es que no había nadie más a la vista, y los ocasionales sonidos de voces y caballos eran distantes y solo servían para enfatizar su cercano aislamiento.

Agnes inhaló el olor de la vegetación y sintió un torrente de satisfacción. Si todos los días pudieran ser así.

—¿Extrañas el campo, Agnes?—, le preguntó.

—Oh, no se—, dijo con prisas. —Pero qué tonta soy. Cualquier persona daría todo por estar en Londres como yo, por estar esperando que llegue la temporada social, por tener un vestidor lleno de ropa nueva y la perspectiva de bailes, fiestas y conciertos en los que poder llevarla puesta.

Habían dejado de caminar en la cima de una ligera elevación del sendero como si fuera de mutuo acuerdo, y ambos inclinaron sus cabezas para mirar hacia arriba a través de las ramas de un roble particularmente grande y anciano hacia el cielo azul de arriba. Se dio la

vuelta en un círculo completo.

—¿Estás bien?—, le preguntó. —¿Después de lo de anoche?

—Sí.— Se rió un poco. —¿Es eso lo que se conoce como un bautismo de fuego? ¿Pero quién habría buscado tan diligentemente los esqueletos en mi armario? ¿Y por qué?

—Velma—, dijo. —Porque ella no se s-salió con la suya.

Lo sospechaba, lo *sabía*, de verdad. Pero, ¿qué tenía que ganar la condesa ahora? Flavian no iba a divorciarse de *ella*, después de todo, simplemente por la fuerza de quien era su madre.

Porque ella no se salió con la suya, acababa de decir. ¿Era suficiente motivo? ¿Simplemente despecho?

Respiró hondo y lo soltó lentamente.

—Dime lo que sabes de ella—, dijo. —Sobre Lady Havell, eso es. Mi madre.

Ninguno de ellos miro al cielo por más tiempo. Se alejaron del sendero y entraron en el aislamiento más profundo de los viejos árboles, y se paró de espaldas contra el tronco de un roble, mientras él se paraba en frente, con una mano apoyada contra el tronco a un lado de su cabeza.

—Han sido rechazados por la sociedad desde que se c-casaron, supongo que sí—, dijo. —Creo que se quieren mucho, pero no son muy f-felices.

—¿Definitivamente *no* es mi padre?—, le preguntó ella.

Agitó la cabeza. —Estoy tan seguro como puedo estar, de que ella fue fiel a tu padre hasta que lo dejó. Tenías cinco años para entonces.

Cerró los ojos y levantó una mano enguantada para ponerla contra su pecho. Al mismo tiempo, ambos escucharon a un grupo de personas que se acercaban por el sendero, hablando y riendo, hasta que los vieron. Hubo un silencio de autoconciencia a medida que pasaban, y algunos se rieron hasta que el grupo se quedó sin aliento.

—Uno sólo puede e-esperar—, dijo Flavian suspirando, —que no nos r-reconocieran, Agnes. No hay nada más dañino para la reputación de un hombre que ser visto en un abrazo clandestino con su propia *e-esposa*.

—Qué lástima—, dijo ella, —que hayan malinterpretado lo que vieron.

—Y *eso*—, dijo, —es aún más bajo.—

Dio un paso firme hacia delante, presionándola contra el árbol a lo largo de todo su cuerpo antes de besarla con la boca abierta. Se rió encantada, sorprendida, cuando levantó la cabeza un momento después y la miró perezosamente. Y ella lo envolvió con sus brazos mientras se acercaba a ella, y se besaron con mucha más intensidad y con más entusiasmo.

—Mmm—, dijo.

—Mmm—, estuvo de acuerdo.

Dio un paso atrás y agarró las manos por detrás de la espalda.

—Ella admite,— dijo, —que tienes todo el derecho a odiarla. Admite que te abandonó a ti y a tu h-hermana, y a tu hermano también, cuando podría haberse quedado. Se fue c-corriendo, me dijo, después de que tu padre la denunció en una asamblea y le dijo a todos que se divorciaría de ella por adulterio. Había f-flirteado con Havell de forma demasiado incauta, dijo, pero no había hecho nada más indiscreto que eso hasta que huyó. Podría haber regresado. Aparentemente, tu p-padre había b-bebido demasiado y todo podría haberse arreglado si se hubiera vuelto a casa unos días después. P-pero no fue.

Agnes volvió a cerrar los ojos, y hubo un largo silencio, durante el cual se quedó dónde estaba, sin tocarla. Todo era tan creíble. Su padre no bebía en exceso muy a menudo. De hecho, era muy raro. Pero cuando lo hacía, podía decir y hacer cosas tontas y vergonzosas. Todo el mundo lo sabía. Todos hicieron concesiones y convenientemente olvidaron sus errores.

Y su madre, al parecer, había actuado ante el repentino impulso de no regresar a casa cuando podría haberlo hecho, y había decidido quedarse con el hombre que luego se convirtió en su amante y, más tarde, en su esposo. Una decisión repentina e impulsiva. Podría fácilmente haber decidido lo contrario. Así como ella, Agnes, podría haberle dicho que no a Flavian la noche que regresó de Londres con una licencia especial.

El curso de toda la vida de uno y las vidas de los que están entrelazados con las propias, podría cambiar para siempre dependiendo de decisiones tan abruptas e irreflexivas.

—¿No le dijiste que la visitaría?—, le preguntó.

—No lo hice—, dijo.

—Tal vez algún día vaya—, dijo. —Pero aún no. Tal vez nunca. Pero tienes razón. Es mejor saberlo. Y saber que Dora y Oliver son mi hermana y mi hermano. Gracias por ir, y por rescatarme de la conmoción y la vergüenza de anoche. Gracias.

Ella abrió los ojos y le sonrió.

Desde lejos podían escuchar el sonido de otras personas que se acercaban.

—¿Seguimos adelante?— Le ofreció su brazo, y ella lo aceptó.

Caminaron en silencio hasta que se cruzaron con una pareja mayor, intercambiando sonrisas y asentimientos al hacerlo. El día se estaba haciendo más cálido.

—¿Te gustaría ir a Candlebury, Agnes?—, le preguntó.

—¿Ahora?—, preguntó sorprendida. —Pero está la temporada, mi presentación en la corte, el baile para presentarme ante la *Sociedad*. Todo lo demás.

—Si los quieres,— dijo,—nos quedaremos. Pero todo puede esperar si nosotros elegimos - si *tú* eliges. Todo puede esperar un mes o dos meses o un año o diez. O para s-siempre. ¿Vamos a Candlebury? ¿Vamos a c-casa?

Ella dejó de caminar de nuevo y lo detuvo. Podía ver el Serpentine a la distancia.

Pronto estarían entre otras personas caminando junto al agua.

—Pero has estado evitando Candlebury Abbey durante años—, dijo. —¿Estás seguro de que quieres ir allí ahora? ¿Estás haciendo esto por mí?

—Por nosotros—, dijo.

Buscó en sus ojos, anhelando que brotara dentro de ella. *¿Vamos a casa?* Dijo. Había recuerdos para él. Conscientes y dolorosos de los últimos días de su hermano. Y los inconscientes, sospechaba. También sospechaba que eran ambos hechos los que le habían hecho reacio durante tanto tiempo a volver allí. Ahora él quería ir - por su bien y por el de ellos.

Le sonrió lentamente.

—Vamos a casa, entonces—, dijo ella.

CAPITULO 22

M*i amor,* le había llamado en la fiesta de Marianne, enteramente para los oídos de todos los invitados. *Mi amor,* la había llamado un poco más tarde en la sala de refrigerios, para aliviar el estrés de la última media hora más o menos.

Mi amor, pensó ahora, sentado junto a ella en su carruaje, mirando su perfil mientras se acercaban a la cima de la colina sobre Candlebury después de atravesar las puertas hace un rato. Quería ver su expresión cuando viera la casa. Casi siempre le quitaba el aliento, incluso cuando uno tenía toda una vida de familiaridad con él.

Mi amor. Las palabras sonaban tontas cuando se pronunciaban en el silencio de sus propios pensamientos. ¿Alguna vez las expresaría en voz alta para que supiera que se refería a ellos? ¿Y lo decía en serio? Le tenía un poco de miedo al amor. El amor era doloroso.

La observó, se dio cuenta, porque no quería tener ese primer vistazo de Candlebury. Realmente no quería estar donde estaba, acercándose cada vez más a él. Sin embargo, no estaría en ningún otro lugar de la tierra por todo el dinero del mundo. ¿Había alguien más confundido que él?

Se veía impoluta, delgada y hermosa a su lado, vestida con un vestido de viaje azul oscuro, que fue cortado de manera experta y elegante para abrazar su figura en todos los lugares correctos y para caer en pliegues suaves en otros lugares. Su sombrero de paja recortado con diminutos acianos tenía un ala lo suficientemente pequeña como para que pudiera ver a su alrededor. Sus manos enguantadas estaban bien dobladas en su regazo. Su cabeza estaba a medio girar de él, y sabía que estaba mirando el prado medio salvaje más allá de su ventana y viendo todas las flores silvestres que crecían allí e imaginándose a sí misma caminando entre ellas, un caballete debajo de un brazo, una bolsa de suministros de pintura en la otra mano.

Y entonces el carruaje coronó la elevación, y su cabeza se volvió para mirar hacia la gran depresión que había debajo, similar a un tazón. Sus manos se apretaron en su regazo, sus ojos se agrandaron, y su boca formó una O silenciosa.

—Flavian—, dijo. —Oh, es *hermoso*…

Se volvió para sonreírle y extendió una mano para apretarle una de las suyas, y si había tenido alguna duda antes de ese momento, ya no lo dudó más. Él la amaba. Aunque era un idiota, no podía contentarse con la seguridad. Había tenido que ir y enamorarse de ella.

—Lo es, ¿no es así?—, dijo, y miró más allá de su hombro y sintió de alguna manera como si el fondo se le hubiera caído del estómago.

Ahí estaba.

La casa fue construida en la ladera lejana del cuenco, una mansión en forma de herradura de piedra gris que a menudo brillaba casi blanca cuando el sol brillaba sobre ella en un cierto ángulo por las tardes. A un lado y conectado con él estaban los restos de la antigua abadía, la mayoría de ellos prácticamente irreconocibles ruinas cubiertas de musgo, aunque el claustro aún estaba casi intacto, y utilizable con su pasarela y pilares y jardín central, que su abuela había convertido en un pérgola de rosas.

Era la única parte realmente cultivada de todo el parque, aparte de los huertos de la parte trasera. El resto eran ondulados, pastizales salpicados de árboles y arbolados, y senderos y paseos con grava, al estilo de Capability Brown, aunque no fueron diseñados por él. Este tazón de fuente interno había sido planeado para parecer aislado y rural y pacífico, y tuvo un éxito admirablemente, había pensado siempre Flavia. Había un río y un lago natural profundo y una cascada fuera de la vista sobre la subida a la izquierda de la casa. Y una auténtica ermita de piedra. Las locuras siempre habían sido innecesarias en Candlebury.

—Es muy d-diferente de Middlebury Park—, dijo.

En realidad, Middlebury era bastante anticuado, con su jardín cuidadosamente cuidado y sus parterres florales formales que forman el enfoque de la casa. Pero fue grandioso y encantador, sin embargo.

—Sí.— Ella volvió a mirar por la ventana, pero su mano seguía cubriendo la de él. —*Me encanta* esto.

Y tenía ganas de llorar. A casa. *Su* casa. Pero este último pensamiento sólo sirvió para recordarle que siempre había sido muy firme al pensar que era el hogar *de David*, a pesar de que sabía desde una edad relativamente temprana que sería suyo antes de que llegara a la edad adulta. Pero David lo había amado con toda la pasión de su alma.

—Probablemente se nos pedirá que inspeccionemos a los sirvientes—, dijo Flavian.

Habían permanecido en Londres durante dos días después de decidir venir aquí. Se había sentido obligado a avisar a los sirvientes de su llegada. Y había un té en casa de su tía Sadie al que Agnes había prometido asistir. La entrega del resto de su ropa nueva, así como un par de botas de montar nuevas que las había ordenado a Hoby's, se esperaba en un día o dos. Y Agnes quería llamar a su primo, que vivía en Londres, o mejor dicho, al primo del difunto William Keeping, Dennis Fitzharris. Fue el hombre que publicó los cuentos infantiles de Vincent y Lady Darleigh, así que Flavian la acompañó con mucho gusto y se divirtió mucho.

Su madre había estado menos molesta de lo que él había esperado por la decisión de venir a Candlebury. Quizás sería mejor, había dicho, que dejaran la ciudad durante la Pascua e incluso unas semanas después. Para entonces, la nueva Lady Ponsonby y su historia serían noticias viejas y sólo lo suficientemente interesantes como para que todo el mundo saliera a recibirla en el baile que se celebraría en Arnott House. Flavian había hecho creer a su madre que volverían en un mes más o menos. ¿Y quién lo sabía? Tal vez

lo harían.

Al menos no había sugerido acompañarlos.

—¿Será una experiencia formidable?— preguntó Agnes, refiriéndose al desfile de sirvientes que probablemente les esperaba en la casa.

—Hay que recordar que estarán agitados por el deseo de vernos—, dijo. —A los dos. No me han visto desde que heredé el título. Y vuelvo con una e-esposa. Este será un f-feliz día de celebración para ellos, me atrevo a decir.

—¿Y para nosotros también?—, le preguntó, volviendo la cara.

Él levantó sus manos y besó el dorso de ellas.

—Entiendo—, dijo, aunque él no había dicho nada, y creía que ella probablemente lo había hecho.

Magwitch, el mayordomo, y la Sra. Hoffer, la ama de llaves, estaban parados uno al lado de la otra afuera de las puertas abiertas. Dentro, Flavian podía ver una hilera de delantales blancos almidonados a un lado y una hilera de frentes de camisa blancos, adivinó, al otro. Los sirvientes estaban en fila para recibirlos.

Estaba en casa. Como Vizconde Ponsonby.

David se había ido, una parte de la historia familiar.

Agnes realmente pensaba que la casa y el parque eran hermosos. De hecho, pensó que la Abadía de Candlebury debía ser uno de los lugares más hermosos de la tierra. Sería feliz si nunca tuviera que dejarla.

Pasaron tres días juntos, ella y Flavian, vagando juntos por el parque, de la mano. No hizo ningún comentario al respecto cuando tomó su mano por primera vez mientras caminaban, y entrelazó sus dedos. De hecho, casi contuvo la respiración. Parecía mucho más…. tierno que caminar con sus brazos entrelazados. Pero no fue algo momentáneo. Parecía ser su forma preferida de caminar cuando estaban solos.

El parque era más grande de lo que había pensado al principio. Se extendía más allá de la depresión en forma de cuenco en la que se encontraba la casa. Pero todo ello, céspedes y prados y colinas boscosas, senderos y paseos, todo ello, fue diseñado para que pareciera más natural que artificialmente pintoresco. El lago y la cascada también eran naturales, y la ermita de piedra a un lado de la cascada no era una locura, sino que en un momento dado había sido habitada por monjes para quienes la abadía estaba demasiado concurrida y ocupada.

—Siempre me g-gustó pensar—, dijo Flavian,—que todos dejaron algo de la p-paz que deben haber encontrado mientras meditaban aquí.

Sabía lo que él quería decir. Le pareció que encontraron la paz juntos en Candlebury durante esos días, casi. Excepto que había una profundidad inquietud en él justo más allá

de donde podía penetrar con su compañía. Era comprensible, por supuesto. Se lo esperaba.

Le había enseñado la casa y las ruinas de la antigua abadía. Pero había un conjunto de habitaciones que evitó, y fingió no darse cuenta cuando se detuvo frente a la puerta, esperando expectante que él la abriera. Pasó caminando, y tuvo que apresurarse para alcanzarlo.

Tuvieron algunas visitas, entre ellas la del rector de la iglesia del pueblo. Pero aunque el rector expresó la esperanza de que los vería en la iglesia el domingo, Flavian le dio una respuesta vaga que sonó como un rotundo no para Agnes.

—¿No iremos a la iglesia el domingo?—, preguntó después de que el rector se fuera.

—No—, dijo secamente. —Puedes ir si quieres.

Lo miró de cerca y lo entendió en un instante. El cementerio debe ser donde estaban las tumbas de la familia. Y la tumba de su hermano. El conjunto de habitaciones en las que no habían entrado mientras exploraban el resto de la casa debe haber sido de su hermano.

La pérdida de padres, hermanos, cónyuges e incluso hijos era algo que mucha gente experimentó. La muerte de los seres queridos era algo muy común. Casi siempre era triste, doloroso, difícil de recuperar, especialmente cuando el difunto había sido joven. Pero no era raro. Ella había perdido un marido. Su hermano llevaba muerto ocho o nueve años. Pero Flavian nunca lo había dejado ir. Había regresado de la Península porque su hermano se estaba muriendo, pero se había ido antes de que David muriera. Flavian había estado de camino a reunirse con su regimiento cuando sucedió y no había regresado hasta después de que fue herido.

Esos detalles al menos no estaban entre sus recuerdos perdidos. Sabía que él sentía una profunda vergüenza y una pena sin resolver.

—No iré a la iglesia sin ti—, dijo. —¿Hay alguna forma de llegar a la cima de la cascada?

—Es una l-lucha muy difícil—, dijo. —Solíamos hacer g-guaridas allí cuando éramos niños y aguantábamos contra trolls, piratas y vikingos. —

—Puedo luchar—, le dijo ella.

—¿Ahora?

—¿Hay un mejor momento?—, preguntó.

Y se fueron de la mano otra vez, y casi podría imaginar que él estaba feliz y relajado y en paz.

Compartían una alcoba, la que había sido suya de niño, sin ninguna pretensión de tener una habitación cada uno. Una pequeña habitación de al lado había sido convertida en su vestidor. Dormían juntos cada noche, siempre tocándose, generalmente con sus brazos alrededor del otro. Hicieron el amor, a menudo varias veces en el curso de la noche.

La vida parecía idílica.

Y entonces, una noche, Agnes se despertó y se encontró sola en la cama. Escuchó, pero no había ningún sonido de él en su vestidor. Su bata ya no estaba en el suelo junto a la cama. Se puso el camisón y cogio un chal de al lado. Y encendió una sola vela.

Miró en la sala de estar, en la sala de la mañana, en el estudio. Incluso miró en el comedor. Pero no había señales de él. Y cuando miró por la ventana del salón, se dio cuenta de que no lo vería aunque estuviera ahí fuera. Debía ser una noche nublada. Todo estaba muy oscuro.

Y luego pensó en otro lugar donde buscar.

Levantó su vela, subió las escaleras y se dirigió a la puerta que nunca había visto abierta. No había luz debajo de ella. Tal vez se equivocó. Pero parte de ella sabía que no lo estaba.

Apoyó una mano en el pomo de la puerta durante mucho tiempo antes de girarla lenta y silenciosamente. Empujó la puerta un poco para abrirla.

La habitación estaba oscura. Pero su vela, aunque la sostenía detrás de ella, daba suficiente luz para que pudiera ver una cama vacía en medio de la habitación, con una figura todavía sentada en una silla junto a ella, con una mano descansando sobre el cubrecama.

Seguramente habrá visto la luz, aunque no haya oído abrir la puerta. Pero no se volvió.

Entró y dejó la vela sobre una pequeña mesa al lado de la puerta.

Se había sentido increíblemente bien estar de vuelta, estar en casa. Siempre lo habia sido. Aunque le había gustado mucho la escuela, siempre había anhelado las vacaciones, y en las pocas ocasiones en que Len había intentado persuadir a Flavian para que fuera con él a Northumberland durante las largas vacaciones de verano, siempre había encontrado una excusa para no ir. Aquí era donde había pertenecido, donde siempre había querido pertenecer.

Su mismo amor por Candlebury había sido su dolor también. ¿Por qué esa pareja siempre iba de la mano? ¿La eterna atracción de los opuestos? Porque la única manera en que Candlebury pudo pertenecerle por el resto de su vida fue a través de la muerte de David sin descendencia varon. Y aunque sabía que iba a pasar, no *quería que* pasara. Su amor por el hogar le había hecho sentirse culpable, como si estuviera resentido por el hecho de que su hermano se interpusiera en el camino de su felicidad. No fue *así*.

Ah, nunca fue así, le decía a su hermano cuando se despertó con un sobresalto. *Nunca lo fue, David.*

Afortunadamente no había estado hablando en voz alta. Pero estaba completamente despierto y nervioso. Y sintiéndose culpable de nuevo. No había ido a ver a su hermano. Pensamiento idiota, por supuesto. Pero había estado evitando a David desde su regreso, evitando sus habitaciones, evitando el cementerio, evitando toda mención o pensamiento

sobre él.

¿Por qué nunca había sentido esto por su padre, tanto como lo había amado?

Estaba claro que no iba a volver a dormir, a pesar de que Agnes se sentía cálida y cómoda contra él y estaba cansada. Brevemente pensó en despertarla, en hacer el amor. Pero había una extraña negrura en su cabeza. No fue exactamente depresión. O un dolor de cabeza. Sólo…. oscuridad.

Se levantó de la cama, encontró su bata en el suelo y se la puso, y se fue tranquilamente de la habitación. Era una noche inusualmente oscura, pero no encendió una vela. Conocía su camino sin necesidad de luz. Se metió en la alcoba de David y se dirigió hacia la ventana. Abrió las cortinas, aunque no había mucha luz para dejar entrar. Sin embargo, podía ver la forma de la cama y de una silla contra una pared. Levantó la silla hacia un lado de la cama y se sentó en ella. Puso una mano sobre la colcha.

Era donde siempre se sentaba cuando su hermano estaba demasiado enfermo para levantarse. Era donde se había sentado durante muchas horas, tanto de día como de noche, durante esas últimas semanas. Y siempre había puesto su mano sobre la cama para que David pudiera tocarla cuando quisiera y para *que* pudiera tocar a *David*.

¿Por qué siempre habían estado más cerca que cualquier otro hermano que hubiera conocido? Eran tan diferentes como el día y la noche. Tal vez por eso. El equilibrio de los opuestos de nuevo.

El equilibrio ya no estaba ahí.

La cama estaba vacía.

¿Qué había estado esperando? ¿Que un fantasma o un espíritu se hubiera quedado? ¿Qué habría algún sensación de su hermano aquí? ¿Algo de consuelo? ¿Algo de absolución?

¿Por qué te dejé morir solo?

Él sabía por qué. Había estado enamorado y quería celebrar su compromiso antes de regresar a la Península.

¿Pero por qué iba a volver allí?

Sabía que David se estaba muriendo cuando volvió a casa de permiso. No esperaba realmente que volviera, aunque había fijado una fecha para hacerlo. Heredaría el título y las propiedades y tendría todo tipo de responsabilidades para mantenerlo en casa. Ciertamente no tenía la intención de regresar mientras su hermano aún estaba muriendo.

¿Por qué te dejé?

Flavian no oyó que la puerta se abriera detrás de él, pero era consciente de la luz tenue y luego de una luz ligeramente más brillante, de la puerta que se cerraba suavemente. La había despertado. Se arrepintió de eso. Y extrañamente contento. Ya no estaba solo. No tenía que vivir solo.

No se volvió, pero esperó a que ella se acercara, como sabía que haría. Entonces pudo

oler su fragancia familiar, y una de sus manos se posó ligeramente sobre su hombro. Levantó su propia mano para cubrirla e inclinó la cabeza hacia atrás hasta que se apoyó en el pecho de ella. Cerró los ojos.

—¿Por qué lo dejé?—, preguntó.

No se le ocurrió ofrecerle su silla ni preparar otra para ella.

—¿Estuviste aquí unas semanas después de volver a casa de permiso?—, le preguntó.

—Sí—, dijo.

—¿Te sentaste con él todo ese tiempo?—, preguntó ella.

—Sí.

—Te uniste al ejército tres años antes de eso—, dijo, —porque no querías quedar atrapado para casarte con Lady Hazeltine, o con Velma Frome, como debió haber sido entonces. Sin embargo, después de estar en casa durante unas semanas, todo el tiempo sentado aquí con tu hermano, estabas tan ansioso por casarte con ella que lo dejaste y te fuiste a Londres a tu baile de compromiso y luego te fuiste corriendo de vuelta a la Península. ¿Cómo sucedió eso, Flavian? ¿Qué más sucedió durante esas semanas?

—Salía a p-pasear y a montar—, dijo. —Fue emocionalmente a-agotador estar en esta habitación todo el tiempo, a pesar de que era p-pacífico. Se estaba e-escapando, y no había nada que pudiera hacer…

Cerró su mano alrededor de la de ella y la empujó hacia adelante para llevarla a su regazo. Le puso un brazo alrededor de la cintura, y ella le enroscó uno en el cuello.

Ah, Dios, la amaba. Él la amaba.

—¿Y te encontraste con Velma afuera, como solías hacer?—, preguntó.

Y de repente ese gran núcleo de oscuridad estalló en la abrasadora luz de un dolor de cabeza estrepitoso, y jadeó en busca de aire. La empujó de su regazo, se tambaleó hacia la ventana, se tambaleó con el pestillo y levantó la banda hasta que pudo sentir el aire frío que soplaba hacia adentro. Apoyó sus puños en el alféizar de la ventana e inclinó la cabeza. Esperó a que el peor de los dolores desapareciera. Todo estaba bien abierto. Podía recordar…

…todo.

— Estaban en Londres para la temporada—, dijo. —Pero vinieron a c-casa. Creo que mi madre d-debió haberle escrito a Lady Frome. Velma no se había llevado bien con la *Sociedad* después de unos años de intentarlo. Frome no está bien situado o no está particularmente bien conectado. Pudo haber encontrado un marido incluso así, pero apuntó demasiado a-alto. Quería un título, cuanto más grande mejor. Nada de esto fue dicho en t-tantas palabras, por supuesto, pero no fue d-difícil reconstruir la verdad. Pero yo estaba en casa, y David se estaba m-muriendo, y…

Y habían venido. No estaba seguro de que Sir Winston y Lady Frome hubieran venido por cualquier otro motivo que no fuera la preocupación por su vecino. Y no estaba seguro

de que su madre le hubiese escrito a Lady Frome con otro propósito que el de informarle de la inminente muerte de su hijo. *Esperaba que* ninguno de ellos hubiera tenido otro motivo.

Velma había venido casi todos los días a preguntar por David, aunque nunca llegó a su habitación. A veces venía con uno u otro de sus padres, pero a menudo venía sola, sin criada ni mozo, y en esas ocasiones su madre le había ordenado que la acompañara a su casa. Y cuando salía a tomar el aire, a pie o a caballo, casi siempre se la encontraba, o mejor dicho, ella lo encontraba. Era *como en los* viejos tiempos. Y siempre hubo lágrimas y dulce simpatía y tiernos recuerdos de cuando eran más jóvenes.

Se había sentido aliviado por su simpatía. Casi había empezado a esperar con ansias verla. Ver cómo la vida se aleja de un ser querido debe ser una de las experiencias más insoportables y miserables que alguien pueda tener que soportar. Aunque había visto más de su justa parte de muerte en las guerras, nada de eso le había preparado para lo que estaba pasando ahora.

Una tarde, mientras estaban sentados en un pequeño claro sobre la cascada, mirando hacia el lago, escuchando el canto de los pájaros y el sonido del agua, la había besado. De forma voluntaria. No podía culparla por ello.

Y ella le había dicho que lo amaba, que lo adoraba y que siempre lo había amado. Le había dicho que sería la mejor vizcondesa con la que podría soñar. Le había dicho que debían casarse lo antes posible, con una licencia especial, para que no se retrasaran por el año de luto que se avecinaba cuando David muriera. Y estaría a su lado para apoyarlo durante ese año. Se veía bien de negro, se lo había dicho. No debía tener miedo de que se vea mal y lo decepcione. Oh, ella lo adoraba.

Y había puesto sus brazos alrededor de su cuello y lo había besado.

Se había disculpado duramente por *su* beso, le había pedido perdón, le había dicho que no podía pensar en nada en ese momento más allá del hecho de que David estaba vivo pero desesperadamente enfermo, que su hermano lo necesitaba, y que él necesitaba a su hermano. Que todo lo demás en su vida estaba en suspenso. Se había vuelto a disculpar mientras se ponía en pie y le ofreció una mano para ayudarla a levantarse.

Había estado llorando, y él se había sentido como un monstruo.

A la tarde siguiente, Flavian había sido llamado al salón desde el cuarto del enfermo y había encontrado a su madre allí con una cara pálida, como de mármol. Con ella estaban una Lady Frome de ojos llorosos y un Sir Winston Frome rígidamente formal y claramente furioso.

Al parecer, Flavian había declarado su amor por Velma la tarde anterior antes de corromperla, pero él le había informado de que no había ninguna posibilidad de que se casaran durante algún tiempo, con toda la incertidumbre que rodeaba la enfermedad de su hermano.

Todo lo cual, había declarado Frome, era monstruosamente inaceptable, por decirlo suavemente. ¿Y si la *fiesta* del día anterior en la casa Arnott tuvo consecuencias? Lady

Frome se había sonado con su pañuelo, y la madre de Flavian se había estremecido. El honor del mayor Arnott como oficial y caballero le dictó que hiciera la restitución y la hiciera sin demora.

La muerte de David podría causar ese retraso. Frome no había dicho tanto. Ninguno de ellos lo había hecho, pero su significado había sido claro. No había exigido el matrimonio por una licencia especial. Eso debe haberle parecido indecoroso, como no le había parecido a su hija. Pero *había* pedido un compromiso instantáneo y público. No iba a haber nada "dudoso" en ello. De hecho…

Habían alquilado una casa en Londres para la temporada y no la habían dejado ir cuando regresaron a casa. Volverían inmediatamente, harían poner el anuncio en todos los periódicos de la sociedad e invitarían a la *Sociedad* a un gran baile de compromiso, después de lo cual tendrían las amonestaciones en St. George's en Hanover Square.

Flavian se había encontrado incapaz de protestar tan ruidosamente como le hubiera gustado, aunque había negado haber arruinado a Velma. Sin embargo, la había besado, y podía decirse con cierta justificación que la había comprometido. Su madre había llorado. Su padre se había puesto nervioso y decidió creer la versión más extrema de su hija de lo que había sucedido entre ellos. ¿Cómo podía él, Flavian, seguir llamando a Velma mentirosa en la audiencia de sus padres, sus vecinos y amigos? Pero era *tan* parecido a lo que había hecho una vez antes, hace tres años, excepto que entonces había hecho sus acusaciones sólo a David, con el fin de conseguir que cancelara sus planes matrimoniales. Esta vez no había dejado nada al azar.

—Así que fuiste a Londres—, dijo Agnes, y Flavian se dio cuenta de que había revelado toda la historia a ella. —Y luego volviste a tu regimiento.

—David no veía una salida honorable para mi partida—, dijo. —Pero cuando le aseguré que me a-apresuraría a volver la mañana siguiente al baile, me h-hizo prometerme que no v-volviera. No podía estar seguro, me dijo, que iba a morir en un mes—. Se detuvo y tomó un gran trago del frío aire exterior. —Si él *no* moría, y yo no p-podía estar a salvo por la necesidad de duelo, entonces me vería forzado a casarme y quedaría atrapado de por vida. Me h-hizo prometer que volvería a la Península como estaba previsto. Tal vez, d-dijo, Velma encontraría a alguien más con quien casarse mientras yo no estaba. O quizás algo más aparezca para salvarme. Me hizo prometerlo y me fui.

Tragó contra un nudo en la garganta, luchó contra las lágrimas y perdió la batalla. Intentó desesperadamente, al menos, llorar en silencio hasta que pudo controlarlo.

Y entonces sus brazos lo rodearon por detrás, y el costado de su cara descansó entre sus omóplatos. Se giró y la cogió en un fuerte abrazo y sollozó ignominiosamente contra su hombro.

—Murió solo—, se quedó boquiabierto. —Mi madre estaba en la ciudad c-conmigo. También Marianne. Sólo había su v-valet aquí y los otros s-sirvientes. Estaba en el barco de vuelta a Portugal.

Ella lo besó en la punta de una oreja.

—Lo siento mucho—, dijo. —He empapado tu chal.

—Se secará—, le dijo. —¿Olvidaste todo esto cuando te trajeron a casa más tarde?

Levantó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Ella se había encontrado con Len varias veces,— dijo,—cuando vino aquí para quedarse conmigo cuando era niño. Pero en ese momento no esperaba suceder a su tío en el título de conde. Lo tenía cuando me trajeron a casa. Ella lo q-quería. Creo que lo sabía, aunque no sabía mucho de nada en absoluto. Y sabía que lo conseguiría si p-podía. Traté de advertirle. Creo que lo i-intenté. Y luego v-vino a decirme que estaba terminando nuestro compromiso y que se iba a c-casar con él. Y traté de detenerlo, pero todo lo que pude hacer fue destruir el salón de la Casa Arnott. Yo… Él no vino. Len nunca vino. George vino y me llevó a Penderris.

Agnes movió la cabeza de modo que sus labios casi tocaban los de él.

—Vuelve a la cama—, dijo ella. —Ven y duerme.

La mantuvo despierta durante lo que pareció ser la mitad de la noche.

—Agnes—, dijo, —¿me estabas esperando allí? ¿En Middlebury? ¿Siempre me has estado esperando? ¿Y siempre estuve esperando conocerte?

Ella sonreía, lo podía ver con la luz parpadeante de la vela.

—Toda mi vida—, dijo. —Y toda tu vida.

—¿La vida es así?—, le preguntó.

—Creo que a veces sí,— dijo ella,—por increíble que parezca. ¿Y te das cuenta de que has dejado de tartamudear?

—¿Lo e-estoy?— Levantó las cejas, sorprendido. —Debes estar helada, Agnes. Volvamos a la cama.

—Sí—, dijo.

Miró hacia la cama vacía mientras la llevaba a la puerta. *Estaba* vacía. David se había ido. Estaba en reposo. Se habían despedido el uno del otro, y David le había sonreído. Ahora se acordaba. Su hermano había enviado a Flavian lejos para salvarlo, y él le había dado su bendición.

—Vive feliz, Flave—, había dicho. —Llora un poco por mí si quieres, y luego dejadme ir. Estaré en buenas manos.

CAPITULO 23

Era domingo de Pascua por la mañana, y el sol brillaba desde un cielo azul claro. Había calor en el aire. Las campanas de la iglesia repicaban las buenas nuevas de una vida renovada, y los habitantes de la aldea de Candlebury se saludaban en el sendero del patio de la iglesia, deseándose una feliz Pascua mientras sus hijos corrían entre las lápidas más cercanas como si fueran un patio de recreo construido específicamente para su diversión.

El rector estaba fuera de las puertas de la iglesia, sonriendo genialmente y estrechando la mano de sus feligreses al salir de la iglesia, sus vestiduras levantadas por la ligera brisa.

Había un gran zumbido de emoción esa mañana, incluso aparte de la alegría que la Pascua siempre traía. Porque el vizconde Ponsonby, el Sr. Flavian que fue, había llegado por fin a casa, y al parecer nada peor por su larga y terrible experiencia, pero en realidad se veía más guapo que nunca. Y había traído una *esposa* con él, y no era la Srta. Frome, que lo había abandonado, pobre caballero, todos esos años atrás, justo en el momento en que más necesitaba a sus seres queridos, y se había ido a casar con un conde.

El Sr. Thompson perdería su apuesta con el Sr. Radley, aunque no parecía particularmente molesto por ello esta mañana. Él había apostado que, ahora que la condesa había enviudado y había vuelto a vivir con su mamá y su papá en Farthings Hall, manejaría los asuntos para casarse con el vizconde después de todo, y antes de que terminara el verano también.

La nueva vizcondesa no era el tipo de belleza deslumbrante que Lord Ponsonby podría haber conseguido para sí mismo, tan guapo y rico como era, por no mencionar el título. Pero todo el mundo se alegró de ello. No había elegido sólo por su aspecto. No es que la vizcondesa no fuera una belleza a su manera. Estaba bien vestida y elegante, sin ser ostentosa al respecto y haciendo que el resto de ellos se sintieran rústicos y destartalados. Tenía una figura ordenada y una cara agradable, y sonreía mucho con lo que parecía tener buen humor genuino. Los miró a todos directamente a los ojos mientras sonreía. Lo había hecho cuando entró en la iglesia del brazo del vizconde, y lo había hecho de nuevo cuando salió. Y se quedó en el camino con su marido, intercambiando algunas palabras con algunos de ellos.

La mayoría de las conversaciones más allá de lo que el Señor y la Señora Ponsonby escuchaban se centraban en ellos, como era natural. El vizconde anterior había sufrido mala salud durante años antes de su muerte, pobre caballero, y apenas lo habían visto. Y éste se había ido incluso antes de la muerte de su hermano. Ahora estaba de vuelta, en forma, sano, guapo y… feliz.

Cualquier marido nuevo debe parecer feliz, por supuesto, pero no siempre sucede, especialmente entre los ricos y titulados, que se casan por toda clase de razones, la

mayoría de las cuales no tienen nada que ver con el amor o la felicidad.

La novia también parecía feliz.

¿Y era cierto que habían prometido una *fiesta en el jardín* para todos en algún momento del verano? Sí, ciertamente *era* cierto. Se lo habían dicho a la Sra. Turner, jefa del comité del altar, cuando los llamó hace dos días, y la Sra. Turner se lo había dicho a Miss Hill en la más estricta confidencialidad, y, bueno, todos ellos sabían cómo era Miss Hill.

Agnes hizo todo lo posible para memorizar algunos nombres, rostros y ocupaciones. Tomaría un tiempo, como le confesó con franqueza a algunas de las personas a las que se la presentaron. Pidió la indulgencia de un poco de tiempo mientras se familiarizaba con el vecindario y con todos los que lo habitaban. Todo el mundo parecía muy contento de concederle todo el tiempo que necesitaba.

Debe ser el clima, pensó, lo que hace que este lugar parezca tan idílico y esta gente tan amable. Nunca se había sentido como en casa como aquí. Y nunca se había sentido tan feliz. Había hecho lo correcto. Lo hizo

¿Siempre me has estado esperando? ¿Y yo siempre estaba esperando para conocerte? Se lo pregunto hace unas noches.

Toda mi vida, había contestado. *Y toda tu vida.*

Y, aunque las palabras sonaban tontamente extravagantes, se sentían ciertas. Seguramente *eran* ciertas.

—Agnes—, dijo ahora, inclinando su cabeza más cerca de su oído para que pudiera oír claramente por encima del murmullo de las voces y el hermoso tañido de las campanas, —¿vendrás conmigo?

Sabía dónde sin tener que preguntar. Y se alegró de ello. Tenía una cosa más que hacer. Asintió y le cogió del brazo.

No había cripta para la familia Arnott, los vizcondes de Ponsonby y sus familias durante más de dos siglos atrás. Pero había un área separada del cementerio, bien cuidada y separada del resto por setos bajos y bien recortados. La tumba más reciente, con su lápida de mármol blanco, estaba a pocos metros dentro del recinto.

David Arnott, Vizconde Ponsonby, leyó, junto con las fechas de su nacimiento y muerte y una inscripción más bien florida que informaba al mundo de su irreprochable existencia e instruía a los ángeles para que lo llevaran hasta el trono del cielo, donde sería recibido con los brazos abiertos. Un ángel de mármol, con las alas abiertas y la trompeta apoyada en sus labios, estaba de pie sobre la lápida.

—Quería algo simple y conciso—, dijo Flavian. —Pobre David. Solía estremecerse y reírse de las cosas que la gente pone en las lápidas. Nuestro abuelo, a quien recordamos como un viejo tirano malhumorado, está descrito como si fuera un santo.

Pero habló con cariño y con una leve sonrisa en la cara, notó Agnes, y sin rastro de tartamudez.

—Un cementerio debe ser un lugar de horrores—, dijo. —Pero no lo es, ¿verdad? Es un lugar tranquilo. Me alegro de que esté aquí.

Su agarre de la mano se había estrechado, y vio, cuando le echó otra mirada, que sus ojos brillaban con lágrimas sin derramar.

—Lo amaba—, dijo.

—Por supuesto que sí—, dijo ella. —Y por supuesto que lo sabía. Y él te amo a ti a cambio.

Se inclinó hacia abajo y puso una palma sobre la tumba antes de enderezarse.

—Sí—, dijo. —Sí. ¿Crees en la otra vida, Agnes?

—Sí,— le dijo.

—Entonces sé feliz, David—, dijo.

Habían caminado a la iglesia, a pesar de que estaba a dos millas. Comenzaron la caminata de regreso a casa después de despedirse de unos cuantos aldeanos que se quedaron. Agnes levantó su sombrilla para proteger su rostro del brillo del sol.

—Estoy tan contenta de que hayamos venido aquí—, dijo. —¿Volveremos a la ciudad ahora que la Pascua ha terminado y comenzará la temporada?

—Tal vez más tarde—, dijo. —Tal vez no. ¿Tenemos que decidir ahora?

—No—, dijo ella.

—Fueron cartas muy civilizadas las que recibí ayer de tu padre y de tu hermano—, dijo. —¿Los invitaremos a que nos visiten durante el verano? ¿Y a tu hermana también? Quizá podamos hacer la fiesta del jardín mientras están todos aquí.

—Me gustaría eso—, dijo ella. —Y creo que le *escribiré* a mi madre. Puede que nunca vaya a verla. De hecho, dudo que alguna vez lo haga. Pero creo que escribiré. ¿Crees que debería hacerlo?

—No hay nada que *debas* hacer—, dijo. —Pero escríbele si es lo que quieres hacer. Ella estará encantada. Así que, creo que sí.

Dejó de caminar cuando llegaron a la cima de la colina antes de descender al tazón del parque interior alrededor de la casa. Ella lo oyó inhalar profundamente y exhalar en un suspiro.

—Esto *no* es feliz para siempre, ¿verdad?—, le preguntó.

—No,— dijo ella,—pero hay momentos en los que se siente así.

—¿En este momento?—, dijo.

—Sí.

—¿Te he dicho que te amo?—, le preguntó. —Diablos tómalo, Agnes, pero son las palabras más difíciles de decir en inglés para un hombre. *No* las he dicho. Me habría dado cuenta si lo hubiera hecho.

—No—, estuvo de acuerdo, riendo,—no lo has hecho.

Y su corazón anhelaba escuchar sólo esas tres simples palabras encadenadas en la frase más hermosa que jamás se haya pronunciado. *Si*, eso fue, el orador era el hombre correcto.

Se volvió hacia ella, tomó su sombrilla y la arrojó sin ceremonias a la hierba junto al camino, agarró ambas manos de ella, y se las llevó a su pecho, donde las sostuvo con las suyas. Sus ojos verdes, desprotegidos por cualquier encerramiento de párpados, miraban los de ella…

—Agnes Arnott,— dijo,—Yo-Yo-Yo-Yo-Yo…

—Te quiero—, dijo en voz baja.

—Eso es lo que intento decir—, le dijo.

—No—, dijo, sonriendo. —*Te* amo…

—¿Lo sabes?— Levantó las manos de ellos y se las llevó a los labios. —¿En serio, Agnes? ¿No es sólo mi título y mi dinero y mi irresistible belleza y encanto?

Ella se rió. —Oh, bueno, y esos también.

La sonrió y se pareció al chico rubio, guapo y despreocupado que una vez debió haber sido.

—Te amo—, dijo.

—Lo sé.

La envolvió con los brazos en la cintura, la levantó del suelo y la giró dos veces, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza hacia atrás y aullaba su felicidad.

Y *estaba* feliz. Ella también lo era.

Agnes puso sus manos sobre sus hombros, le miró a la cara y se rió.